

JUBIABÁ

(Jubiabá, 1935)

Jorge Amado

ÍNDICE

BAHÍA DE TODOS OS SANTOS Y DEL PAI-DE-SANTO JUBIABÁ

Boxeo-----	3
Infancia remota-----	5
Travessa Zumbi dos Palmares-----	22
Mendigo-----	28
Vagabundo-----	35
«Linterna de los Ahogados»-----	40
Macumba-----	46
Boxeador-----	53
Los muelles-----	61
Una canción triste viene del mar-----	63
Ojú ánun fô ti iká, li ôkú-----	67

DIARIO DE UN NEGRO EN FUGA

Velero-----	68
Un olor suave a tabaco-----	72
La mano-----	77
El velatorio-----	81
Fuga-----	85
El vagón-----	90
Circo-----	96

ALELUYAS DE ANTONIO BALDUINO

Invierno-----	113
El baile-----	120
Romance de la «Nau Catarineta»-----	127
Cantiga de amigo-----	128
Grúas-----	131
Primer día de huelga-----	134
Primera noche de huelga-----	139
Segundo día de huelga-----	146
Segunda noche de huelga-----	149
Hans el marinero-----	154
Romance de Antonio Balduino-----	157

A Matilde,
recuerdo del viaje para recoger material

Para Ann Martin, Sosígenes Costa, Oswald de
Andrade, José de Queirós Lima, Ferreira de
Castro, Graciliano Ramos y el viejo negro
Valentín.

BAHÍA DE TODOS OS SANTOS Y DEL PAI-DE-SANTO JUBIABÁ

BOXEO

La multitud se alzó como una sola persona. Y no se rompió el silencio. El juez continuó la cuenta:

–Seis...

Pero antes de que contara siete, el rubio se levantó con esfuerzo, apoyándose en un brazo y logró ponerse en pie juntando todas sus fuerzas. Entonces la multitud se sentó de nuevo y empezó a gritar. El negro embistió con furia, y los boxeadores se trabaron en medio del tablado. La multitud gritaba:

–¡Duro con él! ¡Tíralo ya!

El Largo da Sé estaba abarrotado. Los espectadores se apretujaban en los bancos, sudorosos, con los ojos clavados en el ring donde el negro Antonio Balduino luchaba contra el alemán Ergin. Pocas lámparas iluminaban el escenario del combate. Soldados, estibadores, estudiantes, obreros, hombres apenas cubiertos por camisa y calzones, seguían ansiosos la lucha. Negros, blancos y mulatos animaban fervorosamente al negro Antonio Balduino que ya había dado en tierra con su adversario dos veces.

Aquella vez el blanco pareció que no se iba a levantar. Pero antes de que el árbitro contara siete se alzó del suelo y volvió a la lucha. Entre la concurrencia hubo palabras de admiración. Alguien murmuró:

–Es duro este alemán. Puro macho...

Sin embargo siguieron animando al fornido negrazo, campeón bahiano del peso pesado. Gritaban ahora sin parar, deseosos de que la lucha tuviera un fin, y que este fin fuera la caída de Ergin tendido por el suelo...

Un hombrecito magro, de cara chupada, mordía un puro apagado. Un negro rechoncho ritmaba sus gritos con palmadas en las rodillas:

–¡Da-le fuer-te! ¡Da-le fuer-te...!

Y se movían inquietos, con gritos que se oían en la Plaza de Castro Alves.

Pero ocurrió que al siguiente asalto cayó el blanco con rabia sobre el negro y lo llevó hasta las cuerdas. La multitud no se impresionó demasiado, a la espera de la reacción del negro. Balduino quiso castigar en la cara ensangrentada del alemán. Sin embargo, el alemán no le dio tiempo y le lanzó varios puñetazos al rostro, dejándole un ojo negro y con trazas de sangre. El alemán pareció crecerse de repente y acorraló al negro, que ahora recibía una rociada de golpes en el pecho, en la cara, en el vientre. Balduino se refugió en las cuerdas y quedó allí, pasivo, sin reaccionar. Parecía preocupado sólo por no caer, y se apoyaba como podía en las cuerdas. Ante él, el alemán parecía un diablo martilleándole la cara. La nariz de Balduino chorreaba sangre; tenía el ojo derecho cerrado y un rasguño sanguinolento bajo la oreja. Veía confusamente al blanco ante él, poderoso, y a lo lejos los gritos del público. La gente empezaba a tomarlo a broma. Vio a su héroe a punto de caer y gritaba:

–¡Dale ya, negro! ¡Dale!

Eso al principio. Al cabo de un rato la multitud fue quedándose silenciosa, abatida, viendo como el negro recibía. Y cuando volvió a gritar, la mofa fue creciendo:

–¡Negro marica! ¡Mujer con calzones! ¡Dale, rubio! ¡Cárgatelo!

Estaban rabiosos ante la paliza que el negro recibía. Habían pagado tres mil reis para ver como el negro bahiano tumbaba a aquel alemán que se decía «campeón de la Europa central», y ahora estaban viendo como el negro recibía un palizón. No estaban satisfechos, se movían inquietos y

animaban con sus gritos ora al blanco, ora al negro. Y respiraron aliviados cuando la campana sonó dando fin al asalto.

Antonio Balduino se dirigió a su rincón apoyado en las cuerdas. El flaco que mordía el puro inútil, soltó un escupitajo y le gritó:

—¡A ver! ¿Dónde está el negro Balduino que se cargaba a los blancos?

Antonio Balduino le oyó. Echó un trago de la botella de aguardiente que el Gordo le ofrecía y se volvió hacia el público buscando al dueño de aquel vozarrón. Sonó otra vez, metálica, la voz:

—¿Dónde está el negro que tumbaba a los blancos?

Una parte del público coreó la pregunta del hombre del puro:

—¿Dónde está?

Los gritos le dolieron a Balduino como una bofetada. No sentía los golpes del blanco, pero le dolían las censuras de su hinchada. Le dijo al Gordo:

—Cuando salga de aquí voy a sacudirle una buena a ese individuo. Se la guardo...

Y cuando sonó la campana indicando el comienzo del asalto, el negro se lanzó sobre el alemán. Le sacudió un directo a la boca y luego otro al vientre. La multitud reconocía de nuevo a su campeón:

—¡Dale, Balduino! ¡Bravo, Baldo! ¡Tíralo...! El negro volvió a ritmar palmadas en las rodillas. El flaco sonreía.

El negro seguía golpeando, lleno de rabia.

Fue entonces cuando el alemán se echó sobre él intentando sacudirle de nuevo en el ojo dolorido. El negro esquivó con un esguince rápido y como un muelle que se distendiera, proyectó el brazo contra la mandíbula de Ergin. El campeón de la Europa central describió una curva con el cuerpo y cayó con todo su peso sobre las tablas.

La multitud, ronca, aplaudía a coro:

—BAL-DO... BAL-DO... BAL-DO...

El juez contaba:

—Seis... siete... ocho...

Antonio Balduino miraba satisfecho al blanco tendido a sus pies.

Luego paseó la mirada por la concurrencia que le aclamaba y buscó al hombre que le había preguntado dónde estaba el que se cargaba a los blancos. No lo encontró y le sonrió al Gordo. El juez seguía contando:

—Nueve... diez...

Alzó el brazo de Balduino. La multitud gritaba desaforada, y el negro sólo oía la voz metálica del hombre del cigarro:

—¡Bien, negro! ¡Aún tumbas blancos...!

Algunos salieron por el portón amplio y rechinante. La mayoría se lanzó, sin embargo, hacia el cuadrado de luz, hacia el tablado, y levantó en hombros al negro Balduino. Un estibador y un estudiante lo agarraron por una pierna, y dos mulatos por la otra. Lo llevaron así hasta el mingitorio público de la plaza, que era donde los boxeadores se cambiaban de ropa.

Antonio Balduino se puso su traje azul, bebió un trago de aguardiente, recibió los cien mil reis que se había ganado, y dijo a sus admiradores:

—No era gran cosa ese blanco... No hay blanco que le aguante un par de tortas a este negro Balduino... Aquí hay un macho... De verdad...

Sonrió, dobló los billetes y los metió en el bolsillo de los calzones. Luego se dirigió a la pensión de Zara donde vivía Zefa, la mulatilla de dientes mellados que había llegado del Marañón.

INFANCIA REMOTA

Antonio Balduino se quedó en la punta del morro viendo la hilera de luces allá abajo, en la ciudad. Sonidos de guitarra se arrastraban apenas aparecida la luna. Tonadas doloridas. La taberna de Lourenço Español se llenaba de hombres que iban allá a charlar un rato o a leer el diario que el tabernero compraba para los parroquianos del aguardiente.

Antonio Balduino vivía metido en una camiseta llena de barro, corriendo por las calles y por los caminos cenagosos del morro, brincando con los otros chiquillos de su edad.

A pesar de sus ocho años, Antonio Balduino gobernaba las cuadrillas de chiquillos que vagabundeaban por el Morro do Capa Negro y los cerros inmediatos. Sin embargo, llegada la noche, no había juego que le arrancara de la contemplación de las luces que se encendían en la ciudad, tan próxima y al tiempo tan remota. Se sentaba al borde de aquel barranco a la hora del crepúsculo y esperaba con ansiedad de amante a que las luces se encendieran. Había una especie de voluptuosidad en aquella espera, como de hombre que aguarda a una mujer. Antonio Balduino se quedaba con los ojos clavados cara a la ciudad, esperando. Su corazón latía con más fuerza cuando las sombras de la noche invadían el caserío, cubrían las calles, la ladera, y hacían subir de la ciudad un rumor extraño de gente que se acoge al hogar, de hombres que comentan los negocios del día y el crimen de la noche pasada.

Antonio Balduino, que había ido a la ciudad muy pocas veces y siempre con prisa, arrastrado por la tía, sentía a aquella hora toda la vida de la ciudad. De allá abajo venía un rumor. Se quedaba oyendo los sonos confusos, aquella onda de ruidos que subía por las laderas y barrancos del morro. Sentía en sus nervios la vibración de todos aquellos ruidos, aquellos ecos de vida y de lucha. Se quedaba imaginándose hombre hecho, viviendo la vida apresurada de los hombres, luchando en la lucha cotidiana. Sus ojitos menudos brillaban, y más de una vez sintió un ansia incontenible de largarse por las laderas para ir a ver de cerca el espectáculo de la ciudad a aquellas horas cenicientas. Bien sabía que perdería la cena y que a la vuelta le esperaría una zurra. Pero no era eso lo que le impedía ir a ver de cerca el barullo de la ciudad que se recogía del trabajo. Lo que Balduino no quería perderse eran las luces que se encendían, revelación para él siempre nueva y hermosa.

Y la ciudad se va envolviendo lentamente en tinieblas.

Antonio Balduino ya no ve nada. Llegaba un viento frío con la oscuridad. No lo sentía. Gozaba voluptuosamente de los ruidos, del barullo creciente. Distinguía las risas, los gritos, las voces de los borrachos, las charlas de política, la voz arrastrada de los ciegos pidiendo una limosna por amor de Dios, el rechinar de los tranvías sobrecargados. Gozaba mansamente, con placer, la vida de la ciudad.

Un día sintió una emoción enorme que le dejó estremecido, de pie, temblando de gozo: distinguió un llanto de mujer y voces que la consolaban. Aquello subía como un tropel por él adentro y lo arrastraba en un vértigo placentero. Llanto... Alguien, una mujer lloraba en la ciudad oscurecida. Antonio Balduino escuchó los sollozos hasta que su rumor se extinguió con el ruido de un tranvía que pasaba arañando los raíles. Antonio Balduino se quedó aún con la respiración en suspenso por ver si conseguía oír algo más aún. Pero sin duda se habían llevado a la mujer lejos de la calle, pues no logró oír nada. Aquel día no quiso cenar y no corrió de noche por las calles con los compañeros. La tía había dicho:

—Ese pequeño vio algo... No sé qué diablos le pasa...

Días buenos, también, aquellos en que sentía la campanilla de las ambulancias resonando allá abajo. También allá había sufrimiento, y Antonio Balduino, niño de ocho años, gozaba de aquellos ecos —retazos de sufrimiento— como el hombre goza de una mujer.

Pero las luces que se encendían lo purificaban todo. Antonio Balduino se abismaba en la contemplación de las filas de luces, hundía los ojos en la claridad y sentía ansias de ser grato a los otros negritos que poblaban el Morro do Capa Negro. Si alguien se aproximara a él en aquel instante, lo acariciaría sin duda, no lo recibiría con los pellizcos de costumbre, no diría las palabrotas que tan niño había aprendido. Pasaría sin duda la mano sobre las greñas de su compañero y recostaría el pecho en el pecho del amigo. Y tal vez sonriera. Pero los mocosos andaban corriendo

por el morro y no se acordaban de Antonio Balduino. Y él se quedaba contemplando las luces. Distinguía bultos que pasaban. Mujeres y hombres tal vez. Por detrás, en el morro, sonaban guitarras, conversaban los negros. La vieja Luisa gritaba:

–¡Baldo! ¡Ven a cenar! ¡Pero esta criatura...!

Su tía Luisa había sido para él a un tiempo padre y madre. De su padre, Balduino sólo sabía que se llamó Valentín, que fue matón a sueldo de Antonio Conselheiro, que amaba a todas las negras que encontraba al paso, que bebía mucho, que bebía constantemente y que murió bajo un tranvía, borracho perdido. Cosas que oía cuando la tía hablaba con los vecinos sobre su difunto hermano. Siempre acababa igual:

–Era todo un hombre. Un negro como no hay otro.

Antonio Balduino oía callado y hacía del padre un héroe. Seguro que él había vivido la vida de la ciudad en aquella hora en que las luces se encienden. A veces intentaba reconstruir la vida de su padre a base de los retazos de aventuras que oía contar a la vieja Luisa. La imaginación se perdía pronto en actos de valor heroico. Se quedaba mirando el fuego, imaginando cómo sería su padre. Todo lo que oía contar, lo más increíble y rocambolesco, le servía para disparar su imaginación y pensar qué más había hecho su padre. Cuando él y los otros negros del morro iban a jugar en pandilla y le preguntaban qué quería ser, él, que aún no había ido nunca al cine, no quería ser Eddie Polo, ni Elmo, ni Maciste.

–Quiero ser mi padre...

Y los otros insistían:

–¿Pero qué fue lo que hizo tu padre?

–Un montón de cosas...

–Seguro que no alzó un auto con un brazo solo como Maciste»...

–¿Que no? Un camión... un camión alzó... Y cargado.

–¿Y quién lo vio?

–Mi tía lo vio... pregúntaselo. Y si no te lo crees, peor para ti...

Varias veces anduvo a golpes con los otros en defensa de la memoria heroica de su padre, de aquel padre que no había conocido. Realmente luchaba por el padre que imaginaba, aquel padre que amaría si lo hubiera llegado a conocer.

De su madre, Antonio Balduino nada sabía.

Andaba suelto por el morro, y aún no amaba ni odiaba. Era puro como un animal y tenía por única ley sus instintos. Bajaba por las laderas del morro a tumba abierta, montaba caballos de rabo de escoba, era de pocas palabras pero de amplias sonrisas.

Muy pronto se convirtió en el jefe de los otros rapaces del morro, incluso de algunos que eran bastante más grandes que él. Era ingenioso y valiente como nadie. Su mano era certera con los guijarros, su puntería increíble, y sus ojos lanzaban chispas en las pedreas. Jugaban en cuadrilla.

Él era siempre el jefe. Y muchas veces se olvidaba de que era un juego y pegaba en serio. Sabía todas las palabrotas.

Ayudaba a la vieja Luisa a hacer las papas de harina y los frijoles y los pastelillos que ella vendía por la noche en el Terreiro. Llevaba la sartén, traía los ingredientes, lo único que no sabía hacer era rallar el coco. Los otros chiquillos se burlaban al principio llamándole cocinera, pero las burlas se acabaron el día en que Balduino descalabró a Zebedeu de una pedrada. La tía, aquel día, le atizó de firme, y él no pudo comprender la razón de aquella zurra. Pero sabía perdonar rápidamente las palizas de la tía. Pocas veces podía agarrarlo, pues era agilísimo y se escurría de las manos de la tía como un pez, hurtándose a los cintarazos. Aquello le resultaba incluso divertido, un ejercicio del que salía riendo muchas veces, vencedor a pesar de todo, satisfecho de haber hurtado el cuerpo a los zurriagazos. La vieja Luisa decía a pesar de todo:

–Este es el hombre de la casa...

La vieja era cariñosa y charlatana. Los vecinos venían a hablar con ella, a pasar el rato oyendo las historias que contaba, historias maravillosas, cuentos de hadas y casos de esclavitud. A veces contaba o leía historias en verso.

Tenía una que empezaba así:

*Lectores: qué caso horrible
os voy ahora a empezar a contar,
hasta las carnes me tiemblan
cuando empiezo a recordar.
Yo nunca pensé en el mundo
que existiera un ser inmundo
capaz de la matar.*

Era la historia de una maldita muchacha, caso que los diarios habían relatado con títulos enormes en primera plana, y un poeta popular, autor de historias y de sambas, lo rimó para vender las copias a 200 reis en el mercado.

Antonio Balduino se quedaba encantado. Pedía a la vieja que lo contara otra vez y lloraba y pateaba si no le hacían caso. Le gustaba también oír a los hombres cuando contaban casos de Antonio Silvino y de Lucas da Feira. Aquellas noches no iba a Jugar por el morro. Una vez le preguntaron:

–Cuando seas mayor, ¿qué vas a ser?

Y respondió rápido:

–Chulo, como mi padre...

No imaginaba carrera más hermosa ni más noble, carrera que exigiera más virtudes, saber aguantar, sacudir y tener valor.

–Tú lo que tienes que hacer es ir a la escuela –le decían.

Y él se preguntaba para qué. Nunca había oído decir que para andar sacudiendo estacazos se necesitara saber de letras. Sabían leer los doctores, y los doctores eran gente blanda. Él conocía al doctor Olimpio, médico sin clientela que subía de vez en cuando al morro en busca de clientes que no existían, y el doctor Olimpio era un tipo flaco, desgachado, que no aguantaba ni una torta bien dada.

Tampoco su tía sabía leer y todos la respetaban en el morro, nadie se metía con ella ni le buscaban gresca. ¿Quién era el bravo que se atrevía a meterse con la vieja Luisa cuando le daba el dolor de cabeza? Esos dolores de cabeza de la vieja asustaban a Balduino. De vez en cuando la tía se ponía como loca, salía dando gritos, los vecinos acudían, pero ella los echaba fuera diciendo que allí no había ningún diablo y que se fueran al infierno.

Un día Antonio Balduino oyó a dos vecinas que hablaban de los ataques de la tía Luisa.

Una vieja negra decía:

–Esos dolores le vienen de llevar las latas calientes por las noches al Terreiro. Le van quemando la cabeza...

–¡Qué va a ser eso, doña Rosa...! Lo que pasa es que se le meten los espíritus ¿no se da cuenta? Espíritus de los que andan perdidos sin saber que ya murieron. Andan de un lado a otro buscando un cuerpo donde meterse. Espíritus de condenados, que Dios me perdone...

Las otras asentían. Antonio Balduino quedó con grandes dudas, dominado por el miedo. Temía a las almas del otro mundo, pero no comprendía por qué se iban a meter en la cabeza de la tía.

Cuando esto ocurría, venía Jubiabá. Antonio Balduino iba a buscarlo. Llegaba a la puerta de la chabola y llamaba con los nudillos. De dentro llegaba una voz preguntando quién era.

–Tía Luisa está mala. Dice que vaya, que le ha dado el ataque...

Y salía corriendo. Tenía un miedo loco a Jubiabá. Se escondía tras la puerta y se quedaba acechando por la rendija mientras el hechicero llegaba, con las greñas canas, el cuerpo encorvado y seco apoyado en un bastón, lentamente. Los hombres se paraban a saludarlo.

–¡Buenos días, padre Jubiabá!

–Que Nuestro Señor os dé un buen día...

Iba pasando y bendiciendo. Hasta el español de la taberna bajaba la cabeza y recogía la bendición. Los chiquillos desaparecían de la calle en cuanto veían la figura centenaria del hechicero. Decían en voz baja:

–¡Ahí viene Jubiabá...!

Y salían a la carrera para esconderse en las casas.

Jubiabá llevaba siempre un ramo de hojas que el viento sacudía mientras el viejo iba pronunciando palabras en nagô. Llegaba calle arriba hablando solo, bendiciendo, arrastrando los calzones de lana sobre los que la camisa bordada ondeaba como una bandera. Cuando Jubiabá entraba para rezarle a la vieja Luisa, Antonio Balduino salía a la carrera. Pero sabía que el dolor de cabeza de la vieja iba a pasarle.

Antonio Balduino sabía lo que podía esperar de Jubiabá: lo respetaba, pero con un respeto distinto del que tenía por el padre Silvino, por su tía Luisa, por Lourenço, el español de la taberna, por Ze Camarao e incluso por las figuras legendarias de Virgulino Lampiao y Eddie Polo. Jubiabá pasaba encogido por los callejones del morro. Los hombres le escuchaban con respeto. Recibía el saludo de todos y de vez en cuando paraban automóviles de lujo a la puerta de su chabola. Un día un chiquillo le dijo a Balduino que Jubiabá era como el hombre-lobo. Otro decía que tenía al diablo metido en una botella.

De la casa de Jubiabá llegaban algunas noches sonos extraños de extraña música. Antonio Balduino se revolvía en la estera, inquieto; parecía como si aquella música lo llamara. Batuque, sonos de danza, voces distintas y misteriosas. Luisa seguro que estaba allá con su saya roja y la enagua amplia. Antonio Balduino aquellas noches no dormía. En su infancia, saludable y libre, Jubiabá era el misterio.

* * *

Eran sabrosas las noches del Morro do Capa Negro. En estas noches el negrito Antonio Balduino aprendió muchas cosas, y sobre todo muchas historias. Historias que hombres y mujeres contaban reunidos a la puerta de las chabolas en las largas charlas de las noches de luna. Los domingos, cuando no había macumba ni danzas en casa de Jubiabá, muchos se reunían en el portal de la vieja Luisa, que como era día santo no iba a vender pastelillos. En las puertas de las otras chabolas conversaban otros grupos, tocaban la guitarra, cantaban, bebían un sorbo de aguardiente, que siempre había para los vecinos, pero ninguno de estos corros era tan limpio como el que se juntaba ante la casa de la vieja Luisa. Hasta Jubiabá aparecía por allá algunos días y también contaba viejos casos pasados hacía ya muchos años, y mezclaba en su relato palabras en nagô, daba consejos, filosofaba. Era el patriarca de aquel grupo de negros y mulatos del Morro do Capa Negro, gentes que vivían en chabolas de barro y cañas, cubiertas de lata. Cuando Jubiabá hablaba, callaban todos y escuchaban atentamente, asintiendo con la cabeza, en un respeto mudo. En estas noches de charla, Antonio Balduino abandonaba a sus compañeros de juego y se sentaba a escuchar. Daba la vida por una historia, y aún mejor si esa historia era en verso.

Por eso le gustaban tanto las de Ze Camarao, un pendenciero que vivía sin trabajar y que ya estaba fichado por la policía como ratero. Ze Camarao tenía para Balduino dos grandes virtudes: era valiente y cantaba al son de la guitarra historias de bandidos célebres. También tocaba cosas tristes, valeses y canciones, en las fiestas de las chabolas del Morro do Capa Negro y en todas las otras fiestas pobres de la ciudad, donde era un elemento indispensable. Ze Camarao era un mulato alto y huesudo, siempre balanceando el cuerpo. Había criado fama desde que desarmó a dos marineros con unos golpes de lucha capoeira. Había muchos que no gustaban de él, que lo miraban con malos ojos, pero Ze Camarao pasaba horas y horas enseñando a los chiquillos del morro las llaves de capoeira, los trucos de la lucha, con paciencia infinita. Rodaba por el suelo con los chiquillos, les enseñaba cómo se daba el golpe de través, cómo se arrancaba un cuchillo de la mano de un hombre. Los pequeños lo adoraban, era su ídolo. A Antonio Balduino le gustaba andar con él, oír al badulaque historias de su vida. Era el mejor alumno de capoeira y ahora quería aprender a tocar el guitarrón.

—Usted me enseñará. ¿Eh, Ze Camarao?

—Ya llegará, no te preocupes... ya llegará.

Les llevaba recados a las amigas de Ze Camarao, y lo defendía cuando hablaban mal de él.

—Es mi amigo. ¿Por qué no van a decírselo a sus narices? Tienen miedo; eso es lo que pasa...

Ze Camarao era de los habituales en las charlas del portón de la vieja Luisa. Llegaba balanceando el cuerpo con su andar desarbolado y se quedaba en cuclillas liando un pitillo barato.

Oía los casos que contaban, las historias, las discusiones, sin hablar. Pero cuando alguien contaba un caso que impresionaba a los oyentes, Ze Camarao dejaba el pitillo tras la oreja y empezaba a contar:

–Bueno, bueno... Eso no es nada comparado con lo que me pasó una vez...

Y venía una aventura, una historia llena de detalles para que nadie dudara de su veracidad. Y cuando veía en los ojos de alguno de los asistentes una señal de duda, no se alteraba:

–Si no lo cree, hermano, vaya y pregúnteselo a Ze Fortunato, que estaba conmigo...

Siempre había alguien que había estado con él. Siempre un testigo que no lo dejaría mentir. Y por lo visto, Ze Camarao andaba metido en todos los barullos de la ciudad. Si hablaban de un crimen, él interrumpía:

–Yo andaba por allí...

Y contaba su versión, en la que siempre se reservaba un papel destacado. Pero cuando era preciso, peleaba de verdad. Que lo dijera Lourenço, el de la taberna, que llevaba dos chirlos en la cara de dos navajazos que le propinó. ¿Pues no se le había ocurrido a aquel miserable echarlo de su ventorro? Las muchachas que oían las historias clavaban los ojos en él. Les atraía su fama de peleón y vagabundo, su nombre de valentón, la imaginación con que contaba historias comparando unas cosas con otras, la sonrisa, los ojos, la boca de rojos labios, y les gustaba especialmente oírle cantar acompañándose con el guitarrón, con su voz espesa y grave.

En medio de la charla, cuando alguien acababa de contar un caso y todos se quedaban silenciosos, siempre había una muchacha que insistía:

–Cántanos algo, Ze...

–Ahora no; estamos de charla todos aquí –se hacía de rogar.

–No importa, Ze, cántanos algo.

–Pero me dejé la guitarra en casa...

–Es igual... Baldo la irá a buscar...

Antonio Balduino emprendía la carrera rumbo a la chabola donde Ze Camarao vivía. Pero éste seguía haciéndose el modesto:

–Hoy no tengo la voz en forma... Vamos a dejarlo para otro día...

Pero insistían todos:

–Canta, Ze Camarao... Cántanos algo...

–Está bien. Voy a cantar sólo una cosa... Pero cantaba muchas: tiranas, cocos, sambas, cantares melancólicos, canciones tristes que hacían llorar, y canciones de aventura que hacían las delicias de Balduino:

*Adiós, Saco do Limao,
aldea donde nací.
Voy preso para Bahía,
llevo saudades de ti...*

Era la historia del bandido Lucas da Feira, uno de los cangaceiros, héroes predilectos de Antonio Balduino:

*Entusiasmado acabé
con mucha pompa y riqueza
pero en mi rancho tenía
bote de rapé y princesa.
Fui preso para Bahía
porque dicen que robé
pero bajé de caballo
y los guardias iban a pie.*

Hacían comentarios en voz baja:

- Era un condenado ese Lucas...
- Dicen que tenía una puntería tremenda...
- Dicen que en el fondo era bueno...
- ¿Bueno?
- Sólo robaba a los ricos... Y luego repartía el dinero entre los pobres...

*A un pobre nunca robé
pues no había qué robar
pero ricos hacendados
ninguno dejé escapar...*

- ¿No te decía yo?
- Un tío bragado; eso era...

*Mulatas de buen cabello
cabritas de buen color
criollitas deliciosas
ninguna se me escapó...*

Aquí Ze Camarao pasaba sus ojos dulces por el grupo de muchachas y sonreía con su mejor sonrisa. Ellas le admiraban como si fuera el mismísimo Lucas da Feira. Los hombres reían a carcajadas. Después venía la fidelidad del cangaceiro a su palabra, y su heroísmo fanfarrón:

*No digo quién es mi socio
pues no conviene charlar,
que si hoy me veo perdido
otros podrán escapar...
Las gentes de aquella tierra
a pesar de su majeza
me llamaban capitán.
Capitán soy con grandeza.*

Pero había un momento en que la voz de Ze Camarao sonaba más llena y sus ojos más dulces. Era cuando cantaba la letra U:

*U es una letra vocal
A, E, I, O también;
Adiós Caldeiro da Feira
y a ti, mi chula, también...*

Miraba para su preferida y en aquel momento era Lucas da Feira, el cangaceiro, el bandido, el asesino, que sin embargo era capaz de amar apasionadamente...

Terminaba entre aplausos:

*Maté muchachos y viejos,
maté a hombres y niños.
Pero me ha llegado el día;
Ya se cumplió mi destino.*

Luego venía una samba. Canción saudosa cantada con la voz más triste de Ze Camarao:

*Me voy de esta tierra
 porque sus mujeres son malvadas...
 Me voy de esta tierra
 con la saudade sobre mí...*

Las mujeres se emocionaban:

–¡Es tan hermosa...!

–¡Dan ganas de llorar...!

Una mujer deforme, encinta de varios meses, contaba a otra sobriamente su historia:

–Cuando yo era bonita siempre lo tenía en casa. Me llenaba de regalos. Hasta se quería casar con cura y todo...

–¿Hasta con cura y todo?

–Sí, hija mía, sí... Cuando un hombre quiere engañar a una es peor que el diablo... Me prometió un montón de cosas. Y yo, imbécil, se lo creí todo... Después pasó lo que pasó... y aquí me tienes, con el barrigón... Tuve que ponerme a trabajar, perdí el color. Y ahora él se me ha largado con una mala cabra vagabunda que se pasaba el día regañándole los dientes...

–¿Y por qué no le haces un hechizo a ver si vuelve?

–¿Para qué? Es el destino... El destino lo da Dios...

–Pues mira: yo que tú le hacía un hechizo, al menos para que la bicha que se lo llevó agarrara cualquier cosa... Hay que ver... Una cabra se te lleva al hombre y te quedas como si nada... Había de ser yo... Buen hechizo se llevaba, te lo juro. La lepra le iba a dar. Ya verías como volvía... Y con padre Jubiabá que los echa tan bien...

–¿Para qué? El destino viene de ahí –y señala al cielo–. La gente viene al mundo y tiene que cumplirlo... Este que está aquí dentro –y mostraba la barriga enorme– tiene el suyo dispuesto...

La vieja Luisa apoyaba:

–Tienes razón, hija mía. Eso es lo que pasa...

Se generalizaba la charla:

–Pues oye ¿conoces a Gracinha, una morena del Guindaste dos Padres?

Una mujer la conocía:

–¿No es una desdentada, fea como un demonio?

–La misma... Pues mira: con aquella cara y se llevó al hombre de la Ricarda; ya ves, de la Ricarda: un mujerón... Hechizo fuerte que le dio Jubiabá...

–Los hechizos se los daría ella en la cama –rió el mulato.

–Dicen que también Balbino murió de uno. Eso dice la gente...

–¡Qué va! Aquel murió de puro ruin que era... ¡Cómo una serpiente!

Un negro gordo y viejo que se estaba rascando la planta del pie con cuchillo, contó en voz baja:

–¿Sabéis lo que le hizo al viejo Zequiél? Pues es como para morir... El viejo era un buen hombre... Como no había otro... Lo conocí mucho trabajando de cantero. Un buen hombre... No había otro... Pero un día tropezó con Balbino... El muy canalla se le fue haciendo el amigo sólo para llevarse la hija. Os acordáis de Rosa... Yo me acuerdo como si la tuviera ahí... Era la moza más linda que vi con estos ojos que ha de llevarse la tierra... Pues Balbino la cameló: venga a hablarle de boda...

Interrumpió la mujer encinta:

–Igualito que Roque conmigo...

–Llegaron hasta poner el día... Pero una noche en que el viejo Zequiél estaba trabajando... En los muelles trabajaba... Tenía que cargar un barco... Balbino con aquello de que era el novio se metió casa adentro, se llevó a Rosa para ver el ajuar que estaba guardado en el cuarto del viejo. La tiró en la cama y ella dijo que gritaba y que no quería. El Balbino entonces empezó a pegarle hasta que la dejó llena de sangre que ni asesinada. Y aún tuvo la poca vergüenza de abrir la maleta del viejo y llevarse el dinero que tenía guardado: una miseria de cincuenta mil reis, para la boda. Cuando el viejo llegó se volvió loco. Pero el Balbino, que de hombre sólo tenía la lengua, se metió donde pudo, de miedo al viejo, hasta que un día con otros dos agarraron a Zequiél en un sitio oscuro y le

dieron de palos hasta que le dejaron por muerto... Pues ni a la cárcel fue... Dicen que tenía muchas agarraderas...

–Sí, a mí me contaron que un día lo agarró un guardia y lo llevó al cuartelillo, y ¿sabes lo que le pasó?, pues que lo soltaron, y el guardia acabó a la sombra...

–Dicen que andaba de soplón de la policía, que les decía dónde hacían los negros el candomblé, para que lo cerraran.

Nadie había reparado en la llegada de Jubiabá. El macumbero habló:

–Pero murió de mala muerte... Los hombres bajaron la cabeza. Bien sabían que nada podían con Jubiabá, que era «padre-de-santo».

–Murió de muerte fea. Ruin. Con él se cerró el ojo de la piedad. Cuando murió, se abrió de nuevo. Y repitió:

–Se cerró el ojo de la piedad. Quedó sólo el ruin...

Entonces un negro fornido se acercó a Jubiabá:

–¿Y cómo fue, padre Jubiabá?

–Nadie debe cerrar el ojo de la piedad. Es malo cerrar el ojo de la piedad... No trae nada bueno... Lo dijo en nagô, y cuando Jubiabá hablaba en nagô, los negros temblaban:

–Oíu ànun fó ti ika, li ôkú.

De pronto el negro se arrojó a los pies de Jubiabá y empezó a gritar:

–Yo cerré el ojo de la piedad, amigos... Un día cerré el ojo de la piedad...

Jubiabá miró al negro con los ojos semicerrados. Los otros, hombres y mujeres, se apartaron.

–Fue un día allá en el *sertao*, una tierra seca... No llovía. Morían los bueyes, morían los hombres, todo moría. La gente huyó. Había un montón de gente, pero todos se fueron quedando por los caminos. Quedamos sólo yo y Joao Janjao. Un día él cargó conmigo a cuestas, porque yo ya no podía con mis piernas... Él tenía el ojo de la piedad bien abierto; andábamos con la garganta seca. Un sol horrible. La gente medio muerta... Un día robamos en una casa una calabaza de agua para poder seguir. Joao Janjao la llevaba, y sólo bebíamos un sorbo al día. Iba yo muerto de sed. Fue entonces cuando encontramos un blanco medio muerto de sed también. Joao Janjao quiso darle agua pero yo no le dejé. Había muy poca, sólo para Joao y para mí, lo juro... Y él quería dársela al blanco... Tenía el ojo de la piedad abierto Joao Janjao, bien abierto... Pero el mío lo había secado la sed. Sólo quedó la ruindad... Él quiso darle agua, y yo me eché encima de él... Y rabioso lo maté. Y me había llevado todo un día a cuestas...

El negro se quedó mirando para la negrura de la noche. En el cielo brillaban las estrellas sin fin. Jubiabá se había quedado con los ojos cerrados.

–Me había llevado a cuestas todo el día... Tenía el ojo de la piedad abierto... Quiero sacármelo de aquí, de la frente, pero no se va, no puedo, está ahí, mirándome, mirándome siempre...

Se pasó la mano por los ojos como queriendo apartar la visión. Pero no lo consiguió y siguió mirando fijamente ante él.

–Me llevó todo un día a cuestas...

Jubiabá repitió con voz monótona:

–Es ruin cerrar el ojo de la piedad. Trae desgracias...

Entonces el hombre se levantó y se fue del morro llevándose su historia.

* * *

Antonio Balduino oía y aprendía. Aquella era su aula provechosa, única escuela que él y los otros chiquillos del morro poseían. Así se educaban y escogían carreras. Carreras extrañas aquellas de los hijos del morro. Y carreras que no exigían mucha lección: chulo, ratero, matón, guardaespaldas, descuidero. Había también otra carrera: la esclavitud de las fábricas, del campo, de los oficios proletarios.

Antonio Balduino oía y aprendía.

* * *

Un día llegó un viajero y fue a alojarse en casa de doña María, una mulata gorda que se estaba haciendo rica a costa de los clientes de Jubiabá. El hombre venía a consultar al *macumbeiro* para

que le curara una dolor antiguo y martirizante que tenía en la pierna derecha. Los médicos habían desistido ya hacía mucho. Hablaban con nombres complicados y daban remedios caros. Y el hombre cada vez iba peor, la pierna dolorida y él sin poder trabajar.

Entonces decidió hacer el viaje para consultar al *pai-de-santo* Jubiabá que curaba todo en su *macumba* de Morro do Capa Negro.

El hombre venía de Ilheus, la ciudad rica del cacao, y estuvo a punto de destronar a Ze Camarao del lugar de honor que ocupaba a los ojos de Antonio Balduino.

Y es que el hombre, curado radicalmente en dos sesiones en casa de Jubiabá, se acercó un domingo al corro de la vieja Luisa. Todos lo trataban con gran deferencia, pues decían que era hombre de dinero, que se había enriquecido en el Sur y que le dio a Jubiabá un montón de dinero por sus servicios. Vestía buenas ropas y hasta le llevaron una carta que llegó para la señora Ricarda a fin de que se la leyera. Pero dijo:

–No sé leer, señora...

Era de un hermano de ella que se moría de hambre en el Amazonas. El hombre de Ilheus dio cien mil reis.

Así, todos se quedaron callados cuando se acercó al grupo de la puerta de Luisa.

–Póngase a gusto, señor Jeremías –y Luisa le ofreció una silla con la paja agujereada.

–Muchísimas gracias, señora.

Y como siguieran en silencio:

–¿De qué estaban hablando?

–La verdad es –respondió Luis Sapateiro– que estábamos hablando de lo rica que es su tierra, del dineral que un hombre puede ganar allá...

El hombre inclinó la cabeza y sólo entonces se dieron cuenta de que tenía el pelo casi completamente blanco y el rostro lleno de arrugas.

–No tanto, no tanto... Se trabaja mucho y la ganancia es poca.

–Pero usted es hombre de posibles...

–¡Qué va! Tengo un palmo de tierra. Y hace muchos años que estoy por allá. Tres veces me hirieron. Nadie está libre de una traición.

–¿Es valiente la gente allá? –pero nadie oyó a Antonio Balduino.

–Pues aquí hay muchos que quieren irse con usted cuando vuelva a su tierra.

–¿Son valientes los hombres allá? –insistió Antonio Balduino.

El hombre le pasó la mano por las greñas al negrito y siguió hablando:

–Es una tierra brava... Tierra de pistolas y de muerte...

Antonio Balduino estaba con los ojos clavados en el hombre, esperando que le contara más cosas de aquella tierra.

–Allá se mata por una apuesta... Apuestan de qué lado va a caer uno: a la derecha o a la izquierda. Cogen el dinero... y tiran sólo para ver quién gana la apuesta...

Miró hacia los otros para ver el efecto que producía. Bajó la cabeza y continuó:

–Había un negro allá que era un demonio... José Estique... Negro valiente como él solo. Todo el valor del mundo lo llevaba dentro... Una peste con figura de hombre.

–¿Un jaque?

–No, porque era hacendero rico... Ze Estique tenía un montón de tierras que no se acaban nunca. Todas de cacao... Pero aún tenía más muertos en la conciencia que plantas de cacao.

–¿Nunca fue a la cárcel?

El hombre medio cerró los ojos:

–¿A la cárcel? –sonrió–. ¿Un rico...?

Su sonrisa era un comentario sarcástico. Los otros lo miraron admirados. Pero luego comprendieron y siguieron escuchando en silencio al hombre de Ilheus.

–¿Saben lo que hacía? Entraba en Itabunas montado, y cuando pasaba por allí un tío ricacho le decía: «Abre la alforja que voy a mear dentro...» Y todos la abrían... Ze Estique tenía buena puntería. Una vez entró en Itabunas y vio una moza blanca, hija del intendente. ¿Saben lo que hizo?

Pues va y dice «¡Eh tú, chica, ven aquí, aguanta esto que voy a mear...!» Y se desabrochó la bragueta y le decía que se lo aguantara...

–¿Y lo hizo? –Ze Camarao reía a carcajadas.

–Pues vaya... ¡Y maña que se dio la moza...!

Todos los hombres reían ahora y simpatizaban con Ze Estique. Y las muchachas bajaban el rostro avergonzadas.

–Mató, robó, desgració a un montón de chicas. Era valiente como un loco.

–¿Murió ya?

–Lo mató un gringo flaco de allá...

–¿Cómo fue?

–Un gringo apareció a trabajar en el cacao. Podaba las rozas. Hasta llegar él nadie lo hacía. Ganó dinero, compró unas tierras... luego se marchó para casarse, y volvió con una blanca tan blanca que hasta parecía una muñeca de esas de porcelana... Las tierras del blanco estaban junto a las de Ze Estique. Un día Estique pasó y vio a la gringa tendiendo ropa. Entonces fue y le dijo a Nicolau...

–¿Quién era Nicolau?

–El gringo... Pues fue y le dijo: «Deja esa muñeca ahí, que esta noche vengo por ella.» El gringo cogió miedo y fue a contárselo a un vecino. El vecino le dijo que o se la dejaba o moría, porque Ze Estique no era hombre para andarse con dos palabras. Si dijo que iba a buscarla, iba. Lo único que podía hacer era largarse, pero ¿Adónde? El gringo volvió que no se aguantaba. No quería dar aquella mujer tan linda que había ido a buscar a su tierra. Pero Ze Estique lo mataría y encima se le quedaría con la mujer...

–¿Y qué hizo?

Los asistentes no podían contenerse. Sólo Ze Camarao sonreía como si conociera una historia aún más impresionante que la del hombre de Ilheus.

–Pues por la noche, Ze Estique fue... Saltó del caballo y en vez de encontrarse con la mujer se dio de morros con el gringo, tras de un árbol, con un hacha así... Le abrió la cabeza de medio a medio... Una muerte terrible...

Una mujer dijo:

–Bien merecida se la tenía... Bien hecho...

Otra se santiguó amedrentada. Y el hombre de Ilheus siguió contando historias y más historias de muertes y tiros de su tierra heroica. En cuanto se fue, curado ya, Antonio Balduino sintió una tristeza como quien se separa de su enamorada.

Y es que en las charlas del Morro do Capa Negro, Antonio Balduino oía y aprendía. Y antes de tener diez años se juró que un día había de circular su nombre en las historias, y que sus aventuras serían relatadas y oídas con admiración por otros hombres, en otros morros.

* * *

La vida en el Morro do Capa Negro era difícil y dura. Aquellos hombres trabajaban fuerte, algunos en el muelle, cargando y descargando barcos o llevando maletas de viajeros, otros en fábricas distantes y oficios pobres: zapatero, sastre, barbero. Las negras vendían arroz con leche, acarajá, frutas y pastelillos en las calles tortuosas de la ciudad, las negras lavaban, hacían de cocineras en casas ricas de los barrios elegantes. Muchos de los chiquillos trabajaban también. Hacían de limpiabotas, llevaban recados, vendían periódicos. Algunos iban a las casas ricas, de criados. Los más se pasaban el día por el morro, de peleas, correrías, jugando. Estos eran los más niños. Ya sabían desde muy pronto cuál sería su destino: crecerían e irían a los muelles, donde acabarían curvados bajo el peso de los sacos de cacao, o se ganarían la vida en las fábricas enormes. Y no protestaban porque desde hacía muchos años venía siendo siempre así: los chiquillos de las calles bonitas y arboladas serían médicos, abogados, ingenieros, comerciantes, hombres ricos. Ellos serían sus criados. Para eso existía el morro y los moradores del morro, cosa que el negro Antonio Balduino aprendió desde muy niño en el ejemplo diario de los mayores. Al igual que las casas ricas tenían la tradición del tío, padre o abuelo ingeniero célebre, orador de éxito, político sagaz, en el morro, donde vivía tanto negro, tanto mulato, había la tradición de esclavitud bajo el señor blanco y rico. Y esa era la única tradición. Porque la de la libertad en los bosques de África ya la habían

olvidado y eran raros los que la recordaban, y esos raros eran o exterminados o perseguidos. En el morro sólo Jubiabá la conservaba, pero esto aún no lo sabía Antonio Balduino. Raros eran los hombres libres del morro: Jubiabá, Ze Camarao. Pero ambos eran perseguidos, uno por *macumbeiro*, por seguir apegado a sus ritos ancestrales, otro por vagabundo y maleante. Antonio Balduino aprendió mucho en las historias heroicas que se contaban en el morro, y olvidó la tradición de servir. Resolvió ser del número de los libres, de los que después tendrían historias con su nombre y servirían de ejemplo a los hombres negros, blancos y mulatos que se esclavizaban sin remedio. Fue en el Morro do Capa Negro donde Balduino resolvió luchar. Todo lo que luego hizo fue debido a las historias que oyó en las noches de luna a la puerta de su tía. Aquellas historias, aquellos cantares, habían sido compuestos para mostrar a los hombres el ejemplo de libertad de los alzados. Pero los hombres no lo comprendían o ya estaban demasiado esclavizados. Sin embargo, algunos oían y entendían. Y Antonio Balduino fue de los que entendieron.

* * *

Había una mujer llamada Augusta das Rendas que vivía en el morro, casi al lado de la vieja Luisa. La llamaban de las *rendas*, de los encajes, porque se pasaba el día haciéndolos y luego vendía su trabajo los sábados, por la ciudad. Cuando pensaban que estaba mirando una cosa determinada, ella estaba con los ojos perdidos en el cielo, en algo invisible. Era de las asiduas en la macumba de Jubiabá, y aunque no era negra gozaba de gran prestigio ante el *pai-de-santo*. A Antonio Balduino le daba a veces alguna moneda, y éste se la gastaba en dulces o la guardaba para comprarse un paquete de cigarrillos en sociedad con Zebedeu.

Inventaron historias sobre la vida de Augusta, que había aparecido un día en el morro sin decir de dónde venía ni adonde iba. Se quedó allí. Nadie sabía nada de su vida. Pero como tenía aquel mirar perdido y la risa triste, imaginaban cosas sobre ella, historias de desgracias amorosas, de tristes aventuras. Ella misma, cuando le preguntaban algo sobre su vida, decía solamente:

–Mi vida es una novela... Habría mucho que escribir.

Cuando vendía encajes (y contaba los metros por un sistema muy rudimentario: juntando el encaje y la mano derecha bajo el mentón y extendiendo el brazo izquierdo), se equivocaba muchas veces:

–Uno... dos... tres... –se quedaba cortada y como sorprendida– ¡Veinte! ¿qué...? ¿Quién dijo veinte? Yo aún estoy en tres...

Miraba para la parroquiiana y le explicaba:

–El condenado me hace equivocar. No puede imaginárselo, señora... Yo voy contando, contando, y él empieza a contarme al oído, muy de prisa, hasta que me asusta. Cuando yo aún estoy en tres, él ya está en veinte... No puedo con él...

Y suplicaba:

–¡Vete ya! Quiero vender mis encajes. ¡Vete ya, que me haces equivocar!

–¿Pero quién es él, Augusta?

–Quién es, ahí está... ¿Quién va a ser? Es ese malvado que vive acompañándome. Ni después de muerto me deja tranquila. Siempre persiguiéndome...

Otras veces el espíritu resolvía divertirse y trababa las piernas de Augusta. Entonces ella se paraba en medio de la calle y con una paciencia inmensa empezaba a desatar las cuerdas que le había atado en torno a las piernas.

–¿Pero, qué está haciendo, *sinhá* Augusta? –preguntaban.

–¿No lo veis? Estoy quitándome las cuerdas que aquel desgraciado me puso en las piernas para que no pueda andar ni ir a vender los encajes... Quiere que me muera de hambre...

Y seguía arrancando trabas invisibles. Pero cuando le preguntaban algo sobre quién había sido aquel espíritu, Augusta no soltaba palabra. Se quedaba mirando a lo lejos y sonreía con su sonrisa triste. Y las mujeres decían:

–Augusta está mal porque sufrió mucho... Vida triste la suya...

–¿Pero qué fue lo que tuvo?

–Calla... Cada cual sabe su vida.

* * *

Fue Augusta das Rendas quien vio primero al hombre-lobo que apareció en el morro. Era una noche sin luna. La oscuridad dominaba los callejones enfangados y sólo raros candiles brillaban en las casas. Noche tenebrosa, noche para ladrones y asesinos. Augusta iba por la ladera cuando oyó entre los árboles un aullido estremecedor. Miró y vio los ojos de fuego del hombre-lobo. No creía en historias de hombres-lobo, pero entonces lo vio con sus propios ojos. Tiró el cesto de los encajes y salió a la carrera hacia la casa de Luisa. Contó la novedad con grandes gestos de espanto, la voz aún vacilante, los ojos esta vez desorbitados, las piernas temblorosas de la carrera.

–Bebe un trago de agua –ofreció Luisa.

–Es bueno para el susto... Agradecida...

Antonio Balduino oyó y se lanzó a difundir la noticia. Al cabo de un rato todo el morro sabía que andaba por allá un hombre-lobo, y a la noche siguiente lo vieron tres personas más: una cocinera que volvía del trabajo, Ricardo el de las zuecas, y Ze Camarao, que le clavó una puñalada al bicho, que salió dando un aullido a refugiarse en la espesura. En las noches siguientes los otros moradores del morro fueron viendo al monstruo, que reía y escapaba. El miedo se apoderó del morro. Se cerraban temprano las puertas. Las gentes ya no salían de noche. Ze Camarao propuso dar una batida para coger a la bestia, pero muy pocos tuvieron valor para secundarte. Sólo el negrito Antonio Balduino se entusiasmó con la propuesta y escogió las piedras más puntiagudas para su tirador. Seguían llegando noticias del hombre-lobo. Luisa vio su sombra un día que volvía más tarde de lo habitual; Pedro tuvo que echar a correr, con el monstruo tras él. El morro vivía inquieto y sólo se hablaba del hombre-lobo. Hasta un periodista apareció por allí haciendo fotos. Por la tarde salió la noticia diciendo que no había tal hombre-lobo, que era una invención de la gente del Morro do Capa Negro. Lourenço, el tabernero, compró un diario, pero nadie creyó lo que decía, pues todos habían visto al hombre-lobo y hombres-lobo habían existido siempre. Los niños comentaban el caso en los descansos de sus correrías.

–Mamá dice que el hombre-lobo es siempre un niño malo, que luego se vuelve lobo...

–Sí, le crecen las uñas, luego se va volviendo lobo en una noche de luna llena.

Antonio Balduino se entusiasmó:

–¿Vamos a volvernos hombres-lobo?

–¡Vuélvete tú, si quieres ir al infierno...!

–Tú eres un bobo; un idiota rematado...

–¿Pues por qué no te vuelves tú, di?

–Pues a que me vuelvo... ¿Cómo se hace?

Había un chiquillo que sabía cómo era y lo describió:

–Déjate crecer las uñas, el pelo, no te laves más, sal por las noches cuando haya luna, haz cosas malas, y cuando salga la luna llena ponte de cuatro patas...

–Cuando estés de cuatro patas, llámame, que quiero verte...

–¡Vamos anda...! A que te doy... De cuatro patas que se ponga tu madre...

El otro se levantó. Antonio Balduino se fue a él diciendo:

–A mí nadie me habla así...

–Hablo como me da la gana –y le soltó un puñetazo.

Rodaron por el suelo. Los otros los animaban. El pequeño era más fuerte que Antonio Balduino, pero éste era buen alumno de Ze Camarao y lo derribó. La pelea acabó cuando Lourenço el de la taberna los separó:

–A ver, hombre. Ni que fueran salvajes. ¿Es que no tienen educación?

El chiquillo se apartó a un rincón, y Antonio Balduino con las ropas rasgadas siguió preguntando al enterado cómo se transformaba uno en hombre-lobo.

–¿Y hay que andar a cuatro patas?

–Sí, para acostumbrarse...

–¿Y después?

–Después se cambia poco a poco... El cuerpo se va llenando de pelos, empiezas a dar saltos como un caballo, a arañar la tierra con las uñas. Llega un día, y ya eres hombre-lobo. Sales corriendo, asustando a la gente...

Antonio Balduino se volvió al que antes había peleado con él:

–Cuando sea hombre-lobo al primero que voy a zamparme es a ti...

Se fue. Pero a medio camino se volvió a preguntar:

–Y luego, para volverse persona otra vez ¿qué hay que hacer?

–¡Ah, eso no lo sé!

Por la tarde, el chiquillo que antes se había pegado con él, se le acercó y dijo:

–Oye, Baldo, a quien debías sacudir es a Joaquim, que anda diciendo que eres un paquete en el fútbol...

–¿Eso dice?

–Te lo juro.

–¿Por Dios?

–Por Dios.

–Pues me las va a pagar.

El otro le dio la mitad de un cigarrillo e hizo así las paces con Balduino.

Antonio Balduino seguía intentando convertirse en hombre-lobo. Le hizo mil perrerías a tía Luisa y sólo sacó dos buenas zurras; se dejó crecer las uñas y se negó a cortarse la pelambreira. En las noches de luna se iba al fondo de la casa, se ponía de cuatro patas e iba así de un lado a otro. Pero no se transformaba. Poco a poco se iba desanimando y ya empezaba a estar un poco harto de las preguntas de los otros chiquillos, que siempre andaban tras él diciéndole que a ver cuándo aparecía ya de hombre-lobo. Pensó que, sin duda, lo que hacía no era suficiente, y resolvió hacer una maldad muy grande. Se pasó varios días maquinándola hasta que un día vio a Joana, una negrita mimada, jugando con las muñecas. Tenía muchas, hechas de paño, que le traía Eleuterio, blancas y negras, bautizadas con nombres de personas. Con ellas hacía bautizos y casamientos y eran días de fiesta para la chiquillería del morro.

Aún se acordaban de la fiesta que dio Joana cuando bautizó a Iracema, una muñeca de porcelana que su padrino le regaló el día de su santo. Antonio Balduino se acercó con su plan ya formado. Y se llegó a la niña con voz amiga y dulce:

–¿Qué es eso, Joana?

–Mi muñeca tiene novio...

–Es bonita... ¿Quién es el novio?

El novio era un muñeco de marionetas con patas tuertas.

–¿Quieres ser el padrino?

Antonio Balduino lo que quería era hacer añicos el muñeco. Pero Joana empezó a hacer pucheros:

–No me pegues, que se lo digo a mi mamá... Vete ya... Vete...

Antonio Balduino endulzó la voz, sonrió, bajó los ojos.

–Déjame Joana... Déjame que lo rompa...

–No quiero –y apretó el muñeco contra el pecho.

Antonio Balduino se asustó como un ladrón sorprendido con las manos en la masa.

¿Cómo habría adivinado sus intenciones? Sintió miedo y quiso retroceder. Pero Joana sollozaba otra vez, las lágrimas estaban a punto de saltarle de los ojos y él no resistió. Como ciego, como alucinado, se echó sobre los muñecos y aplastó cuantos pudo. Joana se quedó allí mismo, parada, llorando sin gritos. Le caían las lágrimas, resbalaban por las mejillas, se le metían en la boca. Antonio Balduino se la quedó mirando, parado también, sorprendido de que Joana pareciera mucho más bonita llorando. De repente la pequeña miró los muñecos despedazados y empezó a llorar a gritos» desesperada. Antonio Balduino, que antes sentía remordimientos y la encontraba bonita, empezó a gozar de aquellas lágrimas. Podía haber huido y tal vez si se escondiera a tiempo podría evitar la zurra, porque la vieja Luisa, pasada la rabia, era incapaz de pegarle. Pero se quedó allí, quieto, gozando de aquel llanto sincero. Sólo salió de allí a rastras. Desde la puerta de Joana hasta la

cocina fue una continua paliza. Pero no intentó hurtar el cuerpo a los pescozones. Aún tenía ante sus ojos la figura de Joana, las lágrimas cayendo, entrándole por la boca. Después quedó amarrado a las patas de la mesa, y al poco tiempo el gozo se le fue acabando. Entonces, como no tenía otra cosa en qué entretenerse, se dedicó a matar hormigas. Un vecino dijo:

–Es de la piel del diablo... Ese acaba matando a alguien...

* * *

No se transformó en hombre-lobo. Pero tuvo que luchar con uno de los chicuelos y descalabrar a otro para recuperar su prestigio entre los pequeños del barrio. Prestigio que había quedado muy entredicho al no, lograr aquella transformación asombrosa. También desapareció el otro hombre-lobo cuando Jubiabá hizo un conjuro fuerte, en plena luna llena, en la cima del morro, acompañado de casi todos los habitantes. Rezó con un ramo de hojas, ordenó al monstruo que se fuera, después lanzó el ramo en la dirección en que el hombre-lobo había sido visto, y el monstruo se volvió por donde había venido y dejó en paz a los moradores del Morro do Capa Negro. Nunca más volvió el hombre-lobo. Pero aún hoy se habla de él en las charlas del barrio.

Jubiabá, que nadie sabía cuántos años llevaba encima, y que vivía en el Morro do Capa Negro mucho antes de que hubiera allá otros habitantes, explicó la historia del hombre-lobo:

–Ya apareció muchas veces. Ya lo largué un montón de veces. Pero vuelve y volverá mientras no pague los crímenes que cometió aquí abajo. Y volverá muchas veces todavía.

–¿Quién es, padre Jubiabá?

–¡Ah! ¿No lo sabe? Pues era un señor blanco, dueño de una hacienda. Eso fue en tiempos pasados, en los tiempos de la esclavitud del negro. La hacienda la tenía aquí donde vivimos ahora. Aquí. ¿No saben por qué este morro se llama Morro do Capa Negro? ¿No lo saben? Pues es porque este morro era la hacienda del señor. Y él era un hombre malo. Le gustaba que los negros y las negras tuvieran hijos, para así tener él más esclavos... Y cuando un negro no hacía hijos, él lo mandaba capar... Capó mucho negro el de la hacienda... Blanco ruin... Por eso se llama Morro do Capa Negro y tiene un hombre-lobo. El hombre-lobo es el blanco. No murió, no. Era demasiado malo y una noche se volvió hombre-lobo y salió por el mundo asustando a la gente. Ahora anda buscando el sitio donde estaba su casa, que era aquí, en el morro. Y aún quiere seguir capando negros...

–¡Dios nos ayude...!

–El que va a acabar capado va a ser él –Ze Camarao se echó a reír.

–Los negros que capó eran abuelos nuestros, bisabuelos... Y nos anda buscando porque cree que aún somos sus esclavos...

–Pero los negros ya no somos esclavos...

–Sí, aún somos esclavos los negros –interrumpió el flaco que trabajaba en los muelles–. Todos los pobres somos aún esclavos. Aún no se acabó la esclavitud...

Los negros, los mulatos, los blancos, bajaron la cabeza. Sólo Antonio Balduino se quedó mirando al frente: él no iba a ser esclavo.

* * *

No era muy popular en el morro el negrito Antonio Balduino. No es que fuera peor que los demás. Hacía lo mismo que los demás, jugaba como ellos al fútbol con su pelota de vejiga de buey, iba a espiar a las negras que meaban en el arenal detrás de la Baixa dos Sapateiros, robaba fruta en el mercado, fumaba cigarrillos baratos, decía palabrotas. Pero no era esa la razón de que le tuvieran cierta inquina. Se la tenían porque era él quien pensaba todas las ruindades que los chiquillos hacían en el morro, de su cabeza salían todas las ideas raras, las travesuras inconfesables.

¿No fue a él a quien se le ocurrió que todos los chiquillos del barrio fueran a la fiesta del Bonfim? Salieron hacia las tres de la tarde y eran las tres de la mañana y aún no habían vuelto. Las madres iban y venían afligidas de casa en casa; algunas lloraban. Los padres salieron en su busca. Para los chiquillos la aventura fue admirable: recorrieron toda la ciudad, gozaron de la fiesta hasta el fin, jugaron hasta cansarse, y sólo se acordaron de volver cuando ya no se aguantaban de sueño. Habían robado dulces a las negras vendedoras, palparon muchos traseros de mozas, también

tuvieron tiempo para pelearse entre ellos. Cuando volvieron, ya día claro, iban amedrentados con la certeza de la zurra. Y decían a los padres:

–Fue Balduino quien me llevó...

Pero este día la vieja Luisa no le pegó. Le acarició la pelambreira y le dijo:

–Ellos fueron porque quisieron ¿no es verdad, hijo?

También Jubiabá quería a Antonio Balduino. Hablaba con él como si fuera un hombre. Y el negrito iba haciéndose amigo del santón.

Lo respetaba porque sabía todo y solucionaba todas las cuestiones entre los hombres del morro, y curaba todas las enfermedades y hacía hechizos fuertes y era libre, y no tenía patrón ni horario de trabajo.

Una vez, en plena noche, los gritos de socorro espantaron la paz del morro. Se abrieron las casas y hombres y mujeres salieron a la calle con los ojos medio cerrados de sueño. Era en casa de Leopoldo. Pero los gritos habían acabado ya, y sólo se oían gemidos muy leves. Corrieron allá. La puerta de tablas de cajón estaba abierta, la cerradura reventada, y dentro agonizaba Leopoldo con dos cuchilladas en el pecho. La sangre formaba un charco alrededor. Leopoldo se irguió y después cayó para no levantarse más. De la boca abierta le salió un borbotón de sangre y alguien le puso en la mano una vela encendida. Hablaban en voz baja. Una mujer empezó a rezar la oración de los moribundos. Al poco rato la casa estaba llena de gente.

* * *

Era la primera vez que alguien entraba en casa de Leopoldo. Él no quería a nadie allá. Hombre de pocas relaciones, no tenía intimidad con nadie y desde que se había establecido en el morro no había recibido ninguna visita. Sólo una vez fue a casa de Jubiabá y pasó allá muchas horas. Pero nadie supo lo que le dijo al *pai-de-santo*. Trabajaba de carpintero y bebía mucho. Cuando se emborrachaba en la tasca de Lourenço, se quedaba aún más taciturno y a veces, sin motivo, la emprendía a puñetazos con el mostrador. Antonio Balduino le tenía miedo. Y con más miedo quedó cuando lo vio muerto con dos cuchilladas en el pecho. Nunca se supo quién fue el asesino, pero cierto día, un año después, Balduino estaba corriendo por la ladera cuando un hombre cubierto de andrajos y con el sombrero agujereado y cara de loco, se acercó y le preguntó:

–Oye, pequeño, ¿vive aquí un tal Leopoldo? Un negro alto, serio...

–Sí, ya sé... pero no vive ya, señor...

–¿Se cambió de barrio?

–No. Murió.

–¿Murió? ¿De qué?

–De unas cuchilladas...

–¿Asesinado?

–Asesinado, sí señor...

Miró al hombre:

–¿Era pariente suyo?

–¿Quién sabe? Oye, dime: ¿cuál es el camino de la ciudad?

–¿No quiere ir allá arriba para saber más cosas? Mi tía puede decirle... Le llevaré a la casa donde vivió Leopoldo... Ahora vive allí Zeca...

El hombre sacó quinientos reis de sus rotos calzones y se los dio a Balduino.

–Mira, pequeño, si no estuviera muerto moriría hoy...

Y echó ladera abajo sin esperar respuesta. Antonio Balduino bajó corriendo tras el hombre:

–¿No quiere saber el camino de la ciudad?

Pero el otro ni siquiera miró atrás. Antonio Balduino no habló de ese encuentro con nadie, tanto miedo tuvo. Y en sueños la imagen del hombre del sombrero agujereado le persiguió durante mucho tiempo. Parecía que viniera de muy lejos y estaba cansado. Antonio Balduino pensó que aquel hombre tenía cerrado el ojo de la piedad.

* * *

Uno, dos, tres años pasaron en aquella vida del morro. Los habitantes eran los mismos, la vida la misma. Nada cambiaba, sólo los dolores de la vieja Luisa aumentaban. Ahora le daban casi a diario, en cuanto la vieja volvía de la venta nocturna de los pastelillos y del arroz dulce. La negra se ponía a gritar, echaba afuera a los vecinos, venía Jubiabá y cada vez tardaba más en curar los dolores de Luisa. La vieja andaba rara; llegaba de la calle furiosa, gritando, rezongando por todo, pegaba terribles palizas a Balduino por nada que hiciera, y después, cuando le pasaba el dolor, abrazaba al pequeño, le mataba los bichos de las greñas, lloraba en voz baja, pedía perdón. Antonio Balduino no entendía nada de lo que pasaba. Su tía le parecía incomprendible, con aquellos ataques de furia y de cariño. Y en los juegos, de vez en cuando, se quedaba parado pensando en su tía, en los dolores que la estaban matando. Sentía que pronto la iba a perder y eso dejaba oprimido su pequeño corazón, tan lleno de amor y no de odio.

* * *

La tarde había sido sombría, llena de nubes negras. Con la noche llegó un ventarrón pesado que apretaba a los hombres por el pescuezo y silbaba en los callejones. Cuando las luces se encendieron, el viento dominó la ciudad, corrió con los chiquillos por las laderas, visitó a las mujeres del Beco de María Paz, levantó nubes de polvo, invadió casas y rompió macetas. Cuando las luces se encendieron cayó una lluvia violenta, un temporal como no se recordaba otro desde hacía mucho. Se apagaban los candiles, no se oían voces en las casas. El morro parecía un mundo cerrado y vacío. Luisa se estaba preparando para salir. Antonio Balduino mataba hormigas en un rincón. La tía le pidió:

–Balduino, échame una mano.

Él la ayudó a colocar las latas encima de la tabla y Luisa se la colocó en la cabeza. Pasó la mano por el rostro de Antonio Balduino y se dirigió hacia la puerta. Sin embargo, antes de descorrer el cerrojo, tiró la tabla y las latas por el suelo con un gesto rabioso, y gritó:

–No voy más.

Antonio Balduino se quedó mudo de espanto.

–¡No! ¡No voy más! ¡Que vaya quien quiera!

–¿Qué pasa, tía?

Los dulces se aplastaron en el suelo. Luisa pareció quedarse más tranquila y en vez de responder empezó a contar una historia extraña de una mujer que tenía tres hijos, uno carpintero, otro cantero, el tercero estibador. Después la mujer se metió monja y Luisa empezó a contar la historia de los hijos. Pero la historia no tenía pies ni cabeza. A pesar de todo, Antonio Balduino soltó una carcajada. Fue cuando el carpintero le preguntó al diablo:

–¿Dónde están sus cuernos, señor?

Y el diablo le contestó:

–Se los presté a tu padre...

Cuando Luisa estaba en lo mejor de la confusa historia vio los pastelillos por el suelo, y se puso a cantar:

No voy mas...

nunca más...

nunca más...

Antonio Balduino cogió miedo de nuevo y le preguntó si le dolía la cabeza. Ella le miró con ojos tan extraños que Antonio Balduino salió corriendo a esconderse detrás de la mesa.

–¿Quién es usted? ¿Es que quiere robarme los pasteles? Ven aquí, ruin, desvergonzado, que te voy a enseñar...

Echó a correr tras Balduino, que salió a la calle y no paró hasta la casa de Jubiabá. La puerta sólo estaba entornada y él la abrió de un empujón y se metió dentro. Jubiabá estaba leyendo un viejo libro cuando él entró.

–¿Qué pasa, Baldo?

–Padre Jubiabá... Padre Jubiabá...

No podía hablar. Respiró fuerte y se echó a llorar.

–Pero ¿qué te pasa, hijo mío?

–Tía Luisa. Le ha dado el ataque...

El temporal zumbaba fuera. La lluvia caía en ráfagas intensas. Pero Balduino no oía nada, sólo oía la voz de su tía preguntándole quién era, y sus ojos extraños, ojos que él no había visto jamás en nadie... Y los dos, Jubiabá y el chiquillo, fueron corriendo bajo el temporal; la lluvia cayendo, el viento zumbando. Iban silenciosos.

Cuando llegaron, la casa ya estaba llena de vecinos. Una mujer decía a *sinhá* Augusta das Rendas:

–Eso le pasa por cargar las latas en la cabeza... Una mujer, amiga mía, también se volvió loca por lo mismo... por andar con las latas calientes en la cabeza...

Antonio Balduino empezó a llorar de nuevo. Augusta no estaba de acuerdo con la vecina:

–¡Qué va, comadre! Lo que pasa es que se le ha metido dentro el espíritu. Ya verá como Jubiabá se lo saca en un momento...

Luisa cantaba a gritos, soltaba carcajadas y hablaba con Ze Camarao, que asentía a todo lo que la vieja decía. Jubiabá se acercó a Luisa y empezó a echarle unos responsos. Se llevaron a Antonio Balduino a casa de Augusta, pero él no durmió aquella noche, y en medio del temporal, entre el zumbido del viento y de la lluvia, oía los gritos y las carcajadas de su tía. Y sollozaba.

* * *

Al día siguiente vino una camioneta del manicomio. Dos hombres agarraron a la vieja y se la llevaron. Antonio Balduino se agarró a su tía. No quería dejar que se la llevaran. Quería explicarles:

–No es nada, no... Sólo es dolor de cabeza. Luego se le pasa. Padre Jubiabá la cura... No la lleven...

Luisa canturreaba, indiferente a todo.

Balduino mordió en la mano al enfermero y sólo la soltó cuando lo arrastraron a la fuerza hasta la casa de Augusta das Rendas. Todos fueron muy buenos con él aquel día. Ze Camarao estuvo hablando con él mucho rato, contándole cosas de la lucha capoeira y del guitarrón. Lourenço el de la taberna le dio caramelos; *sinhá* Augusta decía «pobrecito, pobrecito». Vino también Jubiabá, que le puso un amuleto en el pescuezo:

–Esto es para que seas fuerte y valiente... Soy amigo tuyo. Baldo, ya lo sabes...

* * *

Se quedó unos días en casa de Augusta. Pero una mañana ella le puso sus mejores ropas y lo llevó de la mano. Él preguntó adonde iban:

–Ahora irás a una casa muy bonita. Vivirás con el comendador Pereira. Él cuidará de ti...

Antonio Balduino no dijo nada, pero inmediatamente pensó que se escaparía. Cuando ya andaban lejos de la ladera tropezaron con Jubiabá. Antonio Balduino le besó la mano. Jubiabá le dijo:

–Cuando seas mayor ven por aquí. Cuando seas hombre.

Los niños estaban todos parados en la calle, mirando. Balduino les dijo adiós con tristeza. Siguió bajando.

Allá arriba quedaba la figura de Jubiabá sentado en un pedrusco del morro, con la camisa agitada por el viento y las hierbas en la mano.

TRAVESSA ZUMBI DOS PALMARES

Vieja calle de casas sucias y fachadas de color indefinido. Su trazado era recto, sin desvíos. Las aceras eran desarmónicas, unas anchas, otras estrechas, algunas avanzando hacia el centro de la calle, otras medrosas de apañarse de la puerta. Rúa mal calzada, de piedras vacilantes, con césped en las juntas. El silencio y el sosiego bajaban de todo y subían de todo. Venían del mar distante, de los montes de allá atrás, de las casas sin luz, incluso de las luces de los raros faroles, de las gentes. El silencio y el sosiego bajaban sobre la gente y envolvían la calle y sus habitantes. Parecía que la noche llegaba más temprana a la Travessa Zumbi dos Palmares que al resto de la ciudad.

Ni el mar que batía en los muelles, allá lejos, despertaba del sueño a aquella calle que era como una vieja solterona a la espera del novio que partiera hacia distantes capitales y se perdiera en la confusión de los hombres apresurados. La calle era triste. Una travesía agonizante. La calma de la calle pesaba como un aire de agonía; todo agonizaba allí: las casas, el cerro al fondo, las luces. El silencio era duro y dolía. La Travessa agonizaba.

¡Qué viejas eran las casas! ¡Cómo saltaban las piedras del pavimento!

Tan viejas como la anciana negra que vivía en la casa más negra y daba a los chiquillos, con gesto maternal, unos céntimos para que compraran golosinas, y se pasaba el día fumando en una pipa de barro, murmurando palabras que nadie entendía.

La calle se curvaba y las casas serían pronto una ruina. El silencio era un silencio de muerte. Un silencio que bajaba del morro sobre las piedras.

La Travessa Zumbi dos Palmares agonizaba. Una vez llegó una pareja de recién casados buscando una casa de alquiler. Encontraron una, confortable y quieta. Pero la novia dijo:

—No. No la quiero. Esta calle parece un cementerio...

* * *

Dos casas de pisos en la esquina, una enfrente de otra. El resto de la calle estaba formado por casitas bajas. Las casas habían perdido ya el color y en ellas vivía una legión de trabajadores.

Las casas de pisos, aunque antiguas, eran no obstante grandes y hermosas. En el caserón de la derecha vivía una familia abrumada por la pérdida de un hijo que había muerto asesinado. Vivían recogidos entre las cuatro paredes, no se asomaban nunca a las ventanas, que estaban eternamente cerradas, y andaban siempre de luto riguroso. Cuando, muy de tarde en tarde, se abría una ventana, se podía ver en la sala de visitas un cuadro enorme, el retrato de un joven rubio, vestido de teniente. Mostraba una sonrisa desafiante en los labios finos y una flor en la blanca mano. El piso tenía un mirador, y en este mirador, una muchacha rubia vestida de negro. Leía un libro de tapas amarillas y tiraba níqueles a Antonio Balduino.

Todas las tardes llegaba un mozo pintorero y paseaba la calle en toda su extensión. Silbaba bajito hasta que la muchacha lo veía. Entonces ella se levantaba y se acercaba a la barandilla del mirador, donde se quedaba sonriendo. El muchacho pasaba varias veces, se inclinaba ceremoniosamente, sonreía, y antes de marcharse se sacaba un clavel del ojal y, tras besarlo, lo echaba al mirador. La moza lo cogía rápida, con una sonrisa en los labios, el rostro escondido en la mano libre. Metía el clavel rojo en el libro de versos y le daba sus adioses con la mano. El muchacho se marchaba y volvía al día siguiente. Ella le tiraba un níquel al negrito que estaba allá abajo y que era el único testigo de ese amor.

Enfrente estaba el caserón del comendador. Los gansos paseaban por el jardín florido y en la alameda, al lado de la casa, crecían los mangos.

El comendador había comprado aquella casa muy barata en los buenos tiempos. «Una verdadera ganga» como decía los domingos cuando daba su vuelta por el jardín e iba a echar la siesta entre los árboles del fondo. Vivía allí desde hacía muchos años, desde que empezó a enriquecerse, y quizá le gustara aquella casa vieja, tan grande, en la calle muerta.

Antonio Balduino quedó asustado ante el tamaño de la casa. Nunca había visto cosa igual. En el Morro do Capa Negro las casas eran pequeñas, de adobe, con puertas de tablas de cajón y cubiertas de lata. Sólo tenían dos cuartos: el comedor y el dormitorio. Pero la casa grande del comendador, no. Era enorme, con muchísimas habitaciones, algunas incluso cerradas, un cuarto para los

huéspedes, muy bien amueblado, esperando a alguien que nunca venía, salas enormes, una hermosa cocina, y el retrete mejor que cualquier casa del morro.

* * *

Cuando Augusta das Rendas llegó con el negrito, cansados ambos de la caminata desde el Morro do Capa Negro hasta la Travessa Zumbi dos Palmares, estaban almorzando en la casa del comendador. La comida, portuguesa, olía bien. El comendador Pereira, en mangas de camisa, presidía la fiesta familiar que era el almuerzo. Cuando entró Augusta llevando al negrito de la mano, Antonio Balduino alzó los ojos y vio a Lindinalva.

A la cabecera de la mesa, el comendador. Era un portugués de grandes bigotes que manejaba un gigantesco tenedor. A su lado, la esposa, casi tan gorda como él. Y Lindinalva, en una silla a la derecha de la madre, delgadísima y pecosa, con los cabellos rojos y la boca pequeña, hacía el contraste más ridículo del mundo. Pero Antonio Balduino, que estaba acostumbrado a las negritas sucias del morro, encontró que Lindinalva se parecía a las hojitas que Lourenço repartía por Navidad entre sus parroquianos.

Lindinalva era poco más alta que el negrito, aunque tenía tres años más que él. Antonio Balduino bajó los ojos y se quedó con ellos clavados en el suelo encerado, lleno de dibujos complicados.

Doña María, la esposa, los invitó.

–Siéntese, *sinhá* Augusta.

–Estoy bien, doña María.

–¿Comió ya?

–Aún no...

–Entonces venga.

–No. Ya comeré luego en la cocina... –Augusta sabía cuál era su lugar y cuánto había de pura gentileza en la invitación.

Cuando el comendador acabó de masticar la comida que tenía en la boca dejó el cubierto encima del plato vacío y gritó hacia el fondo de la casa:

–¡Trae el pastel, Amelia!

Mientras esperaba se volvió hacia Augusta:

–¿Qué hay, Augusta?

–Aquí le traigo al chiquillo de que le hablé... El comendador, la mujer y la hija miraron para Antonio Balduino.

–¡Ah! Es ese... Ven acá, ven acá, Benedito –llamó el comendador.

Antonio Balduino se acercó medroso, preparando ya la fuga de las manos gordas del hombre. Pero el comendador no le quería hacer ningún mal. Preguntó:

–¿Cómo te llamas?

–Ni nombre es Antonio Balduino...

–Es un nombre muy largo. De ahora en adelante tu nombre es Baldo...

–En el morro me llamaban así...

Lindinalva se reía:

–Baldo parece balde...

Augusta habló al comendador:

–¿Entonces, el señor se queda con él?

–Me lo quedo, sí.

–Es una caridad tan grande la que el señor hace... El pobrecito no tiene ni padre ni madre... Sólo tenía una tía, que está loca, la pobre...

–¿Por qué?

–El espíritu, que se metió en ella... Un espíritu bravo. No la dejará tan pronto. Yo sé mucho de espíritus...

Antonio Balduino estaba a punto de echarse a llorar. El comendador le acarició la pelambreira:

–No tengas miedo, que nadie te va a comer.

Doña María preguntó a Augusta:

–Y hablando de espíritus ¿cómo va usted con el suyo?

–¡Ay doña María! ¡No me hable! Cada vez me persigue más. Ahora le dio por emborracharse y sentárame en el hombro. Es un peso tan grande que no lo aguanto.

–¿Por qué no va a una sesión?

–¡Ah! Ya voy... Todos los sábados voy. Jubiabá me lo quita, pero él vuelve. Siempre fue tozudo...

–Pero eso es macumba. Usted tendría que ir a una sesión de verdad. En la Ladeira Sao Miguel hay una muy buena.

–Nada, doña María, que si padre Jubiabá no me lo quita, ¿quién me lo va a quitar? Ahora ya ni me importa. Pero a veces me fastidia mucho, me hace equivocar. Y ahora le dio por beber. ¿No ve? Yo estoy aquí, pero estoy cansada. No puede imaginarse. Lo tengo aquí, pesado...

Se volvió hacia el comendador:

–Dios le pague, señor comendador esta caridad que está haciendo por el pequeño... Dios se lo pagará dando salud a todos los de esta casa...

–Muchas gracias. Augusta. Ahora llévase al chiquillo allá adentro y dígame a Amelia que le dé algo de comer.

Y el comendador la emprendió con el pastel. Doña María añadió:

–Y usted. Augusta, coma algo también...

* * *

En la cocina, Amelia preparó unos platos bien cumplidos para ellos. Y se quedaron comiendo los tres mientras Augusta le contaba a la cocinera la historia de Antonio Balduino con gran conmoción. La cocinera se limpiaba las lágrimas en el delantal, y Antonio Balduino, cuando oía hablar de la locura de su tía, dejaba de comer para sollozar.

* * *

Vendidos los encajes, Augusta se despidió de Antonio Balduino:

–Ya vendré a verte de vez en cuando.

Sólo entonces comprendió el negrito que estaba desgajado del morro, que lo habían arrancado del lugar donde había nacido y se había criado, donde tantas cosas había aprendido, y que lo habían abandonado, a él, el más libre de los picaruelos del barrio, en casa de un señor.

Esta vez no lloró. Se quedó espionando la casa, pensando en la fuga.

* * *

Pero como Lindinalva vino a buscarlo para jugar, se olvidó de huir. Construyó una casa para el gato de angora que era la pasión de Lindinalva, corrió con ella por el patio, dio saltos y se subió a la rama más alta del guayabo, para ir a coger guayabas que a ella le encantaban. Quedaron así amigos desde aquel día.

Después vinieron los problemas. Lo sorprendieron fumando y se llevó una zurra de la cocinera. Se revolvió. Cuando era su tía la que pegaba, a él no le importaba demasiado, pero la cocinera, no. También cuando soltaba palabrotas, y las soltaba a cada momento, Amelia le daba con la mano en la boca con toda su fuerza. Empezó a cogerle odio a aquella portuguesa de larga melena (se hacía dos trenzas y se quedaba admirándolas ante el espejo) y le sacaba la lengua cuando estaba de espaldas.

El comendador, no obstante, era bueno con él. Hasta lo llevó a la escuela pública, una que funcionaba en el Largo de Nazaré, con una profesora de mal genio, insoportable y pegona. Antonio Balduino dirigió todas las travesuras que hicieron aquel año los alumnos de la escuela. Pronto lo expulsaron como incorregible. Amelia le dijo a doña María:

–Los negros son de una casta que sólo sirven para esclavos. Los negros no nacieron para saber.

Pero Antonio Balduino ya sabía suficiente. Ya sabía leer perfectamente las aleluyas de los bandidos célebres y los crímenes que traían los diarios. Y cuando estaba de buenas con Amelia era él quien leía por la noche en los periódicos las historias de los crímenes que ocurrían en el mundo.

Así iba transcurriendo su vida, entre juegos con Lindinalva, a quien cada vez admiraba más, y peleas con Amelia, que se quejaba día tras día a doña María de las «barrabasadas de este sucio negro», y le propinaba unas zurras feroces a escondidas.

* * *

Tenía noticias del morro por medio de Augusta, que venía una vez al mes a vender encajes a doña María. Sentía añoranza de la vida libre del morro y pensaba en huir.

Un domingo fue Jubiabá a casa del comendador. Hablaron en la sala y le ordenaron a Antonio Balduino que se pusiera sus mejores ropas.

Salió con Jubiabá, tomaron un tranvía y el negrito volvió a recorrer la ciudad y a aspirar con fuerza el aire de la calle, la libertad del momento. Ni se acordó de preguntarle a Jubiabá adonde iban. También él confiaba enteramente en el *pai-de-santo*, que aquel domingo iba vestido con una chaqueta vieja y llevaba un sombrero ridículo en lo alto de la pelambreira. Al fin bajaron del tranvía, se metieron por una calle ancha y enarenada y penetraron en un amplio portón guardado por un individuo uniformado. Antonio Balduino pensó que lo llevaban a alistarse en el ejército y sonrió. Le gustaría ser soldado, llevar uniforme, pasear con las mulatas por los parques. Pero pronto le llegó el desengaño. No vio soldados en el patio del caserón ceniciento, de ventanas enrejadas como una cárcel. Vio hombres y mujeres vestidos todos con idénticas ropas, paseando con aire abstraído, algunos hablando solos, otros dibujando garabatos en el aire. Y Jubiabá lo llevó hacia el lugar donde estaba la vieja Luisa cantando con voz débil:

*No voy más...
nunca más...
nunca más...*

Antonio Balduino casi no la reconoció. Estaba flaca y huesuda, con los ojos salientes y los pómulos marcados. Besó la mano a la vieja, que lo miró con aire indiferente:

–Tía, soy Balduino...

–¿Sabes una cosa? Los chiquillos quieren robarme los pasteles. Tú has venido también para robármelos, ¿verdad? –y se fue enfureciendo.

Pero pronto sonrió de nuevo y volvió a su melopea:

*No voy más...
nunca más...
nunca más...*

Jubiabá lo llevó de vuelta. Balduino se quedó acechando el caserón lúgubre que parecía una cárcel. En el tranvía, Jubiabá preguntó si aún tenía el amuleto que le había dado. Antonio Balduino metió la mano por el cuello de la camisa y se lo mostró.

–Está bien, hijo mío; guárdalo siempre. Trae suerte...

Y antes de marcharse le dio unos céntimos.

Sólo volvió al manicomio otra vez. Fue de nuevo con Jubiabá para asistir al entierro de la vieja Luisa. Ante la caja, pobre y negra, se encontró con casi todos los conocidos del morro. Todos fueron otra vez muy buenos con él y le abrazaron. Algunos lloraban. Fueron así hasta el cementerio, donde dieron una pala a Balduino para que tirara tierra sobre el ataúd. Después, el cuerpo de la vieja se quedó allá, y sólo Antonio Balduino guardó con amor su recuerdo en su pequeño corazón, ya tan lleno de odio.

* * *

Fue el día del entierro cuando Jubiabá, para distraerlo, le contó, de vuelta del cementerio, la historia de Zumbi dos Palmares.

–Aquella calle se llama Zumbi dos Palmares ¿no?

–Se llama, sí señor...

–¿Y tú no sabes quién fue Zumbi dos Palmares?

–Yo no.

Balduino iba triste, pensando otra vez en huir, y al principio prestó poca atención a la historia, a pesar de ser Jubiabá quien se la contaba:

–Eso fue hace un montón de tiempo... Cuando la esclavitud de los negros...

»Zumbi dos Palmares era un esclavo negro. Los esclavos recibían unas palizas terribles... Zumbi también. Pero allá en la tierra donde él había nacido, nadie le pegaba. Porque allá los negros no eran esclavos, los negros eran libres, los negros vivían en la selva, trabajando y danzando.

–¿Y por qué se vinieron acá? –Balduino empezaba a interesarse por la historia.

–Los blancos iban allá a buscar a los negros. Los engañaban. Los negros eran inocentes; nunca habían visto blancos y no sabían de su maldad. Los blancos no tenían ojo de piedad. Los blancos sólo querían dinero y agarraban a los negros para hacerles esclavos. Traían a los negros en barcos, y les pegaban. Lo mismo pasó con Zumbi dos Palmares. Pero él era un negro valiente y sabía más que los otros... Un día escapó, reunió una banda de negros y fue más libre incluso que en su tierra. Luego escaparon más negros y se fueron junto a Zumbi. Se fue formando una ciudad muy grande de negros. Y los negros empezaron a vengarse de los blancos. Entonces los blancos mandaron soldados para que mataran a los negros. Pero los soldados no podían con los negros. Mandaron más soldados. Y los negros les ganaban siempre.

Antonio Balduino escuchaba con los ojos abiertos, y temblaba de entusiasmo.

–Fue un montón de soldados. Mil veces más soldados que negros. Pero los negros no querían ser esclavos y cuando Zumbi vio que perdían, para que no lo cogieran los blancos, se tiró de un morro abajo. Y todos los negros se tiraron también... Zumbi dos Palmares era un negro valiente y bueno. Si entonces hubiera habido veinte como él, los negros habrían dejado de ser esclavos...

Antonio Balduino, aquel día de la muerte de su tía, encontró un amigo para sustituir a la vieja Luisa en su corazón: Zumbi dos Palmares. Y desde entonces Zumbi fue su héroe predilecto.

* * *

Aquella vida amargada por las palizas de Amelia tenía también algunas compensaciones. Estaba en primer lugar Lindinalva, que jugaba con Antonio Balduino. Él era capaz de pasarse horas y horas parado, mirando para el rostro de santa de la niña. Después estaba el cine, que para él fue una revelación. Y al contrario de todos los chiquillos, siempre se ponía del lado de los indios malos contra el blanco. El sentido de la raza oprimida lo había adquirido a base de las historias del morro y lo conservaba latente. Tenía también a Ze Camarao, que ahora venía a enseñar a tocar la guitarra a unos muchachos que vivían en la casa alta del extremo de la calle, y también le daba clases a Balduino.

No era mucho el trabajo en casa del comendador: lavaba los platos, hacía recados. El comendador pensaba incluso llevarlo a trabajar a su comercio.

–He de hacer algo por este negro –decía–. Es listo el condenado...

Con las palizas, Balduino había aprendido a ser disimulado. Ahora fumaba a escondidas, decía las palabrotas en voz baja, mentía descaradamente.

Pero fue precisamente aquella idea del comendador de mejorar la suerte de Antonio Balduino dándole un empleo con posibilidades de futuro lo que obligó al negro a huir. En esta época Antonio Balduino tenía ya quince años y hacía tres que soportaba el odio de Amelia.

El caso que dio lugar a su fuga fue el siguiente: cuando el comendador anunció un domingo que al mes siguiente Antonio Balduino iba a empezar su trabajo en el almacén, Amelia se puso furiosa. Ella tenía verdaderas crisis de celos, no podía comprender por qué los patronos protegían a aquel negro y querían convertirlo en un empleado.

–Los negros son gente ruin –repetía siempre–. Los negros no son personas...

Y empezó a pensar la manera de hundirlo. Un día vio a Antonio Balduino sentado en la escalera de la cocina mirando con ojos de adoración a Lindinalva, que, ya de dieciocho años, estaba cosiendo en el mirador. Le dio un palmetazo en el hombro:

–¡Eh, tú, negro sinvergüenza! Conque mirando las piernas de Lindinalva ¿eh?

Balduino no estaba mirando ni las piernas ni nada, estaba recordando los buenos tiempos en que él y Lindinalva eran dos niños que jugaban en el patio. Pero se asustó como si realmente le hubieran sorprendido mirando las piernas de la muchacha.

Aquello llegó a oídos del comendador. Todos lo creyeron. Hasta Lindinalva, que nunca más volvió a miras para Antonio Balduino sin miedo y asco.

El comendador, un buen hombre, era no obstante terrible en su ira.

—¡Oye, tú, negro descarado, te estoy criando como un hijo, ayudándote a hacerte un hombre de bien, y tú me lo pagas así!

Amelia lo azuzaba:

—Ese negro es un sinvergüenza. Cuando doña Lindinalva iba al baño, él miraba por el ojo de la cerradura...

Lindinalva salió casi llorando. Balduino quiso decir que era mentira, pero como sólo creían a Amelia, no dijo nada. Le pegaron una paliza tremenda, que le dejó tendido, con el cuerpo todo llagado. Pero no era sólo el cuerpo lo que le dolía. Le dolía el corazón porque no le habían creído. Y como aquellos eran los únicos blancos que él apreciaba, empezó a odiarlos como a todos los demás.

Sin embargo, aquella misma noche soñó con Lindinalva. La vio desnuda y despertó. Entonces recordó los vicios que practicaban los muchachuelos del morro y se quedó solo. No, no se quedó solo. Durmió con Lindinalva, que le sonreía con su rostro de figurita de estampa y que abría para él sus muslos blancos y le ofrecía sus senos de muchacha. Desde entonces, durmiera con quien durmiera, era con Lindinalva con quien el negro Antonio Balduino estaba durmiendo.

* * *

...De madrugada huyó de la Travessa Zumbi dos Palmares.

MENDIGO

Antonio Balduino era ahora libre en la ciudad religiosa de Bahía de Todos los Santos y del padre-de-santo Jubiabá. Vivía la gran aventura de la libertad. Su casa era la ciudad entera. Su empleo era recorrerla. El hijo del morro pobre es hoy el dueño de la ciudad.

Ciudad religiosa, ciudad colonial, ciudad negra de Bahía. Iglesias suntuosas ornadas de oro, casas de azulejos azules, antiguos caserones donde la miseria habita, calles y pendientes pavimentadas de guijarros, viejas fortalezas, lugares históricos, y el muelle, principalmente el muelle, todo pertenece al negro Balduino. Sólo él es el dueño de la ciudad porque sólo él la conoce toda, sabe de todos sus secretos, vagabundó por todas sus calles, se entremetió en todas las pendencias, todos los desastres que acontecieron en su ciudad. Ese es su empleo. Atiende su latido, conoce a todos los picaros y malandrines de la ciudad, va a las fiestas, recibe y embarca viajeros de todos los navíos. Sabe el nombre de todos los patronos de los veleros y es amigo de los pescadores del Porto da Lenha. Come la comida de los restaurantes más caros, anda en los más lujosos, vive en los más modernos rascacielos. Y se puede mudar en cualquier momento. Y como es el dueño de la ciudad, no paga la comida ni el automóvil ni el apartamento. Libre en la ciudad vieja de enormes caserones; él la dominó y se hizo su dueño. Los hombres que pasan a su lado no lo saben, desde luego. Ni miran siquiera para el negrito andrajoso que fuma un pitillo barato y lleva hundida la gorra hasta los ojos. Las mujeres elegantes que le dan un níquel, se apartan a su paso para no ensuciarse con su contacto.

Pero la verdad es que el negro Antonio Balduino es el emperador de la ciudad negra de Bahía. Un emperador de quince años, risueño y vagabundo. Y tal vez ni el propio Antonio Balduino lo sepa.

* * *

Lleva la gorra hasta los ojos y fuma un pitillo barato. Unos calzones de lana negra, hechos jirones y llenos de manchas, y una chaqueta enorme, heredada de alguien mucho más alto que él, chaqueta que en invierno le sirve a un tiempo de abrigo y chaleco. Esta es la vestimenta del emperador de la ciudad. Y aquellos otros negros que lo rodean son sus súbditos más queridos, su guardia de honor. Guardia que no lleva uniforme propio, que viste de harapos, que calza alpargatas salvadas de los cubos de basura, pero que sabe luchar como ninguna otra guardia del mundo.

El emperador de la ciudad lleva un amuleto al cuello. Y él y los mozuelos de su guardia llevan cuchillos, navajas, puñales, escondidos en los bolsillos de sus calzones.

* * *

Antonio Balduino se adelanta:

–Una limosna por el amor de Dios...

El gordo mide al negro con una mirada de arriba abajo, con sus ojos ávidos de hombre de negocios, se abotona la chaqueta, mueve la cabeza irónicamente:

–¡Pidiendo limosna, un hombre grande como un pino! ¡Vete a trabajar, vagabundo...! ¿No te da vergüenza...? ¡Vete a trabajar!

Antonio Balduino pasea primero sus ojos expertos por la calle. Hay mucha gente. Entonces dice:

–Llegué de fuera, señor... Me vine del *sertao*, de las tierras secas, sin gota de lluvia. Estoy aquí sin trabajo... Pero ando buscándolo... Quiero un níquel para un café... El señor es bueno...

Acecha a la espera del efecto de sus palabras. Pero el hombre sigue su camino:

–Ya estoy acostumbrado a esas mentiras... ¡Hala! ¡A trabajar...!

–¡Por el sol que nos alumbra, le juro que no es mentira! Vine del *sertao* con un sol terrible... Si tiene usted trabajo para mí... por favor... No me asusta el trabajo... Hace dos días que no como... Estoy aquí... cayéndome de hambre. Usted es bueno, señor...

El hombre hace un gesto de fastidio, mete la mano en el bolsillo y saca un níquel.

–¡A ver si me dejas en paz! ¡Lárgate ya!

Pero el negrito sigue al hombre. Y es que el puro que va fumando está ya más que mediado. Y a Antonio Balduino le vuelven loco las colillas de puro. El hombre va pensando en todo lo que el negro le dijo. ¿Será verdad lo que cuentan todos esos pedigüños de la ciudad? El hombre, de

repente, coge miedo, tira el puro, se abotona de nuevo la chaqueta y entra en un bar para echar una copa que le devuelva el valor. Antonio Balduino se apodera de la colilla y abre la mano donde guarda la moneda que le acaba de dar el hombre. Dos mil reis. El negro la echa al aire, la coge de nuevo con un gesto rápido y sale corriendo hacia los otros, que están charlando de fútbol.

–A ver si adivináis cuánto me dio, negrazos...

–Quinientos reis...

Antonio Balduino se ríe a carcajadas:

–Un Águila...

–¿Dos mil reis?

–Cayó como un pardal. Yo sé camelármelos... –Antonio Balduino hace un gesto de desprecio.

Todos ríen con risas claras y sueltas. Los que pasan ven sólo un grupo de chiquillos negros, blancos y mulatos que piden limosna. Pero en realidad es el emperador de la ciudad rodeado de su guardia de honor.

Cuando llegaban grupos de mujeres elegantes, vestidas de seda clara, con los rostros pintados y sonrisas resplandecientes, Antonio Balduino soltaba un silbido especial y el grupo se juntaba. Se ponían en fila. El Gordo esta vez iba al frente porque tenía una tremenda voz de hambriento y una cara parada de idiota. El Gordo se echaba las manos al pecho y ponía una cara muy compungida mientras se dirigía al grupo de mujeres. Se paraba ante ellas impidiendo que continuaran el paseo, los negros las rodeaban y el Gordo cantaba:

*Papa esta lisiado.
Mamá está mala.
Déme una limosna
para los siete huerfanitos.
Limosna para siete cieguitos...
Yo soy el más viejo,
ese es el segundo,
los otros están en casa
todos ciegos...*

Cuando el Gordo acababa, estaba casi llorando, muy contrito, los ojos tristes, exactamente como un cieguito, con sus hermanos también ciegos, el padre lisiado, sin comida, en su casa pobre. Y no paraba:

*Limosna para siete cieguitos...
Yo soy el mayor...*

Señalaba con el dedo al más cercano:

Este es quien me sigue

Luego extendía la mano abarcando el grupo entero, y gritaba:

*Siete huerfanitos,
todos ciegos...*

Y los otros hacían coro:

Todos ciegos...

El Gordo tendía la mano sucia esperando la limosna, que llegaba abundante casi siempre. Daban las mujeres, pensando en los hijos que estaban a cubierto en sus casas. Otras daban para librarse del cerco de aquellos pilletes sucios que eran como una acusación. Las más decididas bromeaban:

*Limosna para
siete cieguitos...*

–Vamos a ver ¿cómo es eso...? Sois siete y ahí hay más de diez... Huérfanos, y con madre enferma y padre lisiado. ¿En qué quedamos? Ciegos y lo veis todo...

Ellos no respondían. Cerraban más el cerco y el Gordo volvía con su monótona canturreo.

Ninguna resistía. Los pilletes iban acercándose cada vez más, y cerca ya del rostro elegante y pintado de las mujeres quedaba el rostro sucio y feo de los chiquillos. Y era horroroso cuando todos abrían la boca a coro. El Gordo parecía un profesor y no cesaba en su cantilena. Se abrían los bolsos y caían las –limosnas en la mano del Gordo. Abrían el cerco entonces, y el Gordo agradecía:

–La señora va a echarse un novio que llega en un navío... Ya lo verá...

Muchas sonreían. Otras se quedaban tristes. Y en las calles y callejones estrechos resonaba la carcajada de los pilluelos, carcajada libre y feliz. Después, compraban cigarrillos y se echaban unos tragos de aguardiente.

* * *

Había un rubio. Era el más Joven. Quizá no tenía aún diez años. Un rostro redondo de santo de iglesia, el pelo ondulado, las manos finas, ojos azules. Se llamaba Felipe, pero le llamaban Felipe el Guapo. No tenía historia, a no ser que su madre andaba por los burdeles de Rua de Baixo. Era una francesa vieja que un día se había enamorado de un estudiante. Terminada la carrera, el estudiante volvió para el Amazonas. El hijo se perdió en la calle y la madre en el alcohol.

El día que ingresó en el grupo hubo pelea en grande. Y es que cuando estaban todos durmiendo, apretados unos contra otros a la puerta de un rascacielos, tumbados en unos periódicos, el Sin Dientes quiso bajarle los calzones a Felipe el Guapo. El Sin Dientes era un mulato fuerte, con sus buenos dieciséis años. Escupía entre sus dientes mellados haciendo un ruido especial y acertaba con el gargajo donde quería. Esta era su gran cualidad. Pues bien, el Sin Dientes, que era un cerdo, abrazó a Felipe y quiso bajarle los pantalones. Felipe empezó a gritar. Se despertaron todos. Antonio Balduino se frotó los ojos y preguntó:

–¿Qué estáis haciendo?

–Este, que se cree que soy marica... Y no lo soy –Felipe estaba a punto de echarse a llorar.

–Oye tú ¿por qué no dejas en paz al chico?

–Esto no es cosa tuya. Hago lo que me da la gana... Es un bomboncito...

–Pues mira. Sin Dientes, quien se meta con el pequeño se mete conmigo...

–Tú lo que quieres es tenerlo para ti solo... No hay derecho...

Antonio Balduino se volvió a los otros vagabundos, aún vacilantes:

–Vosotros sabéis que nunca me metí con ninguno. Sólo me gustan las mujeres. Si el peque fuera marica, estaría en su derecho, pero no lo es. Y si alguien quiere hacer con otro lo que él no quiere, lo largo de aquí inmediatamente. Ya lo sabéis... El pequeño es macho. Que nadie lo sobe...

–¿Y si me da la gana?

Antonio Balduino se daba cuenta de que todos los chiquillos estaban de su lado:

–Pues inténtalo...

Se levantó. El Sin Dientes también. Pensaba que si ganaba a Antonio Balduino se convertiría en jefe de la banda. Se quedaron mirándose a los ojos.

–Pega... –dijo el Sin Dientes.

Antonio Balduino le soltó un puñetazo. El Sin Dientes vaciló, pero no llegó a caer. Se agarraron, con todos los otros a su alrededor, animándoles. El Sin Dientes cayó con Balduino encima, pero logró librarse y de un empujón se puso en pie. Un puñetazo de Balduino lo tumbó de nuevo.

Cuando el Sin Dientes se levantó, tenía en la mano una navaja abierta, brillando en la oscuridad.

–¡Cobarde! ¡No sabes pelear como un hombre...!

El Sin Dientes avanzó con la navaja, pero Antonio Balduino había aprendido los golpes de capoeira con Ze Camarao, en el Morro do Capa Negro. Estiró una pierna, y el Sin Dientes cayó de bruces. La navaja fue a caer lejos.

Antonio Balduino concluyó:

–Quien se mete con el pequeño se mete conmigo... Y la próxima vez seré yo quien saque el cuchillo...

El Sin Dientes durmió aquella noche solo en un portal. Felipe el Guapo se quedó definitivamente en el grupo.

Era especialista en viejas. Apenas aparecía una al principio de la calle, Felipe enderezaba el lazo de la corbata vieja, que nunca había abandonado, tiraba la colilla, guardaba la navaja, y se acercaba con cara muy triste, hablando bajito:

–Buenos días, señora. Soy huérfano, sin padre ni madre. Nadie vela por mí... Tengo hambre... ¡Tengo tanta hambre...!

Empezaba a llorar. Tenía un talento especial para llorar cuando quería. Las lágrimas le caían por la cara. Sollozaba.

–Hambre... mamá... usted, señora, tendrá hijos... tenga piedad... mamá...

Estaba muy hermoso cuando sollozaba, con su carita redonda y blanca, llena de lágrimas. No había mujer que se le resistiera:

–Pobrecito... tan niño y ya sin madre...

Le daban limosnas generosas. Tres veces le invitaron señoras ricas a vivir en sus casas, pero amaba la libertad de las calles y permanecía fiel al grupo, donde era ya un elemento respetadísimo y de los más eficientes. Hasta el Sin Dientes acabó por tratarlo con respeto cuando volvía de junto a una vieja:

–Un billete...

La carcajada de los pilluelos resonaba por las calles, laderas y callejones de la ciudad de Bahía de Todos los Santos y del padre-de-santo Jubiabá.

* * *

El más extraño de todos ellos era sin embargo Viriato el Enano. El apodo le venía de ser bajito, más bajo incluso que Felipe, a pesar de tener tres años más. Bajo y pesado, tenía una fuerza prodigiosa para su edad. Incluso cuando se bañaba daba la impresión de suciedad y miseria. Cuando se formó el grupo, ya él tenía experiencia de mendigo por las calles de la ciudad. Su cabeza chata realmente asustaba. Y para dar mayor impresión, andaba inclinado, con lo que parecía jorobado y aún más bajo. Era difícil arrancarle una palabra. Y mientras los otros reían a carcajadas, él apenas sonreía.

Pero no se metía con nadie. Nunca protestaba a la hora del reparto, y se contentaba con lo que había para comer y con unas colillas para fumar. Antonio Balduino lo apreciaba mucho y aceptaba su opinión en muchas resoluciones, con lo que le daba cierto prestigio.

Durante el día, Viriato el Enano apenas se movía con el grupo. Se quedaba en la Rua Chile con las piernas encogidas, curvado, la cabeza chata achaparrada sobre el pescuezo, y tendía sin decir palabra el sombrero a los que pasaban. Era como si formara parte de la puerta donde se sentaba, como una escultura trágica, un monstruo de la iglesia. Y siempre sacaba un buen puñado de monedas. A la caída de la tarde se encontraba con el grupo y dejaba en manos de Antonio Balduino el fruto de su trabajo. Hechas las cuentas y recibida su parte se iba a un rincón, fumaba, comía, dormía. Acompañaba a los otros en sus correrías por las calles de la ciudad, persiguiendo a las chiquillas por los arenales, en las peleas, en las fiestas, pero sin ningún entusiasmo. Los acompañaba por acompañarlos. Era el único de aquel grupo de mendigos que llevaba en serio su profesión.

* * *

A la caída de la tarde, Antonio Balduino se sentaba en el suelo, reunía a su alrededor a los rapaces e iba recogiendo el dinero ganado durante el día. Ellos rebuscaban en los bolsillos de los calzones, sacaban monedas y algunas piezas de plata y lo dejaban todo en manos del jefe.

–Y tú. Gordo, ¿cuánto?

El Gordo contaba su dinero:

–Cinco mil ochocientos...

–¿Y el Guapo?

Felipe respondía con gesto de superioridad:

–Dieciséis mil reis...

No hacía falta llamar a Viriato:

–Doce mil...

Se iban acercando los demás. El gorro de Balduino se llenaba de monedas de plata y níquel. Por último, Antonio Balduino vaciaba sus bolsillos y unía el resultado a lo que habían aportado los otros:

–No ha sido mucho... Siete mil reis...

Lo sumaba todo, generalmente con ayuda de los dedos. Viriato hacía la división:

–Somos nueve... Seis y seiscientos para cada uno.

Y preguntaba:

–¿De acuerdo?

De acuerdo. Iban pasando ante Balduino, que daba a cada cual lo suyo. A veces las cuentas no eran claras:

–El Sin Dientes me debe quinientos reis...

–Mira... La otra vez te llevaste tres *toatoes* míos...

Iban a comer y luego se dispersaban por la ciudad en correrías procurando arrastrar mulatas al arenal, acercándose a las fiestas pobres de los morros distantes, bebiendo aguardiente en los ventorros de la ciudad baja.

Un día sin embargo ocurrió algo anormal. Cuando Ze Casquinha iba a entregar su ganancia sonrió con gesto enigmático. Antonio Balduino dijo:

–Tres mil reis...

Ze Casquinha sonrió:

–Y esto además...

Y echó al gorro un anillo donde a la luz del farol brillaba una piedra. Una piedra grande, rodeada de una docena de piedrecitas. Antonio Balduino levantó los ojos y afirmó:

–Esto lo has robado, Casquinha...

–Juro que no... La chica me dio limosna y se fue luego... Cuando me di cuenta tenía el anillo en la mano. Corrí tras ella pero ya no la vi...

–No me vengas con mentiras...

Los chiquillos miraban la piedra, que pasaba de mano en mano. No intervenían en la discusión entre Balduino y Ze Casquinha.

–Dime cómo fue.

–Es verdad. Baldo. Te lo juro...

–Fuiste tras ella...

–Bueno, eso sí que es mentira... Pero lo demás es cierto. Te lo juro...

–Bien. ¿Y qué vamos a hacer ahora con esto?

El Guapo se echó a reír:

–Dámelo a mí. Me sientan bien los anillos...

Todos se echaron a reír, pero Antonio Balduino preguntó otra vez:

–Bien. ¿Qué vamos a hacer con esto?

Viriato el Enano murmuró:

–Vale un montón de cuartos. Podemos venderlo...

Felipe bromeó de nuevo:

–Me voy a hacer un traje...

–Vete a rebuscar en las latas de basura...

–No podemos venderlo, Viriato. El gringo no va a creerse que esto sea nuestro... Llama a la policía y todos a la sombra...

–Es igual...

–Dámelo. Lo llevaré yo –pidió Felipe.

–No digas bobadas.

–Lo mejor será que lo guardemos una temporada. Cuando la mujer lo haya olvidado, entonces decidimos...

Y Antonio Balduino ató el anillo junto al amuleto que llevaba al cuello.

* * *

Antonio Balduino se acercó al hombre que llevaba abrigo en pleno verano. El grupo se quedó acechando en la esquina.

–Una limosna, por amor de Dios...

–Vete a trabajar, vago.

Esta vez la calle estaba desierta. Nadie pasaba por aquel callejón. Y el hombre del abrigo llevaba prisa. En el ojal, una flor roja. Antonio Balduino se acercó más. El grupo también:

–Déme un níquel...

–Una torta te voy a dar, holgazán...

El grupo se adelantó.

–Usted es rico. Puede darme una de plata...

El hombre no dijo nada porque ahora estaba rodeado por el grupo.

El rostro de Antonio Balduino estaba cerca de su rostro.

Y el negrito tenía una mano escondida. Apareció una navaja.

–Un billetito...

–Ladrones, ¿eh? –se atrevió a decir el hombre–. Seguid así, muchachos, y llegaréis lejos...

Antonio Balduino se echó a reír, y abrió la navaja. Los otros rodeaban al hombre del abrigo.

–Tomad, ladrones...

–Mirad que un día podemos encontrarnos...

–Mañana voy a la policía...

Pero ellos ya estaban acostumbrados a las amenazas y no le hicieron caso. Antonio Balduino cogió los diez mil reis, se guardó la navaja, y el grupo entero se lanzó a la carrera dispersándose por las calles próximas.

Se dedicaban a estas violencias cuando estaba cercano el Carnaval, la fiesta de Bonfim, las fiestas de Rio Vermelho.

* * *

Un día Rozendo cayó enfermo. Una fiebre alta. Deliraba toda la noche, no comía nada. La primera noche decía:

–No es nada... Esto pasa...

Los otros le miraban y reían también. Pero a la noche siguiente, Rozendo empezó a asustarse. Cuando no deliraba se quejaba gimiendo en voz baja. Y rogaba a los otros:

–Voy a morir... Ir por mi madre... Mamá...

Los otros le miraban sin saber qué hacer, inquietos, con tristeza en sus ojos alegres. Balduino preguntó:

–¿Dónde vive tu madre?

–Yo qué sé. Cuando me largué vivía en Porto da Lenha. Pero se cambió... Búscala, Baldo...

Búscala; que venga mamá...

–La buscaré, Rozendo...

Viriato era quien cuidaba del enfermo. Le daba remedios extraños, que sólo él sabía. Trajo, nadie supo de dónde, una manta para tender en la puerta donde Rozendo dormía. Y le contaba historias al enfermo, casos divertidos, más divertidos aún porque los contaba Viriato el Enano, que raramente hablaba y casi nunca reía...

Viriato preguntó:

–¿Cómo se llama tu madre?

–Ricardina... Vive con un carrocerero... Es una negra gorda, aún joven, bien conservada.

El enfermo se animó hablando de su madre:

–Que venga mi madre... que venga... Mamá... voy a morirme...

–No te preocupes. Baldo te la trae mañana...

Felipe lloraba, y esta vez sus lágrimas no eran fabricadas. El Gordo rezaba, mezclando retazos de oraciones, y Antonio Balduino acariciaba el amuleto que llevaba al cuello.

* * *

Al día siguiente Balduino se quedó con Rozendo en lo más oscuro de la escalera. Pensaba ir aquella noche a llamar a Jubiabá. Pero, mediada la tarde, Viriato el Enano llegó con una negra gorda. Rozendo deliraba y no la reconoció. Ella lo abrazó y se lo llevó. Fueron en un auto. Antonio Balduino le preguntó:

–¿Tiene usted dinero, señora?

–Poco, pero Dios me sacará de apuros...

Antonio Balduino se acordó del anillo que llevaba al cuello.

–Mire, esto se lo damos, para Rozendo... Para el médico...

Los otros miraban con los ojos muy abiertos. La negra preguntó:

–¿Lo habéis robado? ¿Sois ladrones? ¿Mi hijo estaba con ladrones?

–Lo encontramos en la calle...

La negra cogió el anillo. Antonio Balduino preguntó:

–¿Quiere que le lleve a Jubiabá a su casa? Él curará a Rozendo.

–¿Puedes llevar a Jubiabá?

–Puedo. Es amigo mío.

–Llévalo, llévalo, por favor. Llévalo...

Rozendo se fue gritando en el coche diciendo que llamaran a su madre, que iba a morir.

Antonio Balduino preguntó a Viriato:

–¿Cómo diste con ella?

–Lo más difícil fue que no estaba liada con un carrocerero. Ahora es con un ebanista...

Se quedó mirando hacia la calle, que empezaba a animarse. De repente le dijo a Balduino:

–¿Y si soy yo el que me pongo malo? No tengo madre, ni padre, ni nadie...

Antonio Balduino le pasó la mano por el hombro. El Gordo temblaba.

* * *

Jubiabá fue y curó a Rozendo. Una mañana de mucho sol llegó todo el grupo a visitar a su compañero. Rozendo estaba sentado en una silla que le había construido su padraastro, y se rieron mucho recordando las aventuras del grupo. Rozendo dijo que no volvería a mendigar, que ahora iba a ser un hombre y a trabajar de carpintero con su padraastro. Antonio Balduino sonrió. Viriato el Enano se quedó muy serio.

* * *

El emperador de la ciudad come en los mejores restaurantes, viaja en los automóviles más lujosos, vive en los rascacielos más modernos. Y sin pagar nada. Después del mediodía se acerca con su grupo a un restaurante cualquiera y dice algo al camarero. Éste sabe que no da buen resultado pelearse con los pilletes, y les da los restos de comida envueltos en periódicos. Algunas veces hasta les sobra comida, que tiran en los cubos de basura. Y los viejos mendigos comen las sobras de las sobras.

Luego se queda esperando hasta que pasa un automóvil de su gusto, porque el emperador de la ciudad no va en un coche cualquiera. Cuando ve uno bueno, bien lujoso, salta a la trasera y cruza barrios enteros. Y luego pasa otro aún más hermoso. Antonio Balduino se apea, monta en el segundo, y sigue su paseo por la ciudad que conquistó.

Y él y su guardia de honor sólo duermen en las puertas de los más modernos rascacielos, donde los empleados saben que todos aquellos pilletes llevan navajas, puñales, cuchillos.

Eso cuando no prefieren dormir en el arenal del puerto, mirando los navíos enormes, las estrellas del cielo, el verde mar misterioso.

VAGABUNDO

El mar es su más vieja pasión. Ya desde lo alto del Morro do Capa Negro se quedaba mirándolo, clavada la vista en él, estudiando las variaciones de su lomo, que era azul, verde-claro y luego verde-oscuro, tentado por su amplitud y por el misterio que él sentía en los grandes navíos que descansaban en los muelles, en los pataches balanceados por la marea. El mar llevaba a su corazón un sosiego que no le daba la ciudad. Pero era dueño de la ciudad y no del mar. Del mar nadie es dueño.

Va a verlo de noche. Casi siempre solo. Y se tiende en la arena blanca del embarcadero de los pataches. Allí sueña y allí duerme su mejor sueño de vagabundo. Algunas veces lleva a todo el grupo. En el muelle hay dos grandes transatlánticos. Van a ver a los hombres que embarcan de noche, misteriosamente, llevando bajo el brazo paquetes y abrigos. Van a ver a los hombres que trabajan en la descarga de los navíos. Son negros y parecen hormigas bajo los grandes fardos. Andan curvados, como si en vez de sacos de cacao cargaran su propio destino desgraciado. Y las grúas, como monstruos gigantes que se burlaran de los hombres, levantan cargas increíbles que quedan balanceándose en el aire. Y rechinan y gritan y andan sobre raíles, guiadas por hombres encaramados al cerebro de las grandes máquinas.

Otras veces Antonio Balduino va acompañado, pero no de los compinches. Es cuando lleva a alguna negrita de su edad o un poco mayor para dormir sin soñar en el arenal del puerto. Entonces no va a ver ni la paz de los veleros, ni el misterio de los transatlánticos, ni las grúas. Se dirige a los rincones que sólo él y algunos negros conocen, lugares desde donde sólo se contempla la amplitud del mar. A Antonio Balduino le gusta que el mar vea a sus amantes y sepa que él, a pesar de sus quince años, ya es un hombre, ya tumba a una muchacha en la arena blanda como un colchón.

Pero solo o acompañado, Balduino mira siempre al mar como un camino.

Del mar tiene la certeza que le ha de venir algún día algo que él no sabe qué es y que no obstante espera.

¿Qué es lo que le falta al negro Antonio Balduino, que a los quince años ya es emperador de la ciudad negra de Bahía? Ni él ni nadie lo sabe. Pero le falta algo, y para hallarlo tendrá que cruzar el mar o esperar hasta que el mar se lo traiga en la panza de un transatlántico o en la bodega de un navío, incluso en el cuerpo de un náufrago.

* * *

Una vez, por la noche, los hombres de los muelles pararon de repente el trabajo y corrieron hacia la orilla donde batía el mar. Había una luna clara y estrellas tan brillantes que ni se veía la luz de la lámpara de una taberna que se llamaba «Linterna de los Ahogados». Los hombres encontraron una chaqueta vieja y un sombrero agujereado. Algunos negros se tiraron al agua y volvieron con un cuerpo. El cuerpo de un negro viejo, uno de aquellos raros negros de pelo blanco, que se había lanzado al mar. Antonio Balduino pensó que sería alguien que como él también amaba al mar, alguien que también todas las noches iría a ver el mar desde el arenal. Pero un estibador le explicó:

–No, hombre; es el viejo Salustiano... Estaba sin trabajo desde que lo echaron de aquí...

Miró a los lados, escupió con rabia:

–Decían que ya no servía para el trabajo... Que ya no tenía fuerzas... Ahora pasaba hambre...

Pobre viejo...

Otro añadió:

–Siempre igual... Matan a uno a trabajar y luego lo echan. Cuando uno no puede hacer otra cosa que tirarse al mar...

Era un mulato flaco. Un negro fuerte dijo:

–Nos comen las carnes y luego no nos quieren roer los huesos. En los tiempos de la esclavitud, por lo menos roían los huesos...

Sonó un pito y volvieron a los fardos y a las grúas.

Pero alguien cubrió antes el rostro del negro con la vieja chaqueta.

Y luego vinieron mujeres y sollozaron.

* * *

Los negros del muelle pararon el trabajo en otra ocasión. Esta vez la noche no tenía ni estrellas ni luna. Del violín de un ciego en la «Linterna de los Ahogados» llegaban cantares de esclavo. Fue cuando un hombre se encaramó a un cajón y empezó a hablar. Los otros le rodearon y se fueron acercando. Cuando Antonio Balduino y su grupo llegaron, el hombre daba vivas que la gente coreaba:

–¡Viva!

Antonio Balduino y los de su grupo también gritaron:

–¡Viva!

No sabía qué estaba aclamando, pero le gustaba gritar aquellos vivas. Y reía porque también le gustaba reír.

El hombre que estaba encima del cajón, y que por su habla era español, lanzó un puñado de papeles que los otros se disputaron. Antonio Balduino le pidió uno al estibador Antonio Caroço, amigo suyo. Alguien gritó:

–¡Ahí viene la policía!

Llegó la policía y agarró al hombre del cajón. El hombre hablaba de la miseria en que vivía el pueblo, y prometía una patria nueva en que todos tuvieran paz y trabajo. Por eso lo detuvieron, y como los demás no comprendían que sólo por eso lo encarcelaran, protestaron:

–¡No hay derecho! ¡No hay derecho!

Antonio Balduino también gritaba:

–¡No hay derecho!

Y era esto lo que más le gustaba gritar. Al final se llevaron al hombre, pero los otros guardaron los papeles, y los que no habían conseguido uno, cogían el de un compañero. Era un grupo de manos tendidas contra los policías que se llevaban al orador. Un grupo de caras negras y fuertes, y las manos extendidas recordaban el gesto de romper las cadenas. Venían ecos de cantares de esclavos desde la «Linterna de los Ahogados».

El pito tocaba inútilmente. Un hombre gordo cubierto con un impermeable, decía: «¡Canallas!»

Quién sabe si no sería el cuerpo del suicida lo que llevó a Balduino a encontrar su ruta. O quizá la detención de un hombre que hablaba de pan y el gesto de otros que protestaban.

* * *

Fueron años buenos, años libres aquellos en que él y su grupo dominaron la ciudad mendigando por las calles, peleando por las callejas, durmiendo en el arenal. El grupo estaba unido, y los pilluelos se apreciaban. Sólo sabían demostrarse su cariño con puñetazos en la espalda o insultándose. Cagarse con voz suave en la madre del compañero era el mayor cariño que cualquiera de aquellos negros risueños sabía hacer.

Estaban unidos, sí. Cuando uno peleaba, peleaban todos. Y todo lo que conseguían era fraternalmente dividido entre todos. Tenían su amor propio y amaban la fama del grupo. Un día ahuyentaron a estacazos a otro grupo de pilletes que pedía limosna por la ciudad.

Cuando este grupo apareció, dirigido por un negrito de doce años, Antonio Balduino procuró establecer buenas relaciones, y mandó un emisario al Terreiro donde estaban. Fue Felipe el Guapo, por su labia. Pero el pequeño no pudo ni acercarse. Lo hicieron correr miserablemente, burlado, abucheado, con los ojos llenos de lágrimas de rabia. Se lo contó todo a Antonio Balduino:

–¿No sería que fuiste allí haciéndote el chulo, Guapo?

–Ni pude acercarme siquiera... Empezaron a cagarse en mi madre... Pero como pille a uno le parto la cara...

Antonio Balduino se quedó pensativo.

–Voy a mandar al Gordo allá...

El Sin Dientes protestó:

–¿Mandar a otro? ¿Para qué? Lo que tenemos que hacer es ir allá y echarlos... Darles una lección... Vienen a quitarnos el pan y aún quieres andar con paces... Ya no tenía que haber ido el Guapo... Se burlaron de nosotros. Eso es lo que pasó. Vamos allá...

Los otros le apoyaban:

–Tiene razón el Sin Dientes... Vamos allá...

Pero Antonio Balduino cortó:

–Nada de eso... Irá el Gordo... A lo mejor tienen hambre... Si quieren quedarse con la zona de la Baixa dos Sapateiros, se la dejo en paz...

El Sin Dientes se echó a reír...

–Parece que tienes miedo. Baldo...

Antonio Balduino fue a echar mano a la navaja, pero se contuvo:

–Tú, Sin Dientes ¿ya no te acuerdas del día en que os encontramos a ti y a Cici medio muertos de hambre en Palha? Si hubiéramos querido acabábamos con vosotros, pero no quisimos...

El Sin Dientes bajó la cabeza y se quedó silbando por lo bajo. Ya no pensaba en los negros que estaban en el Terreiro, y ahora poco le importaba que Antonio Balduino acabara con ellos o los dejara en paz. Pensaba en aquellos días de hambre, con su padre parado, bebiéndose en las tabernas el dinero que la madre ganaba lavando ropa. Recordaba la paliza que llevó el día que se interpuso entre la vieja y el padre cuando éste quería llevarse el dinero por la fuerza. Y el llanto de su madre... Y el padre que repetía: mierda... mierda...

Después la fuga. Los días de hambre en la ciudad. El encuentro con Antonio Balduino y el grupo. Y la vida, luego... ¿Por dónde andaría su madre? ¿Habría encontrado trabajo su padre? Cuando trabajaba no bebía ni pegaba a su madre. Era cariñoso y traía regalos. Pero había poco trabajo, y el viejo, parado, mataba sus penas en la botella de aguardiente. En esto pensaba el Sin Dientes. Y sintió un nudo en la garganta y un odio terrible contra el mundo y los hombres.

* * *

El Gordo fue en comisión, bajo la sonrisa de Felipe el Guapo.

–Si no lo arreglé yo, vas a arreglarlo tú...

Viriato el Enano murmuró:

–Díselo claro. Gordo: no queremos gresca... Cada uno puede vivir por su lado...

Se quedaron esperando en la Rua do Tesouro. El Gordo se santiguó y se dirigió al Terreiro.

Tardó en volver. Viriato el Enano dijo:

–No me gusta nada...

El Guapo rió:

–Estará rezando en una iglesia...

Cici opinaba que la tardanza era señal de que todo iba bien, pero todos andaban con la mosca tras la oreja, pensando que algo podría haberle ocurrido al embajador. Y efectivamente. Cuando el Gordo volvió, venía hecho un mar de lágrimas:

–Me pegaron una zurra... Y me arrancaron la medalla del pescuezo...

–¿Y tú no hiciste nada?

–Ellos son cincuenta, y yo iba solo...

Y el Gordo contó:

–Llegué allá donde estaban, y se echaron a reír, y me echaban en cara la carrera del Guapo... Luego empezaron a insultarme, a llamarme cerdo. Ahí viene el cerdo, decían...

–Pues mira, aún saliste ganando. Cuando fui yo, se cagaban en mi madre...

–Pero yo hice como si nada. Me fui acercando y quise hablar, pero no me dieron tiempo. Me pegaron. Yo decía que iba en son de paz... Que me dejaran... Son más de veinte...

–Está bien. ¿Quieren pelea? Pues la tendrán. Ahora mismo.

Se levantaron e iban alegres, con las navajas en la mano, hablando de las cosas más diversas.

Los pílleles que ocupaban el Terreiro desaparecieron no se sabe dónde después de la pelea. Se separaron quizá, quedarían picareando cada uno por su lado, pero la verdad es que nunca más aparecieron en grupo. La banda de Antonio Balduino volvió radiante, menos el Gordo, que no había conseguido encontrar el santo que le había dado el Padre Silvino.

El Gordo era muy religioso.

* * *

Por eso el Gordo se santiguó y se quedó temblando el día en que Antonio Balduino vio a Lindinalva. Aquel día lo comprendió todo, y aunque no le dijo nada a Antonio Balduino, se sintió aún más ligado al negro.

Ellos estaban en la Rua Chile cuando vieron una pareja. Se dispusieron, en fila, con el Gordo al frente, y se dirigieron hacia la pareja, que parecía de enamorados. Las parejas de enamorados dan siempre limosna. El Gordo se echó las manos al pecho y empezó a canturrear:

Limosna para estos siete cieguitos...

Rodearon a la pareja. Pero Antonio Balduino vio que era Lindinalva, Un jazz tocaba *bines* en una confitería. Lindinalva también miró a Antonio Balduino y se apretó contra el pecho del muchacho con miedo y asco. El Gordo seguía canturreando. Nadie había reparado en la escena. Antonio Balduino gritó:

–¡Alto! ¡Para ya! ¡Nos vamos!

Salió corriendo. Se quedaron mudos de espanto. Lindinalva tenía los ojos cerrados. El muchacho preguntó:

–¿Qué pasa, querida?

Ella mintió:

–Qué horribles, esos pequeños...

Él se rió entonces, con superioridad:

–Eres una miedosa...

Les echó un níquel. Pero ellos ya estaban lejos, rodeando a Antonio Balduino que escondía el rostro entre las manos. Viriato el Enano le preguntó:

–¿Qué pasa, Baldo?

–Nada. La conozco.

El Sin Dientes volvió y recogió el níquel. El Gordo comprendió, se santiguó y se quedó junto a Antonio Balduino contando la historia de Pedro Malazarte. El Gordo contaba muchas historias y lo hacía muy bien. Pero la historia, por alegre que fuera, resultaba triste en la boca del Gordo, y él metía siempre ángeles y diablos en el cuento. Pero contaba bien; inventaba siempre, mentía mucho, y después creía todas las mentiras que contaba.

* * *

Vivieron aquella vida libre durante dos años. Dos años correteando por la ciudad, asistiendo a los partidos de fútbol y a los combates de boxeo, peleándose, colándose en el Cine Olimpia, oyendo las historias que el Gordo contaba, sin darse cuenta de que iban creciendo, volviéndose hombres y que su melopea de los siete cieguitos ya no servía para ellos, pues se habían convertido en unos negros enormes, que tumbaban mulatas en la playa y vagabundeaban por la ciudad religiosa de Bahía. Las limosnas empezaron a menguar, y un día fueron detenidos por vagos y maleantes.

Un mulato de sombrero de paja y cartera bajo el brazo, que era policía, reunió a unos guardias y se los llevaron.

Estuvieron primero en la delegación, donde no les dijeron nada. Después los llevaron a un corredor del sótano en el que sólo penetraba un rayo de sol por un tragaluz. Oyeron voces de presos que cantaban. Vinieron unos guardias con porras de goma, y empezaron a pegarles, sin que ellos supieran por qué, pues nada les habían dicho. Ganaron así su primer tatuaje. Felipe el Guapo quedó marcado en la cara. El mulato que los había detenido se reía mientras fumaba un cigarrillo. Los presos seguían cantando, abajo, arriba, nadie sabía dónde. Decían en su canción que allá fuera estaba la libertad y el sol. Y las porras de goma caían sobre el lomo de los muchachos. El Sin Dientes gritaba e insultaba a todo el mundo. Antonio Balduino intentaba dar puntapiés, y Viriato el Enano se mordía los labios con rabia. De nada le servía al Gordo rezar, pero rezaba en voz alta:

–Padre Nuestro que estás en los Cielos...

Y zumbaba la porra. No pararon de pegar hasta que la sangre corrió por el cuerpo del muchacho. Los presos seguían cantando tristemente.

* * *

Pasaron ocho días en la cárcel, fueron fichados, y al fin los soltaron en una mañana de mucho sol. Volvieron al vagabundeo por la ciudad.

* * *

Pero poco duró esta vuelta. El grupo se fue disolviendo. El primero en marcharse fue el Sin Dientes, que ingresó en una banda de carteristas. De vez en cuando le veían. Pasaba vestido de chaqueta, calzado con zapatos viejos, un pañuelo al cuello, silbando bajito como solía. También Cici se fue pronto, y nunca supieron adonde. Jesuino fue a trabajar a una fábrica, se casó, tuvo un montón de hijos. Ze Casquinha se enroló como marinero.

Y Felipe el Guapo murió aplastado por un auto. Era también una mañana clara, y Felipe estaba cada vez más guapo. Hasta la señal que le cruzaba la cara le daba un aire aventurero. Llevaba corbata nueva y estaba celebrando que cumplía trece años. Los otros reían y saltaban. En el asfalto de la calle brilló algo como un diamante. Balduino lo vio y dijo:

–Parece un brillante...

Felipe el Guapo se entusiasmó:

–Voy por él. Me lo pondré en el dedo. Es mi regalo de cumpleaños...

Y saltó a la calle. Viriato aún tuvo tiempo de advertirle que se acercaba un auto. Felipe murió riendo y fue su última sonrisa. Quedó convertido en un montón sanguinolento que aún gemía. Murió con su sonrisa, agradeciendo la advertencia de Viriato. El accidente no le desfiguró la cara y estaba aún hermoso, radiante, con su rostro de príncipe. Llevaron el cuerpo al depósito. Llegó una mujer pintada y envejecida que decía entre lágrimas:

–Mon chéri... Mon chéri...

Y besaba el rostro de Felipe el Guapo. Pero él ya no podía verla, y no sabía que su madre estaba allí. No supo tampoco que el grupo se reunió de nuevo para asistir a su entierro. Asistió el Sin Dientes, asistió Jesuino, hasta Cici vino, nadie sabe de dónde. El único que faltó fue Ze Casquinha, que era marinero y estaba navegando. La madre de Felipe y las mujeres de la Rua de Baixo le llevaron flores. Y los muchachos de la banda se pusieron ropas nuevas, compradas a un turco que vendía trajes a plazos.

* * *

Sólo Viriato el Enano, que cada vez parecía más pequeño y jorobado, siguió mendigando. Los otros se dispersaron por la ciudad con oficios diversos: operarios de fábricas, trabajadores de la calle, cargadores del muelle. El Gordo se dedicó a vender diarios porque tenía una bella voz. Antonio Balduino volvió al Morro do Capa Negro y siguió vagabundeando con Ze Camarao, jugando a la capoeira, tocando la guitarra, asistiendo a las macumbas de Jubiabá.

Iba al muelle todas las noches, y se quedaba mirando al mar, esperando lo que había de venirle.

«LINTERNA DE LOS AHOGADOS»

Cuando Antonio compró la «Linterna de los Ahogados» a la viuda de un marinero que había muerto años atrás, la tasca ya tenía este nombre y encima de la puerta ostentaba un letrero mal pintado con una sirena salvando a un náufrago. El marinero que montó el ventorro había desembarcado un día de un carguero y ancló allí, en aquella vieja sala negra de un caserón colonial. Se enamoró de una mulata oscura que hacía arroz dulce para los parroquianos y preparaba el rancho para los portuarios.

La razón de que pusiera a su ventorro el nombre de «Linterna de los Ahogados» nadie la sabía. Se sabía, sí, que el marinero había naufragado tres veces y que recorrió todo el mundo. Antes de morir se casó con la mulata para que pudiera heredar la taberna, ya con buena parroquia. Ella la vendió a Antonio, que desde hacía tiempo le tenía echado el ojo porque la situación era espléndida. A Antonio no le gustaba el nombre de la taberna. No veía por qué aquel nombre tan raro. Y días después de hacer el trato apareció cambiado el letrero. El nuevo llevaba un dibujo con una carabela de la época de los Descubrimientos, y debajo un nombre: «Café Vasco de Gama».

Pero ocurrió que los parroquianos miraban extrañados el nuevo nombre de la taberna y no entraban. Con aquel cartel nuevo y la limpieza que habían hecho en la sala no reconocían su sucio puerto de descanso, donde bebían aguardiente y charlaban en las noches del muelle.

Antonio era supersticioso. Al día siguiente fue a buscar al desván de la casa el viejo cartel y lo colocó de nuevo en su sitio. Guardó el de la carabela de los Descubrimientos para cuando tuviera un café en la ciudad. Con el cartel «Linterna de los Ahogados» volvió también la mulata oscura que había sido amante del marinero y que continuó haciendo arroz dulce para los parroquianos y comida para los estibadores y durmiendo en su vieja cama. Sólo que ahora dormía con un portugués charlatán en vez de hacerlo con un marinero taciturno.

Y cuando Antonio montara un café en el centro de la ciudad y pusiera en él el nombre de «Vasco de Gama» y un cartel con carabelas de los descubridores, ella se quedaría en la «Linterna de los Ahogados» haciendo arroz dulce para los parroquianos, comida para los estibadores y durmiendo en la misma cama con el nuevo propietario.

Los parroquianos volvieron a la «Linterna de los Ahogados». Allí discutían largos cruceros marinos y negros. Contra maestros de pataches hablaban de las ferias adonde llevarían sus barcos llenos de fruta. Tocaban la guitarra, cantaban sambas, contaban historias de espanto en las noches inmensas de estrellas. Y bajaban mujeres por la Ladeira do Taboao hacia la «Linterna de los Ahogados».

Antonio Balduino, Ze Camarao y el Gordo eran de los más asiduos. Y hasta Jubiabá aparecía a veces por allí.

* * *

Si en la capoeira el negro Antonio Balduino fue el mejor discípulo de Ze Camarao, como músico pronto superó al maestro y se hizo tan célebre como él.

Muchas veces, cuando andaba por las calles de la ciudad en sus paseos sin rumbo, empezaba a palmejar en el sombrero de paja una música que inventaba y le iba poniendo una letra, todo de su magín. Después cantaba la samba completa para los amigos del morro:

*Buena, es la vida del negro, mulata...
Fiesta todos los días.
Juerga en el Terreiro.
Morena para dormir...*

Era un éxito en las ferias:

*Señor de Bonfim, mi santo,
ella me hechizó.*

*Soy un desgraciado, mulata,
y mi desgracia eres tu...*

No había muchacha que no suspirara.

Una tarde, un hombre muy bien vestido apareció en el morro y preguntó por Antonio Balduino. Le indicaron al negro, que estaba charlando en un grupo. El hombre se acercó rozando el suelo con el bastón:

–¿Es usted Antonio Balduino?

Balduino, de momento, pensó que era un policía:

–¿Por qué me lo pregunta?

–¿No es usted el que hace sambas? –y el hombre señalaba con el bastón.

–Bien, a veces invento alguna cosa...

–¿Quiere cantar una para que yo la oiga?

–Escuche, si no es molestia, ¿a qué viene esto?

–Puede que se la compre...

Antonio Balduino andaba apretado de dinero y quería comprar unos zapatos que viera en el mercado de Agua dos Meninos. Fue a buscar el instrumento y le cantó dos sambas. Al hombre le gustaron las dos.

–¿Me las vende?

–¿Para qué las quiere?

–Me gustan...

–Se las vendo pues.

–Le doy veinte mil reis por las dos...

–De acuerdo... Y cuando quiera más...

El hombre le hizo silbar las músicas y tomó nota en un papel lleno de rayitas. Escribió las letras:

–Volveré otro día a comprarle más...

Se fue arrastrando el bastón. Los del morro se le quedaron mirando. Antonio Balduino se tendió a la puerta de la taberna y puso los dos billetes sobre su barriga desnuda. Se quedó pensando en los zapatos nuevos que iba a comprar y en el corte de vestido que le llevaría a Joana.

El hombre del bastón que compraba sambas dijo una noche en un café de la ciudad:

–Compuse dos sambas formidables.

Y las cantó golpeando con las manos en la mesa. Luego las sambas aparecieron en discos, fueron cantadas en la radio, tocadas al piano. Los diarios decían:

«El mayor éxito de este Carnaval fueron las sambas del poeta Anisio Pereira, que son realmente espléndidas.»

Antonio Balduino no leía los diarios, no oía la radio, no tocaba el piano. Continuó vendiendo sambas al poeta Anisio Pereira.

* * *

Joana llevaba el pelo suelto, pelo que peinaba cuidadosamente y que perfumaba con un aroma que enloquecía a Antonio Balduino. Él metía su nariz chata en el pelo de la moza, alzaba su melena y se quedaba aspirando aquel perfume. Ella decía riendo:

–Sácame los hocicos del pescuezo...

Y él se reía también:

–Vaya olor de reina...

Tumbaba a la negra de espaldas en la cama. La voz de Joana le llegaba de lejos:

–Mi perrito...

* * *

El día que apareció con los zapatos nuevos y el corte de vestido bajo el brazo, Joana estaba también cantando una de las sambas que le había vendido al del bastón. Antonio Balduino dijo:

–¿Sabes una cosa, Joana?

–¿Qué?

–Vendí esa samba.

–¿Que vendiste qué? –ella no sabía que una samba se pudiera vender.

–Vino un hombre al morro y me compró dos sambas por veinte mil reis.

–¿Y para qué las quería?

–Yo qué sé... Estará loco.

Joana se quedó pensando. Pero Antonio Balduino le dio el corte.

–Con lo que me dio, te compré esto...

–¡Qué maravilla!

–Y mira qué lujo de zapatos...

Ella miró y se echó al cuello de Antonio Balduino, que reía a carcajadas, satisfecho de la vida, contento del negocio que había hecho. Y mientras olía el pelo de Joana, ella iba cantándole su samba. Fue la única persona que cantó aquella samba sabiendo quién la había compuesto realmente.

Antonio Balduino advirtió:

–Hoy hay macumba en casa de Jubiabá. Es tu santo, cariño.

Fueron a la macumba y luego se tendieron en el arenal y se amaron tempestuosamente. Antonio Balduino veía en el cuerpo de Joana el cuerpo de Lindinalva.

* * *

Iban frecuentemente por la «Linterna de los Ahogados», aunque a Joana no le gustase ir por allá:

–Un lugar donde va tanta gentuza... Van a creerse que yo soy como ellos...

Joana trabajaba de camarera en una casa de Vitoria y vivía en un cuartito en las Quintas. Les gusta ir a amarse al arenal, pero a la «Linterna de los Ahogados» sólo iba porque a Antonio Balduino le gustaba. Cuando iban los dos, él se quedaba solo con la muchacha en una mesa, bebiendo cerveza, sonriendo a los otros, que le saludaban. Exhibía a su amante y luego salía riendo, guiñando los ojos, como diciéndoles que ahora se iban al arenal.

Casi todos los días, sin embargo, Antonio Balduino salía con el Gordo, con Joaquim y con Ze Camarao. Bebían aguardiente, contaban aventuras, reían como sólo los negros saben reír. La noche del cumpleaños del Gordo apareció Viriato el Enano. Había cambiado mucho en pocos años. No es que estuviera más alto o más fuerte, es que iba andrajoso, vestido de jirones, apoyado en un tosco bastón.

–Vengo a beber a tu salud. Gordo...

El Gordo pidió aguardiente. Antonio Balduino preguntó:

–¿Cómo va eso, Viriato?

–Vamos tirando...

–¿Estás malo?

–No. Esto es para sacar más limosnas –y rió con su risa apretada.

–¿Por qué no has vuelto por aquí?

–Ando por ahí... fastidiado...

–Me dijeron que estabas enfermo.

–Estuve. Mala cosa. Fui al hospital y las pasé negras. Pero es la última vez. Si vuelvo a ponerme malo prefiero morir en un rincón...

Aceptó el cigarrillo que Joaquim le ofrecía:

–Estuve allá, sin nadie que me hiciera caso. No os imagináis...

El Gordo no se lo imaginaba, pero la idea le daba miedo.

–De noche tenía fiebre. Pensaba que me moría. Me acordaba de que estoy solo, de que no tengo a nadie; a nadie para velarme...

Se quedó callado.

–Pero te pusiste bueno –dijo Balduino.

–Bueno, no. Cualquiera día me vuelve la cosa. Cualquiera día muero en la calle como un perro...

El Gordo puso su mano negra encima de la mesa hacia Viriato:

–¿Quién habla de morir, hermano?

Joaquina internó reír:

–Mala hierba nunca muere...

Pero Viriato continuó:

–Balduino ¿te acuerdas de Rozendo? Se puso malo, pero tenía a su madre, y le vino a buscar. Yo la encontré. Y Felipe el Guapo, cuando murió, tuvo también a su madre en el entierro. Llevó aquellas flores y fueron muchas mujeres...

–Había cada una... –cortó Joaquim.

–Todos tienen padre, madre, una persona. Sólo yo no tengo a nadie.

Tiró la colilla en un rincón. Pidió otro vaso de aguardiente:

–¿De qué sirve esta vida? ¿Te acuerdas de cuando nos agarró la policía? ¿Por qué nos zurraron? Nuestra vida no sirve para nada... No tenemos a nadie...

El Gordo se estremeció. Antonio Balduino miraba atentamente su vaso de *cachaba*. Viriato el Enano se levantó:

–Os estoy dando la lata... Pero es que uno se pone a pensar...

–Bueno, hombre, no hay que ponerse así –dijo Joaquim.

–Voy a la salida de los cines. A ver lo que se hace...

Salió arrastrando el bastón, encorvado, cubierto de andrajos.

–Ya se acostumbró a andar así –dijo Joaquim.

–Le da siempre por hablar de cosas tristes –dijo el Gordo, que estaba apenado, porque era muy bueno.

–Sabe más que nosotros –afirmó Antonio Balduino.

En la mesa de al lado un mulato explicaba a un negro:

–Moisés mandó apartarse el mar y pasó con todos los cristianos...

–Yo hablo para divertirme –siguió diciendo Joaquim.

El Gordo se quejó:

–Vaya, hombre, tenía que venir ese hoy, el día de mi cumpleaños...

–¿Por qué?

–También es idea. Venir aquí a contarnos cosas tristes... Me ha fastidiado el día...

–No te preocupes. Vámonos a casa de Ze Camarao. Nos buscamos unas morenas –invitó Antonio Balduino.

El Gordo pagó el gasto. En la mesa de al lado el mulato contaba la historia del rey Salomón, que tenía seiscientas mulatas.

–Buen macho –dijo Antonio Balduino soltando una carcajada.

Se fueron de juerga, se hincharon a beber, tumbaron unas mulatas bien bonitas. Pero no consiguieron olvidar a Viriato el Enano, que no tenía a nadie que le acompañara cuando estaba enfermo.

* * *

Joana le hacía escenas de celos a causa de otras mulatas que eran igualmente amadas por Antonio Balduino. Mulata que apareciera junto a él era mulata que Baldo amaba. En la fuerza de sus dieciocho años Balduino había logrado un gran prestigio entre las mozas del barrio, empleadas, lavanderas, negritas que vendían *acajé* y *abará* por los mercados. Él sabía hablar con ellas y acababa siempre llevándoselas al arenal, donde se enroscaban sin sentir la arena.

Las amaba y no volvía a verlas. Pasaban por su vida como aquellas nubes que pasaban por el cielo y que servían para que él hiciera comparaciones:

–Tus ojos, de tan negros, parecen aquella nube...

–Calla, que va a llover...

–Vamos a casa entonces... Sé de un sitio donde estaremos bien abrigados.

Pero Joana tenía aquel perfume. Se agarraba a él, se ponía furiosa cuando sabía que el negro se había revolcado con una mujer cualquiera y dicen que hasta le dio un hechizo para que no la abandonara. Había frotado los calzoncillos del amante con plumas de gallina negra y con harina y aceite de dendé, luego, todo bien atado, lo puso en la puerta de Antonio Balduino una noche de luna llena.

En la fiesta de casa de Arlindo, en Brotas, se puso como loca sólo porque Amonio Balduino repitió algunos bailes con Delfina, una mulatita tentadora. Quiso pegarle a la otra; hasta se quitó un zapato. Antonio Balduino lo pasó en grande con la disputa de las dos.

En casa, Joana preguntó:

–¿Se puede saber qué es lo que te gusta en esa peste?

–¿Tienes celos?

–¿Yo? ¡Vamos, anda! De esa pelleja... Una pelleja vieja que se cae de podre... Me gustaría saber qué es lo que le has visto...

–Eso es lo que tú no sabes... Tiene sus secretos...

Antonio Balduino se reía y se revolcaba con ella en la cama, oliendo su melena perfumada.

Se acordaba de cuando la conoció. Fue en una fiesta de Río Vermelho. La vio de lejos, mientras andaba tocando unas sambas. Ella se entregó inmediatamente. Al día siguiente fueron a una matinal del Olimpia. Ella le contó una historia muy complicada para convencerlo de que era doncella, y él acabó creyéndola. No tenía demasiado interés, pero fue a la cita dispuesta para el jueves, porque no tenía cosa mejor que hacer aquella noche. Dieron una vuelta por el Campo Grande, él taciturno porque era doncella y a un negro las doncellas no le interesan. Cerca de la hora de irse al trabajo, ella le confesó:

–Me gustas porque eres bueno y sabes respetarme... Por eso te diré la verdad: no soy virgen, no...

–¿Ah, no?

–Fue mi tío, un tío que vivía allá en casa. Hace tres años. Estaba sola. Mamá había ido a trabajar...

–¿Y tu padre?

–Nunca lo conocí. Mi tío se aprovechó. Me forzó...

–¡Qué desgraciado! –en el fondo Antonio Balduino simpatizaba con el tío.

–Nunca más volví a hacerlo desde entonces... Pero ahora tú me gustas...

Antonio Balduino comprendió ahora que todo era un cuento de la chica, pero no dijo nada. No le dejó que volviera al trabajo aquella noche, y como no tenía adonde llevarla, fueron al arenal, ante los barcos y el mar.

Después alquilaron aquel cuartito en las Quintas, donde diariamente Joana mentía y barullaba con sus ataques de celos.

El negro empezaba ya a cansarse.

* * *

Estaba en la «Linterna de los Ahogados» una noche de temporal cuando entró el Gordo jadeante. Joaquim, que estaba con Antonio Balduino, le avisó:

–Ahí está el Gordo...

–¿No sabéis lo que ha pasado? Los estibadores encontraron un muerto en el muelle...

Aquello era normal y no le dieron importancia. Pero el Gordo añadió:

–Era Viriato...

–¿Quién?

–Viriato el Enano.

Salieron corriendo. Allá estaba, tendido en el muelle. Un grupo de hombres rodeaba el cuerpo. Debía llevar tres días o más en el agua porque el cuerpo estaba hinchado y crecido. Los ojos, muy abiertos, parecían clavarse en el grupo. Ya tenía la nariz medio comida por los peces y el cuerpo empezaba a descomponerse.

Cogieron el cuerpo y lo llevaron a la «Linterna de los Ahogados». Juntaron dos mesas y lo colocaron encima. Los gusanos se removían bajo la piel del cadáver. Amonio trajo una vela e intentó ponérsela en la mano apretada. Joaquim dijo:

–Lleva ya tiempo muerto.

El Gordo rezaba.

–Pobre. No tenía a nadie...

Unos hombres que bebían aguardiente se acercaron a ver. Las mujeres miraban y se apañaban con miedo. Antonio sostenía la vela, pues nadie tenía valor para tocar al difunto. Antonio Balduino la cogió y se acercó al muerto. Abrió la mano gruesa del ahogado y le puso el cirio en ella. Habló:

–Está solo... Buscaba su camino y entró en el mar...

Nadie entendía. Alguien preguntó dónde vivía.

Jubiabá, que acababa de entrar, preguntó:

–¡Buenas noches a todos! ¿Qué pasa?

–Padre Jubiabá: éste que andaba buscando el ojo de piedad y no dio con él. Se mató. No tenía padre ni madre ni nadie que mirara por él. Murió porque no encontró el ojo de piedad...

Nadie entendía, pero se estremecieron cuando Jubiabá dijo:

–Oju ànun fó ti ikâ ôkú.

El Gordo contaba con muchos detalles y de una manera muy triste la historia de Viriato el Enano a uno de los que estaban bebiendo. Según el Gordo, una vez Viriato había visto tres ángeles y una mujer vestida de rojo, que era su madre y lo llamaba al cielo.

Por eso se tiró al agua.

De repente, en medio de toda aquella gente, Antonio Balduino se sintió solo con el cadáver y tuvo miedo. Un miedo loco. Quedó temblando, los dientes le castañeteaban. Se acordó de todos: de tía Luisa, que se había vuelto loca, de Leopoldo que había sido asesinado, de Rozendo, enfermo ante su madre y gritando, de Felipe el Guapo, aplastado por el automóvil, del viejo Salustiano, que se suicidó en el puerto, el cuerpo de Viriato el Enano, medio comido por los gusanos.

Y pensó que eran todos muy desgraciados, tanto los vivos como los muertos. Y que también lo serían los que luego nacieran. Pero no podía saber por qué eran tan desgraciados.

El temporal apagó la luz de la «Linterna de los Ahogados».

MACUMBA¹

Se conjuró a Exú² para que no viniera a perturbar la buena marcha de la fiesta. Y Exú se fue muy lejos, a Pernambuco o a África.

La noche caía, la noche tranquila y religiosa de Bahía de Todos os Santos. De la casa del *pai-de-santo* Jubiabá, llegaban sonos de atabaque, agogô, calabaza, sonos misteriosos de macumba que se perdían entre los guiños de las estrellas en la noche silenciosa de la ciudad. En la puerta, unas negras vendían pasteles y arroz dulce.

Y Exú, conjurado, fue a perturbar otras fiestas más lejanas, en los algodones de Virginia o en los candombles³ del morro de la Favela.

En un rincón, al fondo de la sala de adobe, tocaba la orquesta. El son de los instrumentos resonaba monótono en la cabeza de los asistentes. Música enervante, melancólica, música vieja como la raza, que salía de instrumentos primitivos: atabaques, agogôs, chocallos, calabazas.

Los asistentes, apelotonados en la sala, junto a la pared, estaban con los ojos fijos en los *ogãs*, sentados en medio de la sala. En torno de los *ogãs* giraban las *feitas*. Los *ogãs* son importantes, pues son miembros del candomblé, y las *feitas* son sacerdotisas que pueden recibir al santo. Antonio Balduino era *ogã*, Joaquim, también, pero el Gordo aún no lo era y permanecía entre los espectadores, junto a un blanco flaco y calvo, que seguía la escena muy atento procurando acompañar la música monótona con palmadas en las rodillas. Al otro lado, un joven negro vestido de azul estaba envuelto por la música y por los cánticos, olvidado de los que había venido a observar. El resto de los asistentes eran negros y mulatos, negras gordas vestidas con enaguas y camisas escotadas y con collares al pescuezo. Las *feitas* danzaban lentamente oscilando el cuerpo.

De repente, una negra vieja que estaba apoyada en la pared de enfrente, cerca del blanco calvo, y que desde hacía mucho se estremecía con la música y con los cantos, recibió el santo. La llevaron a una pequeña cámara, pero como no era *feita* de la casa se quedó allí hasta que el santo la abandonó y fue a encarnarse en una negrita que fue llevada también al cuarto de las sacerdotisas.

El *orixalá* era Xangô, dios del rayo y de la tempestad, y como esta vez se había encarnado en una *feita*, la negrita salió de la cámara vestida con ropas del santo: vestido blanco y cuentas blancas con pintas rojas, llevando en la mano un bastoncito.

La madre del *terreiro* empezó a cantar una tonada de saludos al santo:

«—*Edurô dêmin lonan ê ye!*»

Los asistentes respondieron a coro:

«—*A umbô k'ó wá jô!*»

Y la madre del *terreiro* seguía diciendo su cántico en lengua nagô:

«—*Abrid vuestras alas a nosotros,
que hemos venido a danzar.*»

Las *feitas* danzaban en torno de los *ogãs*, y los asistentes reverenciaban al santo que se había encarnado, y alargaban las manos hacia él, con los brazos en ángulo agudo y las palmas de las manos vueltas al *orixalá*:

¹ Ceremonia religiosa, producto del sincretismo entre los viejos cultos africanos aportados por los negros esclavos y la religión cristiana. En un mismo plano, e identificándolos, se rinde culto a los *orixá* o dioses africanos, a los santos cristianos y, a veces, a los espíritus a que rendían culto los indígenas americanos. En Bahía predomina la influencia Nagô (de Yoruba). (N. del T.)

² Dios de origen yoruba, pequeño diablo perturbador y travieso que se complace en distraer o molestar a los asistentes a las ceremonias. (N. del T.)

³ Los candombles son supervivencias de antiguas sectas africanas de tipo a la vez religioso, guerrero y asistencial. (N. del T.)

–Oké!

Todos gritaban:

–Oké! Oké!

Los negros, las negras, los mulatos, el blanco calvo, el Gordo, el estudiante, todos los asistentes animaban al santo:

–Oké! Oké!

Entonces el santo penetró entre las feitas y danzó también. El santo era Xangô, dios del rayo y de la tormenta, y traía cuentas pintadas de rojo sobre el vestido blanco. Llegó y reverenció a Jubiabá, que estaba en medio de los ogâs y era el mayor de todos los padres-de-santo. Dio otra vuelta danzando y reverenció al hombre calvo que estaba allí invitado por Jubiabá. El santo reverenciaba curvándose tres veces delante de la persona. Después la abrazaba apretándole los hombros, y ponía la cara a un lado y otro de la del reverenciado.

La madre del terreiro cantaba ahora:

«–Iya ri dé gbê ô
–Afi dé si ômon lôwô
–Afi ilé ké si omón lérum.»

Y estaba diciendo que:

«La madre se adorna de joyas.
Adorna de cuentas el cuello de sus hijos
Y pone nuevas cuentas en el cuello de la hija....»

Y los ogâs y los asistentes formaban coro pronunciando una onomatopeya que indicaba el ruido de las cuentas «que estaban todas golpeando»:

«–Omirô wónrón wónrón wónrón omirô.»

Fue entonces cuando Joana, que ya bailaba como si estuviera en éxtasis, fue poseída por Omolu, la diosa de las viruelas.

Y salió de la cámara vestida con ropas multicolores donde predominaba el rojo vivo, con calzas parecidas a viejos zarigüelles, con las puntas bordadas apareciendo bajo la saya. Llevaba el cuerpo casi desnudo, sólo con un paño blanco atado a los pechos. Y el cuerpo de Joana era perfecto de belleza, los senos duros y puntiagudos alzando el pañuelo. Pero nadie veía en ella a la negrita Joana. Ni Antonio Balduino veía a su amante Joana, que dormía sin soñar en el arenal del puerto. Quien estaba allí, con el busto desnudo, era Omolu, la terrible diosa de las viruelas. De la madre del terreiro llegaba la voz monótona saludando la entrada del santo:

«–Eduró dêmin lonan ê yê!»

Sones de atabaque, agogô, calabazas, chocallo. Música que no variaba, que se repetía siempre, pero que excitaba hasta la locura. Y el coro de los asistentes:

«–A umbó k'ó wá, jô!»

Reverenciaban al santo:

–Oké! Oké!

Y Omolu, que danzaba entre las feitas, vino y reverenció a Antonio Balduino. Después reverenció a las personas de la asistencia que podían entrar en la casa. Reverenció al Gordo, reverenció al estudiante negro, a quien todos querían bien, reverenció al calvo blanco, reverenció a Roque y a otros más.

Ahora todos estaban excitados y todos querían bailar. Omolu venía y sacaba a bailar a las mujeres. Antonio Balduino movía el tronco como si estuviera remando. Alzaba los brazos saludando al santo. Un aire de misterio se apoderaba de la sala y llegaba de todas partes, de los santos, de la música, de los cantos, y especialmente de Jubiabá, centenario y mínimo.

Cantaban a coro otra canción de macumba:

«–Eolô biri o b'ajá kó a péhindá.»

«–Eolô biri o b'ajá kó a péhindá.»

Y decían que «el cachorro cuando anda muestra el rabo». También Oxossi, dios de la caza, bajó a la fiesta de la macumba del padre Jubiabá. Vestía de blanco, verde, y un poco de rojo, un arco distendido con su flecha colgando al lado del cinto. Del otro lado llevaba un carcaj. Llevaba aquella vez, además del casco de metal y paño verde, un plumero de hilos gruesos. Y no siempre Oxossi, el dios de la caza, el gran cazador, lleva su plumero de hilos gruesos.

Los pies descalzos de las mujeres golpeaban en el suelo de barro, danzando. Quebraban el cuerpo ritualmente, pero este quiebro era sensual como cuerpo caliente de negra. Corría el sudor y todos estaban dominados por la música y por la danza. El Gordo temblaba y no veía sino confusas figuras de mujeres y de santos, dioses caprichosos de la selva distante. El blanco batía con los zapatos en el suelo y dijo al estudiante:

–Caigo en la danza...

Jubiabá era reverenciado por el santo. Brazos en ángulo agudo saludaban a Oxossi, dios de la caza. Había quien apretaba los labios y manos que temblaban, cuerpos que temblaban en el delirio de la danza sagrada. Fue cuando, de súbito, Oxalá, que es el mayor de todos los orixas y que se divide en dos –Oxodian, que es el mozo; Oxolufá, que es el viejo–, apareció danzando y tumbó a María dos Reis, una negrita de quince años, de cuerpo rollizo y virgen. El que apareció fue Oxolufá, Oxalá viejo y exhausto, arrimado a un bordón de lentejuelas. Cuando salió de la cámara venía totalmente blanco y recibió el saludo de los asistentes, y se curvó aún más:

–Oké! Oké!

Sólo entonces la madre del terreiro cantó:

«–E inun ójá l'a o jo li a ô lô.»

Estaba advirtiendo:

«–El pueblo de la feria, que se prepare. Vamos a invadirla.»

Y la asistencia, en coro:

«–Erô ójá é pará món, ê inun ójá li a ô lô.»

«–Cuidado, entramos en la feria.»

Sí, entrarían en la feria, porque estaban con Oxalá, que es el mayor de todos los orixas.

Oxolufá, que era el Oxalá viejo, sólo reverenció a Jubiabá. Y danzó entre las feitas hasta que María dos Reis cayó en el suelo, sacudiendo el cuerpo como si aún danzara, echando espuma por la boca y por el sexo.

En la sala estaban todos enloquecidos y bailaban todos al son de los atabaques, de los agogôs, chocallos y calabazas. Y los santos danzaban también al son de la vieja música de África, danzaban los cuatro entre las feitas y alrededor de los ogãs. Y eran Oxossi, el dios de la caza; Xangô, el dios del rayo y de la tempestad; Omolu, diosa de las viruelas, y Oxalá el mayor de todos ellos, que se revolcaba en el suelo.

* * *

En el altar católico, que estaba a un lado de la sala, Oxossi era San Jorge; Xangô, San Jerónimo; Omolu, San Roque, y Oxalá, el Señor de Bonfim, que es el más milagroso de los santos de la ciudad negra de Bahía de Todos os Santos y del *pai-de-santo* Jubiabá. Es el que tiene la fiesta más bonita, pues su fiesta es toda como si fuera candomblé o macumba.

En la sala habían ofrecido dulces a la asistencia y allá dentro les fue servido un picadillo de carnero con arroz. En las noches de macumba los negros de la ciudad se reunían en el terreiro de Jubiabá y se contaban sus cosas. Se quedaban conversando fuera, por la noche, discutiendo los sucesos de los últimos días. Pero aquella noche estaban preocupados por causa del blanco que había venido de muy lejos sólo para asistir a la macumba de padre Jubiabá. El blanco había comido dulce y se chupó los dedos con el arroz. Antonio Balduino supo que el hombre hacía historias y andaba recorriendo el mundo. Al principio pensó si sería marinero. El Gordo afirmaba que era andarín. Fue aquel poeta que le compraba las sambas quien le llevó al blanco calvo. El hombre quería ver la macumba y el poeta le dijo que sólo Antonio Balduino tenía prestigio para conseguir hacerlo entrar en la macumba de Jubiabá. Pero a pesar de los elogios, Antonio Balduino no se había mostrado muy dispuesto a hablar con Jubiabá. Eso de llevar blancos, y desconocidos además, a la macumba, no le iba a gustar nada. Podía ser un policía y acabar deteniéndolos a todos. Una vez habían metido a Jubiabá en la cárcel, y el padre-de-santo había pasado la noche allá y se habían llevado además a Exú. Fue preciso que Ze Camarao, que era fino y cumplido como él solo, fuera a buscar al Orixá a la propia sala del delegado, ante las barbas de un soldado. Cuando el vagabundo llegó con Exú bajo la chaqueta, fue una fiesta. Hubo una macumba que duró toda la noche para desagrar a la imagen de Exú, que estaba furioso y podría perturbar luego otras fiestas.

Por eso Antonio Balduino no quería llevar a ningún blanco. Y sólo habló con Jubiabá cuando el estudiante negro, que era amigo suyo, vino a pedírselo:

—Es como si fuese yo, hombre..., te lo aseguro...

Pero el negro quiso saber toda la vida del blanco. Cuando supo que andaba corriendo mundo y viendo todo lo que en él había, se entusiasmó. ¿Quién sabe si algún día aquel hombre no lo sacaría en una historia?

El blanco se despidió después de decirle a Jubiabá que aquello era lo más hermoso que había visto en su vida. El estudiante se fue con él y los negros respiraron. Ahora podrían hablar a gusto, discutir sus cosas, hablar de lo que quisieran, mentir a voluntad.

El Rosado habló para Antonio Balduino:

—¿Viste mi nuevo tatuaje?

—No.

El Rosado era un marinero que pasaba por Bahía de vez en cuando y un día había traído noticias de Ze Casquinha, que navegaba por mares distantes y hasta hablaba ya alguna lengua de gringos. El Rosado traía la espalda completamente tatuada con nombres de mujeres, un florero, un puñal y un zurriago.

Se quedó riendo. Antonio Balduino admiró con cierta envidia:

—¡Está bonito...!

—Hay un americano en el barco que lleva un mapa en la espalda. Una maravilla, chico...

Antonio Balduino se acordó del hombre blanco. Tenía que ver aquello. Pero se había ido ya y parecía que huyera porque los negros tenían vergüenza con él allí. Antonio Balduino decidió

hacerse un tatuaje. Pero no sabía aún qué cosa hacerse dibujar. Por su gusto pondría el retrato de Zumbi dos Palmares. Un negro del muelle lleva tatuado en las espaldas el nombre de Zumbi.

Damián, un negro viejo, sonrió:

—¿Quieres ver otro tatuaje?

Jubiabá hizo un gesto como diciéndole que no lo enseñara. Pero ya Damián se había quitado la camisa y todos vieron en la espalda las marcas del látigo. Le habían azotado en las haciendas, en los tiempos de la esclavitud. Antonio Balduino vio luego, bajo los zurriagazos, una señal de quemadura:

—Y eso, ¿qué fue?

Damián comprendió que hablaba de la quemadura. Quedó de repente como avergonzado y se puso la camisa. Se quedó sin hablar, mirando la ciudad, iluminada allá abajo. María dos Reis sonrió a Antonio Balduino. También los viejos que habían sido esclavos pueden tener un secreto.

* * *

Como Joana se había ido sola, llena de celos, y María dos Reis también se había retirado a su casa con su madre, Antonio Balduino bajó con el Gordo y Joaquim. Llevaba su instrumento para animar la juerga.

Pero el Gordo tuvo que irse pronto porque vivía lejos con su abuela, una vieja octogenaria que ya hacía tiempo había perdido la noción de la realidad y vivía en un mundo diferente contando casos que embarullaba con otros, mezclando los nombres y sin llegar nunca al final de la historia. La verdad es que no era la abuela del Gordo. Éste se había inventado el parentesco por vergüenza de haber recogido y mantener a aquella vieja que antes andaba suelta por la ciudad. Pero la trataba como si realmente fuera su abuela, le llevaba comida, hablaba con ella horas y horas y volvía a casa temprano para que la anciana no se quedara sola. A veces encontraban al Gordo con un corte de vestido y pensaban que lo llevaría quizá a alguna chiquilla pizpireta.

—Es para la abuela; pobrecita... Gasta mucha ropa porque duerme en el suelo sucio. Está muy vieja...

El Gordo nunca había conocido ni padre ni madre. No obstante, el Gordo tenía una abuela, y muchos se la envidiaban.

* * *

Después de haberse despedido el Gordo, Antonio Balduino y Joaquim bajaron la ladera silbando una samba. La ladera estaba sola y silenciosa. Sólo en una ventana pobre, iluminada por un candil, una mujer tendía unas ropas de recién nacido, y se oía la voz del hombre hablando en el cuarto:

—Hijo mío..., hijito...

Joaquim dijo:

—Ese, mañana va a dormirse en el trabajo... Está haciendo de ama seca...

Balduino no contestó. Joaquim siguió hablando:

—¿De qué sirve?

—¿De qué sirve, el qué?

—Nada..., nada.

Antonio Balduino preguntó:

—¿Te has dado cuenta qué bueno es el Gordo?

—¿Bueno? —Joaquim no se había dado cuenta.

—Bueno, sí. Es un gran chico. Tiene bien abierto el ojo de piedad.

Ahora Joaquim se quedó callado. Luego soltó una carcajada:

—¿De qué te ríes?

—De nada. Es que ahora me doy cuenta de que el Gordo es un buen tipo.

Siguieron bajando, callados. Antonio Balduino recordaba la escena de macumba, el calvo aquel que había viajado por todo el mundo. El hombre se había ido pronto. La verdad es que había huido. Antonio Balduino pensaba que aquel hombre podía ser Pedro Malazarte. Pero se había ido cuando vio que los negros estaban avergonzados. Se acordó de Zumbi dos Palmares. Con otro Zumbi, aquel negro viejo no las habría pasado tan mal. Sería un luchador. Entonces no tendría por qué

avergonzarse del blanco. El hombre había salido en un gesto de solidaridad y ya no volvería nunca. Pero un día aquel hombre escribiría las aventuras de Antonio Balduino, un tebeo heroico donde cantaría las aventuras de un negro libre, alegre, pendenciero y valiente.

Pensando en todo esto, Antonio Balduino recobró su alegría:

–¿Sabes una cosa, Joaquim? Voy a acabar tirándome a aquella negrita...

–¿Cuál? –Joaquim se interesó vivamente.

–María dos Reis. Ya me anda mirando de ladillo...

–¿Cuál es?

–Aquella. Oxalá se metió en ella, ¿no te acuerdas? Aquella jovencilla...

–Cosa fina. Baldo. Pero ándate con ojo y no te metas en líos. Es novia de un soldado...

–¡Qué va! Está loca por mí... Yo contra el soldado no tengo nada. La morena me gusta, eso sí. Y al soldado, que le den... –Joaquim sabía que Balduino amaría a la mulatita sin importarle un comino del soldado. Pero a él no le gustaban los problemas con el ejército y le aconsejó:

–Mira, Baldo, hazme caso: deja a la morena en paz...

Se había olvidado de que Antonio Balduino cuando muriera iba a ser cantado en historias y que todos los héroes de las historias amaban a las doncellas románticas durante una noche y peleaban con los soldados.

Recorrieron la ciudad baja, que estaba durmiendo. No encontraron a nadie para armar una juerga. La «Linterna de los Ahogados» estaba cerrada. Nadie por las calles, ni una chiquilla que llevarse al arenal. Ni una tasca donde echar un trago. Paseaban al azar, Joaquim bostezando de sueño. Entraron por un callejón y vieron una pareja de mulatos que hablaban como enamorados. Joaquim avisó:

–Una mulata, amigo...

–Aquella, Joaquim, es cosa hecha, ya verás...

–Está con su macho, Balduino.

–Vas a ver mis mañas...

Balduino se acercó a la mulata. Le dio un empujón y la mujer cayó en la calle.

–¡Eh, tú, cachorra, conque yo trabajando y tú aquí fregándote con este macho...! Sinvergüenza... Vas a ver la paliza que llevas. –Se volvió hacia el mulato, pero antes de decir nada, éste preguntó:

–¿Es tu amiga? No lo sabía...

–¿Mi amiga? Es mi mujer, casada con cura y todo. ¿Entiendes? Con cura y todo...

Avanzó hacia el hombre.

–No lo sabía..., yo... Perdone usted... Ella no me dijo nada...

Salió a la carrera, y en la primera esquina desapareció. Antonio Balduino se quedó riendo como un loco. Joaquim, que se había quedado un poco atrás, porque un hombre es para un hombre, se acercó:

–¿Vaya golpe, eh?

Se echaron a reír los dos, en carcajadas estruendosas que despertaban la ciudad adormecida. Llegó una risa de la calzada. Era de la mujer, que se levantaba. Una mulata desdentada, muy clara. No valía la pena. Pero como no había otra tuvieron que cargar con ella y llevársela al arenal. Antonio Balduino fue el primero. Luego Joaquim.

–No tiene dientes, pero está buena... –dijo Joaquim.

–No valía la pena –dijo Balduino.

Se tumbó en la arena. Sacó la guitarra y empezó a tocar. Joaquim metió los pies en el agua. La mujer, que estaba acabando de arreglarse el vestido, se les acercó y empezó a cantar la canción que Balduino tocaba. Primero muy bajo, luego en voz alta, y tenía una voz rara, muy bonita, casi masculina. El arenal se llenó con su voz, hasta que se despertaron los hombres de los veleros. Aparecieron los marineros en la amurada de los navíos y el día clareó por la banda del mar.

* * *

Cuando clareó el día, en aquella ventana pobre de la casa de la Ladeira da Montanha, la mujer despertó al marido. Él se iba a la fábrica lejana y tenía que madrugar. Señalando al niño, le dijo a la mujer:

–Este pequeñajo no me dejó pegar ojo... Estoy muerto de sueño.

Se echó agua a la cara, miró el claro amanecer, bebió un café. La mujer le advirtió:

–No hay pan. Tuve que comprar la leche del pequeño...

El hombre hizo un gesto de resignación, besó al niño, dio una palmada en el hombro a su mujer y lió un cigarrillo.

–Mándame la comida al mediodía...

Cuando bajaba, la mañana empezaba a ponerse azul en la Ladeira da Montanha. Camino de la fábrica, se encontró con Antonio Balduino y con Joaquim, que venían con la desdentada detrás.

Balduino le gritó:

–¡Jesuino...! ¿Eres tú?

Era Jesuino, que había sido mendigo y vagabundo como ellos. Estaba casi desconocido, de tan flaco. Joaquim se rió:

–¡Tu estás malo, amigo...!

–Tuve un pequeño. Baldo. Quiero que tú seas el padrino. Un día te he de llevar para que veas a mi mujer...

Se fue, Ladeira abajo, camino de la fábrica que quedaba en Itapagipe. Y él tenía que ir a pie por la leche del chiquillo. La mujer tendía pañales en la ventana, y también era flaca y pálida. Para ella no había quedado ni pan ni café.

BOXEADOR

La casa de Jubiabá era pequeña, pero bonita. Estaba en el centro de un solar del Morro do Capa Negro, con un gran terreno en la fachada y un patio atrás.

La sala, espaciosa, ocupaba la mayor parte de la casa. Una mesa con un banco a cada lado, donde comían Jubiabá y sus visitas, una tumbona encarada hacia la puerta del cuarto donde el padre-de-santo dormía. En los bancos, alrededor de la mesa, charlaban negros y negras. Había también dos españoles y un árabe. En las paredes, retratos innumerables enmarcados con conchas blancas mostraban a parientes y amigos del padre-de-santo. En la hornacina, un orixá negro confraternizaba con una estampa del Señor do Bonfim. El cuadro representaba al santo salvando a un navío de un naufragio. Pero el ídolo era mucho más bonito, pues era una negra de hermoso cuerpo sosteniendo con una mano un seno pujante y bello, en gesto de ofrecimiento. Era Iansá, diosa de las aguas, a la que llaman los blancos Santa Bárbara.

Jubiabá salió del cuarto, vestido con una linda camisa bordada. La camisa le llegaba a los pies, y el padre-de-santo no llevaba otra ropa... Un negro se levantó y le ayudó a sentarse.

Los negros se acercaron y besaron la mano de Jubiabá. También los españoles y el árabe. Uno de los españoles llevaba un carrillo hinchado sujeto con un pañuelo atado bajo el mentón. Se acercó al padre-de-santo y dijo:

–Padre Jubiabá, esta muela me está matando, ¡caramba! No me deja trabajar ni hacer nada, ¡caramba! Ya me gasté un dineral con el dentista y como si nada... No sé que hacer...

Se sacó el pañuelo. Apareció una hinchazón enorme. Jubiabá recetó:

–Pon té de malva y reza así:

*San Nicodemos, sana esta muela
Nicodemos, sana esta muela
sana esta muela
esta muela
muela*

Y completó:

–Y tienes que repetir la oración en la playa. Escribe en la arena y borra cada vez una palabra. Después vete a casa y toma el té. Pero sin oración no vale de nada...

El español dejó cinco mil reis y fue a aplicar el remedio.

Después vino un negro que quería un hechizo. Habló en voz baja al oído de Jubiabá. El padre-de-santo se levantó ayudado por el negro y penetró en el cuarto. Volvieron unos minutos después, y al día siguiente apareció el hechizo fuerte, harina mezclada con aceite-de-endê, cuatro mil reis en monedas de plata, dos monedas de cobre y un pájaro aún joven, en la puerta de Henrique Padeiro, que agarró una enfermedad misteriosa y murió de ella tiempo después. Una negra también quería hechizo, pero ésta no habló en voz baja ni entró en el cuarto. Dijo:

–Esa sinvergüenza de Marta se me ha llevado a mi hombre. Quiero que venga a casa otra vez –la negra estaba destrozada–. Tengo hijos, y ella no tiene...

–Cógele unos pelos y triémelos, que te haré la mezcla –respondió Jubiabá.

Y desfilaron ante el padre-de-santo todos aquellos negros que querían hechizos. Algunos fueron rezados con ramas de mastuerzo. Así la ciudad se llenaba a la mañana siguiente de extrañas cosas que aparecían en los muelles y en las aceras y de las que se apartaban recelosos los transeúntes. Venía muchas veces gente rica, doctores con anillo, ricachos de automóvil.

* * *

Cuando Antonio Balduino entró en la sala, era un soldado quien estaba hablando con el padre-de-santo. Procuraba hablar bajo, pero estaba emocionado y todos oyeron su voz:

–...Ahora no le gusto... no me hace caso cuando le hablo... parece como si tuviera a otro delante... pero yo la quiero, padre... la quiero para mí... la quiero... estoy loco por ella.

El soldado hablaba con voz llorosa. Jubiabá le preguntó algo y él respondió:

–María dos Reis...

Antonio Balduino se sobresaltó, y luego sonrió. Empezó a prestar atención a lo que hablaban. Pero ya Jubiabá despedía al soldado.

–Tienes que traerme unos pelos del sobaco de ella, y las bragas. Y haré que nunca más te deje... Quedará amarrada como un perro...

El soldado salió con la cabeza baja, sin mirar a los presentes, procurando que no le vieran.

Antonio Balduino se acercó a Jubiabá, se sentó en el suelo.

–Parece que la quiere...

–¿La conoces, Baldo?

–¿No es aquella que tuvo dentro a Oxalá en la fiesta?

–El soldado la quiere, va a hacer un hechizo... Ándate con cuidado, Baldo...

–A mí no me dan miedo los soldados.

–Pero está enamorado...

–Eso parece...

Se quedó haciendo garabatos en el suelo con un palito. Andaba por los dieciocho años, pero aparentaba veinticinco. Era fuerte y alto como un árbol, libre como un animal y tenía la más clara carcajada de la ciudad.

* * *

Largó a Joana. Nunca más vio a aquella desdentada que tenía una voz masculina y cantaba sus sambas en el muelle, no quiso saber nada más de chiquillas en el arenal.

Rondaba en compañía del Gordo la casa de María dos Reis. Le dedicó una samba, una samba que decía así:

*Me gustas, María...
Tienes mi corazón,
yo fui malo un día,
pero ahora la mala eres tú...*

Y esta samba no quiso venderla. La cantó en una fiesta donde ella estaba, mirándola a los ojos. El soldado ya andaba desconfiado y aún no había logrado los pelos del sobaco de la novia para llevárselos a Jubiabá. María dos Reis se contentaba con sonreír. Miraba para el soldado con ojos tristes porque sabía que el soldado la quería y que era capaz de matar a alguien por ella. Recordaba la carta que envió a su madrina. Blanca Costa, pidiéndole la mano de la ahijada: la guardaba en casa, en el fondo del baúl. Decía:

Sra. Doña Blanca

Distinguida señora:

Hoy y como nunca me siento transportado a un sincero y confortable paraíso lleno para mí de intenciones favorables por las cuales me veo obligado a declarar sinceramente a usted que amo con amor puro y santo a su estimada María.

Amor que nunca mas se apagará, y que la evolución de los tiempos conjuntamente con su atenta bondad hará duplicar eternamente entre nosotros un amor que nos llevará a los páramos de la verdadera felicidad. Y con estas íntimas intenciones, aprovecho esta radiante oportunidad para pedirle en casamiento a su gentil y encantadora María.

Será mi mayor aventura poseer esta brillantísima prenda de su corazón, por lo que me esforzaré mucho para dar inmediatamente a usted y a los demás miembros de esa noble familia esta brillantísima satisfacción.

En la seguridad de que usted dará acogida a mi solicitud, quedo a la espera de una respuesta favorable, y me complazco en presentarle el testimonio de mi mayor estima y consideración. Dios guarde a usted muchos años.

*Osorio, soldado del 19
Sub. O.S.*

La madrina no quería que se casara con un soldado, pero ella insistió tanto que al fin aceptó, aunque antes tuvo que escaparse de casa. La boda estaba ya prevista para agosto, en cuanto el novio lograra los galones de cabo, que ya le había prometido el capitán. Pero María dos Reis conoció al negro Antonio Balduino en la macumba de Jubiabá. Antonio Balduino no era soldado, era un vagabundo y hacía sambas. Tampoco escribía cartas ni hablaba de casamiento.

Cuando entraban en el comedor, en la fiesta de Ribeirinho, le pasó una tarjeta:

Doblando esta esquina será el sí Doblando esta esquina será el no

MI ALMA SUFRE

Y feliz sería si la señorita aceptara mi declaración de amor
Devolviendo intacta esta tarjeta me dará una esperanza

Escondió la tarjeta en su seno. Escapó al cuarto de la mujer de Ribeirinho, donde estaban los sombreros de los hombres y la guitarra de Antonio Balduino. Cándida fue con ella y vio la tarjeta:

—¿De quién es?

—A ver si lo adivinas...

—Espera... Ahora te lo digo —se quedó pensando—. No sé...

—De Antonio Balduino.

—¡Ay! ¡Pues vaya uno...! Es el diablo con figura de hombre... No hay mujer que no tumbe...
Ándate con cuidado, María.

—No sé por qué...

—¿Y Osorio?

Osorio era el soldado. María dos Reis se quedó triste, y en vez de doblar la esquina en que decía sí, entregó la tarjeta intacta. Para Antonio Balduino fue como si hubiera doblado la tarjeta diciendo sí.

Ahora iba a charlar con ella a la puerta de su casa de Las Brotas los días que no iba por allá el soldado. Y el soldado sólo iba los jueves, sábados y domingos. El resto de la semana quedaba para Antonio Balduino, que ya había sentido en sus manos el calor y la dureza de aquel cuerpo virgen. Un martes hubo fiesta en la Cabula y María dos Reis asistió con unas amigas. Encontraron a Antonio Balduino en el camino. El negro estaba muy elegante, con zapatos y camisa roja. Fumaba un puro barato. Se quedaron charlando. En una barraca, Antonio Balduino compró el boleto para ver la suerte de María dos Reis. Abrieron el papel, y era el número 41. El dueño de la barraca, un español gordo, fue a ver a qué correspondía. Gritó:

—¡El 41! Una caja de polvos de arroz...

Arriba había un papelito con unos versos. Era la suerte.

Va a haber muchas lágrimas,
Mucha desgracia, muchas peleas,
Todo por causa de aquel a quien amas
y las intrigas de gente malévola...

Antonio Balduino se echó a reír. María dos Reis se quedó triste:

—¿Y si aparece Osorio?

Ni que lo llamara. Osorio apareció de uniforme en dirección al grupo. Se acercó diciendo:

—Ya tenía la mosca tras la oreja... Pero no quería creer la verdad. Nunca te creí capaz de esto...

Su voz tenía el tono lacrimoso de un canto de iglesia. Osorio siguió hablando mientras María dos Reis escondía el rostro entre las manos. Las amigas reían, inquietas, diciendo «señor Osorio, no haga eso».

—Y tú, desgraciado, prepárate... —Balduino se encogió de hombros.

El soldado quiso pegarle, pero Balduino se anticipó y trabó las piernas del soldado, que cayó. Se levantó con el machete en la mano. Antonio Balduino abrió la navaja:

–¡Ven aquí si eres hombre!

–¡A mí no hay quien me asuste!

María dos Reis, gritaba:

–Baldo, por amor de Dios... Las amigas decían:

–Señor Osorio... Señor Osorio...

–¡Que me vengan a mí con uniformes! –y Antonio Balduino, de un golpe, desarmó al soldado, que ya llevaba un navajazo en la cara.

Desarmado el soldado, Balduino tiró la navaja y esperó a Osorio en la oscuridad. Llegaba gente, hombres y guardias y soldados. Osorio se lanzó sobre Balduino y recibió uno de aquellos puñetazos pesados del negro. Quedó tumbado en el suelo. Un gringo advirtió a Antonio Balduino:

–Lárgate inmediatamente que vienen soldados por ahí. Buen puñetazo... Luego quiero hablar contigo...

El negro recogió la navaja y corrió hacia la casa de María dos Reis. Justo a tiempo, pues de todos los rincones iban llegando soldados que al ver a su compañero herido empezaron a repartir golpes a diestro y siniestro. Se generalizó el barullo.

María dos Reis escondió a Antonio Balduino en su propio cuarto, sin que lo viera la madre, dormida ya. Y cuando por la madrugada salió el negro, el cuerpo de María dos Reis, fatigado y cálido aún, ya no era virgen. Había sido mejor que Oxalá, el mayor de los santos.

* * *

En la «Linterna de los Ahogados», días después, se encontró el negro con el gringo que le había ayudado a huir. Iba entrando con el Gordo cuando oyó que le chistaban. Era el gringo:

–Te estaba esperando. Hace días que andaba buscándote sin dar contigo. ¿Dónde te metiste?

Arrimó unas sillas, ofreció un cigarro. Se sentaron. Balduino dio las gracias:

–Si no fuera por usted, aquel día iba a llevar una buena tunda...

–Buen puñetazo aquel... Buen puñetazo...

El Gordo, que no había estado presente, preguntó:

–¿Qué puñetazo?

–El que le dio al soldado... Per la Madonna, que fue un buen puñetazo...

Pidió cerveza.

–¿Has hecho boxeo alguna vez?

–No. Yo luchaba en la capoeira...

–Pues si quieres, puedes ser un campeón... De verdad... Per la Madonna... ¡Vaya puñetazo...! Fue formidable...

Se quedó mirando para las manos enormes del negro. Le palpó los hombros, los brazos:

–Un campeón... Un campeón...

Hablaba como quien recuerda otros tiempos.

–Basta que quieras...

Antonio Balduino quería.

–¿Cómo?

–Puedes hasta pelear en Río, y después quizás en Norteamérica... Bebió su cerveza:

–Yo fui entrenador, hace mucho tiempo... Hice boxeadores que hoy son campeones por todo el mundo... Pero ninguno hubiera aguantado aquel puñetazo. Bonito golpe.

Cuando salieron de la taberna, Antonio Balduino estaba contratado por Luigi, el entrenador, y el Gordo iría con ellos como ayudante. Salieron todos un poco borrachos. Al día siguiente Balduino dijo a María dos Reis:

–Se ha acabado el andar por ahí... Ahora soy boxeador. Seré un campeón... Después me iré a Río, hasta a Norteamérica...

–¿Pronto?

–Te llevaré, cariño.

Era mejor que Oxalá, el mayor de los santos.

Los diarios anunciaron el primer combate para unos meses después. Ahora, era «Baldo el negro». Luigi concedió entrevistas a los periódicos y hasta publicó una foto de Antonio Balduino con el brazo tendido como para dar un puñetazo, y la otra mano en guardia. María dos Reis pegó el retrato en su cuarto.

El adversario se llamaba Gentil, y decía ser campeón del peso pesado de la Armada. En realidad, era un estibador del puerto.

* * *

En el Largo da Sé estaban todos los aficionados al boxeo, y además los habituales de la «Linterna de los Ahogados», incluido Antonio, los moradores del Morro do Capa Negro, todos los amigos de Balduino. Primero entró en el ring el juez, un sargento del ejército vestido de paisano. Habló:

–Vamos a ver un feroz combate. Ruego al público que se muestre respetuoso. ¡Un aplauso para los boxeadores!

Llegó el Gordo con un cubo y una botella. Llegó también un amarillo con las mismas cosas y se colocó en el otro rincón. Apareció Antonio Balduino acompañado de Luigi. La gente del morro, los de la «Linterna de los Ahogados», de los veleros y de las lanchas, gritó:

–¡Antonio Balduino! ¡Antonio Balduino!

El juez hizo las presentaciones:

–Baldo el negro.

Entraba el otro boxeador, también aplaudido por la concurrencia.

–¡Gentil, campeón del peso pesado de la gloriosa Armada! –gritó el juez.

Palmas y gritos de la concurrencia. La gente del morro, de los veleros y de la taberna, miraba al mulato con ojos irónicos:

–¡Va a llevar una buena...!

Antonio Balduino miraba a su adversario y sonreía. Luigi le daba consejos:

–¡Dale fuerte! En la boca y en los ojos. Bien fuerte...

El Gordo estaba nervioso y rezaba para que ganara su amigo. Pero se acordó de que el boxeo es pecado y dejó de rezar, amedrentado.

Sonó una campana y los luchadores avanzaron uno hacia el otro. Atrás, la multitud gritaba.

* * *

El negro Balduino fue descalificado por dar un golpe de capoeira en medio del combate, que iba muy reñido, mostrando todas las grandes cualidades de Baldo el boxeador. La concurrencia no se conformó con el resultado y abucheó al juez, que tuvo que salir protegido por la policía.

Los periódicos publicaron otra vez el retrato de Antonio Balduino, y uno que llevaba su biografía vendió toda la tirada. Fue así como se descubrió que eran tuyas las sambas del poeta Anisio Pereira, lo que provocó un escándalo en los medios sociales y literarios de la ciudad.

* * *

Le concedieron la revancha. Tuvo una enormidad de público y esta vez no le aplaudieron sólo los del morro, los de los veleros, los de la «Linterna de los Ahogados» (Antonio apostó veinte mil reis por la victoria de Balduino) cuando el juez dijo:

–Baldo el negro.

Todos los asistentes lo aclamaron largamente.

En el quinto asalto, el mulato Gentil dejó de ser campeón de la Armada. Quedó tendido, inmóvil. El Gordo secaba el sudor de Antonio Balduino. Después fueron a beber a la «Linterna de los Ahogados» a costa de los veinte mil reis que ganó Antonio.

* * *

María dos Reis tuvo que salir de viaje. Su madrina tuvo otro hijo, y el marido, que era funcionario público, fue trasladado a Maranhao. María dos Reis se fue con ellos. Antonio Balduino quedó añorante, porque María no le recordaba a Lindinalva, pálida y pecosa.

Aquella noche se emborrachó y pensó enrolarse de marinero, mirando el barco que se la llevaba. Ella se fue con su retrato con la mano extendida para dar un puñetazo, sonriendo con la boca y con los ojos.

Derribó a todos los adversarios que se interpusieron entre él y el campeón de Bahía, un boxeador llamado Vicente, que había dejado de pelear por falta de rivales. Sin embargo, desde la aparición de Antonio Balduino, con sus triunfos sucesivos, Vicente empezó a entrenarse vigorosamente viendo en el negro un peligro para su título.

Una semana antes la ciudad ya estaba llena de carteles con el dibujo de dos hombres liados a puñetazos:

VICENTE
Campeón bahiano de todos los pesos
CONTRA
BALDO EL NEGRO
En disputa el campeonato bahiano
En el Largo da Sé – Domingo

Vicente concedió una entrevista a los diarios declarando que vencería al negro en el sexto asalto. Antonio Balduino respondió al día siguiente diciendo que en el sexto asalto el campeón ya estaría durmiendo en el ring. Se intercambiaron insultos y bravatas, y el público se animó. Hubo muchas apuestas y Antonio Balduino era franco favorito.

Y realmente, antes del sexto asalto Vicente dormía sobre la lona y Baldo el negro era el campeón bahiano del peso pesado.

Le concedió no obstante la revancha. Y volvió a vencerle. Luigi andaba entusiasmado y sólo hablaba de ir a Río. Había entablado negociaciones con empresarios de la capital. Antonio Balduino amaba mulatas en el arenal, bebía en la «Linterna de los Ahogados», iba a las macumbas de Jubiabá, reía en las calles de la ciudad con su clara carcajada.

* * *

Apareció por allá un campeón carioca que desafió a todo el mundo con un barullo enorme. Concertaron un combate con Antonio Balduino. Hubo gran interés en la ciudad por el choque de los dos campeones.

En la víspera del combate Antonio Balduino charlaba en la «Linterna de los Ahogados» cuando se llegó a hablarle el representante del campeón carioca.

–Buenas noches...

–Buenas...

Antonio Balduino ofreció una cerveza.

–Quería hablar contigo en privado.

El Gordo y Joaquim se fueron a otra mesa.

–Se trata de lo siguiente. Tú ya sabes que Claudio no puede perder...

–¿Que no puede perder?

–Verás. Se trata de lo siguiente: me está costando mucho dinero. Si pierde contigo no volverá a luchar aquí... ¿Entiendes?

–Bueno...

–Pero si gana y lucha de nuevo, y lucha con otros, vamos a ganar cuartos largos...

–¿Y qué pinto yo?

–Te doy cien mil reis si te dejas ganar. Después tendrás el desquite.

Antonio Balduino alzó la mano, pero la dejó sobre la mesa:

–¿Ha hablado ya con Luigi?

–Luigi es un bobo... no tiene por qué enterarse...

Sonrió:

–Y después tú tendrás la revancha. ¿Está claro?

–¿Trae el dinero?

–Te lo daré después del combate.

–No. No me convence. Si quiere hoy, venga, sino...

–¿Y si luego no pierdes?

–¿Y si después de perder, usted no me paga?

Antonio Balduino se levantó. El Gordo y Joaquim miraban desde la otra mesa.

–No hay que ponerse así, hombre... siéntate...

Miró al negro, que bebía su aguardiente:

–Confío en tu palabra... Pon la mano; ahí, por debajo de la mesa...

Antonio Balduino agarró el dinero. Vio que eran cincuenta mil reis:

–Quedamos en cien...

–Los otros vendrán después...

–Ni hablar...

–No los tengo ahora... De verdad...

–Si quiere trato, ha de ser ahora...

Recibió los cincuenta que faltaban y se fue a la mesa del Gordo. Cuando el empresario salió, Antonio Balduino se rió hasta que le dolía la barriga.

Al día siguiente, después de la lucha y de la sensacional derrota del campeón carioca, el empresario fue a buscar a Antonio Balduino a la «Linterna de los Ahogados». Venía con una cara de diablos:

–Eres un sinvergüenza... un tramposo...

Antonio Balduino se echó a reír.

–¡Y quiero mi dinero!

–Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón...

–Iré a los diarios, a la policía...

–Pues vaya...

–Eres un ladrón... un ladrón...

Antonio Balduino le soltó un tortazo y tumbó también al empresario. La gente de la taberna, que no esperaba este nuevo combate, aplaudía.

–Me quiso comprar, este canijo... Cien mil reis para que me dejara caer ante aquel raquíptico...

¡Hay que fastidiarse...! Yo le dije que sí al trato... Para que aprenda. Yo no me vendo... Sólo me vendo por amistad... Ya lo sabéis... Ahora vamos a beber todos a su cuenta...

La «Linterna de los Ahogados» estalló en carcajadas. Antonio Balduino salió y fue a llevar a Zefa, una muchacha que había llegado de Maranhao y traía un beso de María dos Reis para su enamorado (en vez de uno le dio muchos) un collar de cuentas rojas que compró con el dinero del empresario del campeón carioca.

Luigi hablaba en serio de ir a Río.

* * *

Su carrera de boxeador terminó el día en que Lindinalva anunció su boda. Los periódicos anunciaban su combate con el peruano Míguez. Antonio Balduino leyó la noticia de la petición de mano de «Lindinalva Pereira, hija del comendador Pereira, de esta plaza, con el joven abogado Gustavo Barreiros, vástago glorioso de una de las más ilustres familias bahianas, poeta de versos rutilantes, primoroso orador».

Se emborrachó. Fue derrotado en el tercer asalto, cuando ya no podía con su alma. Recibió una paliza del peruano Míguez. Se dijo que estaba comprado. Él no explicó a nadie la razón de su fracaso. Ni siquiera a Luigi, que aquella noche lloró, tirándose del pelo y soltando tacos, ni al Gordo, que lo miraba con aquellos ojos de quien espera siempre una desgracia. Nunca más volvió al ring.

* * *

Aquella fría noche de su derrota, como no tenía ganas de ir a beber a la «Linterna de los Ahogados», se fue al «Bar Bahía». Se sentó en una mesa del fondo, con el Gordo, y bebía silencioso cuando vino un hombre y les pidió que le pagaran un trago. Balduino le miró:

–Yo conozco a ese... No sé de dónde, pero lo conozco...

El hombre tenía la vista vidriada y se pasaba la lengua por los labios:

–Págame un vasito de matarratas, compadre... Anda, no seas tacaño...

Entonces vio Balduino el tajo que llevaba en la cara:

–Oye, ¿no es Osorio?

El Gordo asintió:

–Aquel soldado...

–Yo fui sargento...

Arribó una silla, y se sentó:

–Fui sargento... –se pasaba la lengua por los labios–, Págame el matarratas, anda... Después vino una mujer ¿oyes? Bonita, muy bonita... Sólo viéndola... Era mi novia ¿oyes? Yo estaba esperando que me hicieran cabo...

–¿Pero no dices que eras ya sargento?

–Eso es... ni me acuerdo ya... Me parece que me iban a hacer capitán. El capitán me lo había prometido ¿oyes? El capitán... ¿Me pagas la copa? Chico, trae otra copa, que paga aquí el amigo... Teníamos ya la fecha de la boda... Iba a ser una fiesta... ella, tan bonita... bonita... Pero se fue con otro...

–¿Y ese tajo?

–¡Ah! Fue el muy... Pero yo le dejé con las tripas fuera... Era tan bonita... bonita...

–Sí, lo era...

–¿La conociste?

–¿No te acuerdas?

Bebieron hasta el amanecer, y salieron abrazados, muy amigos, riendo a carcajadas, olvidados de María dos Reis y de que habían sido soldado y boxeador.

De repente, el hombre dijo:

–Tú eras aquel...

Y se apartó de Antonio Balduino.

–Pero lo he perdido todo también...

Se abrazaron de nuevo y siguieron vacilando calle abajo.

–Era una belleza...

Antonio Balduino confundía la negra María dos Reis con la blanca Lindinalva.

LOS MUELLES

Grandes barcos parados sobre el agua inmóvil.

Los veleros, con las velas arriadas, dormían en la oscuridad, pero incluso así daban idea de partidas, de viajes por pequeños puertos del Reconcavo, con sus grandes ferias. Pero ahora los pataches dormían, con sus nombres pintorescos grabados en la proa: «Paquebote volador», «Viajero sin Puerto», «Estrella de la Mañana», «El Solitario». De madrugada saldrían rápidos, empujados por el viento, las velas sueltas, cortando el agua de la bahía.

Irían abarrotados de verduras, de frutas, de ladrillos. Correrían las ferias todas. Volverían después, cargados de frutas olorosas. El «Viajero sin Puerto» está pintado de rojo y es el más veloz. Mestre Manuel duerme en la proa. Es un mulato viejo, que nació en los veleros y vivió siempre en los veleros.

Antonio Balduino sabe la historia de todos esos pataches y de todas las barcas y lanchones. Desde niño le gustaba echarse aquí en el arenal, con la cabeza en la arena y los pies en el agua. El agua tibia y gustosa, ya entrada la noche. Balduino a veces se queda pescando, silencioso, pero generalmente sólo mira el mar, los barcos, la ciudad muerta allá atrás.

Antonio Balduino quisiera salir, viajar, recorrer tierras desconocidas, amar en playas desconocidas a mujeres desconocidas. Míguez vino del Perú y le dio una paliza.

Suena la sirena de un navío junto al rompeolas. Va saliendo, iluminando la noche. Es un navío sueco. Aún hace poco andaban los marineros por las calles de la ciudad, bebiendo cerveza en los bares, amando en los brazos de las mulatas de la Barroquinha. Ahora están en el mar oscuro. Mañana estarán en algún puerto lejano con mujeres blancas o amarillas. Un día Antonio Balduino se enrollará y correrá mundo. Siempre soñó con hacerlo. Mientras duerme y mientras tumbado en la arena mira los veleros y las estrellas.

El navío se pierde ya a lo lejos.

* * *

La ciudad extendía los brazos de las iglesias hacia el cielo. Desde el muelle veía las laderas, las casas viejas y enormes. Las luces brillaban allá arriba, y nubes blancas corrían por el cielo como rebaños de carneros. También como los dientes de Joana. Antonio Balduino, siempre que convence a una muchacha, le dice:

–Tus dientes parecen nubes...

Pero ahora recibió, perdió el combate. ¿Qué muchacha va a mirarle la cara? Andan diciendo que se vendió.

Se perdía mirando el caserío negro de la ciudad. Había una estrella exactamente encima de su cabeza. No sabía cuál era, pero lucía hermosa, grande, con sus– guiños. Nunca había visto aquella estrella. La luna apareció muy grande y lanzó sobre las azoteas de las casas una luz tan rara que él ya no reconocía la ciudad. Se imaginó que era marinero y había llegado a un puerto lejano. Un puerto extranjero como los que ve en sueños todas las noches. Porque todas las noches Antonio Balduino sueña que desembarca en tierras de otros países. Las nubes corrían por el cielo. Eran carneros. Blancos, enormes carneros. En la ciudad baja no había nadie. También era la primera vez que soñaba así, despierto. Bahía ya no era Bahía, y él ya no era el negro Antonio Balduino, Baldo el negro, el boxeador, que iba a las macumbas de Jubiabá y que había recibido una paliza de Míguez, el peruano. ¿Qué ciudad era aquella? ¿Quién era él? ¿Para dónde habían ido todos sus amigos? Miró hacia el puerto y vio el barco. Naturalmente, era ya hora de zarpar, y le esperaban.

Miró la ropa de marinero, hizo un bamboleo con el cuerpo y dijo:

–Hay que ir a bordo.

–¿Qué? –les respondió una voz.

Pero no la oyó y siguió mirando la ciudad bañada por la blanca luz de la luna. Recordaba el combate con el peruano.

De repente, de allá arriba, del morro, llegaron unos redobles de batuque.

Una nube oscura cubrió la luna. Se palpó el cuerpo. Había desaparecido la ropa de marinero, y se encontró metido en unos calzones blancos y una camisa a rayas rojas.

En el morro aumentaba el tam-tam. Llegaba como una súplica, como un grito de angustia. Vio entonces que la ciudad era de nuevo Bahía, exactamente la Bahía que él conocía, con todas sus calles, laderas y callejones, y no era un puerto perdido en una isla perdida en la amplitud del mar. Era la Bahía donde Míguez el peruano le había pegado una paliza.

Ahora ya no miraba las estrellas ni las nubes. Ya no veía rebaños de carneros en el cielo. ¿Para dónde habrían ido los veleros que huyeron allá lejos de los ojos de Antonio Balduino?

Sólo escuchaba.

Eran los sonos del batuque que bajaban de todos los morros, sonos que al otro lado del mar habían sido redobles guerreros para anunciar combates y cacerías. Hoy eran sonos de súplica, voces esclavas pidiendo socorro, legiones de negros con las manos extendidas hacia el cielo. Algunos de aquellos negros ya tenían el pelo blanco y llevaban en la espalda las marcas del látigo. Hoy las macumbas y los candombres enviaban aquellos sonos perdidos.

Era como un mensaje a todos los negros, negros que en África aún combatían y cazaban, o negros que gemían bajo el látigo del blanco. Sonos de batuque que llegaban del morro. Se dirigían también, angustiados y confusos, –sonos religiosos, sonos guerreros, sonos de esclavos–, a Antonio Balduino, que estaba tumbado en la arena de la playa. Los sonos de batuque le entraban por los oídos y hervían con el odio sordo que vivía dentro de él.

Antonio Balduino se revolcaba en la arena, desesperado. Nunca había sentido una angustia semejante. Era el odio que se revolvía dentro de él. Veía filas de negros, veía a aquel, marcado en la espalda, que había conocido en casa de Jubiabá. Veía manos encallecidas golpeando el suelo, veía negras que tenían hijos mulatos de señores blancos. Veía a Zumbi dos Palmares transformando el batuque de esclavos en batuque de guerreros. Jubiabá, noble y sereno, hablando al pueblo esclavo. Se veía a sí mismo alzándose contra el hombre blanco. Pero él ya había perdido la lucha, había recibido una gran paliza de Míguez, como un vendido.

Pero no veía nada, porque volvió la claridad perturbadora de la luna y los sonos morían en las Ladeiras, en los callejones sin luz, en las calles pavimentadas de piedra.

Con los últimos sonos del batuque y el brillo enloquecedor del claro de luna, Antonio Balduino se encontró ante el rostro pecoso y blanco de Lindinalva.

Lindinalva estaba hermosa y le sonreía. Hacía desaparecer el batuque y el odio.

Antonio Balduino se pasó la mano por la cara para apartar la visión que lo despertaba y clavó los ojos en otro lado. Vio nuevamente las luces de los veleros y Mestre Manuel que andaba por el muelle. Pero en medio de las luces estaba Lindinalva bailando. Todo porque él había perdido aquel combate y estaba desesperado.

Cerró los ojos, y cuando los abrió sólo vio la luz de la triste, de la pequeña bombilla de la «Linterna de los Ahogados».

UNA CANCIÓN TRISTE VIENE DEL MAR

La luz de la «Linterna de los Ahogados» brilla como una invitación. Antonio Balduino se levanta de la arena, deja el muelle y se dirige a grandes pasos hacia la taberna. La luz de pocas bujías mal ilumina el cartel con el dibujo de una mujer bonita con cuerpo de pez y senos duros. Encima, una estrella pintada con tinta roja derrama sobre el cuerpo virgen de la sirena una luz clara que la vuelve misteriosa y difusa. La sirena retira del agua a un suicida. Y debajo está el nombre:

LANTERNA DOS AFOGADOS

De dentro llega un grito:

–¿Eres tú, Baldo?

–Soy yo, Joaquim.

Allá, en una de las mesas grasientas, están el Gordo y Joaquim. Joaquim grita desde la mesa, con las manos puestas en pantalla para ver mejor a la luz vacilante de la bombilla.

–Entra. Jubiabá está aquí...

En la sala pequeña, casi envuelta en tinieblas, cinco o seis mesas donde contra maestres de veleros, marineros y pescadores beben sus grandes vasos de aguardiente. Un ciego toca un violín, pero nadie le escucha. En una mesa, marineros blancos y rubios, alemanes de un mercante que carga en el puerto, beben cerveza y cantan borrachos. Dos o tres mujeres, que esta noche bajaron de la Ladeira do Taboao para la «Linterna de los Ahogados», están con ellos. Se ríen a carcajadas pero tienen un aire asustado, pues no entienden la canción. Los marineros están abrazados y besan a las mujeres. Bajo la mesa, un montón de botellas vacías. Antonio Balduino pasa junto a ellos y escupe. Un marinero levanta un vaso. Antonio Balduino se dispone a pelear. En un rincón, el ciego hace gemir el violín y nadie escucha. Antonio Balduino recuerda que Jubiabá está en la taberna, baja el brazo y va a sentarse junto al Gordo y a Joaquim.

–¿Dónde está Jubiabá?

–Allá dentro, con Antonio, rezándole a su mujer.

Antonio es un portugués viejo, amigado con una mulata de cara manchada de viruelas. Un muchacho pálido sirve las mesas, corriendo. Saluda a Antonio Balduino:

–Buenas noches, Baldo.

–Tráeme un vaso.

El Gordo está atento a la canción de los marineros.

–Es bonita...

–¿La entiendes?

–No, pero me da algo aquí dentro...

–¿Que te da algo? –Joaquim no entiende.

Pero Antonio Balduino entiende y pierde las ganas de pelearse con los alemanes. Ahora le gustaría cantar con los marineros y reír con las mujeres. Da con los dedos en la mesa, siguiendo el ritmo, y silba. Los marineros están cada vez más borrachos y uno de ellos ya no canta. Arrió la cabeza sobre el mostrador. El ciego toca el violín en un rincón oscuro. Nadie le escucha, excepto el chiquillo pálido que sirve en la taberna. Entre carrera y carrera con vasos de aguardiente, mira hacia el ciego con admiración. Y sonrío.

Pero de lejos, de la oscuridad del mar, llega una voz que canta. A pesar de las estrellas no se ve de quién es ni de dónde viene, si de las canoas, si de los pataches, o del Fuerte Viejo. Pero viene del mar esta tonada triste. Una voz fuerte, lejana.

Antonio Balduino mira. Todo es negro a su alrededor. Sólo hay luz en las estrellas y en la pipa de Mestre Manuel. Los marineros ya no cantan, las mujeres ya no ríen, el ciego cesó de llorar en el violín para la tristeza del muchacho pálido que sirve en la taberna.

Jubiabá volvió a su mesa y Antonio a su mostrador. El viento, que invade la taberna como una caricia, trae la tristeza de la voz. ¿De dónde vendrá? El mar es tan grande y tan misterioso que no se sabe de dónde viene este vals triste. Pero es un negro quien canta. Porque sólo los negros cantan así. Mestre Manuel está mudo. ¿Será que piensa en la carga de zapotillos que su velero tendrá que

recibir en Itaparica? No. Oye la tonada del vals. Se vuelve hacia el lado de donde parece venir la voz que llena el misterio del mar. El Gordo está con los ojos perdidos. El vals se mueve con él. Y todos se vuelven hacia el mar: ¿de dónde vendrá la voz del negro?

—«Señor, da tregua a mis penas...»

¿Será un viejo soldado desde el Fuerte Viejo? ¿Será un campesino joven desde la lancha donde vende naranjas en la Feira de Auga dos Meninos? ¿Será un barquero en su lanchón en Porto da Lenha? ¿Vendrá de un rápido velero su voz, la voz de un marinero negro que dejó a su amada en un puerto distante?

»— *Señor, da tregua a mis penas...
Me mata este dolor
de no poder verla más...»*

¿De dónde vendrá esta tonada triste que atraviesa los barcos del puerto, las lanchas, el rompeolas, los muelles, la «Linterna de los Ahogados», la bahía toda y va a perderse en las laderas de la ciudad?

El Gordo ve que Antonio Balduino escucha nervioso. Piensa en Lindinalva, y cree que el negro canta sólo para él, que está tan solo. Pero el negro canta para todo el mundo, no sólo para Antonio Balduino. Canta para el Gordo, para Mestre Manuel, para los marineros alemanes, para todos los negros de los veleros y de los lanchones, para todos los rubios marineros de los barcos suecos, para el mar también.

Las luces de la ciudad brillan en el morro. Aún hace poco llegaba del morro un son confuso de candombres y macumbas. Sin embargo, ahora la ciudad está lejos, y el brillo de las estrellas está mucho más cerca de ellos que el de las luces eléctricas. Antonio Balduino ve la brasa de la pipa de Mestre Manuel. La voz del negro viene de dentro, se aleja de repente, huye mar adentro. Pero vuelve y queda vibrando en la taberna. Una tristeza baja sobre todas las cosas:

—«*¿Qué puedo hacer
sino gemir...
sino gemir...?»*

No hablan. Los marineros alemanes escuchan. Jubiabá extiende sus manos en la mesa. El Gordo se estremece y Antonio Balduino ve a Lindinalva, blanca, pálida, pecosa, en las aguas, en el cielo, en las nubes, en el vaso de aguardiente, en los ojos del chiquillo tuberculoso que sirve en la taberna.

La luna amarilla resbaló de nuevo sobre la «Linterna de los Ahogados». La voz llega en sordina traída por el viento. El Gordo se estremece, Mestre Manuel fuma lentamente. La voz se detuvo en la taberna. Gira con la brisa:

—«*Apiádate de mí.
Vuelve tu mirada,
tu amor,
hacia mí...»*

El ciego sigue con sus ojos sin luz la triste canción. Jubiabá rezonga palabras que nadie oye. Joaquim pregunta:

—¿Tienes un pitillo, mulato?

Fuma a grandes chupadas. Los marineros beben cerveza. Las mujeres tienen los ojos clavados en el mar. Jubiabá estira las piernas flacas y mira a la noche fijamente. La luna lo baña todo de amarillo, platea el mar y el cielo. Pero llega de nuevo el viejo vals. La voz del negro está cerca, mucho más cerca:

–«*Me mata este
dolor de no verla.*»

La voz se aproxima cada vez más. Mestre Manuel vuelve a la pipa que brilla como una estrella. Un velero atravesó el mar, allá lejos. Va también silencioso, oyendo la tonada triste que viene con el viento.

Antonio Balduino tiene ganas de decir:

–Buen viaje, amigos...

Pero se queda callado, escuchando. La voz fue llevada por el viento. Volvió en sordina, muy baja:

–«*De no verla...*»

La luna entró por la taberna. Los marineros escuchan como si oyeran el vals del negro. Las mujeres que ahora oyen ya no ríen. Joaquim habla:

–¿De qué vale volver?

El Gordo se asustó:

–¿Qué has dicho?

Antonio Balduino le dijo a Jubiabá:

–Padre Jubiabá, hoy tuve un sueño raro, tumbado en el arenal...

–¿Qué fue lo que soñaste?

Jubiabá parecía marchito y pequeño en su silla. El Gordo se pregunta cuántos años tendrá Jubiabá. ¿Ciento y cuántos? Antonio Balduino es fuerte y enorme. No dice cuál fue su sueño, pero habla:

–Vi a aquel negro con las espaldas marcadas por el látigo, padre Jubiabá...

La voz canta en la taberna:

–«*¿Qué he de hacer
sino gemir,
sino gemir...?*»

Antonio Balduino habla:

–... gimiendo, padre, gimiendo... Aquel negro de las espaldas marcadas... Lo vi en sueños... Estaba horroroso. Me están entrando ganas de sacudirles a esos marineros...

El Gordo se asusta:

–¿Por qué?

–Aquel negro azotado... golpeado...

Jubiabá se levanta de la silla. Su rostro arrugado se abre en odio. Todos le oyen:

–Pasó hace mucho tiempo. Baldo...

–¿El qué?

–La historia que estoy contando... El padre de su padre, hijo.

»En un cafetal, un señor blanco, rico, allá en Corta Mao...

Una tonada triste, un viejo vals que un negro canta no se sabe dónde, lo domina todo:

–«Da tregua a mis penas...»

Jubiabá está contando:

–Había un montón de negros... La gente había desembarcado y no sabían el habla de los blancos... Fue hace mucho tiempo. Allá en Corta Mao...

–¿Y qué pasó?

–El señor Leal no tenía capataz, pero tenía una pareja de gorilas, unos macacos negros, amarrados a una correa enorme. El señor le puso al macho Catito y a la hembra Catita. El macho andaba con un látigo en la mano: era el capataz.

¿Qué se hizo del viejo vals que ya no llena el corazón de estos negros, que los deja solos con la historia de Jubiabá? ¿Dónde está la voz del negro que cantaba? Ahora sólo el ciego gime en el violín y todos le oyen. El chiquillo, pálido y tísico, recoge en un plato de loza monedas para el ciego, que es su padre. Un hombre dice:

–No doy nada. Ese viejo no sabe tocar...

Pero todos le miran con tales ojos, que al fin echa un níquel en el plato:

–Era una broma, hombre...

La voz de Jubiabá:

–La macaca Catita mataba gallinas, andaba por las casas. El macaco andaba por el cafetal con el látigo, y cuando un negro no trabajaba, le sacudía trallazos. A veces pegaba sin motivo. Una vez mató a un negro a latigazos...

Las luces tiemblan en la «Linterna de los Ahogados». El ciego toca el violín.

–Al señor Leal le gustaba soltar a Catito contra las negras... Catito las mataba para gozarlas... Un día el señor soltó al gorila sobre una negra joven, casada con un negro también mozo. El señor Leal tenía visitas aquel día...

El Gordo se estremece. Vuelve de lejos la tonada triste... El viejo deja de tocar el violín y cuenta las monedas que le han dado.

–Catito se tiró contra la negra y el negro contra Catito.

Jubiabá mira a lo lejos, en la noche. La luna está amarilla.

–El señor Leal apartó al negro, que ya había dado dos cuchilladas al macaco... La negra murió también. Quedó allá un charco de sangre. Las visitas se reían, muy alegres. Menos una chiquita blanca, que se volvió loca aquella noche viendo al gorila y al negro...

El vals triste suena de cerca.

–Pero de noche, un hermano del negro mató al señor Leal. Yo conocí al hermano del negro. Fue él quien me contó la historia...

El Gordo está junto a Jubiabá. La pipa de Mestre Manuel brilla como una estrella. En la oscuridad del mar una voz canta la tonada triste:

–«*Me mata este dolor
de no volver a, verte...*»

La voz canta alto, sonora, melancólica. Jubiabá dice:

–Yo conocí al hermano...

Antonio Balduino coge el cuchillo a la altura del pecho.

OJÚ ÁNUN FÔ TI IKÁ, LI ÔKÚ

Jubiabá decía:

–Ojú ánun fô ti iká, li ôkú.

Sí, Antonio Balduino sabía que el ojo de la piedad ya se le había cerrado, y que quedaba sólo el ojo de la ruindad. En la noche misteriosa del muelle, llena de músicas diversas, quiso soltar su carcajada alta, su grito de libertad. Pero la había perdido. Estaba desmoralizado. Ya no era el emperador de la ciudad, ya no era Baldo el boxeador. Ahora la ciudad lo ceñía con la cuerda al cuello del suicida. Decían que se había vendido. Y el mar golpeando las rocas, los navíos que salían iluminados, los veleros que partían con una linterna y un violín, eran como llamea; irresistibles. Aquel era su camino. Viriato el Enano había entrado por él. Por él había entrado igualmente el viejo Salustiano. Otros habían entrado también. En el pecho de Antonio Balduino estaban tatuados un corazón, una L enorme, y un velero.

Llamó al Gordo y huyó por el mar en un lanchón. Iba a buscar en las ferias, en las ciudades pequeñas, en el campo, en el mar, su carcajada, su camino.

DIARIO DE UN NEGRO EN FUGA

VELERO

El «Viajero sin Puerto» corta el agua que refleja las estrellas. Está todo pintado de rojo y lleva una linterna que lanza alrededor una luz amarilla como la luz de la luna que apareció en este momento, saliendo de una nube. Gritan de otro velero que atraviesa la bahía:

–¿Quién va ahí?

–¡Buen viaje! ¡Buen viaje!

Es ancho el camino del mar. Las aguas pasan murmurando. Un pez salta en la luz de la linterna. Mestre Manuel va al timón. El Gordo va sin comprender. Antonio Balduino va tumbado en el velero mirando el espectáculo del mar. De la bodega llega un aroma de abacaxis maduros.

Pasa un viento suave y una estrella clara brilla en el cielo. En la cabeza negra de Antonio Balduino aparece una samba que golpea en sus rodillas con palmaditas acompasadas. Ahora va silbando y pronto encontrará nuevamente su carcajada perdida. La samba va saliendo y habla como mujer, como vagabundo, como negro libre, en las estrellas del cielo, en el amplio camino del mar.

Pregunta:

–«¿Adónde va este camino, María?»

Y dice:

«Las estrellas de tus ojos están en el cielo...

El son de tu risa está en el mar...

Tú vas en la linterna del velero...»

Esto decía la samba. Decía más: que el negro Antonio Balduino amaba sólo dos cosas, la vida vagabunda y a María. Lo de vida vagabunda quería decir libertad, en su lengua. Y María quería decir mulata.

¿A dónde irá este camino? Para Mestre Manuel, que es un viejo marinero, no tiene misterios.

–Aquí –advierte– es donde el mar ama al río...

Acabó la barra. Entran en el río Paraguaçu. En las márgenes, los viejos caserones, ruinas de riquezas pasadas, tienen sombras descomunales, como fantasmas. Y dice el Gordo:

–Como mula de cura.

Este rumor de agua es el amor del mar y el río. Y el ruido que viene de allá atrás debe ser de alguna amante del cura, que murió y se convirtió en mula sin cabeza y anda vagando por esos bosques oscuros que cubrieron los túmulos de los negros esclavos.

El velero avanza suavemente en el agua mansa del río. Mestre Manuel, al timón, fuma su pipa. Aquel camino no tiene secretos para él. Antonio Balduino acabó de cantar su samba, que el Gordo se sabe ya de coro. Para él es la samba más bonita que compuso Antonio Balduino, pues habla como una mujer, como un vagabundo, como las estrellas. Y le pide:

–No vendas esa samba. Baldo.

El negro ríe. El velero va por el río corriendo:

–No hay quien le alcance –dice Mestre Manuel acariciando al barco como si acariciara una mujer.

Llega un viento que alza las velas y refresca a los hombres. De la bodega sube un aroma de abacaxis maduros.

* * *

Mestre Manuel hace ya años que tiene este velero. Antonio Balduino era aún niño y fue entonces cuando conoció al «Viajero sin Puerto», pero Mestre Manuel lleva ya años viajando con su velero por los puertos de Reconcavo, llevando frutas, trayendo ladrillos y tejas para las construcciones de la ciudad nueva.

Aparenta treinta años. Nadie le echaría los cincuenta que lleva a cuestas. Todo él es del mismo color, bronce oscuro, y es difícil decir si Mestre Manuel es negro o mulato. Es un marinero color de bronce, eso sí, un marinero que apenas habla, y a quien respetan en toda la zona de los muelles de Bahía, de la Feira de Auga dos Meninos, de las tabernas del muelle, de las tabernas de todos los muelles de todos los pequeños puertos por donde pasa su velero. El Gordo corta su silencio con una pregunta:

–¿Ha salvado usted a algún ahogado, Mestre?

Mestre Manuel deja su pipa, estira las piernas.

–Un día de temporal, en la boca de la barra, un velero volcó. El viento apagó las luces. Fue un día terrible, parecía el día del Juicio Final...

El Gordo mira alrededor asegurándose de que la noche que los lleva es clara y amiga.

–Yo venía navegando también esa noche, aguantando el temporal. Mi linterna también se había apagado y nadie veía a un palmo de los ojos...

A Antonio Balduino le gusta la vida de los maestros de velero. Sonríe. Pero Mestre Manuel está serio. Dio una chupada a la pipa:

–Veíamos las luces de Bahía. Parecía allí mismo, cerquita, pero estaba cada vez más lejos.

Nunca dábamos arribada. Aquella noche andaba bravo el mar. Se había peleado con el río.

Puso una cara seria:

–Mala cosa cuando el mar está enfadado con el río... Da en tempestad...

–¿Y el velero?

Mestre Manuel parecía haberse olvidado del velero:

–Llevaba una familia que volvía de las fiestas de Cachoeira. Tenía prisa por llegar y no esperaron al día siguiente. Los periódicos hablaron del caso...

Se llevó otra vez la pipa a los labios:

–Tenían prisa, y acabaron en el mar... Sólo salvamos los cuerpos. Y así y todo, hubo dos que nunca aparecieron...

El «Viajero sin Puerto» va rápido, escorado levemente, contorneando el río lleno de curvas, abriéndose de repente en amplias bocas, cerrándose luego en estrechos canales.

–Recuerdo que el agua hacía gluglú junto al velero volcado.

Mestre Manuel imitaba el agua:

–...gluglú... Parecía como si estuviera tragándose algo...

–¿No gritó una mujer por su novio? ¿No gritaron pidiendo ayuda al ángel de la guarda de los ahogados? –preguntó el Gordo tembloroso.

–Todo estaba muerto cuando llegamos...

–Ni el ángel de la guarda se libró –rió Antonio Balduino.

–Los ahogados no tienen ángel de la guarda... La Madre-del-agua se lo lleva todo...

El Gordo se había inventado el detalle de la novia y del ángel, pero aseguró que lo había leído en los periódicos.

–Pero si aún no habías nacido...

–Pues sería otra vez...

El Gordo piensa que es una estrella nueva y grande la que brilla un poco atrás. Grita con la alegría del descubrimiento:

–Mirad qué estrella más nueva y más bonita... Es mía, es mía... –Tiene miedo de que alguien se la robe, se la quite, a él, que la descubrió.

Los otros miran. Mestre Manuel se burla:

–De estrella, nada. Aquello es el «Paquebote Volador» que se nos acerca... Estaba en Itaparica cuando pasamos. Viene ahí para hacer carreras, quiere tentarnos, a ver tú, como te portas –Mestre Manuel está hablando ahora con el «Viajero sin Puerto» y lo acaricia.

Mira a los compañeros:

–Corre el barco ese. Guma es bueno al timón... Pero a éste no hay quien le gane. Ya veréis...

El Gordo está triste porque perdió su estrella. Antonio Balduino pregunta:

–¿Cómo sabe que es el «Paquebote Volador», Manuel?

–Por la luz...

Pero la luz es igual a la luz de todas las linternas de todos los pataches, y si Antonio Balduino no piensa como el Gordo que es una estrella nueva es porque se mueve constantemente. Pero duda que sea el «Paquebote Volador». Puede ser cualquier otro de los rápidos veleros del puerto. Se queda esperando. El Gordo mira al cielo para ver si descubre otra estrella que sustituya a la que perdió. Pero las que brillan ya son todas conocidas y todas tienen dueño. El velero se aproxima. Mestre Manuel va lentamente, esperando.

Es el «Paquebote Volador». Guma grita:

–¿Echamos una carrera, Manuel?

–¿Cara a dónde vas?

–A Maragogipe...

–Yo voy para Cachoeira, pero pasaremos por Maragogipe... ¿Va uno de plata...?

–Va.

Antonio Balduino apuesta también. Guma se agarra al timón.

–Vamos.

Los veleros van enteramente escorados, y el «Paquebote Volador» gana distancia. Balduino advierte:

–Ojo, que tengo quince mil en juego, Manuel.

El maestro sonríe:

–¡Déjalo que corra...!

Grita hacia el fondo:

–¡María Clara!

La mujer, que duerme y sueña, despierta y aparece. Mestre Manuel hace la presentación:

–La patrona...

La sorpresa fue tan grande que no dijeron nada. Ella se queda también callada, y aunque fuera fea resultaría hermosa así, en pie en el velero, con la falda movida por el viento, los cabellos flotando. Un olor a mar se mezcla con el aroma de los abacaxís. Su nuca, sus labios –piensa Antonio Balduino– deben oler a mar, a agua salada. Y siente un deseo repentino. El Gordo piensa que ella es un ángel de la guarda y quiere rezarle una oración. Pero no es nada de esto. Es la mujer de Mestre Manuel. Éste le dice:

–Ando en carreras con Guma. Canta una canción...

La canción ayuda al viento y ayuda al mar. Son secretos que sólo sabe un viejo marinero, secretos que se aprenden en la convivencia con el mar.

–Voy a cantar la samba que cantaba el rapaz...

Todos están penetrados de ella. Nadie sabe si ella es bella o fea, pero todos la aman en este momento. Ella es la música que domina al mar. Está de pie, y su cabellera vuela abandonada al viento. Canta:

–«¿A dónde va ese camino, María...?»

El «Viajero sin Puerto» corre sobre el agua. Ya se ve de nuevo el «Paquebote Volador», que es un punto luminoso en la noche.

–«Las estrellas de tus ojos están en el cielo...»

Aquello blanco es la vela del «Paquebote Volador», que está más cerca.

–«El rumor de tu risa esta en el mar...»

¿Adónde irán en esta loca carrera? ¿No darán contra un arrecife de piedras negras y acabarán durmiendo en el fondo del mar?

Mestre Manuel sigue al timón, con los ojos cerrados. Antonio Balduino se estremece gozando a la mujer que canta. Para el Gordo, es un ángel, y le reza.

–«Estás en la linterna del velero...»

Pasan junto a la linterna del «Paquebote Volador». Guma echa una bolsa de monedas al «Viajero sin Puerto». Quince mil reis. Mestre Manuel mete cinco en el bolsillo y grita:

–Buen viaje, Guma... Buen viaje...

–Buen viaje... –la voz viene de atrás.

Antonio Balduino coge los diez mil que ha ganado:

–Cómprele un vestido, Manuel. Fue ella quien ganó...

–»*Es largo el camino del mar, María...*»

Antonio Balduino piensa dónde estará el blanco calvo que apareció aquel día en la macumba de Jubiabá. ¿Dónde estará, dónde estará el hombre que para Antonio Balduino es Pedro Malazarte, el aventurero? Que no olvide este viaje en el velero cuando escriba su historia, la historia del negro Balduino, valiente y pendenciero, que ama la libertad y el mar.

* * *

Mestre Manuel entregó el timón a Antonio Balduino ahora que el río es ancho y se fue con la mujer al fondo del velero. Están ocultos, tras la cámara. Pero se oye el rumor de sus cuerpos amándose. Llegan gemidos en voz baja, súplicas y besos. Llegaba una ola alta que cubre a los amantes. Ellos se ríen entre besos. Estarán mojados, ahora, y aún será más grato el amor.

Antonio Balduino imagina qué ocurriría si el velero fuera contra las rocas del río. Morirían todos, y los gritos y besos se extinguirían en el mar. El Gordo, que perdió una estrella y un ángel esta noche, dice:

–No debería haber hecho eso Mestre Manuel...

UN OLOR SUAVE A TABACO

¡Olor suave a tabaco! ¡Olor suave a tabaco! Invade las gruesas narices del Gordo, que se entumece. El velero estuvo en el puerto sólo los días de las ferias de las ciudades vecinas: Cachoeira y Sao Félix. Después partió para otros puertos pequeños: Maragogipe, Santo Amaro, Nazaré das Farinhas, Itaparica, llevando a Manuel y a la mujer que canta por la noche y huele a mar. Abrió las velas y partió en una mañana melancólica. Valía como una despedida.

Antonio Balduino y el Gordo se quedan en la ciudad vieja de Cachoeira, midiendo la amplitud de las calles en un forzado vagabundaje. Sentían la ciudad por el olor. Era aquel olor de tabaco que venía de la frontera ciudad de Sao Félix, de las fábricas blancas que ocupaban manzanas enteras y que eran gruesas como sus amos. Olor que atontaba, que hacía pensar en cosas distantes, que obligaba al Gordo a contar largas historias inventadas o repetidas. En las fábricas de cigarros no había trabajo. Sólo había allí mujeres pálidas y macilentas, mujeres de ojos grandes que fabricaban los puros caros de los banquetes ministeriales. Los hombres no tienen gracia, sus manos son demasiado grandes para aquel trabajo tan pesado y difícil.

En la tarde lluviosa del día de llegada, atravesaron en canoa el río Paraguaçu, que separaba a las dos ciudades. Al fondo, el puente enorme. El Gordo iba contando una historia, pues el Gordo había nacido para poeta y si supiera leer y escribir podría ganarse la vida escribiendo aleluyas e historias en verso. Pero el Gordo nunca había ido a la escuela y se contentaba con narrar con su voz sonora los casos, las viejas leyendas que había aprendido en la ciudad y las historias que inventaba cuando bebía. Si no fuera por su manía de meter ángeles en todas las historias, aún sería mejor. Pero el Gordo era muy religioso.

La canoa esquivaba las piedras. El río estaba seco, y hombres de calzones arremangados y torso desnudo pescaban su comida. El Gordo iba contando:

—Entonces Pedro Malazarte, que era un bicho que se las sabía todas, le dijo al hombre: —Es un rebaño enorme de cerdos, hay más de quinientos... ¡Qué quinientos! ¡Sabe Dios cuántos...! Hay más de mil... dos mil... tres mil... Hay tamos que hasta perdí la cuenta... —El hombre del caldero sólo veía los rabos enterrados en la arena. Era una inmensidad de rabos negros que movía el viento. Todo se movía, como si hubiera cerdos vivos de verdad enterrados en la arena. Y Pedro Malazarte fue diciendo: —Esos cerdos son mágicos... Cuando cagan sale dinero. Todo billetes de cinco mil reis... Cuando van creciendo salen billetes de diez; y hasta de más los echan cuando van viejos. Y lo cambio todo eso por su caldero...

—¿Y no desconfió el hombre? —interrumpió el de la lancha.

—Nada. El hombre estaba loco y sólo veía los cerdos. Fue pues y cambió el caldero por el rebaño. Pedro Malazarte avisó: —Déjelos enterrados hasta mañana. Mañana salen y empiezan a cagar billetes.— Y el hombre se quedó esperando que aparecieran los cerdos. Pasó la tarde, pasó la noche, pasó otro día y hasta hoy. El hombre está allá esperando... Si queréis ir a verle...

El remero reía. Antonio Balduino quería oír otra vez la aventura del caldero. Le gustaban las historias de Pedro Malazarte, pícaro que sabía engañar a los demás y vivía a lo grande. Lo imaginaba vivo, corriendo mundo, sabiendo cosas de todos los países, pues hasta había ido al cielo Pedro Malazarte a llevar dinero para el marido de la viuda rica que estaba pasando miseria en un hotel del paraíso. Y tenía casi la seguridad de que aquel blanco que apareció por la macumba de Jubiabá era Pedro Malazarte disfrazado. Aquel hombre había corrido también todo el mundo y lo había visto todo. ¿No iba a ser Pedro Malazarte?

—Para mí que aquel hombre calvorota que estuvo en la macumba del padre Jubiabá era Pedro Malazarte...

—¿Quién?— el Gordo no se acordaba.

—Aquel día que Oxalá se metió en María dos Reis...

—¡Ah, ya! Pero no era, no. Aquel blanco era un andarríos que escribía aventuras y versos. Yo sé su historia... Se escapó un día con un caballo alazán de la hacienda de su padre, que era criador de caballos, y corrió por todo el mundo con su caballo alazán escribiendo historias de los hombres más valientes que conoció y de las mujeres más malvadas que vio...

—Escribiré mi historia en versos...

—¿La tuya?

—El hombre más valiente que vio fue el negro Antonio Balduino. Yo soy macho contra cualquiera... El mismo me lo dijo...

El Gordo se quedó admirando a su amigo Antonio Balduino, que llevaba dos puñales bajo la chaqueta, uno a cada lado. La canoa varó en el fango de la orilla.

* * *

De las fábricas llega este olor que atonta. Los hombres que pescaban están recogiendo y se llevan los peces para la magra comida. De las fábricas sale al mismo tiempo un pitido fino, prolongado. Es el fin de la jornada. Antonio Balduino fue a buscar mujer, una mulata a quien amar, entre las operarias de las fábricas. Y se quedó en la esquina, riendo las historias del Gordo, esperando el paso de las mujeres.

Pero salían tristes y cansadas. Atontadas por aquel olor dulce de tabaco, que ya las ha impregnado, que está en sus manos, en sus vestidos, en sus cuerpos, en sus sexos. Salen sin alegría y son muchas; es una legión de mujeres que parecen todas enfermas. Algunas fuman puros carísimos. Casi todas mastican tabaco. Un hombre rubio habla con una mulatita que aún no perdió el color en las fábricas. Ella ríe y él murmura:

—Te mejoro las condiciones...

Antonio Balduino le dice al Gordo:

—Aquella es la única que vale algo... Pero ya está con el gerente...

Las mujeres pasan silenciosas como si estuvieran borrachas por el olor a tabaco; entran por las calles estrechas y se meten por los callejones sin luz de la ciudad. Van tristes, hablando en voz baja, aún con miedo de las multas por las charlas en la fábrica. Pasa una, encinta, con el vientre saliente. Se le acerca un hombre con unos peces en la mano y le da un beso. Ahora siguen del brazo, y ella cuenta que le han puesto una multa porque paró en un momento en que la barriga le pesaba y dolía. De repente dice:

—Y los días que voy a perder cuando tenga el chiquillo... ¡Cuántos días...!

Su voz es trágica y angustiada. El hombre bajó la cabeza y apretó las manos. Antonio Balduino oyó y escupió.

El Gordo tiembla. Pasan las mujeres de las fábricas de cigarros. Se ven los enormes carteles. Y en una taberna, un anuncio «Los mejores puros del mundo... Para banquetes, comidas, cenas.» Van tan tristes que nadie diría que vuelven al hogar, con el marido, los hijos. El Gordo dice:

—Parece un entierro.

La mulatita guapa se va con el alemán. La mujer encinta llora en el brazo del marido.

* * *

En el hotel de Cachoeira, que es cómodo e incluso suntuoso, mozos alemanes beben whisky y piden comidas especiales. De Bahía llegan mujeres para dormir con esos mozos rubios y simpáticos. Son los hijos de los dueños de aquellas fábricas de donde salían las obreras. Mientras beben, hablan de la salvación de Alemania por el hitlerismo en la próxima guerra mundial, en la que ellos vencerán. Y cuando el alcohol se les sube a la cabeza cantan himnos guerreros. Una chiquilla interrumpe la cena y dice:

—Una limosna. Mi madre se está muriendo...

* * *

Pero la luna llena, que salió de entre los cerros, está ya sobre el río. Los alemanes no la ven. A la orilla del río, los maridos de las obreras cantan mientras las mujeres presentan sus hijos a la luna.

*«Bendición bonita luna.
Toma el pequeñito para ti
y ayúdame a criarlo...»*

A la caída de la tarde lluviosa el lanchero se acercó a Balduino y el Gordo:

—Y vosotros, camaradas ¿no vais a comer?

–Sí, ya iremos...

–Si queréis venir a casa... Es comida de pobre... Sólo hay pescado, pero se come; y os lo ofrezco de todo corazón...

Se volvió hacia el Gordo:

–Tú cuentas unos casos, para que los oiga mi vieja. Está al llegar de la fábrica... Tengo cinco pequeñas y dos chiquillos...

Sonríe esperando la respuesta. Entran por un callejón que va a dar en una calle enfangada que recuerda a Antonio Balduino el Morro do Capa Negro.

Dentro de las casas brilla la luz de los candiles. Ante las puertas juegan los chiquillos haciendo muñecas y bueyes con el barro negro.

–Aquí es –dice el lancharo.

Las paredes están sucias de humo. Un cuadro con el Señor de Bonfim, una guitarra colgada. Un niño duerme tendido en una cama de tablas. Tendrá tres meses cuanto más. Se despertó con el beso del hombre y le tendió sus manilas riéndose con la boquita negra. Otro que apenas anda se agarra a las faldas de la madre. Ya está otra vez encinta mientras los otros aún juegan a hacer muñecos de barro allá afuera.

El lancharo hace las presentaciones:

–Dos amigos. Este –apunta al Gordo– sabe contar historias formidables... Ya verás...

La mujer masca tabaco. Tiene los labios descoloridos y la cara amarilla de quien sufre la enfermedad. Coge los peces que le da el hombre y los entra en la cocina. Oyen su voz llamando a los hijos.

Antonio Balduino coge la guitarra. El Gordo pregunta:

–¿Es difícil la vida aquí?

–Es difícil el trabajo... Aquí sólo tienen trabajo las mujeres. Los hombres, a pescar o sacando unos cobres con la lancha.

–¿Y ganan mucho ellas?

–¡Qué va! Y luego hay las multas, las faltas por cosas de los chiquillos, las enfermedades. Y luego se hacen viejas, se acaban. Se pasa mal aquí, hermano...

–Es triste...

–¿Triste? –el hombre ríe–. Hay gente que pasa un hambre de perro... Cuando una mujer sale de una fábrica no encuentra empleo en otra. Ellos tienen sus arreglos... Y no todos los días se encuentran peces, no...

Un muchacho negro está en la puerta, silencioso. Aprueba con la cabeza. El Gordo se siente culpable por haber iniciado aquella conversación triste.

–Pero Dios va dando...

–Enfermedades, es lo que da. Mi mujer tiene ahí esa estampa, pero yo ya no creo en nada... Pasé demasiada hambre. Una noche no tenía ni comida para el más pequeño, que era aquélla –y señala a una mulatita de cinco años–. Dios se olvidó de los pobres...

Apareció la mujer en la puerta y escupió un salivazo:

–No digas herejías, hombre. Dios te castigará...

Habla el muchacho de la puerta:

–Realmente yo tampoco creo. Sólo de boca afuera. El alemán más joven anda encima de Mariinha... Dice que le va a subir el sueldo...

El Gordo reza en voz baja. Pide a Dios que no permita que el alemán desgracie a Mariinha, y que haga que no falte la comida en la mesa del barquero. Antonio Balduino sabe que el Gordo está rezando y piensa que es inútil. Dice:

–Puede ser herejía. Pero si por mí fuera, no iba a quedar un blanco... Los mataba a todos. Y sin pena...

El pescado está en la mesa.

El muchacho negro desapareció y meses después fue condenado a treinta años por matar al alemán que dejó a Mariinha con un hijo y sin empleo. La comida es poca para tantas bocas, y los pequeños piden más. La luz bermeja del candil da unas sombras enormes.

El Gordo contó la historia del caldero de Pedro Malaxarte, y los chiquillos se durmieron. Uno llevaba aún apretado en su manila el muñeco de barro, con un brazo roto. Y en su sueño el muñeco negro de barro era una muñeca rubia de porcelana, que decía «mamá» y cerraba los ojos para dormir. Salieron a dar una vuelta por la orilla del río. Los hombres cantan a la luz de la luna. Por la amurada andan dos mujeres de vestidos remendados. El río pasa y desaparece bajo el puente.

El Gordo canta la «Cantiga do Vilela» que Antonio Balduino acompaña a la guitarra. Los hombres están todos atentos a la lucha del bandido Vilela con el «alférez negro». Es un cantar heroico. El alférez fue un héroe; Vilela lo fue aún más:

*«El alférez era valiente
y por valiente se ahorcó.
Más valiente que Vilela
que murió, fue santo y se salvó...»*

–Es bonito –dice uno.

–Nunca oí que un bandido acabara santo –dice una mujercita flaca.

–Muchos bandidos hay que merecerían ser santos –explica un hombre que sigue el ritmo con los dedos en la baranda del muelle–. ¿Sabéis de alguno que haya robado a un pobre? Los bandidos son pobres como nosotros... A mí me gustan los bandidos...

–¡Que el diablo me lleve! ¿Es que no viste lo que hicieron con el coronel Anastasio...? Le dejaron sin orejas... sin nariz... hasta sus partes le arrancaron... Quedó como un bicho. Dios me perdone...

Ríen recordando cómo quedó el hombre. Pero el que sigue el ritmo en la baranda del muelle, dice:

–¿Pero tú no te acuerdas de lo que hizo el Anastasio con las hijas de Simao...? Eran cuatro y no dejó ni una... A todas las tumbó. Y el viejo se volvió loco. Y si tuviera más, más le hubiera desgraciado el Anastasio... Pero aún hay bandidos que vengan a la gente...

Se volvió hacia el Gordo:

–Canta otra, camarada...

Pero fue Antonio Balduino quien se puso a cantar sambas y *modinhas*, que pusieron tristes a las mujeres. Las campanas de la iglesia dieron las nueve.

–¿Vamos a bailar a casa de Fabricio? –invita un negro fuerte.

Van en grupo. Otros se dirigen hacia sus casas o se quedan todavía en el muro, contemplando el río, la luna, el puente. Es su cine.

* * *

Fabricio recibe a los recién llegados con un vaso de aguardiente:

–¿Quién quiere matar el hambre?

Todos quieren, y el vaso pasa de mano en mano. Un vaso grande, que Fabricio llena muy concienzudamente.

El barquero presenta a Antonio Balduino y al Gordo:

–Dos amigos...

–Que vayan entrando... La casa es de los amigos –y distribuye grandes abrazos.

Fueron entrando. Un mulato de bigotito tocaba el acordeón. Las parejas volteaban por la sala. Antonio Balduino sintió el olor característico. Hasta allí, en aquel barrio distante, dominaba el olor dulzón de tabaco. Rondaban las parejas, el hombre del acordeón se levantaba y se inclinaba al terminar la pieza. Se animaba tocando y bailaba mientras le daba al instrumento rozando a las parejas que pasaban al alcance de su mano.

Cuando cesó la música, el lancharo gritó:

–Este toca la guitarra como un santo... Y este gordo es un sabio contando historias...

Antonio Balduino le dijo al Gordo:

–No sé por qué, pero me parece que voy a encontrar mujer aquí...

Se fue adentro a beber aguardiente con el amo de la casa, y cuando volvió, ante la insistencia de las negras, se puso a tocar sus mejores sambas, y el Gordo las cantó. El del acordeón estaba dolido, pero no decía nada. Cuando Antonio Balduino acabó, le dijo:

—¿Vamos a echar un trago, amigo? Tocas bien, la verdad...

—Araño el guitarrón... Nada más... Tú, tú sí que eres un as...

Le señaló a unas mujeres:

—Aquella está bien... Mira, ahí está mi mulata. Tiene una amiga... ¿Por qué no bailas con ella?

El hombre volvió a tocar el acordeón. Ahora bailaban todos. Los pies batían el suelo, la gente se movía, ombligo contra ombligo, las cabezas rozándose, todos borrachos, unos de aguardiente, otros de música. Se oía el batir de manos con que algunos seguían el ritmo. Los cuerpos se unían por la cintura y luego se soltaban, giraban solos, y volvían a encontrarse, vientre contra vientre, sexo con sexo.

—¡Ah, mi amor!

Continuaba el ritmo. Los de los instrumentos mezclados con los bailarines. La sala parecía sacudida, cabeza abajo, de lado. De repente volvía a su posición normal. Luego ya no, y era como si todos anduvieran danzando por el techo. Los candiles aún parecían girar más veloces. Danzaban las sombras en los muros, sombras gigantescas, espantosas. Había desaparecido el suelo. Los pies ya no lo notaban. Sólo se sentían los cuerpos al rozarse y de cada uno surgía una chispa de deseo. Las mujeres parecían desarticuladas, blandas, quebraban el cuerpo sacudido por el ritmo, las caderas parecían aumentar, las nalgas se movían solas, como si tuvieran vida propia, vida aparte del cuerpo. Bailaban los hombres, las mujeres, las sombras, las llamas de los candiles. Había desaparecido la sala, había desaparecido la luz; ya no se veía nada. Sólo quedaba el batir de las pahuas, el olor dulzón de tabaco, y los ombligos que se encontraban. Desapareció también el deseo. Desapareció todo. Ahora todo era pura danza.

* * *

Antonio Balduino escribió un nombre en la arena del río: Regina. La mujer que estaba a su lado, tumbada de cansancio de amor, sonrió satisfecha y besó al negro. Pero vino una ola pequeña y borró su nombre, que había sido escrito con la punta del puñal. Antonio Balduino soltó su carcajada y todo se estremeció. La mujer se puso a llorar.

LA MANO

El campo de tabaco se extendía por el morro y parecía no tener fin. Primero era aquella planicie que luego subía por el morro y se convertía después en un campo verde inacabable, de plantas bajas de amplia hoja.

El viento balanceaba las hojas y si no fuera por el saquillo protector extendería las semillas de tabaco en una plantación inútil.

Las dos mujeres que avanzaban curvadas, cogiendo las hojas con gesto cansado, levantaron el cuerpo y se agitaron. Habían sido las últimas en dejar el trabajo, y una de ellas era vieja y arrugada, mientras la otra, que fumaba un cigarro de cincuenta reis, era un mujerón, grande y fuerte. Los hombres ya iban adelante y parecían todos jorobados. Llevaban montañas de hojas que colgaban de la fachada de sus casas, resguardadas del fuerte sol y de la lluvia. Las hojas que ya estaban secas dejaban su lugar a las hojas recién llegadas, que formaban una cortina ante las casas de los trabajadores.

Había cuatro casas en bloque, formando un cuadro en el centro del cual se reunían los hombres para conversar y tocar la guitarra. La mujer vieja entró en una de las casas donde el compañero cuidaba de las habichuelas que hervían al fuego. La muchacha se quedó charlando un momento con los hombres que estaban en el «terreiro», como ellos llamaban al patio que formaban las casas.

El Gordo hablaba, añorando a su abuela:

–Se quedó solita, con Dios, la pobre... ¿Quién le dará ahora de comer?

–Déjala, que no morirá de hambre...

–No decía eso... –el Gordo perdía el hilo.

–Yo digo...

La mujer puso las manos en las caderas para oír más cómoda:

–¿Qué le pasa?

–¿No sabes? Está vieja, acabada... Sólo come cuando se le da a la boca...

La mujer se echó a reír. Los hombres empezaron a decir pillerías:

–Me parece que lo que tu tienes es una mulatita... Eso de andarle dándole la comida a la boca...

¿Es guapa?

–Juro que es mi abuela... Lo juro... Y no tiene dientes. Está medio lisiada.

Los otros hombres iban llegando. Antonio Balduino se tumbó en el patio, con el vientre desnudo en alto.

–Estoy cansado...

–¿No es verdad que es mi abuela? ¿Que no come si no se lo doy a la boca? –le preguntó el Gordo.

Los hombres reían. La joven cortó:

–Oye, Gordo, ¿no será que tu moza es tan vieja que le llamas abuela?

Se oyeron carcajadas que aumentaron la confusión del Gordo:

–Lo juro... Lo juro... –besaba sus dedos en cruz.

–Dile que venga, Gordo. Yo le daré la comidita a la boca. Me caso con ella...

–Es mi abuela; lo juro...

–Es igual... Vieja también sirve...

Antonio Balduino alzó la mano:

–Estoy pensando –y se tocaba la cabeza– que todos vosotros sois un hatajo de burros... El Gordo tiene una abuela, es verdad... Y, además, tiene un ángel de la guarda... El Gordo tiene cosas que nadie tiene... El Gordo es bueno, y vosotros no lo comprendéis...

El Gordo se desconcertó. Los hombres callaron y la moza miraba ahora sorprendida.

–El Gordo es bueno, pero vosotros sois un hatajo de burros... El Gordo...

Se quedó mirando las plantaciones de tabaco que se perdían en la lejanía.

Ricardo murmuró:

–Hasta vieja me sirve...

La moza, antes de entrar en casa, le dijo al Gordo:

–Reza por mí. Rezarás, ¿verdad? Reza al ángel para que Antonio junte dinero y podamos irnos al cacao –miró las hojas de tabaco–. Allá se hace dinero...

Ricardo dijo:

–Está mal el trabajo este año. La zafra es grande y Zequinha no quiere más gente. No sé ni cómo os cogió a vosotros...

–Andábamos casi muertos de hambre por Cachoeira... Por eso vinimos...

–Para ganar unos céntimos...

Un burro entró en el patio. Antonio Balduino se dirigió al viejo que llegaba de la casa, comiendo:

–Saluda a tu padre, viejo, que anda buscándote...

–¿Y tú no le pides la bendición a tu abuelo? Mira que conocía a tu madre...

Se echaron a reír. Antonio Balduino bajó la voz:

–Déjese, que la *sinhá* Totonha...

–Métete con ella y verás... Antonio, métete... Ella no da palos al viento...

–Lo que yo sé es que llevo dos meses sin mujer y estoy seco...

El viejo se echó a reír. Ricardo miró con rabia:

–¡Tú te ríes porque estás casado...! Tienes mujer... Será un pendejo, pero es una mujer... Y yo hace un año que no veo una yegua en la cama...

–No, hombre. No me río de eso. Cuando vine por esta tierra a coger tabaco ya era así. No había mujeres. Las pasé negras. Hasta que cogí a Celeste, que vivía ahí, casi una niña... Hoy es un trasto, pero entonces tentaba a cualquiera... Los negros le andaban dando vueltas como los buitres a la carroña... Pero todos tenían miedo del viejo Joao, que era feroz. Había dicho que negro que se acercara a su hija era negro muerto. Pero yo llevaba dos años sin mujer. Me dije que morir era una tontada, que la gente sólo muere cuando le llega la hora. Una noche andaba un poquito cargado y llamé a Celeste para charlar un poquito. El viejo estaba en casa limpiando el revólver. Aún habló conmigo, sonriendo... Yo no tenía miedo, pero entonces sí lo tuve. Pero ya venía Celeste y no pude más. Allí mismo, entre unas matas, la tumbé.

Los hombres escuchaban con los ojos bajos. Antonio Balduino hacía dibujos en el suelo con el puñal. Ricardo palmeaba impaciente. El viejo siguió:

–Hacía dos años que estaba sin mujer... Ella quedó con todo el vestido roto... Yo salí monte arriba, esperando que el viejo viniera tras de mí, a matarme.

–¿Y luego?

–Bueno... Al día siguiente cogí valor y fui a hablarle al viejo. Estaba limpiando el revólver y cuando me vio empujó a la chica al lado. Yo sabía que me mataba, pero quería volver con Celeste... Me puse a hablar. Le dije que quería casarme con la chica, que era un hombre bueno y trabajador. El viejo se mordió los labios y pensé que me había llagado la hora. Pero no hizo nada, sólo dijo: «Tenía que ocurrir... Aquí la tienes. Un hombre precisa de mujer. Llévatela, pero cástate con ella.» Me quedé sin creer lo que oía. El viejo dijo aún: «Me ha gustado que vinieras así, como un hombre.» Después llamó a Celeste y le dijo que se viniera conmigo. Se quedó limpiando el revólver. Pero cuando salimos, le caían las lágrimas...

Los hombres se quedaron callados. El viento balanceaba los colgajos de tabaco; las hojas largas parecían sexos extraños de mujer. Ricardo tragó saliva y dijo:

–No sé cómo podemos trabajar así, sin mujeres... Aquí sólo hay esas dos casadas...

–¿Y la hija de *sinhá* Laura?

–Me casaba con ella, si me quisiera... –dijo Ricardo.

Antonio Balduino hincó el puñal en el suelo. Un negro alto dijo:

–Un día le meto mano a los pechos, quiera o no quiera.

–¡Pero si apenas tiene doce años! –se espantó el Gordo.

* * *

Los montes, atrás, cubiertos de neblina. La vía pasaba lejos. De vez en cuando pitaba un tren con mujeres que decían adiós por las ventanillas. Por la carretera pasaban hombres que llevaban sacos de fruta a las ferias, burros cargados, bueyes para vender en la Feira de Santana. Otros cargaban

sacos enormes con sus manos encallecidas, o arrastraban los burros y los bueyes. Pasaban boyadas enormes; los hombres cantaban tristemente:

—¡Ohoooooooooo bueyyyy!

Y las manos se bajaban al suelo, manos grandes y encallecidas que cogían las hojas de tabaco. Las manos se bajaban y se alzaban con un cierto ritmo siempre igual. Parecían gentes rezando. Y aquel trabajo daba un horrible dolor de riñones, un dolor penetrante y prolongado que quedaba dentro por la noche, insistente. Zequinha pasaba mirando a los obreros, dando órdenes, abroncando. Se juntaban montes de hojas de tabaco, y cuando llegaba la tarde las manos de los hombres habían ganado unas monedas que no veían porque ya debían al patrón cantidades desconocidas.

Con las manos encallecidas decían su adiós a los trenes que pasaban.

* * *

En la casa de adobes vivían cuatro: Ricardo el negro, Filomeno, Antonio Balduino y el Gordo. Filomeno sólo hablaba de tiros y de muertes, eso cuando hablaba, porque generalmente estaba callado, escuchando. Ricardo dormía sobre unas tablas, y encima, clavado, tenía el retrato de una actriz de cine, toda desnuda, apenas con un taparrabos cubriéndole el sexo. Había clavado el retrato en la pared con mucho cuidado. Se lo había dado el hijo del patrón, hacía tres años, cuando vino a la hacienda. Y colocaba el candil de tal manera que la luz daba encima de la actriz, que parecía desnuda como una tentación. El Gordo tenía un santo encima de su camastro. Lo había comprado por quinientos reis en la fiesta de Bonfim. Antonio Balduino ponía al pie de sus tablas el amuleto que le había dado Jubiabá y los puñales que llevaba al cinto. El negro Filomeno no tenía nada.

Llegaban al patio después de comer, y no tenían ni cine, ni teatro, ni cabarets. Tocaban la guitarra y cantaban. Las manos desolladas de los negros sacaban de las cuerdas sonidos que llenaban de alegría y de tristeza a los campesinos de las plantaciones de tabaco. Cantaban canciones tristes, sambas alegres, y Roberto era especial en las canciones de desafío. Sus manos corrían por las cuerdas de la guitarra y ya no eran aquellas manos callosas del azadón y de la tierra. Eran manos de artista, rápidas y seguras, que llevaban al corazón de los hombres historias de amores y de lucha. Las manos que antes daban al mango de la herramienta, daban ahora la alegría a aquella tierra sin mujeres. Las guitarras punteaban en la noche, y aquel era su cine, su teatro, su cabaret. Las manos rápidas corrían por las cuerdas y la música se difundía entre las plantas de tabaco que, a la luz de la luna, presentaban aspectos extraños.

* * *

Cuando bajaba el silencio sobre todo, cuando no se oía más que el son de las guitarras y los hombres ya estaban tendidos en sus camastros, apagado el candil, Ricardo miraba el retrato de la actriz con su taparrabos cubriéndole el sexo. La miraba fijamente porque ella se movía. Pero ahora está vestida y ya no están en las plantaciones de tabaco. Están en una gran ciudad, en una ciudad que Ricardo nunca vio, ciudad iluminada, llena de automóviles y de avenidas, mayor que Cachoeira y Sao Félix reunidas. Debe de ser Bahía, tal vez Río de Janeiro. Pasan mujeres rubias, mujeres morenas y todas sonríen a Ricardo, que va elegante, vestido con traje nuevo, zapatos marrón como los que vio en una tienda de Feira de Santana. Las mujeres ríen y todas lo desean, pero él está con la actriz que conoció en un teatro y que se cuelga de su brazo rozándole el pecho con los senos. Ahora van a cenar a un restorán elegante, de mujeres escotadas, y beben vinos caros. Él ya la besó varias veces y la mujer sin duda lo ama, pues consiente que él le acaricie los senos y le levante, por debajo de la mesa, el vestido de seda. Pero ahora ella está de nuevo en la estampa, con el taparrabos sobre el sexo, porque su camastro cruje y Antonio Balduino se movió en su cama de tablas al otro lado del cuarto. Ricardo espera rabioso a que todo quede de nuevo en calma. Se sube la sábana destrozada hasta el mentón. Vuelve con la mujer al restorán. Luego toma un automóvil y se van a un cuarto donde hay cama y perfumes. Él la desnuda lentamente, gozando de sus encantos uno a uno. Poco le importa ahora que el camastro rechine y que Antonio Balduino se mueva. No, no es su mano callosa la que está sobre su sexo. Es el sexo de la actriz, que ya no lleva el vestido de seda y que ama a Ricardo, obrero de las plantaciones de tabaco. Despierte quien quiera, porque él no hace nada malo: está amando a una bella mujer, de senos duros y vientre redondo. Su mano es la mujer.

La actriz volvió al cuadro, con el sexo tapado con el taparrabos. En la carretera brilla la luz de una bombilla que ilumina las plantaciones de tabaco. Ricardo deja caer la cabeza sobre las tablas del camastro y se duerme.

* * *

Un domingo, Ricardo dijo que iba a pescar al río. Había comprado un cartucho y esperaba matar con él muchos peces. Invitó a los tres. Sólo el Gordo se decidió a ir. Durante todo el camino fueron hablando. A la orilla del río se quitó la camisa. El Gordo se tumbó en el ribazo. Allá atrás se extendían las plantaciones de tabaco. Pasó un tren. Ricardo preparó el cartucho y encendió la mecha. Sonreía. Alargó la mano, pero antes de que pudiera tirar el cartucho, le estalló llevándosele las manos y los brazos y encharcando el río de sangre. Ricardo miró los muñones de sus dos brazos y era como si se hubiera suicidado.

EL VELATORIO

Arminda, la hija de *sinhá* Laura, que al terminar el trabajo corría por los campos su niñez de doce años, ya no corre y trabaja con el rostro angustiado. Y hasta una vez le pidió permiso a Zequinha para irse a casa. Y es que desde hace una semana *sinhá* Laura está tendida en la cama, hinchada, con una enfermedad desconocida. Antes Arminda era alegre y se bañaba en el río, nadando como un pez, excitando a los hombres con el espectáculo de su cuerpo joven. Ahora trabaja, porque si no trabajara se moriría de hambre.

El martes ni siquiera al trabajo fue. Totonha, que venía de la casa de la enferma, avisó:

–La vieja estiró la pata...

Los hombres pararon el trabajo por un minuto. Uno dijo:

–Ya era vieja...

–Estaba hinchada como un buey... Daba miedo...

–¡Qué enfermedad más rara!

–Para mí que fue un espíritu ruin...

Zequinha se acercó. Los hombres se inclinaron de nuevo sobre las hojas de tabaco. Totonha habló con él y después avisó:

–Me voy con la chiquilla. Me quedaré de noche con ella...

El negro Filomeno cuchicheó hacia Antonio Balduino:

–¡Quién fuera ella! Solo con la chica iba a ser la juerga...

El Gordo bebió un trago de aguardiente porque le daban mucho miedo los muertos. A la hora de la comida se quedaron recordando historias de muertos conocidos, contando casos de enfermedades y muertes. El negro Filomeno no hablaba. Un plan le rondaba en la cabeza. Pensaba en Arminda, en la frescura de su carne joven.

Las luces parecían andar. Las luces vacilantes se acercaban a la casa de adobes. No se veía gente. Sólo aquellas luces rojizas que brujuleaban y cambiaban de lugar como un alma en pena. En la puerta, Totonha recibía a las visitas que venían a velar a la muerta. Y distribuía abrazos y recibía pésames como si fuera pariente de la *sinhá* Laura. Tenía los ojos húmedos y contaba los sufrimientos de la difunta.

–Pobrecilla. Gritaba tanto... también fue mala suerte esta enfermedad...

–Fue algún espíritu, seguro...

–Empezó a hinchar, se quedó con la barriga así...

–Ahora descansó...

La mujer se santiguó. El negro Filomeno preguntó.

–¿Y Arminda?

–Está allá dentro, llorando... Pobrecita, se quedó sin nadie en el mundo.

Ofreció una ronda de aguardiente y todos bebieron.

En el cuarto se alineaban los invitados en dos bancos. Algunos hombres y mujeres, de pie, descalzos y con las cabezas descubiertas, velaban a la muerta. Al otro lado de la sala, en una silla vieja, Arminda lloraba con su llanto sin lágrimas, intercalando sollozos. Se tapaba los ojos con un pañuelo rojo. Los recién llegados se acercaron y le dieron la mano sin que ella se moviera. No decían palabra.

Y en medio de la sala, tendido en una mesa que servía normalmente a un tiempo de mesa y cama, estaba el cadáver, hinchado, como si fuera a estallar. Una manta de algodón, de grandes flores amarillas y verdes, cubría el cuerpo dejando fuera el rostro arrugado con la boca torcida y los pies enormes y achatados de dedos abiertos. Los hombres miraban el rostro de la muerta y las mujeres se santiguaban al entrar. Había una vela junto a la cabeza de la difunta y la luz caía sobre el rostro yerto, aún torcido en una expresión de sufrimiento. Y aquellos ojos parados parecían mirar fijamente a los hombres y a las mujeres que estaban ahora sentados en los bancos y cuchicheaban. Una botella de aguardiente pasaba de mano en mano. Bebían a gollete en grandes tragos. Dos hombres salieron afuera a fumar un pitillo. Zequinha le pasó la mano a Arminda por la cabeza. Y entonces empezaron las oraciones, dirigidas por el Gordo:

«Señor, recibe a esta alma.»

Los presentes respondían a coro:

«*Recemos por ella...*»

La botella de aguardiente pasaba por el corro. Bebían a gollete. La vela brillaba sobre el rostro de la muerta, que cada vez se hinchaba más. El coro formaba como un lamento:

«*Recemos por ella...*»

Antonio Balduino levantó los ojos y miró a Arminda. Ella lloraba al otro lado de la sala, pero el rostro hinchado de la muerta le impedía verla bien.

También el negro Filomeno miraba para la huérfana. Antonio Balduino bien ve que los ojos del negro están posados en los senos de Arminda que suben y bajan con los sollozos. Y Antonio Balduino siente que la ira se apodera de él:

–Negro miserable. Ni siquiera respeta a los muertos...

Pero también él mira los senos que se mueven por bajo del vestido. De repente, el negro Filomeno desvía la mirada y la pasea por las gentes que están en la sala. ¿De qué tendrá miedo el negro Filomeno?, piensa Antonio Balduino. Y mira casi risueño el escote del vestido de Arminda. La luz de la bujía le cae en el comienzo de los senos. Y quiere entrar... Sí, la luz del candil quiere entrar por los senos de Arminda como una mano. Antonio Balduino sigue la escena con ojos brillantes. Al fin parece que la luz consiguió entrar por el escote. Ahora le está acariciando los senos, que suben y bajan. Antonio Balduino sonrío y casi murmura:

–Al fin lo consiguió...

Pero también él ahora retira la mirada y se estremece. ¿No ha clavado la muerta en él los ojos con expresión de odio? Antonio Balduino mira al suelo, sus manos gruesas, pero siente que la mirada rabiosa de la muerta lo acompaña. Piensa:

«¿Por qué este diablo de vieja no se cuida de Filomeno, que quiere tumbarle la chiquilla?»

Recuerda que también él tiene malas intenciones, y huye de la mirada de la vieja. Mira para el Gordo, cuya boca se abre y cierra cantando los rezos de difuntos.

Quiere imaginarse una mosca entrando en la boca del Gordo. Pero la muerta está mirando para él y Filomeno sigue con los ojos clavados en los senos de Arminda.

–Diablo de vieja, que aún anda vigilando a la hija... ¡Pero si está muerta...!

–¿Qué? –dice el vecino.

–No dije nada...

El Gordo está cantando. Antonio Balduino repite con todo el mundo:

«*Recemos por ella...*»

Aquella mosca va a acabar entrándole por la boca al Gordo. Ya estaba a punto y el Gordo cerró la boca. Ya vuelve. Se posó en la nariz. Está esperando que el Gordo abra otra vez la boca. Ahora. Pero la mosca alzó el vuelo y fue a posarse en Arminda, al otro lado. El negro Filomeno se movió en la silla. Antonio Balduino se queda imaginando cómo serán los senos de Arminda fuera del vestido. Forman como una bola bajo la ropa. La mosca está posada en uno de ellos, en el izquierdo exactamente. Ella no lleva sostén. Se ve bien claro. Sus senos serán duros... ¿Por qué llora?, piensa Antonio Balduino... Tiene los ojos grandes, grandes pestañas. Con el sollozo se agitó su pecho y casi se le salta del vestido. Escapó la mosca. Se posó en la cara de la muerta. ¡Qué hinchada está! Casi no cabe en la mesa. Tiene la cara enorme, la piel verdosa y los ojos desencajados. ¿Pero por qué mira a Antonio Balduino? ¿Es que está haciendo algo malo? Ni siquiera mira a Arminda. El negro Filomeno sí que no le quita el ojo de encima. Entonces, ¿por qué la muerta no le deja en paz? ¿Por qué no mira hacia otro lado? ¡Qué hinchada está! La mosca se le posó en la nariz. ¿Serán gotas

de sudor lo que brilla en el rostro de la muerta? Naturalmente, quiere que le recen. Antonio Balduino, en vez de rezar con los otros está espiándole la hija. Y el negro hace coro:

«*Recemos por ella...*»

Fue curioso. Lo dijo tan alto que asustó a Filomeno, que repitió tarde y mal:

«*Recemos por ella...*»

Lo hicieron mal. El Gordo ya andaba rezando otra cosa. Pasa la botella de aguardiente. Antonio Balduino toma un trago grande e intenta de nuevo mirar a Arminda. Pero la muerta está atenta y ahora sus ojos se abren tanto que cuando Balduino mira ya sólo ve la mitad del rostro de Arminda. Ve bien, muy bien incluso, los ojos de la muerta, que lo miran con odio. ¿Será que adivinó que él va a pedirle agua a Arminda sólo para que ella vaya con él al cuarto y allí poder agarrarla? Los muertos lo saben todo. Seguro que lo notó y ya no le quita ojo de encima. Antonio Balduino ve el rostro horrible de la vieja. Nadie tiene un rostro como aquel. El rostro de Arminda es agradable. Incluso cuando llora, como ahora, su rostro parece risueño. El rostro de la muerta está verde y lleno de gotas de sudor. Pegajoso. Antonio Balduino se frota las manos queriendo librarse de la visión. Mira al techo. Pero nota que los ojos de la muerta están fijos en él. Se quedó durante mucho rato con la vista clavada en las vigas y en las tejas negras. Luego bajó los ojos y miró los senos de Arminda. Sonrió satisfecho: engañó a la muerta. Pero fue peor, mucho peor: ella se quedó con la boca torcida de rabia y desencajó aún más los ojos. Tiene una mosca posada en la boca. Parece una colilla, negra, de saliva. Antonio Balduino intenta acompañar las oraciones. Y cuando piensa que la muerta ya no le mira, abre la boca para pedirle agua a Arminda. Pero allí están los ojos de la muerta, bien puestos encima de los suyos, con aire de desafío. Reza de nuevo. Bebe aguardiente. ¿Cuántas veces habrá puesto ya sus labios en el cuello de la botella? Se acaba ya. ¿Cuántas habrá aún por abrir? Un velatorio pide mucho aguardiente... Y ahora que la muerta no mira, Antonio Balduino se levanta lentamente, da la vuelta a la mesa donde está el cadáver, toca en el hombro a Arminda:

–Dame un sorbo de agua.

Ella se levanta. Van al patio. Allá, al fondo, hay una tina de agua y un cazo. Arminda se inclinó para llenar el cazo y por el escote del vestido Antonio Balduino le ve los senos. Entonces coge por los brazos a la chiquilla y le da la vuelta hasta que queda frente a él, mirándolo espantada. Pero él no ve nada, a no ser aquella boca y aquellos senos que están ante él. Va a cerrar el brazo y su boca se lanza hacia la boca de Arminda, que aún no comprende, cuando los ojos de la muerta llegan y se colocan entre los dos. La vieja Laura dejó su sitio encima de la mesa y se metió entre ellos. Cuida de la hija. Los muertos lo saben todo, y ella sabía lo que Antonio Balduino quería hacer. Está allí, entre los dos, mirando al negro. Antonio Balduino suelta a Arminda, se lleva las manos a los ojos. Tira el cazo con el agua y vuelve a la sala como un ciego. La muerta aún se hinchó más sobre la mesa.

El negro Filomeno ríe como quien comprendió la idea de Antonio Balduino al pedir agua. Va a hacer lo mismo. Seguro. Qué animal –piensa Balduino–, cree que va a llevársela. Cuando llegue allá a cogerla, se encontrará con los ojos de la muerta clavados en él. La muerta lo sabe todo. Lo adivina todo... Pero los ojos de la muerta no acompañan ahora a Filomeno. ¿Va a permitir que ese negro inmundo toque el cuerpo de Arminda? Se levantó y pidió agua a Arminda, y la muerta no hizo nada. Antonio Balduino murmura para el rostro impasible:

–¡Venga! ¿No ves lo que está pasando? ¿Es que no lo ves? ¿No ves lo que va a hacer ese negrazo?

Pero la muerta no hace caso de la advertencia. Parece que hasta se ríe. Se oye un ruido allá dentro. Arminda vuelve a la sala y llora con un llanto distinto. El vestido está arrugado en el lugar de los senos. El negro Filomeno entra sonriente. Antonio Balduino se retuerce las manos de rabia. Se levanta y le dice al Gordo en voz alta:

—¿No dices que es una chiquilla de doce años? ¿Porqué la muerta no hace algo, entonces?

Zequinha dice:

—Está borracho...

Alguien le cierra los ojos a la muerta.

FUGA

En el cinturón, bajo la chaqueta, Antonio Balduino lleva dos puñales.

Zequinha se tiró sobre él con la hoz en la mano. Se agarraron y rodaron por el barro duro del camino. Zequinha cayó y la hoz voló lejos. Cuando se levantó y se lanzó de nuevo contra Antonio Balduino vio el puñal en la mano del negro. Se detuvo, indeciso. Quedó calculando el golpe. Después se echó hacia delante. Antonio dio un paso atrás, su mano se abrió y cayó el puñal. Zequinha rió con los ojos, y, rápido como un gato, se inclinó para coger el arma de su enemigo. Y cuando se inclinaba Antonio Balduino sacó del cinto el otro puñal y lo clavó en la espalda de Zequinha. Antonio Balduino lleva siempre dos puñales al cinto... Y su carcajada asusta a los hombres más que la lucha, la puñalada y la sangre.

Era de noche y el negro se echó al monte.

Se abre camino por la maleza. Corre entre los árboles que se cierran. Hace tres horas que corre así, como un perro perseguido por chiquillos malvados. En el silencio del bosque se oyen los grillos. Corre sin rumbo, corre perdido, con los pies doloridos, evitando los caminos, rasgándose en los marojos de espino. Sus calzones están desgarrados. Ni siquiera notó cuándo se le rasgaron. Y el bosque sin fin se extiende ante él. No ve nada en la oscuridad. Ahora se para. Oye ruido de marojos quebrados. ¿Quién viene? ¿Lo persiguen ya? Se queda atento, la mano en la navaja, única arma que le queda. Está detrás de un árbol y es difícil que le vean. Sonríe pensando que el perseguidor que pase primero dormirá para siempre. Tiene la navaja abierta en la mano, y rápido como una visión pasa uno de los habitantes del bosque. ¿Qué bicho habrá sido? Antonio Balduino no lo reconoció, aunque se ríe del miedo que tuvo. Sigue la caminata, abriéndose camino con las manos. Le chorrea la sangre por la cara. El bosque es implacable para los que lo violan. Un espino rompió el rostro del negro Antonio Balduino. Pero no vio nada. No siente nada. Sólo sabe que dejó a un hombre tumbado entre las plantas de tabaco. Y en la espalda de este hombre estaba un puñal que era suyo, que había sido manejado por su mano. Antonio Balduino no siente remordimientos. Zequinha tuvo la culpa: fue él quien buscó la pelea. Lo andaba buscando. Aquello tenía que ocurrir. Y si no viniera con la hoz en la mano, tampoco él hubiera sacado el puñal.

Un poco más adelante el bosque se va haciendo menos espeso. El negro ve a través de las ramas las estrellas brillantes. El cielo está claro. Corren harapos de nubes blancas. Si tuviera allí una mulata, Antonio Balduino diría que sus dientes parecían las nubes blancas del cielo. Se para y admira el cielo de la noche estrellada. Se sienta. Está en un claro y no se acuerda ya de la pelea. Si estuviera allí María dos Reis... Pero María dos Reis se fue con su familia a Sao Luiz do Maranhao. Fue por el mar, en un navío negro lleno de luces. Si estuviera allí se amarían en el silencio del bosque. El negro mira las estrellas. Quién sabe si María estará también mirando las estrellas. Las mismas estrellas. Las estrellas están en todas partes. ¿Serán las mismas? —piensa Antonio Balduino—. María dos Reis estará viendo esta estrella, y también Lindinalva. Cuando piensa en Lindinalva, se exaspera. ¿Por qué piensa en ella? Es blanca, tiene pecas, y ni siquiera se fija en un negro como él. Es mejor pensar en Zequinha, tendido en el barro, con un puñal clavado, en vez de pensar en Lindinalva, que odia al negro. Si ella supiera que él andaba huido por el bosque sin duda se lo diría a los guardias. María en cambio lo escondería. Pero Lindinalva no. Antonio Balduino abre los labios gruesos en una sonrisa porque Lindinalva no sabe nada y no podrá denunciarlo. Se queda irritado contra las estrellas que le hacen pensar en Lindinalva. Viriato el Enano les tenía rabia a las estrellas. Una vez se lo dijo. ¿Cuándo? Antonio Balduino no se acuerda. Viriato sólo hablaba de su tristeza de estar solo. Y un día entró por el camino del mar como aquel otro viejo que fue sacado del agua una noche, cuando los hombres del muelle cargaban un barco sueco. ¿Habrá encontrado Viriato su casa? El Gordo dice que quien se mata va al infierno. Pero el Gordo es un infeliz que no sabe lo que dice. Antonio Balduino quisiera tener al Gordo con él. El Gordo no sabe nada tampoco. No sabe que mató a Zequinha de una puñalada en la espalda. Hacía ya quince días que el Gordo se había ido. Volvió con su abuela, a Bahía, para darle la comida a la boca. El Gordo es muy bueno, es incapaz de darle una puñalada a nadie. Nunca fue hombre de peleas. Antonio Balduino recuerda perfectamente los días de su infancia, mendigando por Bahía. El Gordo sabía pedir como nadie. Pero no servía para pelear. Felipe el Guapo se reía de él. Era guapo, Felipe.

Cuando murió, aplastado por el auto, el día de su cumpleaños, todos lloraron. Su entierro fue como entierro de rico. Las mujeres de Rua de Baixo le llevaron flores. La francesa vieja lloraba. Era la madre de Felipe. Le pusieron un traje nuevo y corbata. Felipe estaría contento. Le gustaba llevar corbata... Antonio Balduino se peleó una vez por él. Sonríe al recordarlo. Una buena paliza le dio al Sin Dientes. También el Sin Dientes se le echó encima con un cuchillo, y él no sacó ningún arma. Con Zequinha sacó el puñal. Ahora está seguro de que no le gustaba Zequinha ya desde el primer día. Y si no lo llega a apuñalar, el otro le clava la navaja. Seguro. El negro Filomeno también le tenía ganas a Zequinha. Y todo por Arminda. ¿Por qué se lió Zequinha con ella? Ellos llegaron antes. La noche del velorio, Antonio Balduino se la hubiera llevado, pero la muerte le tenía clavados los ojos. Aquellos ojos hinchados. ¿No le amasó Filomeno los pechos también? Entonces, ¿por qué Zequinha se metió para llevarse a la chiquilla? Era una chiquilla de doce años. El Gordo decía que aún no era mujer, que hacer aquello era una maldad. Pero Zequinha lo hizo, y bien merecida tenía la puñalada... La verdad es que si no lo hubiera hecho él, lo habría hecho el negro Filomeno, o él mismo. Sí. No fue por eso. Si le clavó la navaja fue porque andaba tras de él hacía ya tiempo. Ella era una chiquilla de doce años... Pero si él mató al capataz fue porque se quedó con ella cuando el negro la quería en su camastro. Tenía doce años, pero ya era mujer... ¿O no lo sería? ¿Y si el Gordo tuviera razón? ¿Y si fuera una chiquilla, y todo aquello resultara una maldad? Zequinha no lo haría más porque estaba tendido en el barro con una navaja en la espalda. ¿De qué le valió? Ahora el negro Filomeno la tendrá en su casa. Seguro. Esa es la ley de las plantaciones. Son raras las mujeres, y cuando una se queda sin hombre encuentra en seguida otro que se la lleva a casa. A no ser que ella prefiera ir a los burdeles de Cachoeira, de Sao Félix, de Feira de Santana. Eso sí que sería una maldad. Porque es una chiquilla de doce años, y todos la querrán. Después envejecerá, y se emborrachará, no se lavará el pelo, se marchitarán sus senos, tendrá enfermedades, tendrá cuarenta años el día que cumpla quince. A lo mejor se envenena. Otras se tiran al río en la noche oscura... Era mejor que se quedara con Zequinha, cogiendo tabaco en los campos. Pero Zequinha está muerto... Antonio Balduino oye voces por el bosque. Se acerca para oírlas mejor. Es un ruido indistinto. ¿Serán hombres por la carretera? Pero la carretera está lejos. Está al otro lado. Aquello es sólo un sendero. Antonio Balduino se aproxima. Ahora oye. Los hombres están cerca, separados de él sólo por unos matorrales. Son de la hacienda. Están en corro, fumando en el sendero. Andan tras del negro Amonio Balduino que mató al capataz. Y no saben que el negro está allí, junto a ellos, casi riendo. Pero se estremece cuando oye a los hombres decir que está cercado, que está en la jaula, como un perro rabioso. Y que o se entrega o muere de hambre. Los grillos le irritan con su ruido. En casa de Zequinha habrá velatorio. Y el negro Filomeno —piensa Antonio Balduino—, el negro Filomeno estará ahí armado de revólver o en el velatorio mirando a Arminda, dispuesto a llevársela a casa. Si pudiera apuñalar también a Filomeno... Pero le tienen rodeado como a un perro rabioso. Está acorralado y empieza a sentir hambre y sed...

* * *

Le duelen los pies, de la caminata. Podría haberse limitado a pegarle una paliza a Zequinha. ¿Acaso él no era Baldo el negro, boxeador? ¿No había vencido a tantos en Bahía...? Sí, podría haber derribado a Zequinha a puñetazos. Pero se había tirado sobre él con una hoz. Un hombre de verdad no pelea con una hoz, y la traición se paga con traición... Por eso sacó el puñal y lo dejó caer, para clavárselo al otro en la espalda. Y quién salió ganando con todo eso fue Filomeno que ahora debe de estar en el velatorio, mirando a Arminda... Mataría a Filomeno si pudiera ir hasta la casa de Zequinha. Estará el cadáver tendido en el jergón con la herida a la espalda. Filomeno se quedó el puñal, seguro. Y ahora se llevará a Arminda a casa. Tendría que haber matado a Filomeno. Ahora le tienen acorralado, cercado por todos los lados. Si no fuera por la sed... Pero tiene seca la garganta. No le importan los pies doloridos, el rostro que sangra, rasgado por los espinos, la ropa hecha pedazos. Sólo le importa la garganta, que arde de sed. Le gustaría también comer algo. Aquel bosque no tiene nada. No hay frutas silvestres. Es la época de las guayabas, pero los guayabos no tienen ni un fruto. Pasa una serpiente silbando. Los grillos hacen un ruido insoportable. Ahora ya no ve las estrellas porque el bosque se va haciendo más cerrado. Y aumenta la sed. Fuma. Por suerte llevaba tabaco y fósforos en el bolsillo. ¿Qué hora será? Medianoche tal vez, o quizá más. El pitillo

le hace olvidar la sed y el hambre. ¿Desde cuándo fuma? Ni se acuerda. Ya fumaba en el Morro do Capa Negro. Le sacudieron más de una vez por fumar. ¿Qué diría su tía Luisa si lo viera ahora? Le pegaba, pero lo quería. Se volvió loca, la pobre, de tanto cargar con las latas de los pastelillos para venderlos en el Terreiro. La gente se reunía a charlar en el morro a la puerta de su casa. Un día vino aquel hombre de Ilheus y les contó historias de bandidos generosos. Y hoy Antonio Balduino estaba acorralado como si fuera también un bandido célebre. Si el hombre de Ilheus lo viera, seguro que también lo admiraría y uniría su historia a aquellas que contaba por las noches. También le gustaría tener una historia. Pensaba que aquel hombre calvo que apareció en la macumba de Jubiabá escribiría un día su historia en aleluyas. El Gordo dijo que la vida del hombre calvo era escribir las historias de los hombres más valientes que conocía, y que por eso iba de un rincón del mundo al otro montado en un caballo alazán. Antonio Balduino merecía una historia en verso. Sí, estaba seguro. Tal vez el hombre de Ilheus cuente un día su historia y hombres y chiquillos de otros morros lo admirarán y querrán ser como él. ¡Ah! Si sale de esta trampa donde le rodean hombres armados de rifles y pistolas, seguro que le van a cantar en aleluyas. ¿Cuántos serán los que le persiguen? Si han venido todos los de la hacienda serán más de treinta. Pero rodos no vinieron, seguro. El negro Filomeno no vino. Se quedó allá con Arminda, diciendo mentiras, prometiendo cosas. Conoce al negro ese... Negro que casi no habla es negro ruin... Coge la navaja. Con aquel arma se tiraría sobre Filomeno si lo viera ahora. También dirían esto en sus historias. Con sólo una navaja atacó y mató a un bandido que llevaba un rifle... Tira la colilla. Diablo, tiene la garganta seca, le arde el estómago, y siente un violento dolor en el rostro. Se pasa la mano y se toca las heridas del espino. Ahora que ya no corre la sangre, le duele con rabia. Es un corte grande que le cruza todo el rostro. También le sangran las manos y los pies. Le tortura la sed. Los hombres que le rodean... Los grillos hacen ruido... Ve de nuevo las estrellas por un claro. Si al menos tuviera agua... Si lloviera... Pero no hay nubes negras. Sólo jirones de nubes blancas que el viento arrastra. Y la luna que salió, una luna blanca, bonita como nunca. ¡Quién estuviera en los muelles de Bahía, con su guitarra, con aquella mujer que cantaba con voz masculina, cantando un vals, una cosa bien vieja que hablara de amor...! Después se revolcarían por la arena con los cuerpos rabiosos... ¡Ah! Qué bueno era aquello... Aquella estrella parece la luz de la «Linterna de los Ahogados». Bebería un trago, oiría la música del viejo ciego que canta al violín. Hablaría con Joaquim y con el Gordo. Tal vez hasta Jubiabá le apareciera, y él le pediría la bendición. Tampoco padre Jubiabá sabe que está acorralado en el bosque. No sabe que mató a Zequinha. Pero Jubiabá comprendería y le pasaría la mano por el pelo y después hablaría en nagô. No, él no le diría que se cerró el ojo de piedad, que sólo quedó el ojo de las maldades... ¿Por qué iba a decírselo? Antonio Balduino aún tiene abierto el ojo de la piedad. Mató a Zequinha, lo mató. Pero fue porque andaba con la chiquilla de doce años... Una chiquilla. No era una mujer hecha... Que se lo pregunten al Gordo... Una chiquilla, tan chiquilla que la madre incluso muerta no le quitaba el ojo de encima... Que se lo pregunten al Gordo si quieren... Pero es inútil mentirle a padre Jubiabá. Él lo sabe todo, porque es *pai-de-santo* y tiene fuerza con Oxalá... Lo sabe todo, como la vieja muerta... No, él lo mató porque quería a Arminda para él solo... Tenía doce años, pero era ya mujer... El Gordo no sabe de esto... ¿Cómo va a creer al Gordo? El Gordo no sabe nada de mujeres, sólo entiende de rezos... Y además, el Gordo es muy bueno, no tiene ojo de maldad. Padre Jubiabá tiene que hacerle un hechizo para que muera Filomeno... El negro Filomeno es malo. También él tiene cerrado el ojo de la piedad... Un hechizo para que muera, un hechizo fuerte con pelo de sobaco de mujer y plumas de buitre... ¿Por qué será que padre Jubiabá mueve la cabeza? ¡Ah! Le está diciendo en nagô que también Antonio Balduino tiene cerrado el ojo de piedad... Lo dice, sí... Antonio Balduino saca la navaja con la garganta seca de sed. Si Jubiabá lo repite, le matará también. Y después se la clavará en su pescuezo. Se matará. Sí. En el cielo azul ve al viejo negro. No es la luna, no. Es Jubiabá. Está repitiéndolo. Y Antonio Balduino se precipita navaja en mano y casi cae sobre sus perseguidores, que están charlando en la carretera. Jubiabá desapareció. Balduino tiene sed. Y vuelve corriendo al bosque, donde ya no hay luna, donde no se ve la luna ni las estrellas, no se ve el muelle de Bahía con la «Linterna de los Ahogados». Se tumba en el suelo, tiende las manos hacia el lado donde está la carretera:

—Mañana les demuestro que yo no huyo... Soy un hombre...

Le duele el rostro. Pero cuando cierra los ojos se queda dormido. Y no tiene sueños.

* * *

Le despiertan los pájaros que cantan. Mira alrededor y no comprende cómo se encuentra allí y no en un camastro en la plantación. Pero la sed que le oprime la garganta, y el tajo que le duele en el rostro, le recuerdan lo que pasó la víspera. Está acorralado en el bosque y mató a un hombre. Y tiene sed. Una sed de locura. Se le ha hinchado el rostro durante la noche. Se pasa la mano por el corte.

—Un espino venenoso...

Se queda en cuclillas, pensando qué va a hacer. Tal vez hayan dejado poca gente en el cerco durante el día... Le duele la cara. Tiene sed. Sale paso a paso, lentamente, evitando los espinos y cuidando de no hacer ruido. Ahora, con la claridad del día, se orienta mejor. La carretera queda a la derecha. Pero va hacia el sendero, donde habrá menos gente. Si no fuera por la sed, no le importaría. No tiene hambre ahora. Pero le duele el estómago. Puede soportarlo, sin embargo. La sed sí que es mala. Es como si le apretaran la garganta con una cuerda. No; tiene que pasar sin que le vean. No aguanta más la sed. Lo gracioso es que nadie quería a Zequinha y a él sí le querían todos. Pero el patrón debió mandar que le rodeen. Lo habrá despedido del trabajo por criminal... Como haya gente en el sendero va a haber pelea... Morirá, pero se llevará a alguno por delante.

—Uno va conmigo...

Ríe tan alto que parece alegre. Está alegre, sí, porque decidió acabar con aquello y va a luchar por la vida. Lo que más le gusta es pelear. Sólo ahora se da cuenta. Nació para pelearse, para matar y morir un día con un tiro en el cuerpo, de un navajazo tal vez. Los que vuelvan contarán que murió como un hombre de verdad, navaja en mano. Y quién sabe si no contarán a sus hijos y a los amigos que Antonio Balduino, que fue mendigo, boxeador, compositor de sambas, vagabundo, mató a un hombre por una chiquilla y murió haciendo frente a veinte, pero defendiéndose como un macho. ¿Quién sabe?

Da con un poco de agua. Bebe a grandes sorbos y se lava la herida de la cara.

* * *

¡Agua ¡Agua! Nunca había reparado en lo sabrosa que es el agua. Mejor que la cerveza, mejor que el vino, mejor incluso que la *cachaba*. Que lo rodeen ahora, que le dejen acorralado como un perro. ¡Qué le importa! Tiene agua para beber y lavarse la herida de la cara, que le duele y se le está hinchando. Se tumba a orillas del cenagal y descansa confiado y feliz, sonriente. Durante la noche, con la oscuridad, no había visto los charcos. Son varios. Agua cenagosa, sucia, pero qué deliciosa es. Pasa mucho tiempo tumbado, reflexionando. ¿Adónde ir? Podrá entrar por el sertón, parar en una hacienda. Anda tanto asesino por ahí... Si lo persiguen entrará en una banda de *cangaceiros* y vivirá aquella vida libre de bandido que siempre admiró tanto. Lo peor es que ahora tiene hambre. Tal vez encuentre algunas frutas como ha encontrado agua. Sale por el bosque examinando los árboles. No encuentra nada. Pero quizá encuentre un animal. Lo matará y se lo comerá. Tiene fósforos, hará una hoguera. No, no hará una hoguera porque eso llamaría la atención de los que están en la carretera rodeándole. Va a ver si quedan muchos. Se toca la cara con la mano. Cada vez le duele más. Se pone feo esto. Seguro que era un espino venenoso.

Padre Jubiabá sabe de remedios milagrosos para heridas así. Son hojas, hojas del bosque. Por ahí debe de haber hojas de esas. Mira al suelo. ¿Cuáles serán las buenas? Sólo lo sabe padre Jubiabá, que lo sabe todo... Llega cerca del bosque que lo separa de la senda. Mira. Allá están los hombres. Están todos. Ninguno fue a trabajar... Por lo visto, el patrón está dispuesto a acabar con el negro Balduino. Dio descanso a los trabajadores. Ellos comen carne seca y conversan. Antonio Balduino se vuelve, lentamente. De nuevo lleva la navaja al cinto. Va pensativo, pero de repente ríe:

—Conmigo, van dados...

Lo peor es que no encuentra que comer. Y de noche va a quedarse solo. Nunca tuvo miedo a estar solo. Pero hoy no quiere. Se queda pensando tonterías, viendo muertos conocidos, viendo a padre Jubiabá, los lugares por donde anduvo, y viendo a Lindinalva. Si no viese a Lindinalva, no tendría nada. Se queda también pensando en Arminda, que debe de estar ya amiga con el negro

Filomeno. Pero el negro no tiene la culpa. Si no se la queda él, lo hará otro cualquiera. No hay mujeres en las plantaciones de tabaco. Por eso Ricardo se movía tanto en su camastro por las noches. ¿Cómo se las arreglará ahora que no tiene manos? Vive en Cachoeira, pidiendo limosna. ¿Tendrá mujer? Quién sabe si no tendrá una que cuide de él... Bien la merecía, que era un mulato bueno, camarada para todo... Y si estuviera en la hacienda, ¿andaría ahora cercando a Antonio Balduino? Tiene una niebla ante los ojos. Eso es hambre, ya lo oyó decir otras veces. Y sale desesperado en busca de comida...

Cuando llegó la noche fumó el último cigarrillo. Casi no veía nada, con la niebla ante sus ojos. El rostro hinchado le duele hasta enloquecer.

* * *

Anda junto a los charcos como un borracho, vacilante. Está en ayunas desde el desayuno de la víspera pues ni siquiera había comido cuando empezó la pelea. Anda vacilante y van con él muchos conocidos. ¿Dónde vio a aquel negro que grita:

—¿Dónde está Baldo, el que tumba a los blancos?

Grita y se ríe. ¿Dónde lo vio? Ahora recuerda. Fue en aquel combate de boxeo con un alemán. Sonríe. Ya una vez aquel hombre dijo eso, y sin embargo venció al blanco y lo dejó tendido en la lona. Podrá atravesar el cerco y recobrar su libertad. ¿Pero por qué el Gordo está rezando las oraciones de difuntos? Él no murió todavía... ¿Por qué responden, pues,

«Recemos por él»?

¿Por qué responden? ¿No ven que eso no le gusta al negro Antonio Balduino, que tiene hambre y lleva en el rostro un tajo terrible donde se posan los mosquitos? Continúan. Antonio Balduino se tumbó junto a un charco. Bebió. Después se quedó mirando al cortejo que le acompaña. Tiende las manos. Está pidiendo que se aparten, que le dejen morir en paz.

—¡Largaos! ¡Fuera de aquí!

Pero no se van. La vieja Laura, madre de Arminda, llega en este momento. Viene con los ojos hinchados, el cuerpo hinchado, la lengua fuera. Se quedó riéndose de él:

—¡Vete al infierno! ¡Vete al infierno!

Se levanta. Con ella se van todos. Hasta el Gordo, que era tan amigo suyo. Jubiabá dice que tiene cerrado el ojo de la piedad. Es verdad, sí, es verdad. Pero que lo dejen en paz, que va a morir y quiere morir como un hombre; pero así no puede, no puede...

Rezan las oraciones de difuntos... Antonio Balduino tropieza en una raíz y cae.

* * *

Se deja quedar, tendido. Y cuando se levanta, lleva una resolución en la mirada.

La carretera está a su derecha. Marcha hacia allá con paso firme. Va erguido, como si no tuviera hambre, como si no llevara dos días sin ver vivos, viendo sólo fantasmas, y lleva la navaja en la mano:

—Me llevo a uno por delante...

Pero su aparición súbita en la carretera deja a los hombres estupefactos. Él aún tiene fuerzas para derribar a uno, al que está más cerca. Y atraviesa el grupo con la navaja en la mano.

Desaparece en la oscuridad. Se oyen tiros al azar.

EL VAGÓN

–Ya estaba criando bichos...

El viejo curaba la cara de Antonio Balduino, que se había hinchado con el tajo y aparecía deforme y roja como una manzana. Colocó encima de la herida un emplasto de hierbas y tierra. Lo mismo hubiera hecho Jubiabá.

–Agradecido, viejo...

–Esto se cierra en un momento. Son hojas santas.

El negro había llegado hasta allí, extenuado tras la carrera por el bosque que bordeaba la carretera, huyendo de las plantaciones de tabaco. El viejo vivía en una choza inmundada, perdida en la espesura, con un pequeño campo de mandioca ante la chabola. Le dio comida, le dio cama, le cuidó la herida y después le explicó que Zequinha no había muerto. Que se libró por un pelo, pero que el patrón había mandado gente tras él para darle una zurra que sirviera de ejemplo.

Antonio Balduino se echó a reír:

–Pues van dados... Muy duro soy para ellos...

Bebió un trago de agua:

–Ahora seguiré mundo adelante... Si un día puedo, se lo pagaré, viejo...

–¿Mundo adelante? ¿Para qué? No se te secará la herida, hombre de Dios... Puede irritarse.

Quédate acostado aquí... Nadie desconfía. Soy hombre callado...

Antonio Balduino se quedó tres días esperando que cerrara el corte de la cara. Comía de la carne del viejo, bebía su agua, durmió en su jergón.

* * *

Se despide del viejo:

–Ha sido bueno...

Tira hacia el ferrocarril. Cuando llegue a Feira de Santana buscará un camión que le lleve hasta Bahía. Y va feliz por la aventura que tuvo, por la lucha, por el cerco que salvó. Es invencible... Es el hombre más valiente de aquellas tierras. Allá en el cielo están las estrellas, testigos de cómo luchó. Y si los hombres que le perseguían no se hubieran quedado abobados de su valor al verlo aparecer entre la maleza, habría muerto, pero se hubiera llevado por delante a uno, y ahora estaría allá, en las estrellas, en el cielo azul. Brillaría allá con su navaja en la mano... Lo verían María dos Reis, la mujer de voz de hombre, Lindinalva, el Gordo, que siempre quiso tener una estrella... Engañaría a Mestre Manuel, que creería que era la luz de un velero y querría andar a las carreras con el «Viajero sin Puerto»... Oiría a María Clara cantando sus sambas. Todo esto hubiera ocurrido si aquellos hombres no se hubieran quedado atontados cuando él saltó a la carretera, navaja en mano y un tajo en el rostro. Caerían sobre él y se llevaría a uno por delante. Tal vez lo acribillarían a balazos... Pero los que mueren luchando y se llevan a uno por delante se convienen en estrellas del cielo y tienen también sus historias en verso y la gente canta sus hazañas... Él sería una estrella roja con una navaja en la mano. Jubiabá siempre dijo que los hombres valientes se convienen en estrellas... Y el negro Antonio Balduino suelta una carcajada que acalla a los grillos y asusta a los animales en sus madrigueras. Un olor a hojas se extiende por la noche silenciosa. Pasa un viento que anuncia lluvia. Las hojas se doblan y exhalan su perfume. Más adelante, junto a la carretera, hay algo negro y una luz que brilla. Se oyen voces de hombres que discuten. Es un tren que se ha parado. Lleva a Feira de Santana a los pasajeros del barco que llegó hoy de Bahía con escala en Cachoeira. Los hombres miran una rueda. Antonio Balduino da la vuelta al tren y se acerca a un vagón de carga. Si la puerta estuviera abierta podría ir en tren. Empuja la puerta con toda su fuerza y ve que cede. Está abierta, sí. Salta como saltan los animales, rápido y sutil. Cierra la puerta por dentro y sólo entonces nota que asustó a unos bultos que se esconden al fondo del vagón entre los fardos de tabaco:

–¡Eh, gente...! Que soy de paz... Tampoco a mí me gusta pagar billete...

Y se echa a reír.

* * *

La mujer estaba encinta. Aún no se le notaba mucho, pero lo estaba. Uno de los dos hombres era viejo y llevaba un bastón. Fumaba casi durmiendo. En la oscuridad del vagón, cuando la luz del

cigarro lo iluminaba, el bastón parecía una serpiente lista para el asalto. El otro llevaba calzones de soldado y una chaqueta vieja de lana. No llevaba barba, pero sí un bigote ralo y cuando conversaba se pasaba constantemente la mano por el mostacho imaginario. «Un chiquillo», pensó Antonio Balduino.

El tren estaba parado; por eso estaban en silencio. Hubo una avería cualquiera, cosa normal en aquellos trenes. Hacía media hora que se mantenían en silencio esperando que el tren se pusiera de nuevo en marcha. Podrían oír sus voces desde fuera y el jefe de tren la iba a tomar con aquellos viajeros clandestinos. El viejo abrió los ojos y le dijo a Antonio Balduino:

–Cierra el pico, negro, si es que quieres viajar... Si no, nos dejará ahí, en la carretera...

Y señaló con los ojos a la mujer encinta. Antonio Balduino se quedó pensando si sería su padre o su marido. La edad era de padre, pero bien podía ser marido. ¡Y aquella mujer andando a pie hasta la Feira de Santana! A lo mejor antes de llegar allá... Y el negro sonrió. El muchacho con calzones de soldado lo observaba. Y se retorció el bigote. No parecía muy conforme con la aparición de Antonio Balduino. Fue entonces cuando oyeron voces de gente que se acercaba. Era el jefe de tren, que explicaba a los viajeros de primera la causa del retraso:

–Una avería... Pronto salimos...

–¡Pero llevamos aquí una hora...!

–Son cosas que pasan...

–¡Pero esto es el colmo...!

Luego se oyó el pito, fino, prolongado y doloroso, anunciando la partida. Hasta encerrado en el vagón, con las puertas cerradas, Antonio Balduino esbozó un adiós.

–¿Deja un amor? –preguntó el viejo.

–Dejo culebras –se rió el negro.

Pero bajó la cabeza y habló sin mirar a nadie:

–Pero sí... una chiquita... apenas una niña...

–¿Guapa? –preguntó el muchacho retorciéndose el bigote.

–Cosa fina, rapaz... Hasta parecía de esas de las ciudades...

–¿Y la dejaste?

–Era de otro... Y él no murió...

–Yo sé de uno que robó una mujer... –contó el viejo.

–Yo sé de uno que le pegó a otro un tajo por culpa de una chicuela... Después se pasó dos días escondido en el bosque... –Antonio Balduino contaba su propia historia.

–¿Asustado?

–Cierra el pico, buen mozo... Que no sabes nada de nada. Estaba rodeado. Le buscaban. Si quieres saber si es hombre o no, ven aquí...

–Entonces... ¿fue usted? –y el muchacho lo miró con más respeto.

La mujer guardaba silencio. Pero cuando gimió, el viejo dijo:

–El hombre aquel dijo que esto era el colmo ¡E iba en primera! Conque nosotros, aquí escondidos...

–Yo le di dos mil reis al chico de las maletas para que me metiera aquí –gimió la mujer.

–Cuando yo era soldado, iba en primera, y gratis –dijo el muchacho.

–¿En primera? –Antonio Balduino no parecía muy convencido.

–En primera, sí señor... ¿No sabe que el soldado tiene pase? Claro, vive usted en este rincón del mundo y ni se entera... No sabe nada de nada...

–No soy de aquí, mocososo... Estoy de paso... Sólo para divertirme... Nací en Bahía. ¿Has oído hablar de un boxeador llamado Baldo el negro? Pues ese es un servidor...

–¡Ah! ¿Usted? Yo le vi en la pelea con Chico Moela...

–Una buena paliza, ¿no? –sonrió el negro.

–Fue brava; fue. Yo no pagué entrada... Los soldados tienen pase...

–¿Por qué dejaste entonces el uniforme?

–Me licenciaron... Y luego...

–¿Qué pasó? –el viejo abrió los ojos.

–Un cabo... Sólo porque llevaba un galón... Cabo y mierda es lo mismo... Pero él se lo tenía muy creído...

–La tomó contigo –el viejo apoyaba el brazo en el bastón.

–Eso fue... La mulata me andaba buscando... Él estaba encaprichado por ella... Yo no salía del calabozo... Todo para que él pudiera andar con la chica... Vaya a ver cómo le dejó la cara...

–Oye pequeño, me has caído bien. ¿Qué años tienes?

–Diecinueve...

–Aún no viste nada de la vida... Yo ya estoy cansado de ella –se quejó el viejo.

–¿Cansado? ¿De qué? –preguntó Antonio Balduino.

–Yo ya hice de todo, corrí por todas partes. Aquí todos conocen a Augusto da Cerca... Tuve una pelea, me buscaron, anduve huido. ¿Y qué es lo que gané? La enfermedad... Sólo esto...

El exsoldado ofreció cigarros. Antonio Balduino encendió uno. A la luz del fósforo se vio el rostro de la mujer que miraba al cielo por la rendija de la puerta. Tenía el aire cansado de quien ya vivió mucho. El viejo seguía hablando:

–Tenía yo mucho ganado. Lo llevaba a Feira de Santana... Un montón de ganado... Y tenía campos de tabaco antes de que llegaran los alemanes... Tuve tierras... Viví mucho, amigos...

Se detuvo. Pareció como si se durmiera. Al cabo de un rato volvió a hablar con voz apagada:

–Tenía familia... No lo parece, ¿verdad? Pues tuve dos hijas que iban al colegio... Eran muy majas... Me lo quitaron todo, todo... Un blanco le echó un hechizo a una y cargó con ella, no sé para dónde... La otra vive ahí, en Cachoeira, como una loca, con el pelo cortado, en la vida. Esa al menos sé dónde está. Pero ¿y la otra?

La mujer desvió los ojos de la puerta:

–¿Tiene usted algo contra las mujeres de la vida?

–Son unas perdidas... Todo es llevar el pelo cortado y la cara con polvos...

–No sabe usted lo que es su vida... No sabe nada de nada. ¿Qué es lo que sabe usted?

El viejo se calló, desconcertado. Entonces habló el muchacho:

–Yo anduve con una que era de la vida también... Lo hacía hasta media noche, luego volvía a casa y yo iba y me quedaba allí hasta la mañana... Era bueno...

–¿Qué hablas tú, desgraciado?

–Bueno, yo...

–Hablan como idiotas... No saben nada de nada –siguió la mujer, con rabia–. Hablan por hablar... Yo, que estoy aquí, si no la palmé de hambre fue porque Dios no quiso.

Antonio Balduino se quedó asombrado de que estuviera encinta. Pero no preguntó nada.

El viejo abrió los ojos:

–Yo no dije nada... Dios me perdone. Al fin y al cabo, si no fuera por mi hija, ¿de qué iba a vivir yo? Ella me sostiene. Y me respeta mucho, eso sí... Cuando voy allá, no recibe hombres... Si no se hubiera cortado el pelo...

La mujer se echó a reír. Antonio Balduino habló:

–Es mala la vida del pobre... Ser pobre es como ser esclavo...

El exsoldado siguió:

–Conocí un cabo que decía lo mismo...

–¿El que se te llevó a la chica?

–No. Era otro. Y Romao no se la llevó... A ella sólo le gustaba yo.

–Pero iba con el otro... –se rió Balduino.

–No la conoció usted... Era bonita de verdad... No había otra...

Paró el tren en una estación. Se quedó de nuevo el vagón en silencio. Por el lado de fuera pasaba gente. Alguien dijo: «Adiós, adiós.» Y otra persona: «Recuerdos a Josefina.» Más cerca cuchicheaban:

–Me olvidarás...

Era una voz doliente de mujer. Un hombre protestaba que no, que no la olvidaría:

–No me escribirás...

Un beso y un pitido de la máquina cortando las despedidas. Ahora el ruido de las ruedas en los raíles. El exsoldado explicó:

–La máquina va diciendo: «Voy-con-Dios; voy-con-el-Diablo». Miren si no es igual...

–Igual...

–Fue mi madre quien me lo dijo cuando yo era un crío... Otra máquina, una grande que tiraba de un montón de vagones, lo hacía distinto; decía: «Café-con-leche; pan-con-manteca». ¿Igualito, no?

Se quedó recordando:

–¿Tiene usted madre? –le preguntó la mujer.

–Voy a verla... Ella se quedó llorando cuando me fui. Ya saben cómo son las mujeres. La vieja piensa que aún soy un chiquillo... –y se retorció el bigote casi inexistente.

–Todas son igual –dijo la mujer–. ¿Vio usted –y se volvió a Amonio Balduino– aquella que estaba en la estación pidiéndole a su hombre que le escribiera?

–Oí que hablaban...

–Pues no volverá a verle el pelo. Yo también... –y se calló.

–¿Qué? –el viejo abrió los ojos.

–Nada... Bobadas... –empezó a silbar una canción.

–Es la vida... –el viejo escupió con rabia–. Uno nace para sufrir...

–La vida es buena, viejo... Usted habla porque ya va de retiro... –el exsoldado se echó a reír.

–La vida es buena para quien tiene cuartos –afirmó la mujer.

–¿Entonces tú tienes madre? –preguntó Antonio Balduino volviéndose hacia el soldado–. Yo no vi nunca a la mía. Tenía una tía que se volvió loca... Y el Gordo tiene abuela...

–¿Quién es ese Gordo?

–Un tipo que tú no conoces. Un buen muchacho...

–¿Bueno? –se burló el viejo–. No hay nadie bueno... ¿Quién es bueno en este mundo de mierda...?

–El Gordo es bueno...

Pero el viejo parecía dormir de nuevo. Fue la mujer quien respondió:

–Hay gente buena, sí... Pero el pobre es siempre desgraciado. De nacimiento. La pobreza hace mala a la gente...

El tren va rápido. El muchacho se tendió en el vagón. Mira el rostro de la mujer. Está muy envejecida, y le abulta el vientre.

Pero incluso así, Antonio Balduino nota la sonrisa en sus labios. Ella mira por la rendija de la puerta:

–Es la pobreza, ¿sabe?... Por eso yo no le echo la culpa. Aunque me dejó así, con este barrigón...

–¿Su marido? –preguntó queriendo ser cortés el muchacho.

–Soy una mujer de la vida... Nunca estuve casada...

–Creí...

–¿Qué iba a hacer él? No tenía dinero... ¿Cómo iba a criar al niño? Se marchó de noche, como un ladrón... Dejó todo en casa. Ni se llevó sus cosas... Y yo sé que me quería...

–¿Se fue? ¿Se fue cuando vio que usted iba a tener el crío?

–Se fue... Yo había dejado la calle y vivía con él. No iba con nadie. Me quedaba en casa, lavando. Parecíamos un matrimonio... Él era bueno... muy bueno... Podía estar en un altar.

–Lo que pasa es que usted estaba loca por él...

–Lo que digo es verdad... Era un santo... Un día le dije muy alegre que iba a tener un hijo... Él se quedó como pasmado, mirando al cielo. Después se echó a reír y me besó... Todo era tan bonito...

–Yo tengo novia en mi tierra –dijo el exsoldado–. Nos vamos a casar un día de estos. Es muy bonita...

Quien lo viera ahora diría que estaba muerto. Con los ojos cerrados, la boca sonriente, el bello rostro redondo feliz como el de un muerto. La mujer movió la cabeza con un gesto de duda. Había vivido mucho sin duda, porque su rostro, aún joven, tenía un aire cansado. Y ahora tiene pena del muchacho. Es tan joven, vivió tan poco, es tan hermoso. Se va a casar... Pero Amonio Balduino preguntó:

–¿Y qué pasó luego?

Ella sigue:

–Él era pobre... Vivíamos mal, en un agujero... El dinero de él y lo que yo ganaba lavando ropa, no nos llegaba... Fue por eso...

La mujer tiene pena del muchacho, que ha levantado la cabeza y escucha ansioso.

–Llegó una noche. Yo ni le vi... Dejé todas sus cosas. Se marchó para no ver como el pequeño pasaba hambre...

–¿Y ahora?

–Dicen que anda por Feira de Santana, trabajando... Voy junto a él...

El soldado está triste. Ahora piensa en el dinero que necesitará para mantener a la mujer cuando se case, y luego a los hijos:

–Es tan bonita... Y yo trabajaré... No me asusta el trabajo.

La mujer lo anima:

–Haces bien...

Pero el muchacho empieza a dudar. Y los otros se dan cuenta. Antonio Balduino le dice a la mujer:

–Seré el padrino de su hijo...

–Le hice una toquilla... Una vieja me dio unos pañales. Es lo que tiene; no tiene más. Ya nace sufriendo...

El muchacho habló:

–Mejor es no casarse... Pero es tan bonita...

Llegan a la estación de Sao Gonçalo. Bajan algunos pasajeros. La ciudad duerme entre jardines. El ruido del tren despertó a un niño en una casa próxima. Se oye el llanto. La mujer sonríe feliz.

–Ya verá como le gusta tener un hijo –le dice Balduino–. ¡Pero le va a dar cada noche...! Ya verá cuando empiece a llorar...

–Me gustaría que fuera un niño...

El viejo se despierta con el pitido del tren que se pone en marcha:

–Hay gente buena, sí. La verdad es que estaba mintiendo. Mi hija es buena. Mi hija María. Zefa, no. Zefa es mala. Nunca me volvió a escribir... ¿Habrás muerto? Pero es mala. María es buena y me da dinero... Sólo que se enfada cuando bebo... Pero bebo por Zefa, que no sé dónde está... María es buena...

Y el viejo descansa de nuevo la cabeza y vuelve a dormir. El exsoldado se dirige a la mujer:

–Ya chochea... ¿Entonces usted quiere un niño? Yo también quiero un niño cuando me case...

Dicen que hay hombres que sufren los dolores cuando la mujer está pariendo...

De nuevo se le veía feliz y miraba a la mujer sin ningún deseo. Su corazón está puro y piensa con una ternura inmensa en María das Dores, que está esperándolo en Lapa. Sonríe porque piensa en su sorpresa al verlo. Qué pena que no le haya crecido bastante el bigote... Es tan pequeño aún... Seguro que así, de sopetón, no lo reconoce...

–A lo mejor ya no me reconoce...

–¿Quién? –pregunta Antonio Balduino.

–Nada. Estoy pensando...

Se despertó el viejo. Tiembla de frío. Vuelve el viento que anuncia temporal. Envuelve al tren, que se balancea.

–Este condenado armatoste va a acabar volcando con todos dentro –dice Antonio Balduino.

–Los pobres tenemos que sufrir... Unos nacen para gozar. Esos son los ricos. Otros para sufrir: son los pobres. Y pasa así desde el principio del mundo.

Ahora es el exsoldado quien duerme feliz. Ronca sordamente. No oye el viento que pasa silbando.

–Va a haber lluvia fuerte... –el viejo se arrastró hasta la puerta y miró hacia afuera.

–Vengo de un lugar donde uno las pasaba negras. Ganaba allá unos céntimos al día...

–¿En las plantaciones de tabaco?

–Allí mismo, viejo...

–Tú no sabes lo que es, negro... Yo soy viejo aquí... Y llevo vista cada cosa... ¿Sabes lo que pasa? –hay un brillo extraño en sus ojos y se apoya en el bastón para levantarse–. El pobre es tan desgraciado que cuando la mierda vale cuartos el pobre va estreñado...

Antonio Balduino suelta una carcajada. El viejo no logra equilibrarse y cae sobre los fardos de tabaco. La mujer acude a ayudarlo:

–¿Se hizo daño?

El soldado ronca. La mujer está cerca de Antonio Balduino y le dice en voz baja:

–No lo dije para que no se pusiera triste –y señala al muchacho– pero la verdad es que no sé siquiera por qué Romualdo me dejó plantada. Quizá fue por la pobreza... Al menos eso creo yo... Una mujer de allá me dijo que él se había marchado con otra, una tal Dulce... ¿Será verdad? –su voz se altera–. No lo creo... No me iba a dejar así...

El soldado duerme, feliz como un muerto.

–Así... con un hijo en la barriga... ¿Por qué se habrá ido?

Antonio Balduino rasca un fósforo y a su luz ve que la mujer llora, con los hombros agitados por el llanto. El negro se queda confuso, intenta decir algo, y murmura:

–No se preocupe... ya verá como es niño...

AVISO AL PÚBLICO

EL PRÓXIMO JUEVES 18
A las 8 A las 8

GRAN CIRCO INTERNACIONAL
ÉXITO INCONMENSURABLE EN TODAS LAS
CAPITALES DE EUROPA Y EN BAHÍA
Al distinguido público de Feira de Santana
Jueves, 18 A las 8 de la tarde
El genial payaso Bolao – ¡¡Reír!! ¡¡Reír!! ¡¡Reír!!
El mico borracho – El oso luchador – El león africano
La célebre trapecista Fifi – El hombre-culebra
Jujú y su caballo
El devorador de fuego – El gran equilibrista Robert y
LA INCOMPARABLE ROSENDA ROSEDA
SE NOS PRESENTA ORGULLOSA
EN FORMIDABLE TORMENTA EMOCIONAL
ALCANZANDO EL PUERTO ÁUREO DE SU
CARRERA EN LAS TABLAS
El campeón MUNDIAL de lucha libre,
boxeo y lucha capoeira
BALDO, EL GIGANTE NEGRO
que desafía a cualquier hombre de Feira de Santana a
un combate durante la rápida pero brillante permanencia del
Circo en esta heroica ciudad
5 CONTOS de premio al vencedor 5 CONTOS
EL PRÓXIMO JUEVES 18 PRECIOS POPULARES
Todos AL GRAN CIRCO INTERNACIONAL

CIRCO

El encuentro con Luigi fue enteramente casual. Antonio Balduino había pasado el resto de la noche vagando por la ciudad. El exsoldado había tomado el camino de Lapa; el viejo tenía donde quedarse y la mujer fue en busca de una amiga. Por la mañana Antonio Balduino trató de encontrar un camión que lo llevara gratis a Bahía. Se acercó a uno que estaba cargando y como quien no quiere la cosa le dijo al chófer:

–¿Va a Bahía, amigo?

–Voy – respondió el chófer, que era un mulato delgado y sonriente–. ¿Quiere mandar algo?

–El algo es este negro –y se señaló el pecho, sonriendo.

–¡Uyyy! ¡Buena está Bahía ahora, con las fiestas, muchacho!

Antonio Balduino se sentó junto al chófer, aceptó el pitillo:

–Me ha cogido la murria. Hace casi un año que me vine de allá.

El chófer se puso a cantar:

*«Bahía es buena tierra,
ella allá y yo aquí...»*

–No diga: Bahía es buena tierra siempre. Me muero por volver...

–¿Quieres ir en el camión? Saldré después de comer...

–Pero no tengo un céntimo...

–Las mujeres son caras, ¿no? –rió él chófer.

–¿Quién sabe? –y Balduino le guiñó un ojo.

–Es igual... Estoy sin ayudante... Puedes ir en su lugar...

–De acuerdo...

- Y si hay que hacer algo, me ayudas...
 –¿A qué hora es la salida?
 –Después de comer... Una hora u hora y media...
 –Hasta entonces, pues...
 –¿Adónde vas?
 –A ver a unos amigos...
 –Dentro de una hora, aquí...
 –Seguro...

Antonio Balduino estuvo dando vueltas por la ciudad. No tenía ningún amigo a quien visitar, pero no quería que el chófer se enterara de que no iba a comer. Ya comería en Bahía, con el Gordo, con Joaquim o incluso con Jubiabá. Iba pensando en esto cuando se paró a liar un pitillo y oyó unas voces de repente:

- ¡Per la Madonna! Es Baldo...
 Se volvió. Frente a él estaba Luigi con un traje muy sobado, casi andrajoso:

- Luigi...
 Luigi le dio un abrazo, se volvió a su alrededor y dijo alegre:
 –Magnífico...

- ¿Pero que haces aquí, Luigi?
 –Malos vientos, muchacho... Malos vientos...
 –¿Qué diablos tiene que ver el viento con esto?
 –Cuando dejaste el boxeo. Baldo, ya nunca las cosas me fueron bien...

Miraba al negro con tristeza:

- Una carrera tan buena como llevabas... Una pena... Te largaste así, de repente, sin decir adonde ibas...

- Me dolió aquella paliza...
 –Bobadas, hombre, bobadas... ¿Qué boxeador no recibe una vez? Además estabas borracho como una cuba...

- ¿Pero qué diablos haces aquí, Luigi? ¿Tienes algún boxeador nuevo?
 –¿Boxeador? Nunca habrá otro como tú...

Antonio Balduino sonrió satisfecho y le dio a Luigi un amistoso puñetazo en pleno pecho.

- Nunca más... Ahora voy con un circo...

–¿Circo?

- Un negocio desgraciado... No vale la pena ni hablar...

Entraron en una taberna. Luigi pidió un café. Antonio Balduino dijo:

- Pide unos pitillos. No tengo ni para tabaco, Luigi...

Sabía que con Luigi podía hablar francamente. Recordó algo y dijo:

- Tú fuiste el único que no apareciste cuando estaba cercado en el bosque, casi muerto...

–¿Pero qué fue? No sabía nada... Cuéntame...

–Nada... Tenía hambre y estaba casi muerto. Vi a todo el mundo, ¿sabes, Luigi? Vi a todo el mundo. Venían a darme la tabarra cantando cosas de difuntos... Sólo tú no viniste...

Luigi aún no había entendido la cosa a derechas. Antonio Balduino le relató la pelea con Zequinha, la fuga por el bosque, las visiones. Habló sombrío, sin detalles, por que tenía unas ganas locas de saber qué era aquello del circo:

- ¿Qué negocio es ese?

Luigi movió la cabeza tristemente:

- De negocio, nada... Cuando te fuiste quedé sin trabajo...

–Sin blanca...

–Exacto. Fue entonces cuando apareció por allá un circo: el Gran Circo Internacional. De un compatriota llamado Giuseppe. Hizo dinero en Bahía, pero estaba muy atrapado, debiendo lo que no tenía. Yo reuní unos cuartos como pude, y entré como socio. Un socio desgraciado. Anduvimos por todos los agujeros... ¡Per la Madonna! El circo no da nada... Tiene unos gastos enormes. Dinero no entra.

Luigi, braceando, empezó a dar detalles. Antonio Balduino le interrumpió:

–¡Pues estás apañado...!

Pero Luigi siguió hablando:

–Pero tengo una idea que es capaz de cambiar las cosas... Te necesito...

–¿A mí? Pero si nunca fui artista de circo...

–Tampoco eras boxeador, y yo te convertí en un campeón...

Sonrieron ambos recordando tiempos pasados. Y cuando se levantaron de la mesa del café, Antonio Balduino estaba contratado por el Gran Circo Internacional como luchador. El negro fue a ver al chófer y le avisó:

–Ya no voy a Bahía, amigo...

–¿Mujeres, eh? –y el negro le guiñó el ojo.

El contrato verbal que había concertado con Luigi afirmaba que le darían casa, comida y dinero, cuando hubiera dinero. Pero el negro Antonio Balduino no lo necesitaba.

El cartel aún estaba tendido en el suelo. Se leía en grandes letras azules:

GRAN CIRCO INTERNACIONAL

Y al lado del cartel dormía Giuseppe como un cerdo. Luigi advirtió:

–Está borracho. Siempre está igual...

Lo empujó con el pie. El otro murmuró unas palabras incoherentes.

–Silencio... Ha llegado el instante del salto mortal. La menor distracción puede costar la vida del artista... Una sola palabra y el gran trapecista perderá... la... vida...

Unos hombres abrían agujeros en el suelo. Otros montaban el andamiaje. Trabajaban todos: artistas, empleados, ayudantes de pista. Luigi se llevó a Balduino a su barraca. Y lo primero que vio el negro fue su actitud de boxeador, tal como había salido en un diario de Bahía.

Luigi se tumbó en la cama (que no pasaba de ser un diván que entraba también en escena en el número del hombre-serpiente) y continuó explicándole a Antonio Balduino:

–Cinco *contos* para quien gane... Ya verás como no aparece nadie...

–Pero tiene que haber lucha, si no la gente acabará por cansarse...

–¿Pero quién dice que no va a haberla? Contrataremos a un tipo cualquiera por veinte mil reis. Ya lo encontraremos. Tú le das una paliza y en paz...

–¿Y si aparece uno dispuesto a pelear?

–No aparecerá nadie. Ya verás.

–¿Y si aparece?

Luigi señaló con el dedo el retrato clavado en la pared:

–¿Pero es que ya no te ves capaz...?

Antonio Balduino asintió con la cabeza. Pasó la mano por el retrato y soltó un silbido. Luigi comentó:

–¿No lo echas de menos? ¿Estás envejeciendo?

–Entonces no tenía yo este tajo en la cara...

–Eso impresionará aún más...

Llamaron a la puerta. Luigi abrió. Era una mujer menuda, que venía a reclamar su salario de mes y medio:

–Si no, no trabajo... No cuente mañana conmigo...

–Mañana te pago, mujer...

–Sí, mañana. Siempre igual... «Mañana te pago.» Hace meses que no oigo otra cosa... Estoy harta. No cuente mañana conmigo...

–Pero mañana te pago. En serio. No imaginas lo que va a ocurrir... –se volvió hacia Balduino–: Esta es Fifi, la trapecista.

La mujer miró al negro.

Fifi, este es el célebre Baldo... Ya habrás oído hablar de él...

La mujer nunca había oído su nombre, pero asintió con la cabeza. Luigi hablaba de prisa para impresionar a la mujer:

–Pues es el mejor boxeador del Brasil. En Río no había nadie que le aguantara un asalto. Llegó hoy de Bahía. Lo mandé llamar. Está contratado. Cogió un auto y aquí lo tienes...

La mujer desconfiaba:

–¿Y con qué dinero contrató a este fenómeno? Todo esto me huele a falso... Me parece que vi a este negro guiando un camión por aquí... Mira chico, si dejaste el camión pensando que aquí ibas a ganar cuartos, estás apañado... Aquí no hay una perra para nadie...

Apartó de un empujón al negro y se dirigió a la puerta. Pero Antonio Balduino fue más rápido y la cogió del brazo, con rabia:

–Para ahí, mujer. ¿Quién dice que no soy boxeador? ¿Ves ahí ese, en la pared? Pues soy yo: un servidor...

La mujer miró y se convenció:

–Bueno, si es así... ¿Pero por qué ha venido a meterse en este berenjenal? Aquí no hay un céntimo...

–Vine para hacerle un favor a un amigo –dio una palmada en el hombro a Luigi–. Un amigo de verdad...

–¡Ah! Si fue por eso...

–Y mañana vamos a tener dinero a cubos...

La mujer se deshacía en disculpas:

–Hay un camionero que es igualito... Igualito...

Desde la puerta se volvió una vez más, sonriente. Antonio Balduino se volvió a Luigi:

–Aquello de Río era puro cuento, amigo...

Luigi se puso a redactar el anuncio para el día siguiente. Balduino leía por encima del hombro:

–Ponme el nombre en letras bien grandes... Así de grandes...

Y abría los brazos mostrando el tamaño.

* * *

Giuseppe, cuando se reponía de sus borracheras, era hombre activo y resuelto. Parecía que iba a salvarlo todo, a resolver la situación calamitosa del circo, a pagar los salarios de los artistas y de los domadores. Pero su actividad se limitaba a los gestos, a las palabras, que usaba con largueza:

–¡Vamos a ver! ¡Esto no marcha! ¡Esa jaula tenía que estar ya en pie! ¡Peste de gente! ¡Pero vamos! ¿Es que no acabaréis nunca? Sin mí no hay nada que marche. Tengo que cuidarme de todo.

Y cuando un artista reclamaba:

–Es que sólo saben pedir dinero... Y el arte ¿no vale nada? En mi tiempo la gente trabajaba por amor al arte, por los aplausos, por las flores. Flores ¿oyen? Flores... Las chicas nos tiraban flores. Pañuelos bordados... Yo podría tener una colección si quisiera... Pero eso no va conmigo. Entonces sólo se pensaba en el arte. Un trapecista era un trapecista...

Se volvía a Fifi:

–Una trapecista era una trapecista...

La trapecista le miraba rabiosa. Él continuaba:

–¿Y hoy? ¡Pues ya lo vemos! Una trapecista como tú, que apenas se aguanta allá arriba, pues viene pidiendo dinero, venga a hablar de dinero. No habla de otra cosa; como si los aplausos no valieran nada.

–Yo no como aplausos...

–Pero es la gloria... No sólo de pan vive el hombre... Fue Cristo quien lo dijo...

–Cristo no era trapecista...

–Hoy... En mi tiempo no... Palmas, flores, pañuelos... Todo esto tenía valor... Tú quieres dinero, ¿eh? Pues bien, mañana lo tendrás... Os pagaré a todos... A todos...

Pero siempre acababa pidiendo:

–Ya sabes. Fifi, como estamos... Atrapados hasta el cuello. ¿Qué es lo que voy a hacer yo? Soy un artista viejo. Recorrí toda Europa... Tengo mis álbumes allá, en la barraca... Ahora estoy así, y

me conformo... ¿Crees que tengo dinero? Sólo tengo deudas. Tengan paciencia. Ten paciencia. Fifi. Tú eres una buena chica...

–Pero Giuseppe: no tengo ni un trapo que ponerme. El *maillot* verde da vergüenza ya. No puedo aparecer más con él...

–El primer dinero que hagamos será para comprarte otro. Te lo juro...

Y se iba a otro lado a dar órdenes inútiles, a protestar contra todo, a mirar lo que hacía Luigi, a meter las narices en todo, para acabar al fin en una taberna, contando a los desconocidos, que le pagaban el aguardiente, sus glorias de trapeceista.

Aquella noche, cuando volvía vacilante a la barraca después de haber marcado con carbón la cabeza de varios chiquillos para que entraran gratis al espectáculo, vio a Antonio Balduino que parecía estar mirando las estrellas mientras no quitaba ojo de la barraca de Rosenda Roseda, la bailarina negra, el número de mayor éxito del Gran Circo Internacional. A la luz de la vela había visto que la negra empezaba a desnudarse y mostraba una piel de terciopelo. El negro cantaba una de sus sambas de mayor éxito:

*«Mi mulata es de terciopelo...
Cuando la acaricio me hace estremecer...»*

Cuando vio que Giuseppe venía, hizo como si estuviera mirando las estrellas. ¿Cuál sería Lucas da Feira? Una vez le habían mostrado la estrella en que se había transformado Zumbi dos Palmares. Pero ahora no la veía. No brillaba aquí. Sólo brillaba en Bahía en las noches de macumba, cuando los negros festejan a Oxossi, el dios de la caza. El se cuida de los negros, brilla cuando están alegres, se apaga cuando están tristes. ¿Sería el Gordo quien le contó aquella historia? No. Fue Jubiabá, una noche, en el muelle. Si hubiera sido el Gordo habría ángeles en la historia. Jubiabá sí que sabía cosas de Zumbi dos Palmares y de otros negros grandes y valientes. Aún puede dar otra ojeada por la ventana de la barraca de Rosenda Roseda, porque Giuseppe viene balanceándose de tal modo que tardará en llegar Pero la chica ha desaparecido. Apagó la luz. Si no hubiera sido por Giuseppe –¡Condenado borracho!– la habría visto desnuda. Qué mujer... No habría dinero, pero mientras ella estuviera en el circo, Antonio Balduino estaría también... Qué negra más bonita... Aquello iba a ser un éxito en la «Linterna de los Ahogados». Se iban a quedar todos con la boca abierta...

Llegó Giuseppe. Cuando quiso saludar al negro perdió el equilibrio.

–Estoy cansado... Hay un trabajo aquí que mata a cualquiera... No paro en todo el día...

–Ya se ve...

Siguió adelante. Tardó casi media hora en entrar en la barraca.

–Es capaz de pegarle fuego al carretón cuando quiera encender la vela –pensó Antonio Balduino.

Se acercó. Pero ya Giuseppe encendía la vela y ahora estaba sentado al pie de una mesita de patas cojas. Encima había unos libros espléndidamente encuadernados, pero estropeados por el tiempo. La curiosidad se apodera del negro, que espía como un ladrón. ¿Qué habrá en aquellos libros que Giuseppe acaricia con tanto amor? Está haciendo lo mismo que hace el negro con los muslos de las mulatas. Pasa la mano levemente, con cuidado, lujuriosamente. Pero Giuseppe se volvió y Antonio Balduino le vio los ojos. Hay gente que cuando bebe se queda así de triste. Otros se ponen alegres, y cantan, ríen... Pero hay también los que se quedan tristes y les da por llorar. Giuseppe es de estos. Antonio Balduino no puede resistir más y entra en el carronato de Giuseppe, triste de tanto beber.

* * *

Fue en Italia, en primavera. Aquel de los bigotes que estaba allí, en el álbum, era su padre. Toda su familia trabajaba en los circos. En la fotografía más vieja, amarilla ya del tiempo, aparece su abuelo, de uniforme. No era general, no... Era el dueño de un circo: el Gran Circo Internacional... Pero entonces era un circo de verdad... Sólo de leones tenía más de treinta. Veintidós elefantes... tigres... Toda clase de animales...

–He bebido un poco, pero no te miento...

Antonio Balduino le cree.

Los bigotes de su padre eran un espectáculo. Él era muy niño y aún se acuerda. Cuando el viejo subía al trapecio parecía que el circo se venía abajo de tantos aplausos. El delirio. También los saltos que daba de trapecio a trapecio, el salto mortal, tres vueltas sin agarrarse... Los corazones se paraban. Su madre andaba por el alambre. Vestía de azul y parecía un hada... Avanzaba con su sombrilla japonesa, equilibrándose. Él venía de una familia de gentes de circo. Cuando el padre murió, lo heredó todo. Sólo de leones tenía no sé cuántos. Y caballos amaestrados. Pagaba una fortuna a los artistas. Los más famosos de Europa...

–Y todos cobraban el sábado. Nunca me atrasé.

Un día, el rey, el rey en persona, fue a su circo. ¡Qué día aquel! Antonio Balduino no se lo creería, seguro, porque lo veía así, borracho y mal vestido, pero el rey le aplaudió... No sólo el rey. Toda la familia real, que estaba en un palco de lujo. Fue en Roma, en primavera. Cuando él apareció en el redondel... ¡ay, Dios mío! Nunca se vio cosa igual...

–Pensé que no acababan los aplausos...

Allí en el álbum estaba su retrato. Vestido de casaca, sí. Así entraba en la arena. Después iba quitándose la ropa poco a poco. La capa, la chaquetilla. Se quedaba sólo con un maillot como en esta otra foto. Y era hermoso. No como hoy, que parece un esqueleto. Pero en aquel tiempo le iban detrás todas las mujeres. Hubo una condesa... Rubia. Llena de joyas. Concertaron una cita.

–¿Le tocó los pechos? –el negro se animaba.

–Un caballero no cuenta esas cosas.

El rey estaba allí, en su palco de lujo. Toda la familia real. Él dio el doble salto mortal y –aunque parezca mentira– el rey no pudo contenerse, se levantó y empezó a aplaudir. ¡Qué noche aquella! También Risoleta estaba hermosa como nunca. Y cuando saltó con él, fue un éxito. Ella vendía el retrato de los dos a los espectadores, aquel retrato que estaba en la página central del álbum y en el que se veía una mujer en actitud de quien agradece los aplausos, con la mano sostenida por un hombre vestido con una especie de traje de baño. Mirando atentamente se veía que el hombre era Giuseppe.

–¡Vaya mujer! –dijo Balduino.

–Era mi mujer...

Vendía aquel retrato a los espectadores y no había quien lo rechazara. ¿No era acaso primavera y ella tan bella como las más bellas flores primaverales? Era una flor de primavera, y todos los romanos querían un recuerdo de la estación que se iba. Se quedaban con su retrato. En la otra fotografía aparecía sobre un caballo con una pierna alzada. Aquel caballo se llamaba Júpiter, y valía un dineral. Se quedó con él un acreedor de Dinamarca, cuando el circo andaba por allá. Aquel retrato de Risoleta sobre el caballo se lo hicieron pocos días antes de que la mujer cayera. Andaba tan bonita aquella primavera, tan joven, que nadie diría que iba a ocurrir aquel estúpido accidente. Giuseppe nunca hubiera pensado que aquello pudiera ocurrir. Y ella cayó. Había tanta gente aquella noche en el circo, que parecía un mar. Todos hablaban de *I Diavoli*, que era su nombre artístico. Cuando Risoleta aparecía en la calle las mujeres separaban para verla. Imitaban sus vestidos, pues ella sabía ser elegante. No era bonita sólo en el circo, saltando en el trapecio. Los hombres andaban locos por ella. *I Diavoli* eran el éxito de aquella florida primavera de Roma. «Este retrato es de ella. Va vestida con el traje de actuar...»

Giuseppe mira el retrato. Va hacia la cama y trae una botella de aguardiente.

–De San Amaro, ¿eh? ¿De la buena? –ríe Balduino.

Giuseppe bebe de más. No aparta los ojos del retrato. Balduino nota que los ojos de la mujer del retrato parecen dominados por un presentimiento. Giuseppe sabía perfectamente que a ella no le gustaba aquella vida del circo, que deseaba vivir en sociedad, bien vestida, elegante, haciendo furor entre los hombres. ¿Pero quién iba a suponer que caería aquella noche? No se había roto ningún espejo... Habían entrado en la arena, se vieron sacudidos por la ovación del público. Ella saludó sonriendo. Subieron. Al principio todo fue bien. Pero no en el salto mortal... Nunca había ocurrido aquello. El trapecio no se movió lo suficiente... Ella no alcanzó las piernas de Giuseppe para agarrarse. Quedó sólo un montón de carne sanguinolenta en el suelo. No quedó tan horrible el

cuerpo de John, el domador, cuando aquel león se lanzó sobre él y lo destrozó a zarpazos. Risoleta era un montón de carne sin rostro, sin brazos, sin nada. Él no sabe cómo no cayó también, cómo tuvo fuerzas para bajar. Fuera seguía siendo primavera y pasaban parejas de enamorados. Después el payaso dijo que él lo había hecho a propósito porque sabía que ella tenía un amante. Llegaron a iniciar una investigación, que no llevó a ningún resultado... Desde aquel día empezó la decadencia del Gran Circo Internacional.

—Como una novela —afirmó Balduino—. Podría escribirla alguien... Se lo diré al Gordo.

—¿Pero cree usted que realmente ella tenía un amante...? Eso dijeron. Me enseñaron cartas que había entre las cosas de Risoleta... Pero era mentira ¿no cree? La gente del circo es mala... ¡Cómo iba a tener un amante! Tenían envidia de sus éxitos. Eso es lo que pasaba. Lo que me da más rabia es pensar que ella pudiera tener un amante. Por eso bebo. Había las cartas, claro, ¡pero ella era tan buena! Aquella vida realmente no le gustaba. Pero no era mujer para andar con un amante. Pero había las cartas, que hablaban de citas... Me gustaría que no hubiera muerto, para preguntarle y que me dijera que todo aquello era mentira, que era envidia. ¿No crees?

¿Se va a poner a llorar? Se aprieta la cabeza entre las manos y cierra los ojos. Ahora es Antonio Balduino quien coge la botella de aguardiente y bebe un trago enorme. Allá fuera hace también una noche de primavera.

* * *

—¿Y el payaso qué es?

—Correfaldas: eso es...

—Mira a la negra en la ventana.

—Con su cara de manzana...

El payaso va montado en un burro. Al fondo de la ciudad, el circo la domina. Lleno de banderas, con dos grandes carteles en la puerta. De noche tocará allí la música y pasarán las negras vendiendo dulces. En la ciudad sólo se habla del circo, de los artistas, de la negra que baila casi desnuda, y especialmente del negro Baldo, que desafía a los hombres de Feira de Santana. Los hombres charlan y comentan. Luigi esperó al lunes para estrenar. El lunes hay feria de ganado y llegan hombres de todos los pueblos de alrededor a vender los bueyes. El payaso anda por el Largo da Feira:

—¿Hoy hay espectáculo?

—Hay; sí señor...

Los niños que llegaron de las haciendas a vender requesón y panes de azúcar, miran con envidia a los chiquillos de la ciudad que acompañan al payaso y entrarán gratis en el circo. Un campesino le dice al otro:

—Esto del circo me vuelve loco...

—Yo conocí a un chiquillo que trabajaba. Uno llamado Europeu, que era de la banda...

—Dicen que el payaso es bueno...

—¡Vaya si lo es!

—Me voy a quedar aquí a hacer noche. Así podré ir a la función...

—Dicen que ya no quedan entradas... Está todo vendido...

Los chiquillos acechan por donde les será más fácil colarse. El payaso continúa su glorioso paseo por entre los campesinos. De las tiendas salen los dependientes a mirar. En medio de la feria, el payaso se paró y pidió silencio:

—¡Respetable público! Baldo, campeón mundial de lucha libre, lucha capoeira y boxeo, ha venido de Río expresamente (y acentuaba el «expresamente») para trabajar en el Gran Circo Internacional, con una paga de tres contos por mes, casa, comida y ropa lavada...

—¡Ahí va! ¡Vaya ganga! —exclama un campesino.

—... y se complace en retar a cualquier hombre de esta ciudad heroica que quiera pelear con él en el circo, esta noche o cualquier otra durante nuestra estancia en la ciudad. Si hay alguien que venza a Baldo, el circo dará al héroe cinco contos de reis. ¡Cinco contos de reis! —repetía gritando—. Y Baldo, por su cuenta, apuesta otro conto a que nadie le gana. ¿Hay alguien que quiera aprovechar esta oportunidad? He de comunicar al respetable que ya dos hombres se han presentado en el escritorio del circo para desafiar al gran campeón Baldo, y éste ha aceptado el reto. Quien quiera

luchar puede presentarse en el circo esta noche. La pelea terminará con la muerte de uno de los luchadores. Con la muerte.

Y como si no estuviera cansado del discurso, continuó su paseata por la ciudad, montado en su jumento, el burro tropezando de tiempo en tiempo y él haciendo como que caía, agarrándose al rabo del animal, haciendo reír a toda la ciudad y largando su discurso en cuanto veía un grupo de gente reunida.

Toda la ciudad comentaba aquel combate a muerte. Y ya se sabía que un chófer, un empleado de comercio y un gigantesco campesino estaban dispuestos a aceptar el reto de Baldo, el gigante negro, y a disputar los cinco contos. La ciudad anocheció nerviosa.

* * *

Cuando entró el campesino, un muchacho que andaba por el gallinero empezó a gritar:

–José: de la pareja de gorilas que encargó, ya ha llegado el macho –y señaló al campesino.

Todo el mundo se echó a reír. El campesino puso mala cara pero acabó también riendo. Era un gigante aquel campesino de alpargatas y cayado. Se reía porque pensaba en los cinco contos que iba a ganar peleando con aquel Baldo. En sus campos él derribaba árboles con un par de hachazos y cargaba troncos enormes a lo largo de enormes distancias. Y cuando se sentó tenía una sonrisa victoriosa, aunque era de natural modesto y desconfiado.

Entraban negros cargados de sillas para la gente que iba a los palcos. El circo estaba abarrotado. No quedaban sillas y los espectadores tenían que llevarlas de sus casas.

–Por eso vine a gallinero. Es más barato y no hay que cargar con nada. Sólo con el cuerpo...

–Ahí va el juez...

Entró el negro, colocó las sillas en el palco, fue a buscar más y luego se acomodó. Llamaban a un individuo que pasaba hacia su localidad:

–¡En! ¡Chico Peixeiro! Conque de palco, ¿eh? ¡Quién te ha visto y quién te ve...!

Fuera brillaban las luces de colores. El cartel del circo –Gran Circo Internacional– brillaba en rojo, azul y amarillo, con las lámparas luciendo intermitentemente. Negras de enagua y collares vendían pipocas, acarajés, mingau y muguzá. Toda la calle estaba iluminada por la luz del circo. Los chiquillos rondaban en busca de un coladero. Un hombre vendía jugo de caña y un negro se apresuraba a acabar con su sorbete para entrar también él. Y reía con grandes carcajadas gozando de antemano con las gracias del payaso. El pueblo se apretujaba en la cola de general, donde Luigi se frotaba las manos de contento. Y las viejas de la ciudad andaban espantadas con aquel movimiento que venía a quebrar la calma pacata de una ciudad que se acuesta a las nueve. Y es que el circo lo había revolucionado todo. El circo era la novedad, el viaje, las fieras de otras tierras, y la aventura. Los negros inventaban historias sobre los artistas.

Llega la música. Ahora dobla la esquina de la Rua Direita y ya se oye la marcha carnavalesca. En el circo todos se levantan. Los que están en los bancos más altos de general espían por encima del telón. Los chiquillos que están a la puerta del circo corren y acompañan a la «Euterpe 7 de Septiembre», ya que viene garbosa, marcial, vestida de verde y azul. Don Rodrigo, el de la farmacia, es un as con la flauta. El clarinete arranca sonos que quedan vibrando en el aire y van a dar con la cabeza de Antonio Balduino, que sale de la barraca para oír la música. ¡Bonita banda! ¡Vaya trajes! Aquel que está allá, de espaldas, es el maestro. Antonio Balduino piensa que con gusto cambiaría su puesto de luchador por el del hombre flaco que se vuelve de espaldas y dirige la «Euterpe 7 de Septiembre». Bonito de verdad, piensa el negro. ¡Cómo lo miran todas las mulatas! Toda la gente. Es el héroe de la ciudad, una gloria de Feira de Santana. Y también el flautista. Todos lo conocen y todos lo saludan. El juez se quita el sombrero cortésmente y los del Banco, cuando quieren ir de juerga, invitan al flautista y le pagan la bebida y lo tratan de igual a igual, contentos de que él lleve la flauta. Pero Giuseppe arranca a Antonio Balduino de la contemplación de la flauta. El negro vuelve al carretón llevándose en el alma su deseo de dirigir una banda. La «Euterpe 7 de Septiembre» se acerca al circo. Va imponente, rodeada de gente, consciente de su prestigio. En la puerta del Gran Circo Internacional el maestro da unas órdenes y todos se detienen. En la general, en las sillas de los palcos, en las barracas de los artistas, todos escuchan los redobles que la Euterpe ejecuta a la puerta del circo. Y todos piensan que es una maravilla aquella banda de

Feira de Santana, la mejor, sin duda, de todo el Estado. Acabado el redoble, entran en el circo y se instalan sobre la puerta, en un tablado dispuesto especialmente para ellos. Ahora que llegó la música, los espectadores piden a gritos que empiece de una vez el espectáculo.

–¡Payasos! ¡Que sigan los payasos!

Grita la chiquillería, gritan los hombres y hasta el juez consulta el reloj y le dice a su mujer:

–Ya pasan cinco minutos de la hora. La puntualidad es una gran virtud.

Pero la consorte no se impresiona, pues está ya harta de las frases de su marido. En el palco vecino, un grupo de empleados de comercio, que aquel día habían cerrado, comenta la pelea.

–¿Tú crees que será verdaderamente a muerte?

–¡Qué va! No les dejará la policía...

–Pero dicen que este Baldo es un bárbaro. Agripino le vio pelear en Bahía contra un alemán.

Dice que es un toro.

Empieza un pateo en la general. La gente del gallinero no tiene educación –piensan los dependientes de comercio–. ¿Dónde se ha visto que un espectáculo empiece puntual? La gente del gallinero no tiene educación. Pero si patean no es por falta de principios. Eso no lo saben los dependientes de comercio. Si patean y reclaman es porque así se divierten más. Una función de circo sin pita en el gallinero, sin gritos, sin pateos, sin reclamaciones, no vale nada. Aquello es lo mejor del circo. Quedarse con la garganta ronca de tanto gritar, con los pies doloridos de tanto batir en las tablas del gallinero. Una negra protesta:

–Oye tú: vete a sobar a la madre que te parió...

Hay un comienzo de gresca en el lado izquierdo. Eso es lo que pasa por sobar a una casada. Un hombre cayó del gallinero. Pero pronto se levanta y vuelve a su lugar entre un abuceo tremendo. En el redondel aparece Luigi vestido con la casaca de Giuseppe, que anda con una borrachera increíble. Se hace de repente el silencio en el circo:

–¡Respetable público! El Gran Circo Internacional agradece su presencia y espera que todos los artistas merezcan sus aplausos gentiles y benévolos.

Luigi forzaba su italiano. Así impresionaba más. Los ayudantes de pista entraron a la carrera, extendieron una alfombra vieja y agujereada que atravesaba el redondel de lado a lado y entonces, entre el delirio del respetable, hizo su presentación la compañía. Primero entró Jujú, que llevaba de las riendas al caballo «Huracán», con sus arcos relucientes. Después entró Fifí, la trapecionista, y redoblaron los aplausos. Vestía un maillot de paño verde, y mostraba los muslos a los ávidos ojos de los negros, de los empleados de comercio y del juez. Saludó levantando un poquito su capa. El circo está a punto de reventar de tanto aplauso. El payaso Bolao entra haciendo piruetas:

–¡Güeñas noches pa tooooooos...!

Carcajadas. Lleva un bombacho azul con estrellas amarillas y una luna roja en el trasero.

–Voy vestido de cielo con todas las estrellas. El vestido me lo dio un hada. ¡Sí, un hada!

¡Qué gracia tiene el payaso! El hombre-serpiente parece realmente una culebra con aquella ropa pegada al cuerpo, llena de cosas que brillan. La ropa se ciñe a su cuerpo asexuado, y parece una chiquilla, un chiquillo. Los hombres le abucean. Pero se alzan otros gritos pidiendo silencio. El devorador de fuego tiene una enorme pelambreira rubia. El gran equilibrista Robert encanta a las mujeres con su casaca sobada. Por el nombre es francés, y también por el pelo, bien alisado, pegado a la cabeza, abierto con raya al medio: un encanto. Tira besos con las manos, besos que van a caer en los senos de las muchachas románticas. Suspira una solterona. «¡Qué guapo es!», murmura alguien en la general. La burla pasa inadvertida porque todos están ya pendientes del oso y del macaco. El león está en la jaula, al fondo, y ruge feroz. Lúgubre y feroz. Una mujer explica a otra que no le gusta ir al circo porque tiene miedo de que el león se escape. El león la pone nerviosa. Jujú va para vieja, tiene el rostro arrugado, con unos pliegues que no llega a encubrir del todo la pintura, pero aún tiene buen tipo. Rosenda Roseda aparece vestida de bahiana:

–Buenas noches a todos...

Corre en torno del redondel, saltando, alzando el borde de la falda, que voltea y hasta parece la lona del circo. Los hombres se olvidan de Jujú, de Fifí, del gran equilibrista Robert, del oso, del león, y hasta del payaso, para ver sólo a la negra Rosenda Roseda vestida de bahiana, agitando las

ancas con aparatosas sacudidas. Los ojos brillan de lujuria. Los dependientes de comercio estiran el cuerpo fuera del palco. Al juez se le escapan los ojos. Su mujer dice que es una inmoralidad. Los negros están en general roncos de tanto gritar. Rosenda conquistó al público. El único que no aparece es Baldo, que sigue allá dentro, conteniendo a Giuseppe, que está borracho pero quiere también salir a saludar al público. Reclaman la presencia del negro:

–¡Que salga el boxeador! ¡Que salga el boxeador!

–¿Es que se está escondiendo?

Luigi explica que Baldo, el gigante negro, el gran luchador, campeón mundial de boxeo, lucha libre y capoeira, está precalentándose y sólo aparecerá en el mismo momento del combate que va a sostener con los campeones de esta heroica ciudad. Se retira la compañía y empieza el espectáculo con Jujú y su caballo. El caballo «Huracán» galopa por la arena. Jujú lleva un látigo en la mano y viste un maillot que le marca los enormes pechos. Salta en el caballo. Va en pie encima de las ancas del animal. Para ella es como si fuera en automóvil. Da un salto encima de «Huracán». Aplausos. Hace otras piruetas y se retira entre una ovación.

–Yo vi cosas mejores –dice un hombre a quien todos miran y respetan porque ha viajado. Cuenta que estuvo en Bahía y en Río.

–¡Menuda porquería!

Los hombres tienen ganas de aplaudir pero se aguantan. Aunque después pierden el miedo y aplauden con todas sus fuerzas. Y es que después de tocar una samba, aparece el payaso dando volteretas.

Discute con Luigi, coge la maleta abierta (por la que aparecen unos calzoncillos), coge su garrote y quiere retirarse. Hace luego unos juegos de manos. Luigi le pregunta:

–¿Has ido a la escuela, Bolao?

–¡Caray si fui! ¡Diez años pasé en la Jumentalidad...! Allí me diplomé de burro, ¿oyes? –el público ríe que se parte.

–Entonces, dime: ¿en cuántos días hizo Dios el mundo?

–Lo sé, lo sé...

–Pues entonces dilo...

–Lo sé, pero no lo digo. No me da la gana.

–¡Que no lo sabes, hombre, que no lo sabes!

–¿Que no lo sé? ¿Quién dice que no lo sé? ¿Quién se atreve a decir tal cosa? ¡Venga, que salga! ¡Verá que paliza va a llevarse...!

Y así, con estas cosas, el payaso hizo feliz a aquella gente en la noche de circo. Los empleados de comercio reían a carcajadas. Reía el juez, reían estrepitosamente los negros de general. Sólo el hombre viajado y culto encontraba que todo aquello era una porquería, y que por lo que había pagado podían darle algo mejor. Dinero tirado. Pero es que aquel hombre había perdido la pureza años atrás, en las grandes ciudades donde había estudiado antes de que muriera su padre y tuviera que agarrar el metro y medir piezas de tela en casa de Abdula.

Bailó el macaco. El oso bebió una botella de cerveza. El hombre-serpiente parecía asexuado y se retorció como una culebra. Hasta ponía nervioso. Metía la cabeza entre los pies, retorció el cuerpo a un lado, se metía los pies en la boca, se tumbaba encima de un cajón pequeño, sostenido sólo con su vientre de mujer, las piernas a la espalda, la cabeza también. Trabajaba con entusiasmo, pero irritaba a los hombres porque no tenía el sexo definido y ellos permanecían angustiados sin saber si tenían que amarlo, pensando en él como en mujer, o si debían de aplaudirle como se aplaude a un macho. Sólo en los ojos del hombre viajado y culto brillaba una luz extraña y criminal. El hombre-serpiente agradeció los aplausos con su rostro de ángel, lanzó besos como Robert, el gran trapequista, se curvó como Fifi, la trapequista célebre. Las mujeres recogieron los besos, los hombres los saludos. Sólo el hombre culto y viajado dejó su lugar porque el espectáculo para él se había acabado. Se llevó su miseria en el corazón y en los ojos, y aquella noche no pudo dormir.

El gran equilibrista Robert no trabaja esta noche. Las mujeres se entristecen. En compensación, allí está Rosenda Roseda, la incomparable.

LA INCOMPARABLE ROSENDA ROSEDA
SE NOS PRESENTA ORGULLOSA,
EN FORMIDABLE TORMENTA EMOCIONAL
ALCANZANDO EL PUERTO ÁUREO DE SU
CARRERA EN LAS TABLAS

La tormenta emocional es una machicha emocionante. ¿Será que va desnuda bajo sus ropas de bahiana? Eso parece, porque enseña las piernas hasta medio muslo y no aparece ropa alguna. Sobre los pechos lleva collares multicolores. Hace grandes XX con las piernas. La mujer del juez encuentra que aquello decididamente es una inmoralidad y que la policía no debería permitirlo. El juez no está de acuerdo, cita la Constitución y el Código y le dice a su mujer que lo que le pasa es que no está civilizada y que él no quiere perder el tiempo discutiendo. Lo que quiere es ver los muslos de Rosenda Roseda, la incomparable... Pero ahora todos tienen algo mejor que mirar. Menea las ancas... Desapareció por completo y sólo le quedan las ancas. Sus nalgas llenan el circo, desde el techo hasta el redondel. Baila Rosenda Roseda. Danza mística de macumba, sensual como danza religiosa, feroz como danza de la selva. Muestra su cuerpo todo, pero su cuerpo es un secreto para los hombres, porque apenas aparece, la falda lo cubre, lo esconde. Los hombres están furiosos, clavan la vista, pero es inútil. La danza es demasiado rápida, demasiado religiosa, y ellos están dominados por la danza. No los blancos, sin embargo, que siguen con los ojos clavados en los muslos, en las nalgas, en el sexo de Rosenda Roseda. Pero los negros sí. Ellos se sienten penetrados por el movimiento, la cadencia ritmada y religiosa de macumba, machicha brava, y piensan que la bailarina ha sido poseída por un santo. Ella alcanza el áureo puerto de su carrera cuando descansa las nalgas en las piernas y recibe la manifestación estruendosa del entusiasmo de los asistentes, que se ponen en pie y no oyen el pasodoble que la banda empieza a ejecutar. Y ella danza de nuevo su «tragedia emocional», machicha emocionante, danza religiosa de los negros, macumba, dioses de la caza, y de las viruelas, la saya revolando, los senos saltando bajo los collares para los ojos del juez. Las piernas y las nalgas de los negros danzan en la general, que amenaza con venirse abajo. Alcanzó el áureo puerto de su carrera en las tablas. El juez se alzó para aplaudir. Como él rey con Giuseppe. Rosenda saca flores de debajo de la falda, capullos de rosa que lanza a la calva cabeza del juez. Una idea de Luigi. Es un momento de emoción. Alcanza el áureo puerto de su carrera en los tablados circenses. Y cuando el espectáculo acabe, vendrá un negro de alpargatas y cogerá una de aquellas flores que conservan el perfume del sexo de Rosenda Roseda y se la llevará junto al corazón a las plantaciones de tabaco.

Entra de nuevo el payaso, y de nuevo los hombres ríen y se calman. Después aparece Luigi, que anuncia:

—¡Respetable público! Baldo, el gigante negro, a quien ya conocéis al menos de nombre, desafía a cualquier hombre de esta ciudad a un combate a muerte. La Empresa da cinco contos como premio al vencedor, y Baldo, por su parte, apuesta un conto más por su victoria.

Hay un susurro en la multitud. Luigi sale y entra con el negro Antonio Balduino, que lleva sobre el cuerpo musculoso una piel de tigre que es pequeña para él y traba sus movimientos. Cruza los brazos sobre el pecho y mira a los espectadores con aire de reto. Sabe que Rosenda le está mirando y quiere que aparezca un hombre para luchar de verdad. Ella vendió retratos y fue a contar sus níqueles a la barraca. Después, le dijo, iría a ver la lucha. Pero no aparece ningún hombre dispuesto a pelear con él. Luigi explica al respetable público que los dos hombres que se habían presentado en el escritorio de la Empresa diciendo que iban a luchar no aparecen ahora por ninguna parte. Y si no aparece nadie. Baldo luchará con el oso. Pero cuando apenas ha acabado de hablar, el campesino que parecía un gorila se levantó y caminó medio curvado hacia la arena:

—¿Es verdad ese cuento del premio?

—Verdad verdadera —dice Luigi espantado.

El campesino se quitó las alpargatas, la camisa, y se quedó sólo con los calzones. Luigi miró para Antonio Balduino. El negro sonrió diciendo que estaba bien. Trajeron un colchón al medio del redondel, y Antonio Balduino se quitó la piel de tigre y se quedó sólo con el taparrabos. El tajo de

su rostro brillaba a la luz de las lámparas. Los hombres aplaudían al campesino. Luigi se dirigió de nuevo al público pidiendo un hombre que entendiera de boxeo para ser segundo juez.

Apareció uno de los empleados de comercio. Conversó con Luigi combinando las condiciones. El italiano explicó al público:

–La lucha sólo terminará con la muerte o con la rendición de uno de los luchadores.

Hizo las presentaciones:

–Baldo, el gigante negro, campeón mundial de boxeo, lucha libre y capoeira. El retador.

Preguntó algo al campesino:

–Totonho da Rosinha, que aceptó el reto.

Antonio Balduino se acercó a dar la mano al adversario, pero éste pensó que era ya el comienzo de la lucha y quiso trabarse con el negro. Luigi le dio unas explicaciones y la cosa siguió por los buenos cauces. Se quedaron los dos sobre el colchón mirándose fijamente.

Rosenda Roseda miraba al negro Antonio Balduino. No había cinco contos, no había un salario, allí estaba el cuerpo caliente de Rosenda, la incomparable. Y Balduino se sintió casi feliz. Si consiguiera ser el jefe de la Euterpe sería feliz por completo. El empleado de comercio empezó a contar:

–Uno... dos... tres...

El campesino se echó sobre Balduino, que retrocedió dando una vuelta por el colchón. La multitud abucheó al negro. Rosenda le sacó la lengua al respetable. Pero de repente Baldo se paró, se volvió bruscamente y acertó con un puñetazo brutal en el rostro de Totonho. Pero como si nada. El campesino ni siquiera pareció sentirlo. Se lanzó de nuevo sobre el negro y tendió los brazos.

–Aquí por lo visto vale la capoeira –se dijo Baldo.

Se lanzó sobre el campesino y le dio varios puñetazos en el rostro. Pero Totonho prendió con sus piernas las espaldas de Baldo y lo tumbó. Quedó encima. Entonces se dio cuenta Balduino de que el campesino era pan comido. No sabía luchar a puñetazos. Sólo era fuerza bruta. Logró alzarse y descargó varios directos sobre el campesino, que no sabía cubrirse. Corrieron así, dando vueltas al colchón hasta que cogió a Antonio Balduino por la cintura y lo levantó. Luego lo lanzó al suelo con todas sus fuerzas. El negro se estrelló contra la arena. Se levantó con rabia. Hasta entonces aquello había sido un juego, pero ahora se había acabado. Lanzó un golpe de capoeira sobre el campesino, lo agarró por el brazo y se lo retorció brutalmente. El adversario estaba inmovilizado por sus piernas, y Baldo le retorció el brazo cada vez más. La multitud aplaudía. El campesino soltó un grito y desistió de la lucha y de los cinco contos. Salió entre abucheos, agarrándose el brazo, que parecía roto. Antonio Balduino saludó y se retiró entre aplausos.

–¡Menudo tío el negro ese!

Al entrar preguntó a Rosenda:

–¿Te gustó?

Ella tenía los ojos húmedos de entusiasmo.

Un ayudante de pista apareció con un cartel donde se leía:

DESCANSO

Los hombres salieron a beberse un vaso de agua de azúcar. La banda ejecutó pasodobles y marchas.

* * *

Robert era un sargento. Antonio Balduino el otro. El gran equilibrista estaba elegantísimo con su guerrera de sargento francés. Pero a Antonio Balduino le quedaba pequeña. Era de un tragasables que trabajó en el circo cinco años atrás. Ceñía al negro hasta ahogarlo y el sable parecía ridículo de tan pequeño. Pero si sólo fuera eso, menos mal. Lo peor es que Fifi quería recibir sus pagas atrasadas antes de empezar la segunda parte, en la que habían de representar la célebre «Pantomima de los tres sargentos». Luigi aún no había hecho las cuentas de los gastos del circo y no quería pagar hasta el día siguiente. Fifi no estaba de acuerdo:

–O paga ahora mismo o no entro en escena...

Era el tercer sargento y estaba hermosa con su uniforme masculino. Roja de rabia, alargaba el dedo, amenazando. Y con el uniforme de sargento, gritando, berreando, acabó por provocar un ataque de risa en Luigi:

–Vaya, hombre. Se ha tomado en serio el uniforme. ¡Ni que fuera un sargento de verdad!

–¡Que no salgo! ¿Me oye?

Llegó Giuseppe, borracho, desde allá dentro, hablando de arte, de palmas y llorando. Luigi le pidió a Fifi que esperara, que pasaría cuentas y le pagaba aquella misma noche. Que no retrasara más el comienzo de la segunda parte. Que escuchara: el público ya empezaba a meter el pie, impaciente. Luigi se tiraba de sus ralos cabellos, desesperado. Rosenda Roseda se conmovió:

–No seas aguafiestas, mujer. Tan bien que iba hoy todo...

Fifi sabía de esto. Y no quería ser aguafiestas. Sí, el espectáculo había ido sobre ruedas. Había mucha gente en la platea. Todos estaban satisfechos y ella también. Pero junto al seno llevaba la carta de la directora del colegio. Tenía que ser fuerte, resistir, pelear. Hacía dos meses que no pagaba el colegio de su hija. Si no pasaba dentro de diez días, la directora le mandaría la chiquilla. Y ella no quería a la niña en el circo. Eso no. Tenía que ser fuerte, tenía que ser fuerte. Pero no puede mirar los ojos suplicantes de Luigi. Luigi siempre se había portado bien con ella, la había ayudado incluso. Pero si no exigiera, al otro día aparecerían los gastos del circo, gastos forzosos, y la chiquilla se quedaría sin escuela, vendría al circo, y adiós todos sus sueños, sus planes sostenidos durante cuatro largos años de sacrificios para pagar el colegio de Elvira. Cuando nació su hija acababa de leer «Elvira, la muerta virgen». Ahora no tenía dinero para novelas. Todo lo mandaba a la directora del colegio y ni así llegaba. Ya estaba en las últimas. Si no era fuerte, si no resistía, se derrumbarían todos sus sueños, sostenidos con tanto sacrificio.

* * *

La ciudad era pequeña, más pequeña aún que Feira de Santana. En esos lugares es barato tener casa con un jardincito. El puesto de profesora de primera enseñanza es difícil de conseguir. En el jardín cultivaría flores, claveles, que eran su pasión, y allí tendría un banco para leer sus viejas novelas de cubiertas amarillas. La escuela funcionaría en su propia casa. Elvira examinaría a los chiquillos y ella le ayudaría en los trabajos domésticos, haría la comida, arreglaría la casa, prepararía las flores, claveles rojos, para la mesa de la profesora. Sería una abuela para los niños que aprenderían con Elvira las primeras letras. Conocería a toda la gente de la ciudad. Nadie sabría que antes había sido artista de circo, cantante en teatros ambulantes de variedades, ramera cuando las cosas venían mal dadas. El pelo blanco le daría un aire maternal de señora buena y pobre. Sería una vejez feliz. Haría encajes –¿se acuerda todavía?– para los vestidos de las chiquillas más pequeñas. Todos la querían, y especialmente Elvira. Cuando la vejez descendiera sobre ella totalmente, Elvira se sentaría a su lado y le acariciaría el pelo como ella hacía con los niños. La casa tendría un jardín delante, con claveles rojos. Pero para eso era preciso ser fuerte, pasar por mala, por aguafiestas.

Y roja de vergüenza mostró la carta de la directora, desveló su secreto. Luigi quedó conmovido, le puso la mano en el hombro, y le prometió:

–Seguro, Fifi. Después de la representación quedará todo pagado. Aunque me quede sin cuartos para la comida del león.

El público silbaba y abucheaba a los mozos de pista, consultaba el reloj. Empezó la pantomima. Hacía una hora que Antonio Balduino estaba con Rosenda Roseda. El negro sabía bien su papel y no era amigo de andarse con rodeos, pero a la hora de besarla sonreía, guiñaba el ojo, mientras Rosenda aparentaba no interesarse por el juego. Pero cuando llegó la hora, el negro cuchicheó al oído de la bailarina, mientras le daba un beso:

–En la boca sí que es bueno...

La pantomima tuvo mucho éxito.

* * *

Giuseppe debe de estar en su carromato mirando su álbum de fotos. Robert había ido al cabaret local a buscar una mujer gratis a base de su pelo alisado. Fifi escribía una carta a la directora del

colegio pidiéndole disculpas por el retraso y enviando el dinero de dos meses. A la luz de la vela que aparecía en la barraca distante, Antonio Balduino veía a Luigi haciendo cuentas. El pobre hombre estaba atrapado con aquel circo. Por más éxito que tuviera, las cosas andaban ya tan mal que no había quien lo salvara.

¿Por qué tardará tanto Rosenda en cambiarse de ropa? Él la espera recostado en la puerta del circo, el cartel con las luces apagadas encima de su cabeza. El león ruge. Debe de tener hambre. El león está en los huesos. El oso aún es feliz, porque bebe, las noches de función, una botella de cerveza. Ya anduvo pensando Luigi en sustituir la cerveza, pero el oso se dio cuenta y se negaba a beber. El número fue un fracaso. Antonio Balduino lo pasó en grande cuando Rosenda le contaba esta historia. Tarda en vestirse. Rosenda Roseda, qué raro nombre... Y se llama Rosenda de verdad, seguramente. Lo de Roseda fue un invento de Luigi.

Mulata espabilada aquella. Muy capaz de liarse con cualquiera. Hablaba raro. Contaba casos de los morros de Río, del morro de Favela, morro de Salgueiro, describía las fiestas de los clubs de por allá, el «Ameno Jasmineiro», el «Caprichosas de Estopa», el «Lirio de Amor». Tenía una manera elegante de mover las ancas cuando caminaba, muy carioca. La verdad es que a Antonio Balduino le gusta la negra. Está llena de vanidad, de tonterías, hurtándose siempre en el momento en que Antonio Balduino cree tenerla en mano, pero le gusta mucho. ¿Habrá acabado ya de vestirse? ¿Por qué apagó la luz y abre la cortina que sirve de puerta? Apareció en la claridad de la luna:

–Te estaba esperando...

–¿A mí? ¡Diablo! ¡Quién lo iba a decir!

Salieron paseando. Él contaba sus aventuras por ese mundo adelante; ella escuchaba atenta. Él se entusiasma cuando cuenta la fuga por el bosque, cuando rompió el cerco, con los hombres espantados ante su aparición navaja en mano. Ella se le acerca. Sus senos tocan el brazo del negro.

–Bonita noche –dice él.

–Cuántas estrellas...

–Cuando un negro valiente muere, se convierte en estrella del cielo...

–Yo aún acabaré bailando en un teatro grande de verdad... Como los de Río...

–¿Para qué?

–Me gusta bailar. Cuando era niña coleccionaba cromos de artistas. Papá era portugués y tenía una tienda...

El pelo de Rosenda Roseda está alisado a hierro. Liso como pelo de blanca. Más liso quizá.

«Esta negra está llena de bobadas», piensa Antonio Balduino.

Pero como siente sus senos en el brazo, le dice que danzando no tiene igual...

–¿No viste? La gente parecía alelada... Y cuánto aplauso...

Ella se acerca más. Él asiente:

–Me gusta una machicha bien bailada...

–Yo quería trabajar en el teatro... Un hombre que vivía cerca de casa conocía a un portero del Teatro Recreo, pero papá no quiso. Quería que me casara con un cajero que tenía. Un tío asqueroso.

–¿Y qué pasó? ¿No...?

–¡Ni hablar! Pero hombre... si no me gustaba. Un portu...

Se quedó como quien quiere decir algo. Antonio Balduino preguntó:

–¿Qué?

–Después vino Emanuel. Papá decía que era un vagabundo, sin un mendrugo que llevarse a la boca. Y lo era. Un pobretón. Como tú, desgraciado... Se encaprichó por mí. Fuimos a bailar al Ameno. Y aquello acabó en desgracia. El viejo se puso como loco, por culpa de aquel tipejo que estaba loco por mí. Dijo que yo era un pendón y me echó a la calle.

–¿Y qué hiciste?

–Primero me fui al morro con Emanuel. Pero cuando la agarraba le gustaba zumbarme. Una vez, bueno; pero a la segunda lo eché fuera. Después las pasé negras. Trabajé de cocinera, de camarera, de niñera. Fue un payaso de un circo de Río, quien me metió en esta vida. Me amigué con él. Un día faltó una artista, una española que bailaba con castañuelas, y yo lo hice en su lugar. Si estuvieras allá verías qué éxito. Pero me cansé del payaso y pasé a otro circo. Y acabé en este. Y eso es todo...

Antonio Balduino sólo supo responder.

–Sí, claro...

–Pero un día bailaré en un teatro de verdad.

–Seguro, negra. En Europa a los blancos les gustan las negras, hay una que los vuelve locos. Una me contó...

–Sí, ya me dijeron...

–Pues esta negra aún va a dar mucho que hablar...

Antonio Balduino sonríe:

–Eres como la luna.

–¿Por qué?

–Parece que estás cerca, pero estás lejos.

–Estoy cerca de ti...

El negro la cogió por la cintura. Pero ella echó a correr hacia la barraca.

* * *

Ahora está en el cabaret triste de la ciudad. Hoy hay más gente, a causa de la función de circo. Si no, todos se habrían ido a dormir a las nueve, cuando sonaran las campanadas de la iglesia. Robert está en una mesa, muy elegante, mirando a una mujer que baila. Antonio Balduino se sienta. Robert le pregunta:

–¿Qué? ¿También a cazar una gratis?

–No. Sólo a beber un trago...

Hay pocas mujeres, y casi todas viejas. Incluso aquella a quien Robert acecha es una vieja pintarrajeada. Están por las mesas y sonrían a los hombres.

–¿Por qué no llamas una a nuestra mesa?

–Aún no.

Pero allá en el rincón está la virgen. ¿Por qué se le habrá metido a Antonio Balduino en la cabeza aquella idea? Ha bebido esta noche, pero no recuerda haberse emborrachado nunca con dos copas de aguardiente. ¿Por qué entonces piensa que la mujer de cabello y rostro pálido es virgen? Está en un rincón, sin mirar a nadie, lejana, aislada del cabaret, de los clientes, de la copa que tiene delante. Si el Gordo estuviera allí, Antonio Balduino le pediría que inventara una historia de muchacha abandonada, sin ángel de la guarda ni nadie en el mundo. Y si fuese Jubiabá quien estuviera allí, le pediría al *pai-de-santo* que hiciera un hechizo contra el hombre que está explotando a la virgen, que la obliga a venir al cabaret y a beber aquellas bebidas. Antonio Balduino mira para Robert que le guiña el ojo a la vieja. Puede que no sea virgen... ¿pero quién negará que es virgen, con sólo verla, y que un hombre la explota? Está en el cabaret, aunque en un rincón, pero sus ojos miran sin ver nada, perdidos más allá de la ventana. Pensará en sus hermanos, que se han quedado solos, en la madre enferma. El padre murió. ¿Estará aquí porque murió su padre?

Vino esta noche a vender su virginidad para comprar medicinas. La madre está enferma, casi muriendo, y no tiene para pagar al médico, para medicinas. Antonio Balduino siente ganas de ir hasta ella y ofrecerle dinero. La verdad es que no tiene un níquel, pero se lo quitará a Luigi. Un empleado de comercio la sacó a bailar. Es un tango. Va a vender su virginidad a quien más le pague. A quien le dé más dinero, pero, ¿qué entenderá ella de dinero? Es capaz de no sacar nada, y su madre morirá.

Todo es inútil. Su madre no se salvará, los hermanitos morirán también. Tienen todos el vientre hinchado y el rostro pálido. Vendrá un hombre –¿por qué no Robert, el equilibrista?– y la explotará, venderá su cuerpo virgen y joven en la feria. Se la venderá a los campesinos, a los chóferes, a todos los hombres. Y ella se enamorará del flautista. Robert le pegará y ella morirá un día, tuberculosa como su madre. Y no tendrá una hija que se prostituya para buscar dinero con que comprar remedios. ¿Se irá con el empleado de comercio? No, el negro Antonio Balduino no lo permitirá. Le robará a Luigi el dinero de la comida del león. Pero no dejará que ella pierda su virginidad. Se levanta y pone la mano en el hombro del muchacho:

–¡Déjala!

–Meta las narices en sus cosas...

La mujer mira con ojos distantes.

–Es virgen. ¿No lo ves? Su madre va a morir. Vino aquí a buscar cuartos para medicinas...

El muchacho empuja al negro con la mano. Antonio Balduino, de tan borracho, cae encima de una mesa. Lloro como un niño. El muchacho sale del cabaret con la chica, que desde fuera dice:

–Lleva una cogerza que hasta me toma por virgen...

¿Por qué se ríe el muchacho? Ella también quiere reírse de la borrachera del negro, pero no puede. Tiene un nudo en la garganta. Una angustia repentina se apodera de ella, y, sin explicaciones, abandona al hombre que aún se ríe sin comprender. Y se va sola a su cuarto, donde dormirá un sueño de virgen del que no despenará jamás porque ha tomado cianuro.

En el cabaret, Antonio Balduino, cada vez más borracho, canta entre aplausos y baila con la vieja de Robert el equilibrista. Hay un principio de barullo con el dueño del cabaret, porque ellos no tienen con qué pagar las bebidas. Al volver al circo entra en el carromato de Rosenda Roseda. Precisamente para eso ha bebido tanto.

* * *

Luigi se pasa la vida lápiz en mano haciendo cuentas. Si el león ruge en su jaula no es por ferocidad, pues es tan manso como el caballo «Huracán».

Ruge de hambre, porque ni dinero hay para su comida. Es inútil que Luigi se mate a hacer cuentas. Hace dos días que Giuseppe no bebe, porque no tiene un céntimo y ya nadie le fía un trago. Para Giuseppe es triste la vida sin aguardiente. El aguardiente le lleva al pasado, atrae junto a él las figuras que amó y que ya murieron. Sin bebida tendrá que pensar, quiera o no, en las dificultades del circo, en la falta de dinero, que vuelve a los artistas brutales y perezosos. Nunca volvió a llenarse el circo como la noche del estreno. Fueron malos los días de Feira de Santana. En dos funciones exhibió el circo todos sus números, y en dos funciones toda la gente de Feira de Santana vio el circo. Sólo el lunes siguiente hubo gente; algunos campesinos que se quedaron tras la feria. Pero pocos, sin embargo, porque no había lucha y lo que a ellos les gustaba era la lucha. No volvió a aparecer otro adversario para Antonio Balduino. Inútil fue que la empresa aumentara hasta diez contos el premio al vencedor, y que Baldo, el boxeador, apostara dos contos más por su victoria. La fama del negro corrió por aquella tierra y nadie quería pasar por la vergüenza de recibir una paliza en público. Ahora Antonio Balduino trepaba por la cuerda en los espectáculos poco frecuentados del circo, luchaba con el oso y se dejaba vencer con la mayor facilidad, y acabó acompañando a Rosenda Roseda a la guitarra. Poco le importaba a él que hubiera o no dinero.

Estaba Rosenda. No pensaba en otra cosa. Las noches pasadas con Rosenda le pagaban de sobras el tener que soportar las borracheras de Giuseppe, el silencio de Robert, las quejas de Bolao, que se pasaba la vida protestando.

«Burro de mí, que dejé los estudios cuando ya iba en segundo, y hasta había sacado notas en los exámenes, a no ser en Derecho Civil, que me suspendieron porque el profesor me tenía manía desde que una vez le abucheamos en clase.» El padre de Bolao era rico por lo visto, todos decían que estaba lleno de cuartos. El viejo gastaba como hombre rico: vivía en una casa de alquiler caro, piano para la hija, profesores de francés y de inglés, proyectos de viaje a Europa. Era cardíaco, pero de eso nadie hablaba. Nadie lo sabía; ni él. Murió de repente cuando cruzaba una calle. Cuando fueron a ver sólo tenía deudas. Bolao acabó en el circo, usando el apodo que le habían puesto en el colegio, vestido de azul con estrellas amarillas y una luna bermeja en el trasero.

Repetía su historia diariamente para acabar diciendo siempre:

–Podía haber acabado la carrera. Me metía en política, que siempre se me dio, y hoy hasta sería diputado.

Fifi murmuraba que la suerte es Dios quien la da. Antonio Balduino escapaba a la barraca de Rosenda donde se olvidaba de Bolao, de Fifi, que quería tener una vejez feliz, de Luigi, que se pasaba el día echando cuentas, y de Robert, que no decía nada ni reclamaba el salario.

* * *

Para que el circo pudiera llegar a Santo Amaro tuvieron que vender el caballo «Huracán» y parte de las tablas de la gradería. Luigi seguía haciendo cuentas. Nadie quería comprar el león, y el león

comía mucho. Una noche desapareció Robert, quién sabe adonde. Luigi pensó que quizá le hubiera robado algún dinero del escaso que tenía el italiano guardado en su barraca para los gastos del día siguiente. Pero Robert no se había llevado nada. Seguro que marchó en el navío que salió aquella noche para Bahía. Apareció un hombre para luchar con Balduino; fue vencido en el primer asalto y gracias a este combate el circo se pudo poner en marcha hacia Cachoeira, pasando nuevamente por Feira de Santana en dos camiones. Cuando pasó por primera vez ocupaban siete y aún así por arte de Luigi que apretaba todo para que cupiera en tan pocos vehículos. Ahora iban en dos camiones y había sitio de sobra. Giuseppe recordaba que cuando fueron a Francia llevaban una verdadera flota, dos barcos por mar y treinta y cuatro camiones enormes por tierra con todo el personal. Giuseppe bebió e hizo todo aquel viaje pensando en los grandes días del Gran Circo Internacional. Luigi ponía toda su esperanza en Cachoeira y en Sao Félix. Son dos ciudades vecinas, y en Sao Félix hay fábricas de cigarros. Tal vez hasta pueda alzar el circo en Sao Félix. Pero le interrumpe Fifi que le pregunta cómo va a pagar este mes el colegio de la hija. Luigi se encoge de hombros:

—No sé ni cómo vamos a comer...

Bolao cuenta una vez más su vida al hombre-serpiente. El hombre-serpiente le escucha indiferente. En el otro camión, Balduino y Rosenda Roseda ríen a carcajadas. Antonio Balduino coge la guitarra y canta una samba que empieza:

«La vida es buena, mulata...»

Fifi piensa que no. Bolao también. Giuseppe llora. Luigi se irrita. Sólo el hombre-serpiente va indiferente.

* * *

Armaron el circo en Sao Félix. El circo es diversión de gente pobre y Sao Félix es una ciudad obrera. Apareció un hombre para luchar con Antonio Balduino. Era un negro que había sido marinero. La lucha fue anunciada a bombo y platillo. Luigi se frotaba las manos de contento y ya no le irritaban las sambas de Antonio Balduino. El payaso recorrió la ciudad; los hombres comentaban, las mujeres reían. Por la noche, la estrella frente al circo estaba iluminada. Vino la banda con los chiquillos detrás; las mulatas vendían munguzá en la puerta. Las gentes importantes llevaron sillas, y llegó mucha gente de Cachoeira. Primero entró Fifi (como la compañía estaba reducida, sin el caballo «Huracán» y sin Robert, Luigi no hizo las presentaciones) que paseó por el alambre. Después el payaso divirtió a los espectadores. Salió Rosenda Roseda y bailó. Esta vez no la acompañó Antonio Balduino a la guitarra porque aquella noche Balduino era Baldo, el gigante negro. Jujú presentó el macaco y el oso. Allá arriba estaban los trapecios. Fifi haría otro número para llenar el espectáculo. Llegó la hora y los mozos de pista prepararon los trapecios que quedaron balanceándose en el aire. Todos miraban hacia arriba. Fifi apareció vestida con su maillot verde, saludó al público y subió. Estaba probando el trapecio cuando entró en el picadero una figura vestida con un ropón sobado de lana y andando a trompicones como un borracho. Era Giuseppe. Luigi se precipitó tras él, pero como la multitud aplaudía pensando que sería posiblemente otro payaso, lo dejó corriendo por el redondel y gritando a los espectadores:

—¡Se va a caer! ¡Se va a caer!

El público reía a carcajadas. Y aún se rió más cuando dijo:

—Voy a salvarla a la pobrecita...

Nadie consiguió agarrarlo. Subió por la cuerda con una agilidad que nadie hubiera sospechado en él, y saltó al trapecio. Fifi, desde el otro lado, miraba asombrada, sin saber qué hacer. Los espectadores no se daban cuenta de nada. Luigi y dos mozos de pista subían por la escala hacia el trapecio. Giuseppe dejó que se acercaran y cuando los sintió bien cerca saltó del trapecio, dio el más bello salto mortal de toda su carrera y buscó con las manos el otro trapecio. Cayó en la arena con sus manos angustiadas crispadas en busca del trapecio, crispadas como si dijera adiós. Se desmayaron algunas mujeres, otras corrían hacia la puerta, algunos se acercaron al cuerpo caído. Las manos parecían decir adiós.

ALELUYAS DE ANTONIO BALDUINO

INVIERNO

El invierno se lo llevó todo. Hasta lavó las manchas de sangre que quedaron en el lugar donde estuvo el Gran Circo Internacional. Luigi acabó de vender las tablas de los graderíos, el telón grande, el mono, que compraron unos alemanes de las fábricas; distribuyó el dinero entre el personal y declaró disuelto el circo... Tal vez encontrarán trabajo... Antes de marcharse dijo a los otros:

–Jamás vi un circo más hundido de cuartos... Pero aun así, me gustaba...

Luigi, con el león y Fifi, se lanzó a peregrinar por los pueblos del interior, haciendo barracones-teatro, cobrando unas monedas por la entrada. El hombre-serpiente dio un espectáculo en su beneficio y desapareció. Antonio Balduino pensaba que si fuera a las plantaciones de tabaco lo tomarían por mujer. A veces parecía una dama, otras un adolescente. Pero es que el negro no vio en Cachoeira a un hombre que un día descubrió a la estrella en Feira de Santana. Un hombre culto y viajado, que había estado en Río y en Bahía y que se retiró del circo apenas acabado el número del hombre-serpiente. Huyó en un automóvil. Sólo después se supo que la policía buscaba a aquel hombre que se había fugado con todo el dinero del almacén donde estaba empleado.

En la distribución de las cosas que Luigi no consiguió vender, el oso les tocó a Antonio Balduino y a Rosenda. Rosenda ni se dio cuenta de que aquello había sido combinado entre Antonio Balduino y Luigi. El negro dijo:

–No vamos a poder dividir el animal... Y para venderlo no va a haber quien nos dé una perra por él.

–¿Y qué vamos a hacer?

–Nos lo llevamos a Bahía. Podremos ganar cuartos con él en la feria de Agua dos Meninos...

–O en el teatro... –arriesgó Rosenda.

–También –el negro no quería discutir.

En el muelle les dijeron que el palacete de Mestre Manuel llegaría dentro de dos días.

Esperaron al «Viajero sin Puerto».

Pero batía el invierno en las aguas del río. Lluvias gruesas enturbiaron la faz del agua. El río bajaba caudaloso y llevaba troncos arrancados de las plantaciones, animales muertos, y pasó hasta una puerta que el agua había arrancado de una habitación. Los márgenes de piedra habían desaparecido, y los hombres ya no entraban en el río en busca de pescado para la comida. El río andaba traidor y rugía como un animal salvaje. Algunos se quedaban en grupo mirándolo desde el puente, y pasaban las aguas por debajo como una serpiente. Desde lejos llegaba un olor suave a tabaco. El río había engullido ya dos veleros aquel invierno. Había una obrera enlutada en una de las fábricas.

Durante la noche caen grandes cargas de agua. No hay razón para que Rosenda Roseda haya inventado esa historia del paseo para salir de noche de la pensión de doña Raimunda. Seguro que fue a Cachoeira. Lo que ella quería era dejarlo allí, cuidándose del oso, que andaba impaciente con la lluvia que caía del tejado con un ruido de río, con olor a tabaco. No pueden dejar al oso solo, desde luego. ¿Pero por qué este paseo de noche? Y el negro Antonio Balduino se da con la mano cerrada contra la frente. Si ella cree que él es burro, que no lo entiende, está engañada. ¿Cree acaso que él no vio a aquel alemán tras ellos, la noche en que murió Giuseppe? Nunca más dejó de seguirlos, de intentar entrar en charla, de decir cosas. Por dos veces Antonio Balduino quiso interrogarlo, preguntarle qué quería. Ahora recordaba que una tarde le dijo a Rosenda:

–Voy a preguntarle a ese gringo qué diablos le pasa...

Rosenda dijo que no valía la pena, que era una tontería. Que no valía la pena de buscar pelea porque un gringo la mirara. Y lo sacó de allí. Cuando una mujer quiere, es capaz de engañar a cualquiera. Pero cuando él tenía los ojos bien abiertos y comprendía, Rosenda había salido para encontrarse con el blanco. Andarían por cualquier parte, ella espatarrada. ¡Menuda sinvergüenza! Estaba buena, pero él no era hombre para que lo engañaran así. Siempre se había alabado de dejar plantadas a sus mujeres, y ahora Rosenda quería jugar con él. ¿Por dónde andaría? ¿Estarían

metidos en un hotel? Era bien capaz. El gringo era un tipo de dinero. Pero daría con ellos. Y llevarían una lección. La lluvia azota el tejado. ¿Valdrá la pena salir a buscarlos? Quizá sea mejor quedarse en casa y cerrar la puerta del cuarto. Y ella que duerma en la calle. Pero apenas piensa esto cuando siente en su cuerpo la falta del calor de Rosenda. Cuando ella duerme con un hombre es como si danzara. ¡Las cosas que sabe aquella negra! Antonio Balduino sonríe. La noche es fría y la lluvia cae con violencia. Un gato se enrosca en sus piernas buscando calor. La cama es vieja y blanda. Buen colchón el de aquel cuarto. En muchas pensiones caras no tienen colchón así. Y Rosenda ¿en qué cama estará con el gringo? A lo mejor es un colchón duro. Merecía una zurra. Pero no vale la pena de que un hombre mate a otro por Rosenda, una fulana. Le dio una cuchillada a Zequinha, pero Arminda era una chiquilla de doce años que no sabía nada de la vida. Aquel negro condenado a prisión días atrás, había matado a un gringo, pero Mariinha era doncella y novia del negro. Lo que haría es darle una zurra al alemán y largar a Rosenda. ¡Pero qué frío hace! Coge al gato en el regazo. El animal está satisfecho y frota la cabeza contra sus piernas. No, no saldrá a buscarlos. El oso está inquieto. Tendrá miedo de la lluvia, tal vez añore a alguien. ¿Pero puede añorar un oso a alguien? Pobre oso aquel... ¿Cuántos años hará que no vio una hembra? Antonio Balduino no puede pasar una semana sin mujer. Ríe satisfecho. Tal vez el oso esté capado. Va a ver. El animal se retira, irritado. No, no está capado pero tampoco es macho. Es hembra, sí. ¿Y qué va a hacer con ese oso en Bahía? Estaría bien soltarlo en el Morro do Capa Negro. Pensarían que era un hombre lobo. Va amainando la lluvia. Se levanta. Irá a buscar a Rosenda. Echa al gato lejos. Pero Rosenda acaba de entrar riendo, con los dientes blancos en una abierta sonrisa.

Repara en la cara enfadada de Antonio Balduino.

Se acerca riendo al negro:

–¿Estás enfadado, mi amor? ¿Fue el oso?

–No te hagas la tonta, negra. ¿Crees que no sé que fuiste a verte con aquel gringo?

–¿Pero qué gringo? ¡Ay Dios mío!

¿Será verdadera esta sorpresa que se estampa en su rostro? Pero Balduino piensa que las mujeres son bichos ruines y traicioneros. Cuando piensa en una mujer ruin se acuerda de Amelia, la criada de casa del comendador. Amelia mentía cínicamente, con la misma cara de quien dice la mayor verdad del mundo. Y Rosenda Roseda puede estar mintiendo también con aquella cara de inocente:

–¿Adónde fuiste entonces?

–¿Es que no puede una ir a charlar un poco a casa de una vecina?

–Sí. Vecina...

–Pues vete a preguntarle a la mujer de Zuca. Estuve allá... Ella conoce a unos parientes míos que anduvieron por aquí...

El oso se impacienta. Antonio Balduino ahora no tiene ganas de discutir. Está dispuesto a aceptar todas las disculpas. Lo que quiere es tumbarse en el blando colchón teniendo junto a su cuerpo el cuerpo cálido de Rosenda Roseda. Vuelve a llover con fuerza y el agua corre por el tejado. En medio del cuarto hay una gotera que va haciendo un agujero en el suelo de tierra apisonada. El oso está nervioso. Rosenda le pasa la mano por la piel, pero el animal continúa impaciente. De nada valen las caricias de Rosenda. Antonio Balduino, tumbado en la cama, piensa en la manera de hacer las paces. Quiere tener a Rosenda junto a sí, su vientre danzando contra el suyo. A lo mejor mañana le pega una zurra y la abandona. Pero hoy no. La necesita, necesita su cuerpo, su calor. Lo peor es que no puede hacer las paces así de repente. Ella aún está enfadada y acaricia al oso. Antonio Balduino no sabe cómo empezar. Cierra los ojos, pero ella no va a la cama. Y mientras tanto sigue lloviendo allá fuera y el viento pasa por la calle rugiendo y entra por las hendiduras de la puerta. ¿Será que no siente esa invitación? Está muy enfadada. Tal vez tenga razón. Bien podía estar con la vecina, con la mujer de Zuca, que mete las narices en la vida de todo el mundo. Ella se saca el vestido. El vestido no está mojado. Si hubiera ido lejos, si hubiese ido con el gringo, volvería empapada, seguro. Lo que pasa es que al quedarse solo empezó a pensar tonterías. El gato se enrosca a sus pies y le da un agradable calor. Pero siente frío en el resto del cuerpo. La lluvia golpea en el tejado. Se acuerda de unos versos que sabe el Gordo. Hablan de la música de la lluvia en el tejado y de una mujer que llega de madrugada. No recuerda si llega a caballo o a pie. Cayó la

combinación de Rosenda Roseda y los senos de la negra llenan el cuarto. Los ojos de Balduino no ven otra cosa. Pocas muchachas tendrán los senos de ella, erguidos y duros. Antonio Balduino tira el cigarrillo. Y haciendo un enorme esfuerzo, dice:

—¿Sabes que este oso es una osa?

—¿Qué?

—Que el oso es hembra.

Los senos le rozan el pecho y en el escenario de la lluvia y el frío, del viento que zumba en la calle, Rosenda danza sólo para él. Empuja con el pie al gato, que sale mayando.

* * *

El «Viajero sin Puerto» entró en el muelle bajo el aguacero. María Clara prepara un café para ellos. Partirán de noche, en cuanto el barco esté cargado. El oso queda amarrado a popa. Mestre Manuel le da noticias del Gordo, que volvió a vender periódicos y enterró a la abuela. Jubiabá sigue vivo, haciendo hechizos y prestigiando las macumbas. Joaquim va todos los días a la «Linterna de los Ahogados» con Ze Camarao. Antonio Balduino quiere noticias de todos los conocidos y también de la ciudad, del puerto, de los barcos que llegan y salen. De nuevo encara el misterio del mar. Cuando marchó (después de recibir la zurra enorme del peruano Míguez) no sabía reír. Andaba con la cabeza hundida, avergonzado de la paliza, del final de su carrera de boxeador, del noviazgo de Lindinalva. Ahora sabía reír de nuevo e iría a saborear las historias trágicas de Jubiabá. Porque en su fuga de dos años había visto mucha miseria. Su garganta tiene hoy un tono cruel, y en su rostro hay un tajo. Fueron los espinos de la noche del cerco. Mestre Manuel pregunta por la historia de aquel tajo. María Clara se queda mirando al fondo. Antonio Balduino habla, y piensa en el mar, en los barcos del puerto, en los navíos negros que parten de noche.

* * *

Fue una noche así de temporal cuando Viriato entró mar adentro. Los gusanos se apoderaron de su cuerpo y se agitaban. También el viejo Salustiano fue a buscar en el mar el camino de casa. Y una mujer que se había echado al agua con una piedra al cuello. El velero se balancea en las aguas sobre los escollos. Hoy nadie ve los escollos. Las aguas lo cubren todo y Mestre Manuel no cedería el timón a nadie.

Sería rápido. El velero encallaría en un escollo, acabaría la charla entre María Clara y Rosenda Roseda (María Clara va despeinada, con el pelo en desorden movido por el viento, y de él llega un aroma de mar. A lo mejor nunca ha vivido en una casa. Posiblemente es hija del mar). La pipa de Manuel se apagaría. Y las aguas del río cubrirían el barco. El río baja lleno y forma olas como si fuera un mar. Pero Mestre Manuel no cede el timón a nadie. El viento agita los árboles de la orilla. Muy a lo lejos brilla la linterna de otro velero. En la oscuridad de los matorrales guñan su luz las luciérnagas. El viento carga al velero que vuela por las aguas como una motora. En este momento, en medio del temporal, están cerca de la muerte. Un desvío del timón y se verán lanzados contra los escollos invisibles. Antonio Balduino alza el rostro hacia el aire pensando en estas cosas. En el cielo no ve ninguna estrella, sólo nubes negras y cargadas que corren azotadas por el viento. De María Clara llega este aroma salado a mar. El mar está próximo. El barco está llegando a la boca de la barra. Las márgenes del río van quedando atrás. Los poblados duermen sin luz. Antonio Balduino piensa que, al fin, la vida es una estupidez, que no vale la pena seguir viviendo. Viriato el Enano sabía de estas cosas. Y es amplio el camino del mar. Hoy es amplio y revuelto. El lomo verde del mar se agita. También es una invitación. Él, negro valiente y decidido, pensaba desde niño en tener su historia en verso, que alguien leería luego a los otros negros. Una historia de lances de valor. Si lo tragan las aguas, nadie contará su historia. Un negro valiente no se mata, a no ser para evitar que le coja la policía. Y un hombre de veintiséis años aún tiene mucho que vivir, aún tiene que luchar mucho para merecer su historia en aleluyas. Pero el mar es una invitación. Ahí está su camino. Viene de María Clara un olor salado a mar. Ella habla del mar, cuenta casos ocurridos a patrones de pataches, historias de naufragios y de muertes. Habla de su padre, que fue pescador y desapareció en un lanchón, en medio del temporal. De ella viene el olor salado a mar. En ella está el mar siempre presente, amigo y enemigo, incorporado en ella. En el negro Antonio Balduino, nada se

incorporó. Ya lo ha sido todo y no es nada. Sabe que lucha y que tiene que luchar aún más. Pero todo esto aparece muy desvaído dentro de él. Su lucha es una lucha perdida. Siente que los nervios se le aflojan, como si diera puñetazos en el aire. Y ahora el mar le llama, como en la vida lo llamaban los labios de María Clara. Mestre Manuel señala. Al fondo aparecen las luces de Bahía. El viento vuela en torno de sus cabezas, y trae todo el olor de mar que hay en el cuerpo de María Clara. Las luces de Bahía destellan como una salvación.

* * *

Rosenda Roseda se quedó en casa del Gordo. Jubiabá vino de noche y ellos le besaron la mano. El viejo negro se apoya en un rincón. La luz del candil bate de nuevo en su cara arrugada. El Gordo no tiene en casa luz eléctrica. El Gordo sonríe con la alegría de encontrarse de nuevo con su amigo. Todos oyen las historias de Antonio Balduino. El oso duerme en un rincón. Y deciden que al día siguiente irán todos a la feria de Agua dos Meninos a ver si ganan algún dinero con el oso. Bajan a la «Linterna de los Ahogados» y allí se emborrachan. Después, Antonio Balduino lleva a Rosenda Roseda al arenal y la ama ante el mar. Pero ella se queja de la arena y se duele de aquella arena que se le clava en el cuerpo y se le mete entre el pelo alisado a hierro. El negro ríe a gusto. La silueta de las grúas en el puerto.

La feria de Agua dos Meninos empieza el sábado por la noche y dura todo el domingo hasta el mediodía. Pero lo mejor es la noche del sábado. Los barqueros atracan sus canoas en Porto da Lenha, los patrones de los pataches dejan sus barcos en el pequeño puerto, llegan hombres con animales cargados, las negras venden mingau y arroz dulce. Pasan los autobuses llenos de gente. Todo el mundo viene a la feria de Agua dos Meninos, unos para comprar comestibles para la semana, otros por el placer del paseo, por comer, tocar la guitarra o buscar mujer. La feria de Agua dos Meninos es una fiesta. Fiesta de negros, con música, risas y peleas. Las barracas se extienden en filas. Pero la mayor parte de las cosas no están en las barracas. Están en grandes cestos, en cajones, en calderos. Campesinos de ancho sombrero de paja, sentados al lado, charlan animadamente con los parroquianos. Raíces de plantas saludables, frutas: abacaxis, naranjas y sandías. Toda clase de bananas en la feria de Agua dos Meninos. De todo hay en la feria. Un hombre que da la suerte con un periquito. Cuesta doscientos reis el boleto. Rosenda Roseda saca el suyo. Decía:

SUERTE

No confíes en personas que te adulan, porque todo es falso. Eres aún ingenua para juzgar a todos por ti. Tienes buen corazón y no juzgas malo a nadie. Pero no te preocupes, porque naciste con buena estrella. Tu juventud será una fiesta de amores y tendrás en amor muchas desavenencias. Te casarás al fin con el hombre a quien menos importancia dabas al principio, pero que al fin se adueñará de tu corazón, y será él el único a quien amarás toda tu vida con verdadero afeito. Darás a luz tres lindos bebés, que criarás con mucho cuidado y te traerán paz verdadera al corazón.

Vivirás ochenta años. Tendrás suerte en la lotería con el número 04554.

Rosenda se echa a reír. Antonio Balduino le advierte:

–Vas a parir tres veces.

–Una gitana me dijo que tendría ocho hijos. Y que iba a hacer un largo viaje. El viaje ya lo hice. Vine de Río a Bahía. Acertó.

Pero Antonio Balduino piensa en el trozo de la «SUERTE» donde dice: «tu juventud será una fiesta de amores y tendrás en amor muchas desavenencias». Decididamente está encaprichado con la negra. Parece como si hubiera un hechizo de Jubiabá. Jubiabá no vino a la feria. Aún es temprano para él. Hoy es sábado y va mucha gente a ver al padre-de-santo. Gente que sufre. Unos, enfermos que quieren remedios para el cuerpo: heridas, tuberculosis, lepra, enfermedades. Jubiabá va distribuyendo hojas y rezos. Otros vienen porque sufren traición de mujer o porque desean a una mujer que no los acepta; vienen en busca de hechizos fuertes, de mandinga, de amuletos. Por la mañana amanecen las calles llenas de hechizos. Padre Jubiabá protege amores, acaba amores, aparta

a la mujer de la cabeza del hombre, mete al hombre en la cabeza de la mujer. Sabe secretos raros, sabe de la vida de los pobres, ¿qué es lo que no sabrá en su casita del Morro do Capa Negro? Vendrá más tarde, apoyado en su bastón. Habrá curado gente, arreglado los asuntos de muchos. Llegará allí donde ellos están ahora. Ya llegó el Gordo con el oso. Antonio Balduino le complica siempre la vida al Gordo. El Gordo iba muy bien vendiendo sus periódicos cuando llegó Antonio Balduino y lo metió en este negocio. El Gordo deja los diarios y sigue a su amigo. De repente se acaba todo y el Gordo vuelve a pregonar periódicos con voz sonora y triste. Ahora anda con el oso de un lado al otro. Al principio le tenía miedo. Pero después se acostumbró al animal y, como ya murió su abuela, es todo cariños para el oso, que tiene comida abundante aunque el Gordo se quede con hambre. El oso está allí amarrado por el hocico, dispuesto a ganarse la vida. Se reúnen los campesinos alrededor del Gordo, que inventa una historia para el oso. Pero tropieza con una dificultad: ¿tendrán los osos ángel de la guarda? Nunca oyó decir tal cosa. Pero las historias sin ángeles pierden gracia, y el Gordo decide darle un ángel al oso. Balduino repite lo que oyó decir a Luigi sobre el león.

–Este monstruo que aquí ven, respetable público, fue capturado en las selvas africanas. Es un triple asesino, pues mató a tres famosos domadores. (Recuerda el pregón palabra por palabra. Luigi lo repetía todas las noches.) Es un asesino... Pues bien, van ustedes a verlo trabajar. Pero mucho cuidado... Este oso ya mató a tres hombres...

El Gordo mira el hocico del oso y descubre que tiene unos ojos cálidos de niño y es incapaz de matar a nadie. No hay derecho a que Balduino le llame asesino. Pero el oso empieza a andar cabeza abajo y el corro aumenta. Rosenda lee el futuro en la mano de los hombres. Les gusta que les diga la buenaventura porque ella les hace un leve cosquilleo en la palma, un cosquilleo que les trepa por el cuerpo como una comezón. Rosenda sabe ganar dinero. A un mulato bobalicón le dice:

–Hay una mulatita que bebe los vientos por ti...

El mulato sonrío a Rosenda. Bien podía ser ella misma. Y Rosenda se va guardando los níqueles. El Gordo recoge en un sombrero de paja el dinero para el oso. Antonio Balduino, muy elegante, con zapatos rojos y camisa roja, hace el elogio del animal. La feria se mueve alrededor de ellos...

* * *

Un automóvil está parado en la calle. Una avería. El chófer se mete bajo el coche buscando el motivo de la avería. Un hombre explica al grupo:

–¿No dije? Esto de las máquinas es un timo. El caballo fogoso nunca ha tenido una avería. ¿Vieron alguna vez un caballo averiado?

Antes estaba contando la historia del caballo fogoso que había comprado su cuñado. Está contra los caballos de motor. Hace la apología de los caballos de sangre, del carro de bueyes. Cita la Biblia. Jubiabá le escucha en silencio. Los otros cortan la charla con señales de aprobación. Cuando Jubiabá llegó, estaban contando el dinero que habían ganado –cincuenta y nueve mil reis; una fortuna– y se quedaron de farra en la feria, que está animada. El oso va tras ellos. Frente a la barraca donde Joaquim bebe, se paran todos. Y se quedan oyendo al hombre que cuenta la historia del caballo fogoso:

–En aquel tiempo, cuando aún no había cacharros de esos –y señala al auto averiado– los hombres vivían mucho tiempo... Matusalén vivió novecientos años... Está en la Biblia; no lo digo yo...

–Está, está... –asiente un mulato claro y viejo.

–Todo el mundo vivía doscientos, trescientos años. Cien años no era nada entonces, nada. Ahí está, en la Biblia...

–Dicen que los loros viven cien años...

El hombre lanza una mirada atravesada al interruptor. Pero cuando ve que fue Rosenda abre su boca en una sonrisa:

–Sí, sí... Y Noé vivió no sé cuánto tiempo. Entonces no había autos. La gente iba en carro de bueyes...

Echa un trago de aguardiente. El mulato claro apoya:

–Sí, en carro...

El mulato quería probar que también él era un hombre sabido. El negro asentía con la cabeza. Estaba admirando al hombre que citaba la Biblia.

–Un hombre salía de casa en un carro de bueyes y sabía que llegaba a donde quería ir. Ahora sale uno en un cacharro de esos –y señalaba para el auto estropeado– y se queda en medio del camino... Se quedó sin gasolina. Un carro de bueyes nunca se queda sin gasolina. Por eso los hombres mueren hoy cuando apenas acaban de nacer. Las máquinas no son invención de Dios. Son cosa del diablo.

El mulato claro apoyó. Siguió el hombre:

–En los tiempos del carro de bueyes una mujer podía dar a luz hasta los cien años...

–Bueno, eso yo no me lo creo, la verdad. Usted perdone, pero eso de que una mujer pueda parir a los cien años no me entra –exclama Antonio Balduino.

Todos se echan a reír menos el mulato claro.

–Pues lo dice la Biblia... –continúa el hombre.

Pero Antonio Balduino no se lo cree. «¿Parir una mujer a los cien años? Ni hablar.» Aquel tipo les tomaba el pelo. Todos bobeando con aquellas historias... Va abrir la boca para decirlo, cuando habla Jubiabá:

–En el tiempo de los carros de bueyes, el negro se moría de hambre. Hoy sigue igual. Para el negro tanto da.

El mulato viejo asiente:

–Eso es –y quiere seguir–. Para los pobres... Pero tienen detrás a media feria, y Jubiabá habla con el hombre que odia a los autos (ahora está contando la historia de una enfermedad que sufrió hace muchos años). Siguen feria adelante, sin rumbo fijo, parándose en los barracones, hablando con los campesinos, comiendo cosas. Un borracho mira a Rosenda y dice:

–¡Mulata cachonda!

Antonio Balduino se da por ofendido, pero Rosenda no le deja pelear:

–¿No ves que está borracho?

–¿Y él, no ve que vas conmigo?

No, no ve nada. Bebió mucho en todas las barracas donde hay aguardiente. Pero supo ver a Rosenda y supo ver que es una mujer espléndida. Antonio Balduino siente ganas de volverse a decirle cuatro cosas al hombre.

Un poco más allá estalla el barullo. Jubiabá viene a decir que se va. Tras él llega el hombre que odia a los autos y que ahora tiene una gran confianza en que Jubiabá lo va a curar con sus rezos. Aumenta el barullo al otro lado de la feria. Antonio Balduino nota que el Gordo no está con ellos. Pregunta:

–¿Qué es del Gordo?

–Por ahí andaba, con el oso...

Joaquim sólo tiene ojos para Rosenda. Si no estuviese amigada con Balduino, de buena gana le pegaría un pellizco. Busca dónde está el Gordo:

–Allá está. Aquel follón va por él –dice Antonio Balduino, que se apartó un poco.

Corren Antonio Balduino y Joaquim. Rosenda se apresura también. El Gordo se defiende a bofetadas de un individuo que tira de la correa del oso. Los hombres gritan:

–Déjanoslo ver, hombre... Déjanoslo...

Antonio Balduino atraviesa el grupo, coge por el hombro al Gordo:

–¿Qué pasa?

–Quiere meter el cigarro en las narices al oso.

–Sólo para ver qué hace –ríe el hombre mostrando el puro encendido. El hombre tiene una cicatriz en el mentón y un bigote ralo sobre el labio–. Tiene una cara tan divertida. Ya verás...

Todos ríen. Antonio Balduino lo aparca de un manotazo. Joaquim está detrás del hombre, que oye lo que le dicen dos mulatos. El hombre del puro, protesta:

–Pero, hombre... ¡Qué idiotez...! Ya veréis...

–Métalo –dice Antonio Balduino.

El hombre se acerca al oso. Levanta el puro. El oso retrocede. Pero el puro está ya junto al hocico del oso y el Gordo va a gritar. El hombre cae de narices al suelo a consecuencia del tortazo

de Baldo, el boxeador. Los dos hombres que estaban detrás avanzan hacia el negro. Pero Joaquim agarra a uno y el otro recibe una patada de Balduino en la boca del estómago. El Gordo quiere sacudirle un puñetazo al hombre del puro, que intenta levantarse, pero le da en la cara a un negro que no tiene nada que ver con la historia y que replica. Se mete también en la pelea el hermano del negro. Mestre Manuel, que vendía abacaxis, aparece también, y con él tres más. Antonio Balduino está metido en un lío, Manuel se meterá también. Y los tres que lo acompañan entran con él en la pelea. Varios hombres intentan poner paz, pero acaban también a golpes. Al cabo de un momento la pelea alcanza a todos. Llega gente de todas partes. Un soldado saca un sable, ¿pero qué vale un sable ante tantas navajas que brillan? Un guardia hace sonar el pito inútilmente. Antonio Balduino le da de puñetazos a un tipo que no sabe quién es, un tipo que nada tenía que ver con el negocio, que entró sólo por separarlos. El hombre del puro le suelta un estacazo a uno de los que entraron a ayudarlo. El Gordo se ha apartado con el oso y saborea la escena desde lejos. Rosenda Roseda muerde a los hombres que atacan a Balduino. Lleva el vestido desgarrado y se ha sacado la navaja de la media. Toda la feria de Agua dos Meninos es una gigantesca pelea. Se zurren por zurrar, sin saber por qué, por el placer físico de darse de puñetazos con alguien, de rodar por la arena soltando puntapiés. Los negros se olvidan de todo, de las raíces de inhame, de los montones de naranjas, de abacaxis, de beijús. Lo que quieren ahora es pelear. Pelear es tan bueno como cantar, como oír una historia, como mentir, como contemplar el mar por la noche desde el muelle.

El Gordo roba una botella de cerveza para el oso. Alguien grita:

—¡Que viene la caballería!

Rápida como empezó acaba la zarabanda. Los hombres vuelven a sus barracas, a sus montones de frutas y de filloas. Los de a caballo ya no ven nada, apenas unas gotas de sangre. Un hombre se tapa el tajo del rostro con un pañuelo. Desaparecieron las navajas. Y los negros se ríen satisfechos porque se han divertido de lo lindo. El hombre del puro le dice a Antonio Balduino:

—¡Vaya follón! Lo he pasado en grande...

Ofrece cerveza, acaricia la cabeza del oso. La lluvia cae sobre los negros.

EL BAILE

El «Liberdade na Bahia» quedaba en la Rua do Cabeça, en un segundo piso servido por una escalera estrecha. Es una sala amplia, con sillas adosadas a las paredes, para las damas, y un tablado donde está el jazz. También hay un patio de cemento, con mesas donde sirven bebidas, pues está rigurosamente prohibido beber en la sala de baile. Al lado, las letrinas. El cuarto donde las damas se arreglan es pequeño, pero tiene un espejo grande y un banquito para que se sienten. Hay también un peine y un tarro de brillantina. En los días de grandes bailes –cuando se acerca el carnaval o las fiestas de Bonfim– la sala queda engalanada con flores y cintas de papel de todos los colores. Pero ahora lo que se está acercando es el San Juan, y del techo cuelgan farolillos innumerables y bolas de colorines... Va a ser una fiesta por todo lo alto la de San Juan. El «Liberdade na Bahia» tiene tradiciones que cuidar y su baile de junio reunirá a todas las criadas de las casas más ricas, a las mulatas que venden pastelillos en las calles, a los soldados del 19, a los negros de la ciudad. Es el baile más popular. En Bahía no hay muchos de esos bailes. Los negros prefieren ir a bailar a las macumbas, la danza religiosa de los santos, y sólo van a los bailongos los días de gran fiesta. Pero el «Liberdade na Bahia» consiguió el apoyo de Jubiabá, que es su presidente honorario, y fue prosperando. Además tiene un jazz estrepitoso que se ha formado allí, pero que gana ya sus buenos cuartos por las fiestas de la ciudad. Fiesta de gente rica sin el «Jazz dos 7 Canarios» no es fiesta. Y los negros del jazz hasta se ponen smoking. Pero cuando la cosa va en serio es en la fiesta del «Liberdade na Bahia». No hay dinero en el mundo para hacer que los del jazz toquen en otra fiesta los días que hay baile en el «Liberdade». Allí pueden bailar, visten ropas a gusto, están entre amigos y hay discursos. El «Liberdade na Bahia» está en auge y tiene tradiciones que guardar. Se prepara el baile de San Juan.

* * *

Siempre que Antonio Balduino veía el «Jazz dos 7 Canarios» decía que iba a ser maestro en una banda de música o de jazz. Mejor sería de una banda de música porque sus componentes llevan uniforme y el maestro va al frente, de espaldas, batuta en mano. Antonio Balduino ama los colores vistosos, los rutilantes uniformes de los maestros de las bandas de música. Los hombres del jazz vestían o se ponían el smoking (en las fiestas ricas). Y el smoking no tentaba al negro. Pero en la banda de música se contentaría con ser el del jazz, el que canta y zapatea.

Llevaba mucho tiempo sin componer una samba. En las plantaciones de tabaco no tenía tiempo para nada. Pero ahora, apenas vuelto a Bahía, compuso dos sambas que hasta las dieron por la radio, y además puso en verso la historia de Zumbi dos Palmares, donde cantaba la vida que había imaginado para su héroe. Según su historia había nacido en África, allí había luchado con leones, mató tigres, y un día, engañado por los blancos, entró en un barco que lo llevó esclavo a las plantaciones de tabaco. Pero no estaba dispuesto a recibir golpes y escapó, luchó con otros negros, mató muchos soldados y para que no lo cogieran se tiró de un precipicio abajo:

*«África, donde nací
aún me acuerdo de ti.
Vivía libre, cazando
comiendo fruta y maní...
.....
.....
.....
Palmares donde luché
defendiendo a los esclavos.
Mil soldados me cercaron
y uno a uno los maté.
.....
.....
.....*

*Y así Zumbi dos Palmares
por el morro se tiró,
diciendo: “Adiós pueblo mío
esclavo no seré yo.”»*

El Gordo se aprendió la historia de cabo a rabo y la cantaba por las ferias acompañado a la guitarra.

Antonio Balduino buscó al poeta que le compraba las sambas a ver si quería quedarse también con la historia de Zumbi dos Palmares, pero el poeta sólo quiso las dos sambas, y dijo que la historia no valía nada, que los versos no rimaban y otras cosas que Balduino no entendía. El negro se enfadó porque creía que la historia de Zumbi dos Palmares era muy bonita, y tras recibir treinta mil reis por las dos sambas, dijo una sarta de desafueros al poeta, que no reaccionó. Ya más aliviado después de echar rayos y demonios por la boca, Antonio Balduino se retiró y les cantó la historia de Zumbi a Rosenda y a Jubiabá, que la encontraron formidable. Jubiabá se las arregló con Jerónimo del Mercado para que los versos de Zumbi salieran en la «Biblioteca del Pueblo» (colectánea de las mejores poesías, trovas populares, historias, canciones, oraciones, recetas útiles, anécdotas, etc., al precio de 200 reis). Salió junto con la *Historia del buey misterioso* y la de *El mestizo y el recién nacido*, y pronto la aprendieron de memoria los estibadores del muelle y los patronos de los faluchos (que la llevaron para los ciegos de las ciudades del Reconcavo), los vagabundos de la ciudad, todos negros. Ahora Antonio Balduino tan sólo pensaba en entrar en el «Jazz dos 7 Canarias».

* * *

Era socio del «Liberdade na Bahia», pero no solía ir por allá. Tenía siempre fiestas adonde ir, y en el «Liberdade na Bahia» había que pagar la bebida y no había nada que comer. Sólo por causa de una mulata aparecía de vez en cuando por el club, y Juvencio, el secretario, un negro gordo que cuidaba también del orden de la sala, le decía invariablemente:

–¡Vaya, hombre! ¡Por fin, Antonio Balduino honra al club con su presencia! Parece que desprecia a la gente...

No despreciaba nada. Pero en el «Liberdade na Bahia» no podía bailar agarrado, porque estaba prohibido, no podía quedar conversando con una dama en medio de la sala, no admitían borrachos. Todo eso disgustaba al negro, que no sabía contenerse, que achuchaba a las negras en el baile, que muchas veces andaba borracho como una cuba. Recordaba la primera vez que apareció por el club. Hacía mucho tiempo. Apenas entró ya tuvo un tropiezo con Juvencio. El jazz estaba tocando con un entusiasmo delirante, y precisamente una de sus sambas, de las primeras que vendió al poeta. Sacó a bailar a una mulata (Isolina, que lo tenía encaprichado). Empezaron a danzar por la sala, y el negro le dio unos tientos a la chica. Como si lo llamaran, apareció Juvencio:

–¡Eh! ¡Que no se puede hacer eso...! –Juvencio era muy riguroso.

–¿Qué es lo que no se puede hacer?

–Aquí no se viene a sobar...

–¿Y quién está sobando?

–Usted, a esa señorita.

Balduino le soltó un tortazo. Se armó el barullo, pero Jubiabá se metió por medio y los separó. Juvencio explicó que tenía que conservar la moral del club. Si permitía aquellos sobeos descarados, las familias se retraerían. ¿Qué dirían los padres de las chicas, que tanto confiaban en la moralidad del club? El no quería problemas. Tenía que vivir con todos. No tenía por qué meterse en la vida de la gente. Pero dentro del club, no. Allí quería respeto, mucho respeto. Aquello no era una casa de citas. Era una sociedad recreativa y danzante. Eso sí. Antonio Balduino encontró que tenía razón, e hicieron las paces. El negro continuó bailando y bebiendo. Vino también el Gordo y quedaron un poco alegres. Era casi la una de la mañana cuando un sargento empezó a bailar de modo escandaloso con una blanca. Juvencio le advirtió por primera vez, pero el sargento no hizo caso. Juvencio reclamó de nuevo. A la tercera le dijo al sargento que no podía seguir bailando. El sargento empujó a Juvencio. Antonio Balduino se metió en la pelea en ayuda de Juvencio, tumbó al

sargento de un puñetazo y le hizo abandonar la sala entre abucheos, mascullando amenazas. Luego se fue a beber una cerveza. Pero al cabo de un rato apareció otra vez el sargento, rodeado de soldados. Se armó la gorda. Hubo quien se encerró en el retrete, y hasta tiros dispararon los soldados. La fiesta acabó con algunas cabezas rotas y gente en el calabozo. Antonio Balduino consiguió escapar. Se hizo célebre en el «Liberdade», y cuando aparecía salía Juvencio con muchas fiestas y mandaba que le pusieran una cerveza, pero la verdad es que él prefería las juergas del Morro do Capa Negro, de las calles de Itapagipe, del Rio Vermelho, a los bailes del «Liberdade na Bahia». En carnaval sí, entonces le gustaba ir al club porque iba vestido de indio con plumas rojas y verdes, cantando canciones de macumba. El carnaval era bueno. Pero en San Juan prefería ir a la fiesta que daba Joao Francisco en su casa de Rio Vermelho, con una hoguera enorme en la puerta, un montón de globos, cohetes y mucho aguardiente y licor de frutas. Pero este año tendría que ir al «Liberdade na Bahia», pues Rosenda Roseda se había hecho un vestido de baile y quería estrenarlo en la fiesta del club. ¡Vanidosa que era la mulata! Y tuvo que dejar la fiesta de Joao Francisco.

* * *

Antonio Balduino empezaba ya a cansarse. La verdad es que Rosenda se estaba poniendo insoportable. Quería mandar en él. Un día iba a acabar por darle un puntapié y ponerla de patitas en la calle. La negra no paraba de pedir. Le había hecho vender el oso para comprarse un vestido de baile (que hubiera podido alquilarle a un turco) y ahora venía pidiendo un collar de doce mil reis que había visto en una tienda de la Rua Chile. Había salido a comprárselo, pero se encontró con Vicente y le dio diez mil reis para el entierro de Clarimundo, que murió bajo un guindaste en el muelle. El sindicato cargaba con el entierro, pero los estibadores querían hacer una colecta para la viuda y comprar una corona. El pobre Clarimundo murió de mala muerte. Una bola de hierro le dio en la cabeza (el pobre iba cargado con un fardo y no podía mirar para arriba) y dejaba mujer y cuatro hijos pequeños. Antonio Balduino le dio a Vicente los diez mil reis y quedó en hablar con Jubiabá para ver si el *pai-de-santo* conseguía sacar algo más para la mujer. Balduino había tratado mucho al negro Clarimundo, siempre risueño, cantando, que se había casado con una mulata clara. «Una tabla», que decía Joaquim. Era un buen compañero, que siempre estaba dispuesto a echarle una mano a uno cuando tenía dinero. Ahora estaba muerto y la mujer tendría que vivir de lo que otros le dieran. ¿De qué valía trabajar, vivir bajo los fardos cargando barcos? Después moriría, y quedaban sin nada la mujer y los hijos. El viejo Salustiano se había tirado al agua. Y de tanto pensar en estas cosas, Viriato el Enano se mató una noche de temporal. A Antonio Balduino no le gusta pensar en estas cosas. Lo que a él le gusta es reír, tocar la guitarra, oír historias bonitas del Gordo, las historias heroicas de Ze Camarao. Pero hoy está de mal humor porque va a perder la fiesta de Joao Francisco. Tiene que ir con Rosenda al baile del «Liberdade na Bahia». Pero antes pasará por casa de Clarimundo, que le coge de camino. Irá a ver al muerto que fue su amigo. Lo mejor sería no ir de juerga y quedarse velando al muerto. Tendría que hablar con Jubiabá para que el hechicero fuera a encomendar el cadáver. Jubiabá debe de estar en casa, charlando con el Gordo. La casa del Gordo está cerca del Morro do Capa Negro, y de vez en cuando Jubiabá pasa un rato por allí para charlar. Jubiabá no envejece. ¿Cuántos años tendrá? Ya debe de pasar de los cien. ¡Y lo que sabe el hombre! Jubiabá aumenta la angustia que de vez en cuando se apodera de Antonio Balduino. Jubiabá dice unas cosas que quedan dentro del negro y le hacen pensar en el mar donde Viriato se metió para morir, donde el viejo Salustiano se tiró para olvidar el hambre de los hijos. Antonio Balduino piensa que no es el mismo, que no está tan alegre como antes. Ahora piensa en cosas tristes. Y allí mismo, en la calle, el negro se echa a reír alegre, estrepitosamente. Los transeúntes se vuelven sorprendidos. El negro sigue riendo, pero comprende que ríe más para molestar a los otros que por alegría. Sigue andando con paso apresurado y como descabalado. Hasta parece que corre. Pero cuando llega a casa se queda tranquilo y piensa en el traje blanco que se va a poner para el baile de la noche.

—¿Traes el collar, cariño?

Antonio Balduino mira a la mulata con cara desconsolada. Se había olvidado del collar. Los diez mil reis se los dio a Vicente para la mujer de Clarimundo. Lleva dos mil en el bolsillo. Rosenda desconfía:

—¿No me has traído el collar?

—¿Sabes quién murió?

Pero no sirve de nada. Rosenda no conoce a Clan mundo.

—Tanto como me gustaba, y no me lo has traído... Por pura maldad... Y luego dices que me quieres. Pero ya verás...

Es víspera de San Juan y todos están alegres en la calle. También a Antonio Balduino le gustaría estar alegre. Los hombres pasan ante él con sus rostros risueños y las casas de pirotecnia están llenas de parroquianos. Todos se preparan para una noche feliz. Soltarán tracas y cohetes de estrellas. Los negros sólo hablan de la fiesta de Joao Francisco y del baile del «Liberdade na Bahía». Pero Antonio Balduino no puede estar alegre esta noche. Clarimundo murió, y él sólo piensa en el estibador. Rosenda empieza ya a cargarle. Se ha puesto de morros. No contesta a las preguntas de la mulata y ésta se pone a llorar. Se va hacia la puerta. En casa de Osvaldo están preparando una hoguera. Va a ser enorme. En el patio, unas muchachas intentan ver el retrato de su futuro novio en un cubo de agua. Todos están alegres hoy. Sólo él está triste, de mal humor. También la viuda de Clarimundo debe de estar llorando. Ella tiene motivo. Murió su hombre. Pero Rosenda no tiene por qué llorar. Son ganas de fastidiarle. Lo mejor sería darle un puntapié y marchar a la fiesta de Joao Francisco. Rosenda ha cogido una perra y Antonio Balduino, que está harto de llantos, sale a la puerta. Rosenda sigue llorando en su cuarto y dice que no quiere verle más. El negro agarra el sombrero y marcha a casa de Jubiabá, para avisarle de que ha muerto Clarimundo.

* * *

Cuando volvió, después de haber hablado con Jubiabá y el Gordo (el Gordo salió inmediatamente para el velorio), encontró a Rosenda toda hocicos, pero preparándose para el baile.

—Oye, Rosenda, vamos a tener que pasar un momento por casa de Clarimundo.

—¿Quién es Clarimundo? —pregunta ella, aún de morros.

—Un estibador que ha muerto. El dinero del collar se lo di a Vicente para el entierro.

—¿Y qué vamos a hacer allá?

—Ver a su mujer. Pobre.

—¿Así, con el vestido de fiesta?

—¿Y qué más da?

Pero Rosenda está furiosa con lo del collar y se queda rezongando que no está bien ir a casa de un muerto vestida de fiesta. Pero no obstante se va preparando. Antonio Balduino toma un café. Las palabras de Rosenda le llegan desde el cuarto.

—Ir a ver á un muerto. ¡Vaya bobada!

Es como para darle una zurra. ¡Qué pesada es! Quería el collar para la fiesta, el pescuezo adornado con cuentas azules. Un collar de doce mil reis... Diez los había dado para la viuda de Clarimundo. Los otros dos mil estaban en su bolsillo. Daban para una cerveza. Un collar en el cuello de Rosenda quedaría bien. Pero sería mejor de color rojo. A Antonio Balduino le gusta el rojo. Aquella negra sabía ser mujer. En la cama no había otra. Pero en cuanto la sacaban de la cama no había quien la aguantara, llena de manís y de remilgos. Negra remilgosa. Le gustaba que le acariciaran la melena. Y se pasaba la vida diciendo que iba a trabajar en el teatro y quería entrar de camarera. Que había nacido para el teatro, decía. Se enfrió el café. Y además estaba ralo. Un café, si no es bien fuerte es como si nada. Ni siquiera sabe hacer un café como Dios manda. La mujer de Clarimundo sí que lo hacía bien. Si no encuentra un hombre va a acabar pasando hambre. Los tiempos están malos, y lavando ropa no come nadie. Además, ella no lo aguanta. Tan flaca... Del cuarto llega la voz de Rosenda, irritada:

—¿Vas a ir o no?

—¿Por qué?

—A ver si vienes a cambiarte de ropa de una vez. ¿A qué hora vamos a llegar? Y encima pasar por la casa del muerto. Son ganas. Vestidos de baile, además. ¿Dónde se ha visto bobada semejante?

Antonio Balduino se viste de blanco, pero como ha de pasar por casa de Clarimundo, no se pone la corbata roja. Sale de mal humor. Rosenda también. Van separados como si no se conocieran. Suben globos cielo arriba. En casa de Osvaldo encendieron una hoguera. Estallan tracas y buscapiés.

* * *

Clarimundo no verá los globos de este San Juan. Nunca en su puerta había faltado una hoguera ni el estampido de los cohetes. Los amigos iban a beber vino de jeníparo y cachaza. Antonio Balduino había ido a menudo. Soltaban buscapiés que corrían tras los transeúntes distraídos. Una vez soltaron un globo enorme, de seis metros, en forma de zepelín, con tres bocas. Una maravilla. Un diario llevaba la foto al día siguiente. La sala estaba llena. Hoy también la sala estaba llena, pero no había hoguera en la puerta. Tendido en un ataúd, Clarimundo tiene los ojos cerrados. Pasan globos por el cielo. Clarimundo no los ve. No ve la hoguera de casa de Osvaldo. Los otros años apostaban a ver quién hacía una hoguera más grande. Este año la de Osvaldo es la mayor porque en casa de Clarimundo sólo arden las velas al lado del difunto. El rostro está irreconocible. La bola de hierro del guindaste aplastó la cabeza del estibador, le rompió los huesos. También hoy soltaron un globo en forma de zepelín. Todos corren a las ventanas para verlo. Va lleno de luces, atravesando el cielo azul. Sólo Clarimundo no lo ve, porque el guindaste lo mató trabajando en el muelle. Los otros estibadores están allí. El sindicato corre con el entierro. De los que están allí muchos irán al baile del «Liberdade na Bahía». Jubiabá no irá porque está encomendando al muerto. En su mano balancea unas hojas. Tampoco irá el Gordo, seguro. Se quedará velando a Clarimundo, ayudando a Jubiabá en sus rezos. Pasan globos en la noche. Clarimundo, el negro Clarimundo, esta noche no tiene hoguera ante su casa. Pero el negro Antonio Balduino cogerá una borrachera a causa de su muerte. Y de ahora en adelante mirará a los guindastes como enemigos.

La mujer de Clarimundo habla con voz resignada y como quien se libra de una opresión.

–Tenía que pasar. Siempre cuando salía yo pensaba que iban a traérmelo en brazos, muerto por los guindastes...

La hija mayor, de diez años, llora apoyada en la mesa. El menor, de tres años, mira los globos que pasan por el cielo. Jubiabá encomienda al muerto. Antonio Balduino se emborrachará esta noche. De una casa próxima llegan sonos de samba e invaden la casa del difunto.

* * *

El «Liberdade na Bahia» está abarrotado. Vibran las carcajadas en el aire. El olor a sudor llena la sala, pero nadie lo nota. El «Jazz dos 7 Canarias» está delirante. Las parejas casi no se pueden mover por la sala. Juvencio dejó las funciones de maestresala para decirle a Balduino:

–Al fin nos honras con tu presencia...

Juvencio viste de azul. Balduino presenta a Rosenda, que lleva un vestido verde de fiesta. Se quedan en la entrada hasta que acaba la música. Las parejas salen y ellos entran. Las mulatas miran a Rosenda Roseda y cuchichean. El vestido verde es un éxito. Todos los negros la miran. Rosenda le dice a Antonio Balduino:

–Parece que nunca hayan visto a nadie...

Pero está satisfecha y risueña. Si hubiera venido con el collar iba a dar el golpe. Antonio Balduino también está satisfecho al ver el efecto de la negra. Todos los miran y cuchichean. Rosenda Roseda mueve las cachas al caminar como si bailara una samba. Se paran en medio de la sala, bajo las luces. Rosenda va a los servicios a alisarse el pelo estirado a hierro. Unos negros se acercan a hablar con Antonio Balduino. Joaquim ya está medio borracho:

–Está bueno esto, amigo... Ya anduve bebiendo por ahí...

–Creí que ibas a la fiesta de Joao Francisco...

–Y claro que voy... Pero primero he de dar un garbeo por aquí. A ver esto. Está bueno. La mulata está que tumba, ¿eh?

–¿Rosenda? ¿La quieres?

–Yo no quiero los restos de otro...

Ríen los negros. Uno pregunta a Antonio Balduino quién le dio aquel tajo en la cara. El negro miente, inventando historias de una pelea con seis hombres. Zefa está en el baile y acecha a Antonio Balduino. Él se le acerca y se queja diciendo que «parece como si no quisieras trato con los pobres». Rosenda sale del lavabo y sonrío. Sus dientes son blancos. Zefa la mira con envidia.

—Ahí te viene la patrona...

Rosenda se sienta junto a Zefa, en el sitio donde estaba Antonio Balduino, que fue a echar un trago, allá dentro, con Joaquim y Juvencio. Se retrasa la danza porque los músicos están bebiendo cerveza. Pero de repente explota en la sala la música de una marcha de carnaval. Antonio Balduino mira desde su mesa. Son muchas las parejas. No vale la pena bailar ahora. Se mira los zapatos, rojos y nuevos. Si se mete en la danza le van a pisar los zapatos nuevos. Joaquim encuentra los zapatos muy bonitos. Antonio Balduino dice que va a buscar a Rosenda para beber una cerveza. Cuando se levanta, ve a la negra danzando con un blanco. Se vuelve hacia Joaquim:

—¿Quién es ese?

—¿Cuál?

—El que está bailando con Rosenda.

—Es Carlos, un chófer. Peleón él...

¿Dónde se ha visto que una dama que va al baile acompañada dance con un desconocido sin pedirle permiso al caballero que la trajo? No hay derecho. Rosenda le ha hecho una faena. Se ha enfadado con lo del collar y ahora quiere molestar al negro. Zefa no baila. Se acerca a su mesa y acepta una cerveza:

—Tu mulata anda cachonda, negro. Mira cómo se ríe con el blanco. Es tremendo este Carlos...

Joaquim saca a Zefa a bailar. Zefa ríe, se ríe de Antonio Balduino. Todos piensan que está enamorado de Rosenda, que ella le dio un hechizo para cazarlo. Antonio Balduino pide aguardiente al chico, uno que lleva la pata de palo. En la mesa de al lado hay un tipo que quiere pelearse con todo el mundo.

Las negras bailan en la sala. El jazz se quiebra de tanto entusiasmo. Rosenda baila. Carlos le habla al oído. Eso no vale, amigo. ¿Por qué no va Juvencio a advertírselo? Antonio Balduino piensa:

—¿Será que ando con mal de cuernos?

Bonita aquella mulatita que se quedó sin bailar junto a la vieja gorda. Tiene una cara que es un primor. Los pechitos pequeños. Rosenda pasa junto a la ventana y se ríe. ¿Por qué no puede pensar Balduino en la mulatita? Pide más aguardiente. Todo por culpa del collar. ¿Por qué no le iba a dar el dinero a la mujer de Clarimundo? Clarimundo murió bajo el guindaste. El collar era azul. ¡Si por lo menos fuera rojo! Rosenda pasa otra vez riendo. ¿Es que quieren reírse de él? No conocen al negro Balduino. Siente el contacto de la navaja en el bolsillo del pantalón. Estaría bien el tal Carlos con un chirlo en la cara. Además, no queda bien un collar azul con un vestido verde. Otro vaso de cachaza. ¡Si fuera un collar rojo! Mañana la mujer de Clarimundo empezará a lavar ropa. Mal trabajo. Está muy flaca y acabará tuberculosa. Rosenda se está ganando una zurra. Nunca una negra le hizo tal cosa. La sala está llena. Las negras de vestido de baile danzan como mujeres elegantes. Pocas mujeres visten como la negra Joana. Pero hoy Rosenda está más bonita. El chófer va satisfecho, exhibiendo a su pareja. El dinero del collar lo dio para Clarimundo. El jazz para, pero las palmas lo obligan a empezar de nuevo. En la mesa de al lado un hombre quiere pelear con quien sea. Balduino se mueve:

—Ya voy, mulato.

—Gracias, caballero, pero no va con usted...

Y protesta contra el camarero, contra su compañero de mesa.

—Hoy aquí va a haber hule...

Antonio Balduino podía pedirle a Jubiabá que le hiciera un hechizo para que Rosenda quedara perdidita por él. Un negro canta con el jazz.

«Mulata, tú me despreciaste...»

Pero no le gusta lograr a una mujer con hechizos. ¡Que se vaya si quiere! Pero lo que no puede admitir es un papelón como este. Vamos. ¿Dónde se ha visto? Él la ha traído, y ella se pone a bailar con otro. Quiere darle celos. Las negras se animan con el ritmo de marcha. Un negro viejo cuenta una historia al otro lado. El que quiere pelea le interrumpe constantemente. Apesta a sudor. Un individuo quiere convencer a una mulata para que se vaya con él. Naturalmente, el chófer le está pidiendo lo mismo a Rosenda. Ella se ríe. Balduino se levanta. El dinero lo había dado para la mujer de Clarimundo. Se acerca al chófer y coge a Rosenda por el brazo:

–A bailar conmigo...

El chófer se ofende:

–Esta dama está conmigo...

–Yo la traje. Este vestido se lo compré yo. Ella quería un collar, pero yo di el dinero para la mujer de Clarimundo. Lo mató el guindaste...

Tira de Rosenda que se queda indecisa, con miedo. Ella sabe que al negro Balduino le gustan las peleas. Pero el chófer no está dispuesto a ceder a su chica. Acaba la música y ellos se quedan en medio de la sala, discutiendo. Juvencio se acerca a decirles que no está permitido quedarse parado en medio de la sala. El chófer se enfada:

–Lárgate...

Joaquim se acerca:

–¿Qué pasa?

Rosenda coge del brazo a Joaquim:

–Baldo quiere pegarse porque yo estaba bailando con este caballero. No les dejes pelearse, Joaquim.

Ahora todos los miran. El borracho que quería pegarse con todo el mundo se pone a disposición de Antonio Balduino:

–¿Me necesita, caballero?

Juvencio les dice que no hagan bobadas, y pide música, maestro. Empieza un fox. Antonio Balduino agarra a Rosenda. El chófer dice:

–Nos veremos...

Rosenda queda toda remilgosa. Ahora que Balduino se la ganó al otro, ella se pone tierna y se apretuja contra él. El negro piensa que quedaría mejor con el collar rojo. El hombre que buscaba gresca, al fin ha logrado armarla allá abajo. El chófer está esperando en la puerta. Se acabó el barullo. Sigue la danza. Juvencio bate palmas en la sala. Este fox parece música de entierro, de tan triste. Clarimundo murió y ya no verá más globos de San Juan. Cuando acaban de bailar. Amonio Balduino se acerca al chófer:

–Mira amigo, yo sólo quería mostrarte que no eres hombre para quitarme una mujer. Ahora puedes quedarte con ella, que no quiero estos cueros ni para tocar el tambor.

El bailongo se destroza en la danza. Y el negro acaba la noche dirigiendo el «Jazz dos 7 Canarios». El maestro agarró una borrachera que no se aguanta. El chófer desapareció con Rosenda. El baile huele a sudor. Los negros ríen y se parten bailando la machicha.

ROMANCE DE LA «NAU CATARINETA»

Lindinalva leía en la galería poesías de amor, romances románticos. Le gustaba el de la «Nau Catarineta»:

*«Ahí viene la Nau Catarineta
que tanto trae que contar.»*

La «Nau Catarineta» podía traerle un novio, quién sabe. Una vez un chiquillo que pedía limosna le dijo que su novio vendría en un navío cortando el mar. Ella lo espera. Y mientras lo espera lee en la galería novelas románticas, poesías de amor.

Desde el casamiento de la chica de la casa de enfrente la Travessa Zumbi dos Palmares perdió lo que le quedaba de poesía. Nunca más el galán cruzó la calle y tiró claveles a la baranda. Los novios se fueron a vivir a una calle bulliciosa, y la casa cerró completamente sus ventanas, encubriendo el retrato del joven militar que mató con su muerte toda la alegría de aquella familia. Lindinalva se entristeció cuando se casaron. Le gustaba esconderse en los jardines del comendador mirando los amores de la vecina y tenía su parte en el clavel que el enamorado le lanzaba a la novia. Aquellos amores eran el motivo romántico de la calle. Después se casaron, y Lindinalva, que nunca había cruzado una palabra con la vecina, se sintió más sola, más aislada. Amelia envejecía en la cocina. Un año después de haber huido Antonio Balduino, Lindinalva lloró la muerte de su madre. El comendador, viudo, dividía su tiempo entre los negocios y los amores fáciles. Le dio por la bebida, y Lindinalva vivía abandonada en el caserón donde habían muerto los gansos y se mustiaban las flores. Lindinalva leía la historia de la «Nau Catarineta» y deshojaba rosas. Un día llegaría su novio en un navío. Lindinalva soñó tanto con eso que tuvo una sorpresa cuando supo que Gustavo (el Dr. Gustavo de Barreira, abogado, de una de las mejores familias de la capital) había llegado hacía poco de Río con su título y una voluntad decidida de hacer fortuna. Fue abogado del comendador en un negocio, y así conoció a Lindinalva. Las pecas que hacían que Lindinalva no fuera bonita le daban un aspecto de raro atractivo. Y el cuerpo delgado, de senos altos y puntiagudos tentaba los ojos del abogado. El noviazgo transcurrió risueño y la Travessa Zumbi dos Palmares adquirió nueva vida. Paseaban del brazo y él decía cosas románticas. Desde la casa de enfrente, las amapolas se inclinaban en el muro para ver a los enamorados. Amapolas rojas, carnosas como labios. Él dijo una vez:

–Las amapolas invitan al pecado... –y la besó.

El viento balanceaba las amapolas. Lindinalva era tan feliz que se olvidó del negro Amonio Balduino, con quien soñaba en sus noches de pesadilla. Soñaba ahora con una casita, un jardín con amapolas, muchas amapolas rojas como pecados...

* * *

El comendador quebró (las mujeres se comieron la casa, decían los comerciantes). El novio resultó un tipo raro. Trabajaba mucho pero no conseguía nada. El comendador pasaba la vida en los burdeles más baratos y el novio iba a ver a Lindinalva todas las tardes. Un día dejaron la casa, que quedó para los acreedores. Fueron a vivir muy lejos, y era el novio quien sustentaba la casa. Un día de temporal, se quedó a dormir. El comendador se había quedado también en el burdel. La puerta del cuarto de Lindinalva sólo estaba entornada. Gustavo entró. Ella se embozó en la sábana. Sonriendo.

Pero Lindinalva no pensaba que todo pudiera cambiar así, tan de repente. Durmieron juntos varias veces, y al principio todo era muy bonito. Noches dulces de amor, besos que dolían en los labios, manos que acariciaban los senos como si deshojaran amapolas. Pero poco a poco se fue alejando, quejándose de que los negocios no prosperaban, de las dificultades de la boda, que fue aplazada tres veces. El comendador murió en el burdel. Los diarios dieron la noticia. Gustavo se sintió ofendido con aquello, declaró que su carrera estaba comprometida y el día del entierro no apareció. Días después le hizo llegar dos billetes de cien mil reis. Lindinalva le escribió que quería verlo. Pasó una semana y al fin vino. Llegó tan sombrío y con tanta prisa que ella no lloró ni dijo que estaba encinta.

CANTIGA DE AMIGO

Fue Amelia quien le dijo a Antonio Balduino que Lindinalva se había echado a la vida. Amelia estaba maternal y tierna desde que la desgracia se abatió sobre la casa del comendador. Había sido padre y madre para Lindinalva. Pero cuando se mudaron, Lindinalva se empeñó en que buscara otro empleo, que no los acompañara. Ella hubiera querido ir, pero Lindinalva no se lo permitió; incluso llegó a enfadarse. Amelia tuvo que ir para la casa de Manuel das Almas, portugués rico que poseía una confitería en la ciudad. Por esta época Antonio Balduino andaba por las plantaciones de tabaco. Cuando Lindinalva dio a luz, fue Amelia quien la ayudó. Abandonó el empleo para quedarse con la chiquilla, que era como llamaba a Lindinalva. De ella fue el dinero para el parto, y ella fue la enfermera, abnegada y buena. Tan buena que Lindinalva no sentía la humillación. Gustavo, que se había casado con la hija de un diputado, mandó cien mil reis para Lindinalva y una petición angustiada de silencio. Lindinalva le contestó que podía quedarse tranquilo, que nunca iba a revelar nada. De nuevo hizo que Amelia buscara empleo. Y aceptó la invitación de Lulú, que era el ama del burdel más caro de la ciudad, el «Monte Carlo». Antonio Balduino oyó todo esto con la cabeza baja, pasándose la mano por el tajo de la cara. La noche, allá fuera, estaba lluviosa.

La criatura, un chiquillo fuerte como el padre y triste como la madre, se quedó con Amelia. Lindinalva hizo aquella noche su estreno en el «Monte Carlo» con un vestido de baile descolado. Lulú le dio instrucciones: pedir bastante bebida, y bebida cara. Arrimarse con preferencia a los gordos hacendados del cacao, del tabaco, de la caña de azúcar. Lindinalva tenía un cuerpo esbelto, de virgen, que tenía que gustar a los viejos. Y que los explotase cuanto pudiese. Era la vida...

Sonaba un vals lento cuando ella entró en la sala del burdel. En el seno llevaba la llave del cuarto y tenía que entregarla al hombre que la invitara. Con aquella llave se abrían los secretos de su cuerpo... Lindinalva no tiene ganas de llorar. Es la música, que es triste. Las parejas se arrastran por la sala. Aún es temprano, y no hay mucha gente en el salón. Sólo dos mujeres que están en una mesa con unos muchachos que beben cerveza...

Lindinalva se sienta en una mesa de mujeres... Una rubia explica:

—Es la novata.

Las mujeres miran a Lindinalva con indiferencia. Sólo la mulata, que bebe una copa de aguardiente, le pregunta:

—¿Y qué vienes a hacer aquí?

La música se arrastra con tristeza. La voz de Lindinalva tiembla:

—No encontré trabajo...

Una francesa ofrece cigarrillos:

—A ver si viene hoy Pedro... Necesito dinero.

La mulata mira la copa y de pronto suelta una carcajada. Las otras no se preocupan. Ya están acostumbradas a las tonterías de Eunice. Pero Lindinalva se asusta. ¿Por qué ponen una música tan triste? Bien podían tocar una samba alegre. De la calle llega un ruido confuso de voces y autobuses. Un ruido de vida. La pensión parece un cementerio con música. Es lo que Eunice está diciendo:

—Nosotras estamos muertas, y lo sabemos. La vida se acabó. Una puta es casi como un muerto.

La francesa espera al rico Pedro. Necesita dinero. Recibió una carta de los padres, que están en una provincia de Francia. El hermano se está muriendo. Y le piden que ella, que va tan bien con su casa de modas en el Brasil, les mande algún dinero. Ella golpetea con los dedos en la mesa:

—Casa de modas... casa de modas...

Eunice bebe de un trago:

—Todas muertas... Todo un cementerio...

—Pues hija: yo estoy bien viva... —replica una morena joven—. Esta Eunice tiene cada idea... —y sonríe.

Lindinalva la mira. Es casi una niña. Una niña alegre de pelo negro. La rubia sí que es vieja, tiene arrugas y un aire lejano, como quien vive en lejanos parajes. La música del vals se extingue. Dos individuos entran en el salón y piden mezclas complicadas. La chiquilla morena se va a quedar con ellos. Le tocan los muslos, piden más bebida, le dicen cosas al oído. Lindinalva siente una

tristeza inmensa y unas ganas inmensas de acariciar a la morenita. Eunice pide un pitillo. ¿Será que tiene también pena de la chiquilla morena?

–¡Somos la escupidera de todos...! –Eunice cree que está sonriendo.

Ahora la orquesta toca un tango. Habla de amor, de abandono, de suicidio. Entran hombres ricos de la ciudad. Lindinalva conoce a aquel comerciante. Una vez, cuando iban prósperos los negocios del comendador, almorzó en su casa. El comendador acabó por los burdeles y fue a morir en el cuarto de una mujer. ¿Cuántas de aquellas habrán conocido al comendador? ¿Cuántas se habrán reído de él? ¿Cuántas le esperarían para pedirle dinero? Ahora Lindinalva espera también un comendador que le traiga dinero, que gaste en bebida para que Lulú quede satisfecha y no la eche. El tango habla de abandono. En el burdel, Lindinalva no quiere acordarse de su hijo. En este momento estará tendiendo los brazos hacia Amelia. Cuando diga «mamá» se dirigirá a Amelia. Cuando sonría, Lindinalva no estará allí. Los dos muchachos cuchichean con la mocita morena. ¿Qué le estarán proponiendo? Ella dice que no. Pero el día está malo. Hay poca gente. Ellos insisten, y la chiquilla se va con los dos hacia el cuarto. Eunice escupe con fuerza. Está rabiosa. Lindinalva tiene ganas de llorar. Lulú sonríe y muestra a Lindinalva a los comerciantes. Dice algo en voz baja. Eunice avisa:

–Ahora te toca a ti...

La francesa hace un ademán. ¿Qué importa? Todas están muertas, dice el tango. Ya lo dijo también Eunice. Ella ya no es Lindinalva, la pálida Lindinalva que corría por el parque de Nazaré. Ahora está muerta, su hijo está con Amelia. Cuando pasa junto a Lulú, la madama le dice en voz baja que pida champán. Después, en el cuarto, el comerciante (el mismo que había comido en su casa) le pregunta qué es lo que hace, además de lo normal. Todas están muertas. Han muerto todas. Eunice bebe más aguardiente. Solloza el tango. Así fue el estreno de Lindinalva.

* * *

Pronto fue ya vieja para los burdeles caros. Los ricos ya no van con ella. Ahora su boca conserva siempre un regusto amargo de aguardiente. Eunice tuvo que irse a la Rua de Baixo, donde las mujeres cobran unas monedas. Hoy se irá también Lindinalva. Alquiló una habitación en la misma casa que Eunice. Durante el día fue a ver a su hijo en el cuarto donde vive Amelia. Gustavinho está lindo, los grandes ojos vivos, la boca carnosa como aquella flor roja de que hablaba Gustavo. Lindinalva ni se acuerda del nombre. Ahora sabe palabrotas en francés y toda la jerga de las mujeres de la vida. Pero el niño dice «mamá» y ella se siente pura como una virgen. Le cuenta cuentos, cuentos que le oyó a Amelia en otros tiempos, cuando ella era Lindinalva. En la casa adonde irá a trabajar ahora, la patrona le dice que en adelante su nombre será Linda, a secas. Le cuenta al hijo la historia de la Cenicienta y se siente feliz, muy feliz. (Qué hermoso si el mundo acabara en aquel momento, si murieran todos.)

Se quedan en la sala de atrás con las ventanas entornadas. Pasan los hombres por la calle y ellas los llaman. Unos entran, otros dicen porquerías, algunos pasan de prisa con paquetes. Eunice está borracha y dice que ya murió, que están todas en el infierno. La polaca vieja se queja de su mala suerte. El día anterior no cazó ninguno. Hoy tampoco. Tal vez tenga que ir a la Ladeira do Taboao, donde las mujeres cobran un puñado de calderilla y mueren luego envilecidas por completo. Lindinalva está lejos de allí. Está con su hijo en el pobre cuarto de Amelia. El niño sonríe y dice «mamá». Tiene unas ganas locas de besar los labios carnosos del niño, de continuarle contando la historia de la Cenicienta. La madama pone en marcha una gramola. Los pechos blandos de Eunice le saltan bajo la combinación. Llama a los hombres desde la ventana. Tal vez cuando Gustavinho sea mayor pase por estas calles. Pero cuando esto ocurra ya habrá muerto Lindinalva, y él no la verá tras las ventanas llamando a los hombres. De Lindinalva sólo guardará el recuerdo de una joven sencilla y bonita que le contaba el cuento de la Cenicienta.

Eunice sigue diciendo que todas están muertas. La polaca pide prestados dos mil reis. Un muchacho melencólico atiende a la llamada de Lindinalva. Eunice habla:

–Buena suerte. Linda –y levanta la copa imaginaria.

En el cuarto el muchacho pregunta cómo se llama, quiere saber toda su vida, dice que es poeta y recita versos (habla de su madre enferma que está en el *sertao*), dice que ella es hermosa como las

acacias, compara sus cabellos con trigales, promete hacerle un soneto. La gramola se deshace en una samba en el comedor. Al muchacho le gustan los tangos románticos. Pregunta la opinión de Linda sobre política:

–Es una bobada, ¿no?

Así fue el estreno de Linda.

* * *

Lindinalva bajó de escalón en escalón. Acabó junto a la ciudad baja, en la Ladeira do Taboao. De la Ladeira do Taboao las mujeres sólo salían para el hospital o para el depósito municipal. De todos modos iban en automóvil: o en la ambulancia o en el coche rojo de los cadáveres.

En la Ladeira do Taboao, toallas en las ventanas y caras negras en las puertas.

Lindinalva había ido a ver a Gustavinho, convaleciente de sarampión. Él estiró los brazos y sonrió alegre al ver a su madre:

–Mamá, mamá...

Después puso cara seria y preguntó:

–¿Cuándo vendrás a vivir con nosotros, mamá?

–Un día de estos, hijo mío, un día de estos...

–Ya verás qué bien vamos a estar, mamá...

Lindinalva pasó junto al viejo elevador que une las ciudades alta y baja. Sonrió respondiendo a la sonrisa del conductor del autobús y siguió hasta el número 32, donde había alquilado un cuarto.

Gustavinho tenía que engordar. Había adelgazado con el sarampión. Empujó la puerta colonial, pesada, con un llamador de argolla. El número 32 estaba escrito con tinta azul clara, un número muy grande. Gritaron desde arriba:

–¿Quién eres?

Lindinalva subió las escaleras sucias. Tenía los ojos casi cerrados, y le ardía el pecho. Había pasado la noche pensando... Al principio intentó dormir, pero cuando le vino el sueño tuvo pesadillas horribles en las que veía mujeres sifilíticas de enormes dedos hinchados, todas juntas a la puerta de un hospital minúsculo. Cargaban una ambulancia... No, no era una ambulancia... Era el cuerpo del comendador que había muerto en un burdel... Y después era el cuerpo de Gustavinho que había muerto del sarampión... De repente acabó todo y quedó sólo el negro Balduino dando grandes carcajadas de placer, con un billete de cinco mil reis y unos níqueles en la mano.

Despertó envuelta en sudor. Bebió agua.

Noche horrible de su vida. Lindinalva ahora no pensaba. Era su destino... El destino era así. Para unos bueno, para otros, miserable. Cada persona nace con su destino, él no viene en la «Nau Catarineta». El destino suyo era un destino ruin. ¿Qué le iba a hacer?

Subía las escaleras de mala gana. La víspera, la mulata que alquilaba los cuartos del quinto piso le había dicho claramente:

–De aquí, mi amor, o para el hospital o para el agujero...

Miró el cielo por la ventana:

–Ya vi salir tantas...

Lindinalva sube las escaleras con los ojos distantes. ¿Por dónde andará aquella Lindinalva que reía y saltaba en el Parque de Nazaré?

Va inclinada, y sus mejillas hundidas llevan lágrimas que resbalan. Lindinalva llora, sí... Caen las lágrimas de sus ojos, lágrimas que lavan la suciedad de la escalera.

Lindinalva va inclinada, su rostro pecoso y blanco oculto por el brazo. Caen las lágrimas por su cara triste. Lindinalva tiene un hijo y le gustaría vivir para él. Pero de la Ladeira do Taboao las mujeres sólo salen para el hospital o para el depósito de cadáveres.

En el quinto piso una mujer le dice a otra:

–Es la Pecosa. Dejadla, la pobre viene llorando...

En la voz hay una piedad ardiente.

Así fue la recepción de la Pecosa.

GRÚAS

Irán a la «Linterna de los Ahogados», al muelle, donde la noche es bonita. Salen de la Baixa dos Sapateiros y bajan por la Ladeira do Taboao. Al fin el Gordo vio una estrella que nunca había visto: –Mira, una estrella nueva... Aquella es mía.

El Gordo ganó una estrella y va satisfecho. Jubiabá dice que las estrellas son hombres valientes que murieron. Debe de haber muerto un hombre valiente, un hombre que merezca una historia en verso, pues el Gordo descubrió una estrella nueva. Joaquim busca una, pero no la encuentra. Antonio Balduino piensa en quién habrá muerto esta noche. Hay gente valiente en todas partes. Cuando él muera brillará también una estrella en el cielo. La descubrirá el Gordo, o quizá la descubra un niño, un pilluelo de la calle que pida limosna y lleve una navaja en el bolsillo del pantalón. Les gusta pasear por las calles desiertas en las noches de luna llena, cuando la ciudad aparece envuelta en una luz amarilla. No hay nadie por las calles, y las casas tienen las ventanas cerradas. Los hombres duermen. Ellos son de nuevo los dueños de la ciudad como en los tiempos en que mendigaban. Son los únicos hombres libres de la ciudad. Son vagabundos, viven a salto de mata, cantan en las fiestas, duermen en el arenal, aman a las mulatas, no tienen hora de dormir ni de despertar. Ze Camarao nunca trabajó. Ya está empezando a envejecer y siempre vivió igual, vagabundo, peleón, tocador de guitarra, luchador de capoeira. Antonio Balduino fue su mejor discípulo. Y fue más lejos que el maestro. Lo fue todo en la vida. Hasta trabajador en las plantaciones de tabaco, boxeador y artista de circo. Ahora vive de hacer una samba de vez en cuando y de cantarla en las fiestas de los negros de la ciudad. Joaquim trabaja tres o cuatro días al mes, cuando le viene en gana. Carga maletas por otros cargadores que andan con demasiado trabajo. El Gordo vende diarios cuando Balduino no está en Bahía. Cuando Balduino llega, se acabó todo. Va detrás del negro en esa vida deliciosa de no hacer nada, de vivir suelto por la ciudad dormida. Antonio Balduino pregunta:

–¿Qué hacemos? ¿Vamos a anclar a la «Linterna de los Ahogados»?

–Vamos...

La Ladeira do Taboao está silenciosa a estas horas de la noche. El servicio del viejo elevador ya ha terminado y la torre parece inclinarse sobre la ciudad. En las ventanas más altas brillan luces. Son las mujeres de la vida que volvieron de la calle y despachan a los últimos hombres.

Joaquim silba una samba. Ellos van callados, sólo el silbido de Joaquim corta el silencio. Antonio Balduino va pensando en lo que Amelia le contó, en la historia de Lindinalva. Ahora no tendrá tanto orgullo y, si quisiera, él podría poseerla. Ya no es la hija del patrón, la rica heredera del comendador, es una tirada de la Ladeira do Taboao que se vende a los hombres por unas monedas. ¡Cómo cambian las cosas! El día que le dé la gana subirá las escaleras del piso donde ella está y la tendrá en sus brazos. Basta una moneda de plata. Él recuerda su fuga de la Travessa Zumbi dos Palmares. Si Amelia no hubiera inventado aquellas mentiras, él seguiría con el comendador, viendo en Lindinalva una santa, trabajaría en el comercio del padre, tal vez impidiera la quiebra del patrón. Habría sido un esclavo. Amelia le había hecho un bien creyendo hacerle un mal. Ahora era libre y podía poseer a Lindinalva cuando le diera la gana. Era pecosa y tenía rostro de santa. Nunca la había mirado con ojos de deseo. Pero desde que Amelia inventó la historia de que Balduino la espiaba cuando estaba en el baño, el negro no poseyó a otra mujer. Durmiera con quien durmiera, era con Lindinalva con quien dormía. Incluso durmiendo con Rosenda Roseda. Se la había regalado al chófer. Ella bailaba ahora en un cabaret barato, tirada a la vida también, y ya le había mandado pedir dinero prestado. Rosenda era mulata vanidosa y ahora las estaba pagando. Lindinalva no era vanidosa, pero había acabado odiándole. También las estaba pagando. Andaba por la Ladeira do Taboao, donde viven las mujeres más tiradas de la ciudad, las más baratas y gastadas. Podía tenerla cuando le diera la gana. Entonces ¿por qué no está alegre?, ¿por qué se entristece y no mira el espectáculo de la luna llena? ¿No estuvo toda su vida esperando que llegara el día de tener a Lindinalva? Entonces ¿por qué no sube hasta el quinto piso del número 32 de la Ladeira do Taboao y no llama en la puerta de Lindinalva? Allí está la cosa. Van a pasar por delante. La calle duerme en silencio y sólo se oye el silbido de Joaquim. ¿Qué viento frío del mar es el que hace temblar a Antonio Balduino? De la puerta del 32 sale de pronto una mujer, con los pelos sueltos. En cuanto

aparece en la puerta, Balduino tiene la certeza de que es Lindinalva. Pero es un trapo humano, una figura que perdió el nombre en la Ladeira do Taboao. Rostro pecoso y demacrado, manos finas temblorosas, ojos saltones y brillantes. El viento sacude su cabello. Ella se para ante los tres hombres, mueve los brazos, tuerce las manos en gesto de súplica:

–Dos mil reis para una cerveza... Dos mil reis, por vuestra madre...

Los hombres están mudos de espanto. Ella piensa que no se los van a dar:

–Entonces, un pitillo... un pitillo... Hace dos días que no fumo...

Joaquim le tiende un pitillo. Ella lo aprieta entre sus dedos flacos y se echa a reír.

Es Lindinalva, sí. Por eso Antonio Balduino tiembla como si tuviera fiebre. Un viento frío viene del mar. Con la llegada de la mujer lo ha invadido un horror profundo. Tiembla, tiene miedo, quiere echar a correr, huir al fin del mundo. Pero está clavado en el suelo mirando el rostro pecoso y descarnado de Lindinalva. Ella no lo reconoce. Ni lo ve siquiera. Fuma el cigarrillo y pregunta con voz suave, voz que recuerda a aquella otra Lindinalva que corría por el Parque de Nazaré y jugaba con el negrito Baldo:

–¿Y la cerveza? ¿No me la vais a dar?

Antonio Balduino consigue sacar diez mil reis del bolsillo. Se los da a la mujer, que ríe y solloza. Y temblando de miedo, temblando de horror, sale corriendo por la Ladeira y sólo encuentra descanso cuando llega a casa de Jubiabá, llorando junto al *pai-de-santo*, que le acaricia como el día en que Luisa enloqueció.

* * *

Cuando pasó el horror –y duró días– volvió a casa de Lindinalva. En el cuarto, casi enteramente ocupado por una cama, Lindinalva agoniza. Amelia contiene las lágrimas. Él entra levemente, como le recomendó la prostituta que solloza en el rellano. Amelia no se asombra de verle. Se lleva el dedo a la boca recomendando silencio. Y se acerca a él, que pregunta:

–¿Enferma? –y señala a Lindinalva con el dedo.

–Se muere...

Con la muerte que se acerca, volvió a ser la misma Lindinalva de la Travessa Zumbi dos Palmares. Su rostro pecoso, rostro de santa. Las manos que tocaban el piano y deshojaban rosas son las mismas. Nada queda de la Lindinalva del burdel «Monte Carlo», de la Linda de la Rua do Baixo, de la Pecososa del Taboao. Ahora es de nuevo la hija del comendador, que vivía en la casa más bonita de la Travessa Zumbi dos Palmares y esperaba un novio que llegaría en la «Nau Catarineta». Pero se mueve y aparece otra Lindinalva. A esta no la conoció Antonio Balduino. Pero Amelia sabe cuál es. Es la novia de Gustavo, la amante de Gustavo, la madre de Gustavinho. Un rostro risueño de señora joven. Murmura algo. Amelia se acerca y le coge la mano. Está diciendo que quiere ver al hijo, que se lo traigan, que va a morir. Amelia vuelve llorando. Antonio Balduino pregunta:

–¿Y el médico?

–Nada pudo hacer... Dice que sólo queda esperar la muerte...

Pero Antonio Balduino no se conforma. Tiene una inspiración:

–Voy a buscar a padre Jubiabá...

–Pasa por mi casa y tráete al niño...

Y él, que fue allí para vengarse, para poseerla y luego tirarle dos mil reis en la cama, que vino para insultarla, para decir que una blanca no vale nada, que un negro como él hace de ella lo que quiere, ahora va a buscar a Jubiabá para ver si la salva. Si sana, él desaparecerá, pero si muere, ¿qué va a hacer en la vida? No le queda más camino que el camino del mar, por donde entró Viriato el Enano, que tampoco tenía a nadie en el mundo. Sólo entonces Antonio Balduino comprende que si muere Lindinalva, quedará solo, sin razón para vivir.

* * *

Vuelve con el niño. Jubiabá no estaba. Nadie sabía para dónde había ido. Antonio Balduino lo buscó inútilmente. Maldijo al viejo hechicero. Lleva al chiquillo de la mano. El niño tiene la misma nariz que Lindinalva, las mismas pecas. Pregunta muchas cosas, quiere saberlo todo. Antonio Balduino le va explicando, lleno de paciencia.

Al llegar a la escalera coge al niño en brazos. Amelia le advierte, sofocando los sollozos:

–Entra... está muriendo...

Antonio Balduino pone al niño junto a la cama. Lindinalva abre los ojos:

–Mi hijito...

Quiere sonreír y su boca hace una mueca amarga. El niño se asusta y empieza a llorar. Amelia se lo lleva después de que Lindinalva le ha dado un beso en la mejilla. Quería besarle en los labios. Aquellos labios que eran los de Gustavo. Pero no puede...

Ahora llora y no quiere morir. Ella, que pidió la muerte tantas veces. Presiente que hay alguien más en el cuarto. Pregunta a Amelia:

–¿Quién es?

Amelia queda confusa, sin saber si debe decirlo. Pero Antonio Balduino se acerca con los ojos bajos. Si uno de sus amigos lo viera ahora, tal vez no comprendiera por qué llora. Lindinalva procura sonreír al reconocerlo:

–Baldo... fui mala contigo...

–No importa...

–Perdóname...

–No diga eso... No me haga llorar...

Ella pasa la mano por el pelo del negro y muere diciendo:

–Baldo, ayuda a Amelia a criar a mi hijo... Baldo, cuida de él...

Antonio Balduino se lanza a los pies de la cama como un negro esclavo.

* * *

Él quiere que el ataúd sea blanco, como de virgen. Pero nadie le comprende, ni siquiera Jubiabá, que sabe tantas cosas. Sólo el Gordo comprende, porque el Gordo es muy bueno, pero en el fondo está asustado porque nunca vio que un ataúd de prostituta fuera blanco. Sólo Amelia asiente:

–La amabas mucho, ¿verdad? Y yo tuve la culpa de todo... Andaba celosa porque todos te querían tanto. Yo llevaba con ellos veinte años. Yo había criado a la pequeña. Merecía un destino mejor... Tan buena...

Entonces Antonio Balduino tiende las manos y explica con aquella voz pesada que tiene a veces:

–Era virgen... Lo juro... Nadie la tuvo... No fue de nadie... Vivía de eso, pero no se daba... Sólo yo la tuve... Sólo yo... Cuando estaba con una mujer, era con ella con quien estaba... Quiero que lleve una caja blanca...

Sí, nadie la poseyó porque todos la compraron. Sólo el negro Antonio Balduino, que nunca durmió con ella, la poseyó. La tuvo en el cuerpo virgen de María dos Reís, en el cuerpo cálido de Rosenda Roseda. Sólo él la poseyó en el cuerpo de todas las mujeres que durmieron con él. En la maravillosa aventura de amor del negro Antonio Balduino y de la blanca Lindinalva, ésta fue blanca, negra, mulata, fue también aquella chinita del Beco de María Paz, fue gorda y delgada, tuvo una voz masculina cierta noche del arenal, mentía como la negra Joana. Pero no puede ir vestida de virgen. Amelia está explicando que amó a Gustavo, que él la poseyó de verdad, sin comprarla. Pero Antonio Balduino no quiere escuchar, y piensa que aquello es otra intriga de Amelia, para apartarlo de Lindinalva.

* * *

Para ayudar al hijo de Lindinalva, el negro Antonio Balduino entró en la estiba en el lugar de Clarimundo, que había muerto aplastado por el guindaste. Ahora iba a tener una profesión, iba a ser esclavo de la hora, de los capataces, de las grúas y de los navíos. Pero si no lo hacía, sólo le quedaba el camino del mar.

Las sombras enormes de las grúas aparecen en el mar. Y el mar, verde y agitado, llama al negro Antonio Balduino. Las grúas hacen esclavos, matan hombres, son enemigas de los negros y aliadas de los ricos. El mar hace hombres libres. Se hundirá y sólo tendrá tiempo de lanzar su carcajada. Pero Lindinalva acarició su cabeza y pidió que cuidara de su hijo.

PRIMER DÍA DE HUELGA

Antonio Balduino se pasó la noche descargando un barco sueco que llevaba material para el ferrocarril y que luego sería abarrotado de cacao. Cargaba un haz pesado de hierros cuando al pasar junto a Severino, un mulato flacucho, éste le dijo:

–Hoy empieza la huelga de tranvías...

Hacía tiempo que se esperaba esta huelga. Varias veces el personal de la Compañía Circular, que controlaba la luz, el teléfono y los tranvías de la ciudad, había intentado alzarse pidiendo aumento de salario. Llegaron anteriormente a una huelga, pero fueron engañados con promesas que aún estaban por cumplir. Y ahora, desde hacía ocho días, la ciudad se levantaba todas las mañanas esperando encontrarse sin tranvías y sin teléfono. Pero la huelga no estallaba, aplazada siempre. Por eso Antonio Balduino no dio demasiada importancia al aviso de Severino. Luego, sin embargo, oyó que un negro alto decía:

–Deberíamos adherirnos; ponernos a su lado...

Los guindastes depositaban en los muelles enormes rollos de barras de hierro. Los negros avanzaban cargados con ellos hacia el almacén, como monstruos extraños, y aun así conversaban. El pito del capataz daba órdenes. Un blanco se pasó el brazo por la frente y se sacudió el sudor:

–A ver si sacan algo...

Volvieron corriendo hacia los rollos de hierro. Severino murmuró mientras cargaba el fardo:

–Su sindicato tiene dinero para aguantar la huelga...

Salió corriendo con el fardo. Antonio Balduino alzaba raíles:

–Todos los meses se paga la cuota. El sindicato tiene que aguantar...

El pito del capataz mandaba que el turno dejara el trabajo. El turno de día estaba a la espera y sustituyó inmediatamente al que salía. Los materiales del ferrocarril seguían entrando en el almacén. Rechinaban las grúas.

Salen en grupos y en la puerta Antonio Balduino recuerda que un hombre fue detenido allí cuando echaba un discurso. Él era entonces un chiquillo, pero lo recuerda perfectamente. Había gritado, y con él todo el grupo, contra la detención del hombre. Había gritado porque le gustaba gritar, abuchear a la policía, tirarle piedras. Hoy siente de nuevo ganas de gritar, como en los tiempos en que corría libre por la calle y veía los guindastes como enemigos dispuestos a aplastarle la cabeza.

Antonio Balduino va solo por la calle. Tomó una copa de caña en el Terreiro. Los hombres hablaban de la huelga.

Antonio Balduino sale cantando cosas del Lampiao:

*«Madre, dame dinero
para comprar un cinturón
y hacerme unas cartucheras
para luchar junto al Lampiao.»*

Un conocido le grita:

–¿Qué hay, Baldo?

El negro hace un ademán con la mano y sigue cantando:

*«La mujer del Lampiao
casi muere de dolor
porque no se hizo un vestido
con el humo de vapor.»*

Ahora canta en sordina, entre dientes:

*«Es Lamp, es Lamp, es Lamp,
es Lamp, es Lamp, es Lamp, Lampiao.»*

Con la huelga que paralizó los tranvías, la ciudad quedó parada, como en fiesta, con un movimiento desconocido. Pasan grupos de hombres hablando animadamente. Empleados de comercio que pasan riendo, gozando a la cara del patrón, que no podrá reclamar su retraso en llegar a la tienda. Una mocita pasa la calle, apresurada, como con miedo. La ciudad está llena de conductores de tranvía, de empleados de las oficinas de la compañía. Discuten acaloradamente. Antonio Balduino siente envidia de ellos porque están haciendo algo (una de aquellas cosas que a Antonio Balduino le gustaba hacer) y el negro no tiene nada que hacer en esta mañana soleada. Pasan los grupos. Van todos hacia el sindicato, que queda en una calle allá atrás. Balduino sigue solo por la calle desierta. Oye el rumor de las discusiones en la calle próxima. Parece que alguien habla desde el sindicato. También él es del sindicato de estibadores. E incluso le hablaron de ser candidato al Comité directivo. Deben de saber que es un negro valiente. Pero un hombre rubio que mascaba un puro y que amaneció borracho, se cruza en su camino:

—¿Tú también estás de huelga, negro? Todo por culpa de la princesa Isabel¹. ¿Dónde se ha visto que un negro sirva para algo? Ahora hasta los negros hacen huelga y dejan los tranvías parados. Los negros sólo sirven para esclavos. Vete, negro; sigue tu huelga. Pero lárgate de aquí, que no te vea porque soy capaz de escupirte a la cara, hijo de perra...

El hombre escupe en el suelo. Está borracho, pero Antonio Balduino lo empuja con fuerza y él cae al suelo, espatarrado en el cemento. Después, el negro se limpia las manos y empieza a pensar qué motivos tendrá ese hombre para insultar así a los negros. La huelga la han declarado los obreros de la fuerza y luz, los de la Telefónica, los conductores de tranvías. Hay incluso muchos españoles entre los huelguistas. Muchos blancos, más blancos que el tipo que queda allá revolcándose en el suelo. Pero ahora todo pobre es negro, esto es lo que le explica Jubiabá.

Del Terreiro llega un rumor de peleas. Son los trabajadores de las panaderías, que se han adherido a la huelga. Y los repartidores vuelcan los cestos en la calle. Los chiquillos se tiran sobre los bollos, e incluso las criadas de las casas ricas se lanzan a abastecerse de pan gratis.

* * *

Lo encuentran a gatas en el cuarto de Amelia, jugando con Gustavinho:

—Soy el hombre-lobo...

Se levanta de un salto. Severino.

—Te necesitamos, Baldo...

—¿Qué pasa? —el negro piensa que va de pelea.

—Se reúne el sindicato...

El negro Henrique se seca el sudor de la cara.

—Trabajo nos costó encontrarte...

Miran a aquel chiquillo blanco que está sentado en el suelo. Antonio Balduino explica medio confuso.

—Es mi hijo...

—La gente quiere adherirse a la huelga... Te necesitamos. Tienes que darnos tu voto.

Deja a Gustavinho con el Gordo y sale riendo, alegre, porque también él va a hacer su huelga. En el sindicato hay un barullo horrible. Todos hablan a un tiempo y nadie se entiende. El comité toma asiento y pide silencio. Un tipo pálido le dice a Balduino:

—Hay policía aquí...

Pero Balduino no ve ningún uniforme. El pálido explica:

—De la secreta. Disfrazados...

Severino hace un discurso. No sólo los operarios de la Circular están pasando hambre. También ellos, los de las dársenas, están igual. Y, además, también cuenta el deber de solidaridad con los obreros de la Circular. Todos son hermanos. Deben adherirse a la huelga. Se suceden los discursos. Uno de los capataces (un hombrecito de faz roja que en sus ratos de ocio jugaba a los dados con ellos en la «Linterna de los Ahogados») suelta un discurso diciendo que era una bobada, que no

¹ Regente del Brasil que el 13 de mayo de 1888 logró la aprobación de la llamada *Ley Aurea*, que disponía la extinción de la esclavitud en el Brasil. (N. del T.)

había motivo para una huelga, que todo iba muy bien. Pero la gente le abuchea. El negro Henrique da un puñetazo en la mesa y dice:

—Soy un negro inculto y no sé de palabras bonitas. Pero lo que sí sé es que aquí hay hombres que tienen hijos hambrientos y mujer hambrienta. Los gallegos de los tranvías también pasan hambre. Nosotros somos negros, ellos son blancos, pero todos pasamos hambre igual...

Se aprobó la adhesión a la huelga. La victoria dependió del voto de Balduino. Sólo después se descubrió que entre los que votaron en contra había algunos que no eran estibadores y ni siquiera estaban sindicados.

Se redactó un manifiesto. Y se designó una comisión encargada de comunicar a los obreros en huelga la solidaridad de los estibadores. Antonio Balduino formaba parte de esta comisión e iba alegre porque iba a pelear, meterse en barullo, gritar, hacer todo aquello que más le gustaba.

COMPAÑEROS DE LA CIRCULAR

Los estibadores, reunidos en asamblea en su sindicato, han resuelto adherirse al movimiento huelguista de sus compañeros de la Compañía Circular, y vienen ahora a aportar su apoyo incondicional a los huelguistas en su lucha por las reivindicaciones. Los compañeros de la Circular pueden contar con los estibadores. ¡Por el aumento de salarios! ¡Por la jornada de ocho horas! ¡Por la anulación de las multas!

EL COMITÉ

Antonio Balduino leyó el manifiesto entre aplausos. Los conductores de tranvías se abrazaban. También los panaderos se habían adherido. La huelga sería un triunfo.

* * *

Estaban parados todos los servicios de tranvías y teléfonos. Por la noche no habría luz eléctrica. Los obreros habían enviado a la dirección de la compañía un memorial con sus pretensiones. La dirección se había manifestado en desacuerdo y recurrió al Gobierno. Por falta de energía eléctrica no salieron los periódicos. Había mucha gente en la calle y en todas las esquinas se veían grupos de obreros hablando. Pasaban patrullas de caballería. Corrían rumores de que la Circular estaba contratando esquirolas a peso de oro para hundir la huelga. Un abogado —el doctor Gustavo Barreira—, presidente de una asociación obrera, fue a ver al gobernador y hablaron largo y tendido sobre el asunto. Al volver, declaró en el sindicato que el Gobierno encontraba justas las pretensiones de los obreros y que iba a iniciar negociaciones con la dirección de la compañía. Hubo muchos aplausos. El joven abogado alzaba las manos y parecía recoger los votos que iban a elegirle diputado. Severino dijo en voz alta:

—Cuento todo.

* * *

Antonio Balduino ya estaba cansado de oír tanto discurso. Pero le gustaba. Aquello era algo nuevo para él. Era algo que le gustaba hacer. Tenía la impresión de que en aquel momento eran los dueños de la ciudad. Dueños de verdad. Ellos no querían, y no había ni luz, ni tranvías, ni teléfono para los enamorados. El barco sueco no descargaría los raíles ni cargaría los sacos de cacao que llenaban el almacén número 3. Las grúas estaban paradas, vencidas por los enemigos a quienes tan a menudo habían matado. Y los amos de todo aquello, los hombres que mandaban en ellos, se escondían asustados, sin valor para aparecer. Antonio Balduino siempre había sentido un gran desprecio por los que trabajaban. Siempre le había parecido mejor entrar por el camino del mar, suicidarse una noche en el muelle. Pero Lindinalva le había pedido que cuidara de su hijo. Sin embargo, el negro miraba ahora con otro respeto a los trabajadores. Podían dejar de ser esclavos. Cuando querían, nadie podía con ellos. Aquellos hombres flacos que habían llegado de España y andaban por los estribos de los tranvías cobrando los billetes, aquellos negros hercúleos que cargaban fardos en los muelles o manejaban las máquinas en las fábricas, eran fuertes y decididos y tenían en sus manos la vida de la ciudad. Y, sin embargo, pasaban riendo, mal vestidos, muchas veces descalzos, y oían los insultos de los que se consideraban perjudicados por la huelga. Pero se

ríen porque saben que son una fuerza. Antonio Balduino también descubrió esto, y fue como si naciera de nuevo.

El hombre del abrigo se levantó de la mesa del bar e interpeló al obrero:

–¿Por qué esta huelga?

–Para mejorar los salarios...

–¿Pero qué necesitáis vosotros?

–Dinero...

–¿Queréis ser ricos también?

El obrero se desconcertó. La verdad es que nunca había pensado en ser rico. Lo que quería era más dinero para que la mujer no anduviera siempre pidiéndole, para poder pagar al médico que atendía a su hija enferma, para comprarse ropa, porque aquella estaba en las últimas.

–Lo que pasa es que queréis demasiadas cosas. ¿Dónde se vio un obrero que necesite tantas cosas?

El obrero estaba confuso. Antonio Balduino se acercó. El hombre del abrigo seguía hablando:

–¿Queréis un consejo? Dejaos de tonterías. Lo que pasa es que os andan metiendo en líos una panda de tipos que lo único que quieren es perturbar el orden... Y andan inventando historias. Vais a acabar perdiendo el empleo y os veréis con las manos en los bolsillos en plena calle. Quien quiere mucho acaba sin nada...

El obrero se acordó de su mujer, siempre pidiéndole dinero, de su hija enferma. Bajó la cabeza. Antonio Balduino increpó al hombre del abrigo:

–Y a ti, ¿quién te ha pagado para que vengas aquí?

–Tú eres uno de ellos, ¿no?

–Lo que soy es muy hombre para partirte los morros.

–¿Sabes con quién estás hablando?

–Ni me importa...

La ciudad era suya. Hoy podía decirle lo que quisiera porque ellos mandaban en la ciudad.

–Pues soy el doctor Malagueta, ¿enterado?

–Médico de la Circular, ¿no?

Quien dijo esto fue Severino, que se acercaba. Venían con él otros obreros. El negro Henrique era un gigante. El hombre del abrigo dobló la esquina. El obrero que había hablado se unió al grupo. Severino explicó:

–Muchacho, esto de la huelga es como esos collares que se ven en los escaparates. Está agarrada por un cordel; si se corta, caen todas las cuentas.

El obrero se llamaba Mariano: asintió con la cabeza.

Antonio Balduino fue con ellos al sindicato de los trabajadores de la Circular a esperar la solución de la conferencia entre los representantes del Gobierno y los de la Compañía.

* * *

En la mesa del sindicato, un negro estaba acabando su discurso:

–Mi padre fue esclavo, yo también fui esclavo, pero no quiero que lo sean mis hijos...

Hay hombres sentados y muchos están de pie porque no hay sitio suficiente.

Una delegación de panaderos viene a manifestar su apoyo a los huelguistas y lee una proclama incitando a la huelga a todos los trabajadores de la ciudad. «Huelga general», gritan en la sala. Un inspector de policía fuma. Está recostado en la puerta y no es el único. Pero ni le hacen caso. Ahora habla un muchacho de gafas. Dice que los obreros son una inmensa mayoría en el mundo y los ricos una minoría exigua. Entonces, ¿por qué se aprovechan del sudor de los pobres? ¿Por qué tiene que trabajar esta mayoría para ventaja de unos pocos?

Antonio Balduino aplaude. Todo esto es nuevo para él, y lo que dicen es cierto. El nunca lo supo con certeza, pero lo presentía. Por eso nunca quiso trabajar. También las historias en verso decían cosas semejantes, pero no tan claro, no lo explicaban. Al igual que en las noches del Morro do Capa Negro, oía y aprendía. El muchacho bajó la escalera del estrado. El negro que había hablado antes, se acerca a Antonio Balduino, que lo abraza:

–Yo también tengo un hijo, y no quiero que sea esclavo...

El negro del discurso sonríe. Está hablando un representante de los estudiantes. El sindicato de los estudiantes de Derecho se solidariza con los huelguistas. Dice en su discurso que todos los obreros, los estudiantes, los intelectuales pobres, los campesinos y los soldados debían unirse en la lucha contra los capitalistas. Antonio Balduino no lo entendió muy bien. Pero el negro del discurso le explica que capital y ricos quiere decir lo mismo. Entonces él apoya al orador. De repente le entran ganas de subirse a una silla y hablar a la gente. También él tiene algo que decir, ha visto muchas cosas por el mundo. Se abre paso por la sala y se sube a una silla. Un obrero le pregunta a otro:

–¿Quién es ese?

–Un estibador... Uno que boxeaba...

Habla Antonio Balduino. «No estoy haciendo un discurso, amigos...» Lo que está es contando lo que vio en su vida de vagabundo. Habla de la vida en las plantaciones de tabaco y del trabajo de los hombres sin mujeres, y del trabajo de las mujeres en las fábricas de cigarros. Que se lo pregunten al Gordo si creen que es mentira. Cuenta lo que vio. Cuenta que a él no le gustaban los obreros, la gente que trabaja. Pero que se puso a trabajar por causa de su hijo. Y ahora se da cuenta de que si los obreros de las plantaciones se lo propusieran, dejarían de ser esclavos. Si los hombres de las plantaciones de tabaco lo supieran, también se declararían en huelga...

Por poco lo alzan en hombros. Aún no se dio cuenta cabal de su triunfo. ¿Por qué le aplauden así? No contó ninguna historia bonita, no le pegó a nadie, no hizo ninguna hazaña. Sólo se limitó a contar lo que vio. Pero la gente aplaude y muchos lo abrazan cuando pasa. Un policía lo mira, procurando no olvidar aquella cara. Cada día le gusta más la huelga a Antonio Balduino.

* * *

El muchacho de gafas se retira y un policía le sigue. Del palacio del Gobierno telefonan al sindicato. Es el doctor Gustavo Barreira, que les advierte que la conferencia va a prolongarse hasta entrada la noche. Que probablemente se llegará a una solución.

–¿Favorable? –pregunta el secretario del sindicato.

–Honrosa... –respondió el doctor Barreira al otro lado del hilo.

Las campanas dan las seis. La ciudad está a oscuras.

PRIMERA NOCHE DE HUELGA

La noche es hermosa. No hay nubes en el cielo estrellado y azul. Parece una noche de verano. Sin embargo, los hombres se retiran a sus casas y esta noche no saldrán a pasear. La ciudad está a oscuras. Ni una bombilla brilla en los altos postes negros. Hasta la bombilla déla «Linterna de los Ahogados» se apagó.

Nunca el muelle estuvo tan silencioso. Las grúas duermen porque esta noche no vendrán los estibadores a trabajar. La marinería del navío sueco se dispersa por las casas de mujeres. Tampoco en las calles de la ciudad hay movimiento. Los hombres se llenan de temor cuando falta la luz. En las casas, la luz rojiza de las lamparillas aumenta las sombras. Y la luz pálida de las velas recuerda velatorios de muertos queridos. Antonio Balduino se acuerda de las plantaciones de tabaco cuando camina por la calle. Un hombre pasa arrimado a la pared sujetando fuertemente con el brazo la cañera por encima del abrigo. Quien lo viera diría que se sujeta el corazón. La ciudad está envuelta por los sonos de batuque que llegan de la macumba de Jubiabá. Hoy esos sonos de batuque suenan a los oídos del negro Balduino como sonos guerreros, como sonos de liberación. La estrella que es Zumbi dos Palmares brilla en el cielo claro. Una vez un estudiante se rió de Antonio Balduino y le dijo que aquella estrella no era tal estrella, que era el planeta Venus. Pero él se ríe del estudiante porque sabe que aquella estrella es Zumbi dos Palmares, negro valiente que murió para no ser esclavo. Es Zumbi quien brilla en el cielo y mira al negro Antonio Balduino, que lucha para que Gustavinho no sea esclavo. Aquel día de huelga ha sido de los más hermosos de su vida. Tan hermoso como el día que ganó el campeonato de boxeo derribando a Vicente. Más hermoso incluso. Él, ahora, sabe por qué lucha. Y por eso va de prisa a avisar a todos los negros que están en la macumba de padre Jubiabá. Va a avisarlos a todos: al Gordo, a Joaquim, a Ze Camarao, a Jubiabá. No comprende por qué Jubiabá no le enseñó lo que era la huelga. Jubiabá, que lo sabe todo. Zumbi dos Palmares, que es el planeta Venus, le hace guiños desde el cielo.

¿Será que Exú, Exú el diablo, está perturbando la fiesta? ¿Será que se olvidaron de conjurar a Exú, que se olvidaron de ahuyentarlo bien lejos, al otro lado del mar, a la costa de África o a los algodones de Virginia? Exú quiere intervenir en la fiesta. Exú quiere que canten y dancen en su homenaje. Exú quiere saludos, quiere que Jubiabá se incline para él y le diga:

¡Oké! ¡Oké!

Quiere que la madre del Terreiro pida paso para el santo:

—«*Eduro dêmin lonam ô yê!*»

Quiere que los asistentes repitan a coro:

—«*A umbó k'ó wá jô!*»

Exú no quiere irse. Era la primera vez que aquello ocurría en una macumba de Jubiabá. Los sonos de tambor resbalan por la ladera y van a morir allá abajo en los recodos de la ciudad en huelga. Las iniciadas danzan. Los ogãs miran espantados. Antonio Balduino entra en la fiesta. Él es ogã, y ocupa su lugar entre las iniciadas que bailan. Y al llegar él, Exú se va en buena hora. El Gordo dice que la fiesta es de Oxossí. Pero antes de que el dios de la caza se encarne para danzar en el cuerpo de una iniciada, Antonio Balduino habla:

—Amigos todos, vosotros no sabéis nada de nada... Estoy pensando en mi cabeza que no tenéis idea de nada... Tenéis que ver la huelga, ir a la huelga. El negro que hace la huelga deja de ser esclavo y no lo será nunca más. ¿De qué vale rezar y cantarle a Oxossí? Los ricos mandarían cerrar la fiesta de Oxossí. Una vez los policías cerraron la fiesta de Oxalá cuando él era Oxalufá, el viejo. Y padre Jubiabá se fue con ellos, fue a la cárcel. Os acordáis, ¿no? ¿Y qué es lo que puede hacer el negro? El negro no puede hacer nada, ni siquiera bailar al santo. No sabéis nada de nada. Los negros estamos haciendo la huelga allá abajo. Hacemos la huelga contra todo, contra las grúas, contra los tranvías. ¿Dónde está la luz? Sólo las estrellas. Los negros somos la luz y los tranvías. Negros son también los blancos pobres, todos somos esclavos, pero todo está en nuestra mano. Y

basta con quererlo para dejar de ser esclavo. Gente, amigos míos: vamos todos a la huelga, que la huelga es como un collar. Todos juntos es bonito, pero cae una cuenta y caen las otras también. Vamos, amigos...

Y Antonio Balduino sale sin ver a los que le acompañan. El Gordo va con él, y Joaquim, y Ze Camarao. Jubiabá alza los brazos y dice:

–Exú entró en él...

* * *

En el sindicato aún no se sabe nada de la conferencia del palacio del gobernador. Severino repite para quien le quiera oír:

–Un cuento. Ya lo dije: un cuento. ¿No ven que el doctor ese lo único que quiere es reventarnos la huelga?

Otros le defienden. Es un abogado que sabe mucho. Ahora está luchando por los derechos de los obreros explotados. Un revisor de tranvías hace el elogio del doctor Gustavo. Unos le apoyan, otros abuchean.

* * *

En el salón de palacio sigue la conferencia. Pero no llegan a un acuerdo. Gustavo pide, en lindas tiradas oratorias, que los obreros sean confirmados en sus pretensiones:

–No pido: exijo...

Habla de humanidad; esos hombres están pasando hambre, trabajan dieciocho horas diarias, mueren tuberculosos. Recuerda el peligro de revolución social si continúan las cosas así.

Pero los hombres que representan a la compañía (un norteamericano joven y un señor viejo, que es abogado de la compañía y fue diputado tiempo atrás) no ceden. Lo más que pueden hacer, dice el viejo abogado, es acceder en un cincuenta por ciento ante las reivindicaciones de los empleados. Lo hacen por amor al pueblo, para que la ciudad no esté privada de tranvías, de luz, de teléfono. Para los empleados, dice, la solución será espléndida. Pero darles todo lo que piden, de ninguna manera. Mejor sería regalarles la compañía. ¿Y los accionistas? Los obreros piensan sólo en ellos, pero no se acuerdan de los extranjeros que confiaron en las gentes del Brasil e invirtieron su dinero en el país. ¿Qué dirían los accionistas? Dirían que los brasileños les robaron, y esto sin duda sería deshonoroso para el buen nombre del Brasil. (El norteamericano asiente con la cabeza, y dice «yes».) Él no quiere creer que el doctor Gustavo Barreira, que es hombre culto e inteligente (Gustavo se inclina), pueda pensar de manera tan contraria al patriotismo, que quiera ver el nombre del país arrastrado por el fango en el extranjero. Que los obreros no piensen en esto, se comprende: son unos ignorantes que ya tienen más de lo que merecen, y actúan arrastrados por las incitaciones de hombres ajenos a la profesión. No se refieren sus palabras –quede claro– al doctor Gustavo Barreira, cuya honestidad conoce y cuyo talento admira. (Gustavo se inclina de nuevo y dice: «Nunca se me ocurriría tal cosa. Mi honor está por encima de cualquier sospecha.») La compañía, para no dejar al pueblo en la carencia de cosas esenciales para su vida, concederá el cincuenta por ciento del aumento pedido por los empleados. Fuera de eso, nada.

Llega la hora de la cena. Y la conferencia termina sin resultado. El gobernador se retira. El norteamericano ofrece su automóvil para llevar a Gustavo. El abogado de la Compañía dice:

–Vamos a cenar juntos, y con el estómago contento discutiremos mejor...

* * *

Qué confortable es aquel «Hudson», piensa Gustavo al recostarse en el automóvil, entre el norteamericano y el abogado. El norteamericano ofrece puros. Van algún tiempo en silencio. El automóvil es blando, el chófer va uniformado. Corren pegados a los raíles. El abogado le pregunta al norteamericano:

–¿Y aquella idea suya, míster Tomas?

–¡Ah! Yes...

Y el abogado explica:

–Mire qué coincidencia, doctor... Hace sólo unos días hablábamos de usted...

–Yes, yes –dice el norteamericano dando una chupada al puro.

–Yo ya me siento fatigado, soy viejo.

–No hombre, ¡qué va!

–No quiero decir que vaya a retirarme, eso no. Pero los asuntos de la Compañía son demasiado pesados para mí. Estuvimos pensando, míster Tomas y yo, en llamar a alguien para que ocupe el cargo de segundo abogado de la Compañía. La Compañía necesita dos abogados. Y pensamos en usted... No, no piense que pretendemos comprarle. No, señor... (Gustavo había iniciado un gesto para decir que su conciencia no le permitía trapisondas, pero baja la mano y afirma que jamás se le ocurriría que el Dr. Guedes lo quisiera comprar. No era capaz de pensar tal cosa.) La Compañía pensó en el Dr. Barreira, mejor dicho, míster Tomas y yo (Gustavo da las gracias) pensamos que debido a su relación con los sindicatos de trabajadores de la Compañía, era usted la persona idónea. Usted es el abogado de los obreros. En la Compañía representaría el pensamiento de esos humildes trabajadores. Serviría de enlace entre los asalariados y la Compañía. Los intereses de los obreros le serían confiados a usted, Dr. Barreira, que es joven y tiene por delante una bella carrera. El Parlamento lo espera. El país espera mucho de su talento. Vea que la intención de la Compañía es lo más noble que pueda concebirse. Mucha gente cree que la Compañía no se interesa por la suerte de los obreros. Es un error... La prueba de que la Compañía se interesa por la suerte de sus obreros está ahí: invita al paladín de los obreros a convertirse en abogado de la casa. Así los obreros tendrán un defensor dentro incluso de los grupos directivos de la Empresa. ¡Y qué defensor...! No se podrá decir que la Compañía no actúa de buena fe...

El automóvil avanza suave y cómodo. Zuleika no para de pedir un automóvil. Con la Compañía en la mano puede llegar al Parlamento en la próxima legislatura. El americano es práctico:

–Los honorarios son ocho contos al mes, doctor.

Pero Gustavo dice que la cuestión del dinero le importa muy poco, que sólo le interesa defender a los obreros, cuya actitud a veces puede ser excesivamente arrebatada, no dice que no, pero que tienen sus razones. Si acepta, se convertirá en un centinela avanzado de los derechos de los obreros. Naturalmente, no está dispuesto a apoyar excesos...

Cuando acaba la comida, el Dr. Guedes dice:

–Pues puede llevarles la buena nueva a los obreros, doctor. Que aquellas criaturas (sí, simples criaturas –afirma Gustavo– fáciles de contentar) vuelvan mañana al trabajo. Tendrán el cincuenta por ciento de aumento, y se lo deben a la arrebatadora simpatía del Dr. Gustavo Barreira...

Cuando Gustavo Barreira sale, el norteamericano escupe:

–Mire que llevo visto tipos asquerosos, pero como este...

El viejo Guedes se echa a reír y pide champán para celebrar el fin de la huelga:

–Pero por cuenta de la Compañía, ¿eh?

* * *

Un auto para la mujer, reputación, una casa en Copacabana, probablemente una plantación de cacao. El cincuenta por ciento de aumento está muy bien. El cien por cien que querían los obreros era, desde luego, demasiado. Por otra parte, se piden cien para conseguir diez. Ha conseguido el cincuenta para los obreros. Es una victoria, sí señor. Y además ha impedido que el nombre de la patria sea vilipendiado en el extranjero.

* * *

En el sindicato, el negro Antonio Balduino hace su tercer discurso en el día, tan sólo para que el hijo del doctor Gustavo Barreira no sea un esclavo como él y como todos los negros y los blancos que trabajan en los muelles, en las panaderías, en la Compañía de Tranvías, Luz y Teléfono.

* * *

Mariano vuelve a casa con la cabeza baja. Cuando salió, la mujer aún no sabía que se había declarado la huelga. Sólo por la noche tuvo valor para volver a casa, para ver de nuevo los ojos furiosos de la mujer, los ojos muertos de la hija enferma. Pero entra y la mujer grita:

–¿También tú andas metido en esto?

–¿En qué?

–Sí, hombre, sí: ven encima haciéndote el inocente. Estoy hablando de esta maldita huelga... Estás metido en esto, ¿verdad?

–¿Maldita? ¿Por qué? La gente quiere ganar más; uno quiere tener algo más de dinero. Lo que quiero son medicinas para Lila... No veo por qué...

–¿Queréis dinero? Lo que queréis es no dar golpe, no hacer nada, andar borrachos por la calle, llegar a casa de madrugada. ¿Crees que no os conozco? ¿Crees que me vas a engañar? Andas por ahí, como un vagabundo, y luego vienes con discursos... Quieres medicinas para Lila... Si estuvieras trabajando como Dios manda, sin meterte en líos, ya estarías ganando más; revisor serías... La huelga es cosa del diablo. El padre Silvino lo dijo el otro día. Es cosa que el diablo mete en la cabeza de los locos como tú... Si no anduvieras metido en líos ya serías revisor...

Mariano no replica. Cuando acaba la mujer y se queda con los brazos en jarras, esperando, él sólo pregunta:

–¿Y Lila? ¿Cómo va?

–¿Y Lila? ¿Cómo va? –se burla ella–. Va igual. ¿Cómo iba a ir? Tú piensas mucho en ella, pero metido en huelgas... Así Dios me matara antes de ver a mi marido metido en esta invención del diablo...

Se aparta de Mariano como si el diablo fuera él mismo. El obrero se acerca a la cama de la hija. Está enferma de los intestinos y el médico dice que fue que comió tierra. Fue cuando él estaba sin empleo y no había comida— en casa. Seguro que el Dr. Gustavo lo arregla todo esta noche, y mañana podrán volver a trabajar. Podrá pagarle otra consulta al médico. Traerá medicinas de la farmacia. ¿Y si no lo arregla? ¿Y si la huelga dura ocho o diez días? Será un drama. No habrá comida. La chiquilla morirá por falta de medicinas. No quiere ni pensar en que Lila pueda morir. Incluso cuando Guilhermina se pone como loca. Lila le sonrío y besa su rostro barbudo. Pero la huelga, Mariano, es un collar de cuentas ligado por un hilo. Si cae una,, caen todas. Oye la voz de Severino y aparta los malos pensamientos. Besa a la niña. De lejos, en la calle, escucha aún la voz furiosa de Guilhermina.

* * *

El negro Henrique se limpia los dientes con una espina de pescado. Alza al hijo hasta el cuello y pregunta:

–¿Ya sabes la lección de mañana, tizón?

El negrito ríe, y poniéndose el dedo en la punta de la nariz dice que se la sabe de carrerilla.

Ercidia viene de la cocina y dice:

–Mañana, otra vez raya...

–Y que dure... ¡Mientras tengamos raya, menos mal...!

Henrique ríe con el negrito. Aquel retaco negro sabe ya hasta hacer cuentas:

–Está hecho un hombre. ¿Eh, Ercidia?

La negra sonrío. El hijo pide que le cuente un cuento. El negro Henrique dice:

–Un negro echó un discurso en el sindicato diciendo que los negros ya no iban a ser esclavos...

Tizoncito no va a ser esclavo, ¿verdad?

–¿Se gana la huelga?

–¡Vaya si se gana! ¿Quién va a poder con nosotros? Ya está ganada, ya lo verás. Estaría bueno... Hay un negro, un tal Balduino, que habla que da gusto...

Cuenta a la mujer los hechos del día. Sus músculos de gigante tensan la camisa listada. Después coge al niño, lo pone delante y dice:

–Tizón: tú no serás esclavo... Serás gobernador, Tizón. Nosotros somos muchos, y ellos pocos. Acabaremos gobernándoles...

Balancea en el aire al futuro gobernador. Ríe a carcajadas, seguro de su fuerza, de la razón de la huelga que sostienen.

La negra Ercidia sonrío hacia el marido con ternura:

–Mañana, raya otra vez...

* * *

El dueño de la panadería «Dos Mundos», un español rechoncho, está contando los sucesos del día. La mujer, tendida en una mecedora, oye en silencio. La hija martillea una samba con los dedos. El dueño de la panadería «Dos Mundos» cuenta la historia de la huelga, los principales sucesos del día. El candil da una luz vacilante. Miguel acaba de contar y cierra los ojos. La mujer le pregunta desde el balancín:

–Pero la panadería sigue dando, ¿no, Miguel?

–Sigue, sí. Pero con eso de la huelga vamos a perder algo. A pesar de todo, se va ganando todavía...

–Pues yo creo que tienen razón. Pasan una miseria espantosa...

–Sí, tienes razón. Yo por mí les daba el aumento. Ya lo dije en el gremio. Pero los otros, especialmente Ruíz, el de las Panificaciones, se ha empeñado en que no... ¡Bueno es Ruíz! Y que no se contenta con nada... No sé qué más quiere... Yo, por mi parte, se lo daba...

La hija interrumpe:

–¿Por qué, papá? Ruiz tiene razón. ¿Para qué quieren tanto dinero? Yo quiero una radio... Me la prometiste... ¿No te acuerdas? Y ahora quieres subirles a esos negros sin vergüenza.

–Quien lo quiere todo, se queda sin nada, hija –responde Miguel.

La mujer piensa que la hija nació ya en una casa comfortable, que no vino, como ella y el marido, de las fábricas de Madrid, en la tercera de un barco, que nunca pasó hambre. Quiere un auto, una radio, un montón de cosas. ¡Y los negros quieren tan poco! Le repite al marido:

–Tienes que defender el aumento, Miguel. Ruíz es un avaro, no quiere más que amontonar dinero...

La hija sueña con un auto que cruza por la calle. El novio se acerca a la ventana:

–Chica: ¡viva la huelga! Así, a la luz de la luna, estás aún más bonita...

Cuando tenga el auto no tendrá que aguantar a un dependiente, ni oír frases románticas. Tendrá un novio estudiante, doctor, e irá a fiestas elegantes.

* * *

El doctor Gustavo Barreira baja del taxi y sube de dos en dos las escaleras del sindicato. Cuando entra se hace el silencio. Se sienta a la mesa, en el lugar que le cede el presidente. Pide la palabra:

–Señores, como abogado vuestro, trabajé toda la tarde junto a los directores de la Compañía Circular. Testimonio mejor de mi trabajo y de mi honrado esfuerzo es la grata noticia que os traigo. Señores: seré conciso. El caso se ha solucionado... (los oyentes se empujan para oír mejor), gracias a los esfuerzos de todos. Tras discutir toda la tarde llegamos a la conclusión de que el caso quedaría perfectamente liquidado, y con honor para ambas partes, si todos ceden un poco (se oye un murmullo en la sala). Por un lado, la Compañía cede en su intransigencia, que llegaba hasta el punto de no admitir ningún entendimiento con los obreros mientras siguiera la huelga, y al fin, no sólo tuvo que entrar en negociaciones, sino que incluso aceptó las bases de un acuerdo. En cuanto a los obreros, cederían en un cincuenta por ciento de sus exigencias y la Compañía pagaría un cincuenta por ciento de aumento a contar del día siguiente.

–¿Eso es política de obrero o de abogado? –interrumpió Severino.

–Es la mejor política... –El doctor Gustavo sonrío con su más aterciopelada sonrisa–. Siempre es mejor ir conquistando paso a paso aquello que no puede lograrse de un golpe. Si dais oído a los agitadores profesionales, la lucha estará perdida para vosotros, pues si extremáis demasiado vuestras peticiones, esta actitud se volverá contra vosotros como un puñal de dos filos: el hambre llamará a vuestras puertas y la miseria habitará en vuestro hogar.

–El sindicato tiene dinero para aguantar la huelga...

–¿Incluso para aguantarla en caso de que se eternice?

–Un día u otro acabará. La ciudad no puede quedarse eternamente sin luz y sin tranvías.

¡Exigimos que nos den lo que pedimos! ¡No nos desalentemos, compañeros!

El doctor Gustavo está rojo de cólera:

–Usted no sabe lo que dice. Yo soy abogado, y entiendo de esto...

–Y nosotros entendemos de lo que es preciso para no morir de hambre...

–¡Bien, negro! –apoya Balduino.

Un muchacho pide la palabra. Empiezan a aplaudir apenas aparece en la mesa.

–¿Quién es? –pregunta Antonio Balduino al negro Henrique.

–Es un empleado de las oficinas. Se llama Pedro Corumba. Tiene escrita una historia con lo que pasó él y su familia en Sergipe. Ya la leí... Es un veterano de las huelgas. Ya hizo la huelga en Sergipe, en Río, en Sao Paulo. Lo conozco. Luego te lo presento.

–Cuando salgo de casa les digo a mis hijos: Vosotros sois hermanos de todos los niños obreros del Brasil. Les digo esto porque yo puedo morir y quiero que mis hijos sigan luchando por la redención del proletariado. Compañeros: ¡nos están traicionando! No es la primera vez que hago una huelga. Y sé lo que es la traición. Un obrero no puede creer en nadie que no sea también obrero. Los otros embaucan y engañan. Este individuo que está aquí –e indica al doctor Gustavo –viene a reventarnos la huelga... Quizá es ya empleado de la Compañía. Quizá le han dado ya dinero para que...

El doctor Gustavo da un puñetazo en la mesa, protesta, dice que el orador lo está insultando y que él es capaz de reaccionar. Pero los empleados clavan los ojos en Pedro Corumba, que continúa hablando:

–Compañeros, nos están traicionando. No debemos aceptar la propuesta de la Compañía. Si nos ven débiles, mañana retirarán el aumento y nos dejarán como estábamos. Hemos de llegar hasta el fin. Prefiero morir antes que abandonar la huelga. Y venceremos, seguro. Si sabemos conducirnos, si sabemos dirigir nuestra lucha, conseguiremos lo que queremos. Somos una fuerza. Compañeros: no aceptemos que reduzcan nuestras condiciones. Nada de engaños. ¡Abajo Gustavo Barreira y la Circular! ¡Viva el proletariado! ¡Viva la huelga!

–¡Viva! –La gente escucha con los ojos muy abiertos. Mariano sonríe, Henrique muestra los dientes. Antonio Balduino habla:

–Los estibadores están de acuerdo con lo que dice el compañero Corumba. Vuestro caso aún no está resuelto. Tampoco el nuestro. Apoyaremos vuestra huelga y esperaremos que vosotros apoyéis la nuestra. Nada de tapujos. Que acepten nuestras propuestas tal como las hicimos. Nada de aceptar la mitad.

Propone que Gustavo Barreira, que los está traicionando, sea expulsado de la mesa. Si Antonio Balduino supiera que él era el que había sido amante de Lindinalva, seguro que no hubiera salido vivo de allí. El abogado se retira protegido por los policías. El abucheo le acompaña por la escalera. Luego piden silencio. Severino advierte que ahora la lucha va a ser más cruel, más difícil, pues los enemigos dirán que ellos no quieren un acuerdo. Propone que se lance un manifiesto a la población. Y lee el texto, que ya lleva redactado y que es aprobado. El manifiesto explica que fueron traicionados, pero que sostendrán la lucha hasta el fin, y que sólo volverán al trabajo cuando la Compañía acepte las condiciones pedidas desde el primer momento.

Un tipo moreno pide la palabra. Está contra la continuación de la huelga. Encuentra que se debe aceptar el aumento del cincuenta por ciento. Menos es nada. Quien quiere demasiado lo pierde todo. El doctor Barreira tenía razón. ¿Qué fuerza tienen los obreros? Los obreros no tienen ninguna fuerza. La policía puede acabar con la huelga en cuanto se lo proponga...

–¿Cómo? ¿Cómo?

–Lo mejor es conformarse con el aumento. Propone que se levante la reunión aprobando el cese de la huelga y con un voto de gracias al doctor Barreira. Se alzan algunas voces:

–¡Vendido! ¡Vendido! ¡Traidor! ¡Traidor!

Otros piden que dejen seguir hablando al orador. Varios obreros, Mariano entre ellos, están de acuerdo con el moreno. El cincuenta por ciento no está mal. Después pueden perderlo todo y sería peor. Cuando baja el moreno del estrado recibe algunos aplausos. Pero Antonio Balduino grita desde el mismo lugar donde se encuentra:

–Amigos: ¿se cegó vuestro ojo de piedad? ¿Es posible que haya quedado el de la maldad tan sólo? Parece que ya ni os acordáis de la gente que os apoyó. Los estibadores, los obreros de las panaderías. Si vosotros queréis ser traicionados, sea. ¡Allá vosotros! Cada uno es dueño de su cabeza. Pero si sois tan burros que queréis perderlo todo para ganar una porquería, os aseguro que le parto la cabeza al primero que se atreva a pasar aquella puerta. ¡Y seguiré en la huelga hasta vencer!

Severino sonríe. Pero varios se impresionan con el discurso de Balduino. El Gordo, que nunca vio una cosa semejante, está temblando. El negro que habló primero vuelve a tomar la palabra. Demuestra que hubo traición, que fueron vendidos. Pedro Corumba habla también y cita ejemplos de las huelgas de Sao Paulo y de Río de Janeiro, cuando confiaron en las promesas de abogados que se decían amigos del proletariado. Pero los asistentes siguen indecisos, los hombres charlan entre sí, y los que aceptan la propuesta conquistan adeptos.

El presidente propone una votación. Los que están de acuerdo con la continuación de la huelga, que se levanten. Los que crean que se debe aceptar la propuesta de la Circular, que permanezcan sentados. Pero antes de que se inicie la votación, un joven obrero irrumpe en la sala y grita:

–El compañero Ademar fue detenido cuando salía de aquí esta tarde. Y la Compañía anda contratando gente para reventar la huelga.

Se toma un respiro:

–Y dicen que la Compañía obligará mañana a los panaderos a entregar pan.

Entonces se alza la asamblea y vota, con los brazos extendidos y el puño cerrado, por la continuación de la huelga.

SEGUNDO DÍA DE HUELGA

¿Por qué dormir en esta noche tan hermosa? El negro Antonio Balduino no va a dormir. Pasa el resto del día en compañía del Gordo y de Joaquim repartiendo manifiestos por la ciudad, distribuyendo el texto que redactó Severino y que explica los motivos de la continuación de la huelga. Todos los postes tienen carteles pegados. También los muros de la Baixa dos Sapateiros. Un grupo, dirigido por el negro Henrique, va hacia Rio Vermelho. Otros se dirigen hacia la Estrada de Liberdade o la Calcada, o a la ciudad baja. La ciudad se llena de carteles y todos saben las razones de que los obreros continúen en huelga. La Compañía tiene pocas simpatías, y los pequeños comerciantes miran a los obreros con simpatía mientras van a pie o en taxi a sus negocios. La Compañía difundió el rumor de que si la huelga se imponía tendría que subir los precios de los tranvías, de la luz y del teléfono. Pero el golpe falla y provoca una mayor animosidad contra la Circular. Sigue el tiempo claro, conservando el buen humor de la población; y este buen humor es un aliado para los obreros.

* * *

Antonio Balduino (cuántas cosas lleva aprendidas en aquel día y en aquella noche) explica la huelga al Gordo y a Joaquim. Y se extraña de que Jubiabá no supiera cosas de huelga. Jubiabá sabía cosas de santos, historias de la esclavitud, era libre, pero nunca había hablado de la huelga al pueblo esclavo del morro. Antonio Balduino no lo comprendía.

De la Ladeira do Pelourinho llega un rumor, agitación. Pasan hombres corriendo. Desde el sindicato se oye el ruido de un disparo. Alguien dice:

–La policía quiere obligar a los panaderos a entregar el pan.

Sale un grupo del sindicato. Pero el tumulto se deshizo ya y en el suelo yacen cestos donde estaban los panes ressecos que los dueños de las panaderías querían obligar a los repartidores a entregar por la ciudad.

Un repartidor, que lleva el ojo morado de un golpazo, avisa que la «Panadería Gallega» va a ordenar la entrega del pan. Cuenta que han contratado esquiroles pagándoles el doble del salario. Además, garantizan el empleo para el resto de la vida.

Un hornero viejo grita:

–¡No lo hemos de permitir!

Hay mucha gente tras las ventanas de la Ladeira do Pelourinho. Y del sindicato de operarios de la Circular llegan constantemente nuevos grupos. Unas voces animan al hornero:

–Vamos a enseñarles que con nosotros no se juega...

Antonio Balduino grita:

–¡Vamos a partírles la cara...!

–Nada de eso –dice Severino–. Vamos a hablar con los esquiroles y les explicaremos que no deben ponerse en contra de la huelga, que somos obreros como ellos. No provoquemos tumultos...

–¿Pero por qué hablar tanto? ¿Por qué no vamos y les rompemos la cara a esos esquiroles?

–No son esquiroles... No saben nada de nada... Y se lo vamos a explicar –Severino sabe lo que dice.

Antonio Balduino calla. Poco a poco va aprendiendo que en la huelga no es un hombre quien manda. En la huelga forman un cuerpo todos juntos. La huelga es como un collar... Pero no siente tristeza por no ser el jefe de la huelga. Todos son jefes. Obedecen a quien tenga razón. Aquella lucha es distinta a todas las luchas que él sostuvo durante su vida. ¿Y qué resultó de esto? Resultó él esclavo de las grúas, mirando el mar como un camino. En la lucha de la huelga, no. En esta lucha ellos iban a perder un poco de esclavitud, ganar un poco más de libertad. Un día harían una huelga aún mayor y ya no serían esclavos. Jubiabá tampoco sabe nada de esta lucha... Los hombres que van a entregar los panes tampoco deben de saberlo. Severino tiene razón. De nada vale dar puñetazos. Lo que vale es convencer. Y el negro sigue al grupo que se dirige a la «Panadería Gallega», que queda en la Baixa dos Sapateiros.

Van saliendo los repartidores. Parecen figuras de carnaval con los cestos en la cabeza. Severino empieza a hablar, encaramado a un poste al que se agarra con las dos manos. Y les explica a

aquellos hombres que deben solidarizarse con sus hermanos que piden un aumento de salario. Que no deben servir a los intereses de sus enemigos. Que no deben entregar aquel pan, que no deben traicionar a los otros obreros.

–Pero no tenemos trabajo... –dice uno de ellos.

–¿Y por eso vais a ocupar el lugar de los otros? ¿Es justo que ocupes el lugar de un compañero que está luchando por el bien de todos? Eso es una traición...

Un repartidor arroja el cesto del pan. Otros le imitan. La masa grita de entusiasmo. Incluso los más recalcitrantes, el que había hablado, otro que tiene familia que sostener, tiran los cestos entre el entusiasmo de la multitud. Dos que quieren salir para entregar los panes, ven que sus mismos compañeros les cierran el paso. Y con gritos de ¡viva la huelga!, se dirigen todos hacia el sindicato de panaderos.

* * *

Pero por la tarde la cosa empieza a ponerse fea para los panaderos. Fue el Gordo, que había ido a comer, quien trajo la primera noticia. El dueño de «Panificadoras Reunidas» había buscado amasadores y horneros en Feira de Santana. Había traído a su gente en camiones y empezarían a trabajar aquella misma tarde.

Hubo un comienzo de pánico entre los panaderos. Fueron enviados mensajeros a los sindicatos de la Circular y a los estibadores. Si las «Reunidas» conseguían sacar el pan a la calle, la huelga de panaderos podía considerarse fallida y los huelguistas habrían perdido, no sólo la huelga, sino el mismo empleo. Y el fracaso afectaría gravemente a la huelga de los de la Circular y a los estibadores. Vencidos los panaderos, la huelga perdía uno de los brazos. Sería entonces mucho más fácil acabar con los restantes. Empezaron a llover discursos en el sindicato de panaderos. Además, había un mitin en la Plaza de Castro Alves, pidiendo la libertad del obrero detenido la víspera. En medio de la reunión alguien habló del caso de los panaderos, de la actitud de «Reunidas» que querían reventar la huelga. El mitin tomó entonces un carácter más violento y bajaron todos hacia el sindicato de panaderos. Del de estibadores empezaba a salir la gente. El Gordo fue al de los obreros de la Circular para advertirles.

En el sindicato de panaderos (la sala era pequeña para tanta gente) hablaron los representantes de los trabajadores de las panaderías, de los conductores de tranvías, de los estudiantes. Habló también un obrero de una fábrica de zapatos que dijo que ellos se incorporarían a la huelga en cuanto lo exigiese la situación. Cada vez llegaba más gente al sindicato. Severino habló con voz ronca, casi sin voz. Se redactó un manifiesto pidiendo la huelga general, y quedó decidido que se impediría trabajar a los obreros llegados de Feira de Santana.

«Panificadoras Reunidas» eran tres grandes panaderías. Una estaba en la Baixa dos Sapateiros, otra en el Corredor da Vitoria, la tercera en una calle del centro. Los huelguistas se reunieron en tres grandes grupos y se colocaron frente a las panaderías. Severino y algunos fueron a hablar a los obreros de algunas fábricas y a los chóferes de taxi. Preparaban la huelga general. La Compañía Circular y la Compañía de Descarga del Puerto ni siquiera querían entendimiento con los huelguistas. Sólo aceptarían estudiar sus propuestas cuando se reintegraran al trabajo. Los dueños de las panaderías intentaban reventar la huelga.

* * *

Fue fácil impedir que los obreros contratados por las «Panificadoras» del Corredor y del centro entrasen en el trabajo. Habían llegado con promesas formidables, pero Ruíz se negó a pagarles por adelantado la mitad del salario, tal como les había prometido. Dijo que sólo al día siguiente, una vez hecho el trabajo. Apelando al sentimiento de solidaridad y viendo en los rostros la certeza de que no los iban a dejar entrar, los recién llegados consintieron en volver a Feira de Santana en un camión. Y se fueron dando vivas a la huelga.

Pero en las «Reunidas» de Baixa dos Sapateiros la cosa fue distinta. Cuando llegaron los huelguistas ya se encontraba la policía guardando las puertas de la panadería. Entre los huelguistas aparecieron policías de paisano, revólver en mano. El grupo quedó parado en la calle esperando que llegaran los contratados. Cuando el camión que los traía desembocó en la calle, un obrero se puso

en medio impidiéndole avanzar. Inmediatamente otro trepó a un poste y empezó un discurso explicando a los panaderos de Feira de Santana cuál era la situación y lo que los patrones querían hacer. La calle estaba llena. Hombres que nada tenían que ver con el caso se paraban para ver cómo acababa aquello. Uno le dijo a un compañero:

–Apuesto a que se vuelven...

–A que se quedan...

Niños y niñas que jugaban en un solar próximo corrieron a ver el espectáculo. Encontraban divertido todo aquello, como Amonio Balduino había encontrado divertida la agitación del puerto años atrás. Gritaban cuando los obreros gritaban. Y se divertían enormemente. Subido al poste, el obrero continuaba su discurso. Los panaderos de Feira de Santana escuchaban, y algunos estaban convencidos de que había que volverse.

De repente estalló el tiroteo. Los policías tiraban, y la caballería se lanzó contra los obreros. La gente corría de un lado a otro, luchaban y tropezaban entre sí. Antonio Balduino ya se había tirado al suelo cuando vio al Gordo corriendo ante él con los ojos desorbitados y los mofletes danzándole. El obrero, entre las balas, continuaba su discurso. Antonio Balduino ve ahora cómo el Gordo levanta el cadáver de una negrita acribillada y sale gritando por la calle:

–¡Dios! ¡Dios! ¿Dónde está Dios?

* * *

Los panaderos de Feira de Santana se volvieron en el mismo camión. Tendidos en la Baixa dos Sapateiros quedaron dos huelguistas. Uno está muerto, pero el otro aún puede sonreír.

¿Quién es aquel negro que va así, con los brazos extendidos, por las calles tranquilas o bulliciosas de la ciudad? ¿Por qué blasfema, por qué llora, por qué pregunta dónde está Dios? ¿Por qué lleva los brazos así extendidos hacia el frente, como si sostuviera algo, y pasa sin ver nada, sin reparar en los hombres y mujeres que lo miran, sin mirar la vida que se agita en torno, sin ver el sol que brilla? ¿Hacia dónde va, ajeno a todo? ¿Qué llevará en los brazos, qué será lo que mece con tanto cariño? ¿Qué cosa será que no pueden verla ojos humanos y que él acerca al pecho suavemente? ¿Qué querrá ese negro gordo de ojos tristes, que pasa por las calles de la ciudad en las horas de mayor movimiento? Y va repitiendo a todos los que pasan a su lado la misma pregunta angustiada:

–¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Dios?

Su voz es desolada y trágica. ¿Quién es ese hombre que impresiona a todos los que pasean por la ciudad? Nadie lo sabe.

Los obreros que hicieron la huelga saben que es el Gordo, que se ha vuelto loco cuando vio la bala del revólver matar a una negrita frente a una de las panaderías de «Panificadoras Reunidas» el día del mitin. Saben que él cargó el cadáver de la negrita hasta casa de Jubiabá y que no cesó en todo el camino de repetir la misma pregunta:

–¿Dónde está Dios?

Era muy religioso y se volvió loco. Ahora anda con los brazos extendidos como si llevara a la negrita, seguro de que Dios, un día u otro, se acordará de ella, mostrará su bondad y la pondrá en pie para que juegue con las otras chiquillas de la Baixa dos Sapateiros. Ese día el Gordo dejará de repetir su pregunta, bajará las manos y sus ojos ya no serán tristes. Pero si supiera que ella ha muerto ya, que su triste ataúd fue enterrado hace mucho, entonces él moriría también porque hasta el ojo de la piedad de Dios, que es grande como el mundo, se habría cegado. Entonces él no podría creer y moriría desgraciado. Por eso va así, como un loco manso, con los brazos extendidos, apretando contra el pecho el cuerpecito magro de la niña negra que murió en el mitin. No importa que los hombres no vean su cuerpo acribillado. El cuerpo pesa en los brazos del Gordo, y él siente su calor cuando lo arrima al corazón.

SEGUNDA NOCHE DE HUELGA

La ciudad había perdido su aire festivo. Desde el primer tiroteo, los rumores invadieron la ciudad y el movimiento de las calles fue disminuyendo. Los autobuses pasaban, pero llevaban pocos pasajeros, y aun éstos se recogían en casa medrosos de peleas, de balas perdidas:

–Las balas las guía el diablo...

Dentro de las casas, el ambiente en las familias es casi de terror. El encuentro entre los panaderos huelguistas y la policía en la Baixa dos Sapateiros asumía proporciones tremendas. Se hablaba de dieciocho muertos y decenas de heridos. Decían que los sindicatos iban a ser atacados y los huelguistas ahuyentados a balazos. Las mujeres temblaban y ponían las trancas en las casas mientras encendían velas y candiles. La ciudad estaba en tensión.

* * *

Faltó comida en casa de Clovis. Había quedado en traer cualquier cosa de la ciudad, y Helena esperó toda la tarde. El no apareció. Corrían los rumores más absurdos. Cuando ella se enteró del tiroteo en la Baixa dos Sapateiros corrió a la calle. Pero le dijeron que Clovis no estaba en el momento del barullo, que fue de los que habían ido a cerrar la panadería del Corredor da Vitoria. Volvió más descansada y continuó esperando al marido. Los hijos eran tres y corrían por la puerta, jugando. ¿Qué les iba a dar de comer a los chiquillos? El fogón, parado, esperaba inútilmente. No había nada. Hasta la harina se había acabado. Ya para el desayuno había pedido a las vecinas prometiendo pagar cuando el marido volviera, porque las pobres también lo precisaban, pues los hombres que vivían en aquel callejón eran o empleados de la panadería o estibadores, y andaban también en huelga. Helena sentía vergüenza. ¿Qué iba a hacer con los chiquillos? ¿Pediría más comida? Estaban en huelga y los hombres decían que era preciso ayudarse unos a otros. Ella no estaba contra la huelga, no. Encontraba que tenían razón, que el salario era muy bajo y que no llegaba a nada. Estaban en su derecho al pedir más, al dejar de trabajar hasta que los patronos aumentaran el salario. Pero temía los días que iban a seguir. No había comida en casa. Pronto faltaría en las de los vecinos, ¿y de dónde iba a sacar el dinero el sindicato para mantener a tanta gente? Si la huelga duraba unos días el hambre acabaría por vencerlos. Se acerca a la ventana. En la casa vecina aparece Ercidia:

–¿Ya llegó Clovis, Helena?

–Aún no *sinhá* Ercidia...

–Capaz es de no venir... Henrique me dijo que no le esperara... La huelga está brava hoy y los hombres han de estar en la calle.

La negra sonreía.

–Me parece que voy a tener que comer sin él...

Sonrió de nuevo. ¿Por qué Helena no sonríe? Está llorando. Ercidia sale y entra en casa de la vecina:

–¿Qué pasa, Helena?

El fogón está apagado. La negra le acaricia el pelo a su amiga:

–Déjate de tonterías, pequeña. Allá en casa tenemos raya. ¡Mientras llegue...! Después, ellos ganan la huelga y tendremos más dinero.

Helena sonríe entre lágrimas.

* * *

Después de meter a los chiquillos en la cama, Helena se echa un chal a los hombros y toma el camino de la Graça, donde vive doña Helena Ruíz, esposa del patrón de su marido. Helena había sido lavandera de doña Helena, que era una señora siempre preocupada de hacer bien a los pobres y que siempre la llamaba «mi tocaya».

–Oye mira, tocaya, que quede esta ropa bien blanca...

Aunque era riquísima, doña Helena seguía llevando la casa. Decía que quien no tiene qué hacer sólo piensa en cosas malas. Y aunque tenía muchas fiestas adonde ir, cines que frecuentar, paseos que dar, siempre encontraba tiempo para la casa. El marido le decía que dejara aquello a las criadas, que no estropeará sus veintidós risueños años, pero ella no le hacía caso:

–Sí me fío de las criadas nunca llevarás un traje que te siente como es debido. Y además me gusta...

El marido la besa y después van al cine muy unidos. Él le habla de los negocios, le cuenta orgulloso de las «Panificadoras Reunidas» (pensaba abrir otra más en Itapagipe) y ella sonreía satisfecha del marido que Dios le dio. Y le decía él:

–Eres tú quien me anima. Si no fuera por ti, no sé qué sería de mí...

Por medio de doña Helena entró Clovis a trabajar en la panadería. La lavandera se lo pidió a la patrona, y al día siguiente ya entró Clovis a trabajar. La lavandera iba a casa de la patrona (hacía dos años que no la veía, desde que Clovis había empezado a trabajar) pensando en todo esto. ¿Aún se acordará doña Helena de «su tocaya»?

Doña Helena está en la sala, bordando. El marido se está bañando, pues llegó de la calle sudando, después de pasarse el día en conferencias, buscando hombres para trabajar en las panaderías.

* * *

En cuanto sabe que la lavandera está allí y quiere hablar con ella, doña Helena la hace pasar. Deja el bordado que estaba haciendo a la luz del candil (ya el marido le había dicho: estás estropeando la vista. Helena...) y sonríe a la mujer, que espera con los ojos clavados en el suelo.

–¿Qué hay tocaya? Nunca más viniste a vernos...

–Estuve ocupada, doña Helena. Los chiquillos no me dejan tiempo para nada...

–¿Sabes que nunca volví a tener una lavandera como tú?

Helena sonríe encantada. Doña Helena recuerda que había venido para decirle algo:

–¿Qué quieres, tocaya?

Helena no sabe cómo empezar. Mueve las manos, se embrolla. Doña Helena pregunta:

–¿Pero qué te pasa? ¿Les pasó algo a los pequeños? ¿O es con tu marido?

–Pasar no pasó, doña Helena... ¡Es la huelga...!

–¡Ah, la huelga...!

–Pero si él quisiera...

Doña Helena no sabe nada de nada. La lavandera le habla de la vida del callejón, de los hombres que ganan una miseria en las panaderías, sosteniendo a sus familias con un salario de hambre, de los niños enfermos. A causa de la huelga, huelga justa, para pedir un puñado de calderilla, las familias no tienen qué comer. Hoy sus hijos han comido porque una vecina se compadeció de ellos. Pero los pequeños están pasando hambre...

Doña Helena está asombrada. Su voz es dolorosa:

–¿Que los niños pasan hambre? No es posible. Dios.

Pasando hambre, sí. Y una negrita murió en un tiroteo esta tarde. Y aún tuvo suerte: las otras en casa pedían comida y lloraban.

–Si esto sigue así tendremos que andar pidiendo limosna... ¡Y los hombres, es tan poco lo que piden...!

Doña Helena se levanta emocionada. Seguro que su marido no sabe nada de eso. Si él conociera la situación ya habría aumentado los salarios de sus obreros.

Es tan bueno... Doña Helena lleva a la lavandera a la cocina. Le llena un paquete de comida. De lo mejor. Y le da, además, veinte mil reis en dinero. Cuando sale la mujer, curvada como una esclava y llorando como una esclava, doña Helena le dice:

–Puedes estar segura. Ahora mismo hablo con mi marido. Seguro que no sabe nada de lo que pasa. Se lo contaré y ya verás cómo sube los salarios. Ya verás. Es tan bueno...

* * *

Antonio Ruíz, el propietario de «Panificadoras Reunidas», se está poniendo una camisa de seda cuando su mujer entra en el cuarto. Mira espantado para ella:

–Pero, ¿qué te pasa, hija mía?

Se acerca y besa de nuevo a su esposa.

–¿Estás triste? ¿Por qué no vas al cine?

Se ríe:

–La huelga ha dejado a mi cariñito sin cine...

–Precisamente sobre la huelga quiero hablarte, Antonio.

–Vaya, hombre. ¿Andas ahora metida en política?

En la habitación de al lado duerme su hija, entre muñecas, en una cuna de cuento de hadas.

Doña Helena se acuerda de los niños que pasan hambre en los callejones del morro:

–Tienes que buscar un acuerdo. Tienes que aumentarles el salario...

El marido se vuelve, estupefacto.

–¿Qué? –Su voz tiene una brutalidad que doña Helena no le conocía.

Pero él se arrepiente y dice con voz suave:

–Tú no sabes nada de esto, amor mío.

–¿Quién te dijo que no sé? Sé más que tú... (Doña Helena tiene ante los ojos el cuadro de los niños hambrientos.) Sé muchas cosas que tú no sabes...

Y le explica al marido, con emoción, lo que le contó Helena, la lavandera. Por fin sonríe victoriosa:

–¿No te dije que sabía cosas que no sabías tú? Tu mujercita está bien informada...

–¿Pero quién te dijo que yo no sé eso?

–¿Tú lo sabes? Y... y...

Fue un golpe excesivo para doña Helena. Un golpe tan fuerte que hasta perdió la voz. El marido se acerca:

–¿Qué te pasa, Lena? Lo sé, sí...

–¿Y no haces nada? ¿Y no les aumentas la paga a esos hombres? ¿Y estás de acuerdo con ese crimen?

–¿Qué crimen, Lena? –el espanto de Ruíz no es fingido.

–¿Qué crimen? –doña Helena va de espanto en espanto–. ¿Entonces tú crees que no es un crimen dejar que esos hombres, esas mujeres, esos niños, estén pasando hambre?

–Pero, hija mía, yo no digo nada. Desde el principio del mundo es así... Siempre hubo pobres y ricos...

–Pero Antonio: son niños que pasan hambre... ¿Has pensado alguna vez en Leninha pasando hambre? Es horrible. Dios mío...

Ruíz va de un lado a otro, agitado:

–¿Por qué te metes en esto? No entiendes de estas cosas...

–Y tú eres tan bueno... Parecía...

–Soy como los demás. Ni mejor ni peor.

Hay un silencio en el cuarto. Se oye la respiración de la hija que llega desde el cuarto vecino.

Ruíz explica:

–¿Sabes lo que quieren?

–Quieren tan poco...

–Pero no hay que darles nada. Si hoy les damos este aumento, mañana querrán más, después más, y un día querrán quedarse con las panaderías...

–Pero hay niños que pasan hambre. Ellos ganan una miseria. Tú nunca me hablaste de esto. Yo no lo sabía. Si lo supiera...

Ruíz se enfada:

–Si lo supieras, ¿qué? No sabes nada de nada. Yo estoy defendiendo tu automóvil, tu casa, el colegio de Leninha. ¿Crees que he de trabajar para esos canallas?

–Pero quieren tan poco... No es posible que te guste ver sufrir a esta gente...

–A mí no me gusta nada. Pero aquí no es cuestión de sentimentalismo. Es algo más serio. Yo no soy yo. Nada tengo que ver con mis sentimientos. Soy el patrón: tengo que defender mis intereses. Si les doy un dedo, mañana querrán la mano... ¿Quieres quedarte sin coche, sin casa, sin criadas para Leninha? Esto es lo que estoy defendiendo, estoy defendiendo lo que es nuestro, nuestro dinero... ¡Defendiendo tu vida cómoda!

Va de un lado al otro del cuarto. Se detiene ante la esposa:

–Entonces, ¿qué piensas Lena? ¿Que a mí me gusta saber que la gente pasa hambre? No es ningún placer para mí. Pero en la guerra como en la guerra...

Del otro cuarto llega la respiración de la hija. Niños que pasan hambre, niños que no tienen qué comer, que lloran por la comida. Y el marido allí, y todo le parece tan natural. El marido, que ella sabe que es bueno, incapaz de hacer daño a una hormiga. Debe de haber algún misterio en todo esto, un misterio que no entiende. Pero los niños pasan hambre. Es decir, que si Ruíz no hubiera prosperado podría estar pasando hambre la misma Leninha. Y le pide al marido, entre lágrimas, que acceda al aumento.

–Es imposible, hija mía, es imposible. Es la única cosa que no te puedo dar.

E intenta explicarle de nuevo que aquello es como la guerra, que si les da un dedo le cogerán la mano, y que al cabo de un mes pedirán otro aumento:

–Tengo que sujetarlos por hambre...

Se acerca a su esposa y tiende la mano para acariciarle el pelo:

–No llores. Lena...

Le pasa los brazos alrededor. Hay niños hambrientos en los callejones.

–No te acerques... eres un miserable... No te acerques...

Y se queda sollozando, desgraciada, con lástima de sí, con lástima del marido y envidiando a los huelguistas.

Y murmura en su llanto:

–Niños con hambre... Niños con hambre...

* * *

Clovis se quedó oyendo los discursos en el sindicato. La huelga tomó un carácter nuevo después de los tiroteos. Los hombres quieren reaccionar. Cuesta trabajo contenerlos. Se lanzan manifiestos pidiendo la libertad inmediata de los huelguistas detenidos. Corren las noticias más absurdas. Entra un obrero corriendo en la sala y anuncia que la policía viene para atacar al sindicato. Todos se disponen a reaccionar, pero al fin se descubre que se trata de un rumor falso. De todos modos, se espera el ataque en cualquier momento. A las nueve de la noche se resuelve el caso de los estibadores con la victoria de los huelguistas. Pero en sesión abierta en su sindicato, declaran que continuarán en huelga hasta que se solucionen las cuestiones de los panaderos y de los operarios de la Circular. Y van todos al sindicato a llevar su resolución. En medio de los discursos estalla la noticia. La policía ha detenido a varios obreros y quiere obligarlos a trabajar a estacazos. El sindicato está agitado como un mar. Salen todos. Van comisiones a conferenciar con los taxistas. Otros van a entenderse con los obreros de diversas fábricas. Un grupo numeroso se dirige a las oficinas de la Circular para manifestarse. Los ánimos están exaltados al máximo. Son las diez de la noche.

* * *

Frente a las oficinas de la Compañía está parado un automóvil. Es el «Hudson» del director, un norteamericano que gana doce contos por mes. Y aparece fumando un puro, escaleras abajo. El chófer prepara el automóvil. Antonio Balduino, que viene en el grupo de huelguistas, grita:

–¡Vamos por él! ¡Así también tendremos un preso!

El director es rodeado. Los guardias que protegían el edificio, desaparecen. Antonio Balduino lo agarra por un brazo y le rompe la blanca camisa. Gritan de la multitud:

–¡Lincharlo! ¡Lincharlo!

Antonio Balduino levanta el brazo para descargar un puñetazo. Pero se hace oír una voz. Es Severino:

–Nada de golpearle. Somos obreros, no asesinos. Lo llevaremos al sindicato.

Antonio Balduino baja el brazo con rabia. Pero comprende que aquello es necesario, que la huelga no la hace uno, sino todos. Y entre gritos, el americano es conducido al sindicato de operarios de la Circular.

La noticia del rapto del norteamericano circula rápidamente por toda la ciudad. La policía quiere que lo suelten. El consulado actúa. Los huelguistas exigen que pongan en libertad a todos los presos

suyos. Y que no obliguen a los obreros a trabajar. A las once aparecen en el sindicato los que estaban detenidos. Dicen que el cónsul norteamericano pidió a la policía que los soltase, por miedo a que los obreros mataran al director de la Circular. Éste se va en paz, después de oírse algunas barbaridades. En el sindicato reina el mayor entusiasmo. Antonio Balduino le dice al negro Henrique:

—Este salió así, por las buenas... pero como caiga en mis manos ese Barreira...
Y se frota las manos satisfecho de la vida. La huelga es cosa buena.

* * *

Media hora después se lee entre aplausos el manifiesto. Los chóferes de taxis y los obreros de las dos fábricas de tejidos, también los de una fábrica de cigarros, se declararán en huelga al día siguiente si no se resuelve esta noche la cuestión de los panaderos y de los obreros de la Circular. Pedro Corumba empieza su discurso:

—«Los obreros, unidos, pueden dominar el mundo...»

Antonio Balduino abraza a un individuo a quien nunca había visto...

* * *

En el palacio del Gobierno, a medianoche, los representantes de la Circular y de los dueños de las panaderías comunican a la comisión de huelguistas que han decidido acceder a sus peticiones. Las nuevas tablas de salarios regirán a partir del día siguiente. La huelga ha terminado con la victoria absoluta de los huelguistas.

* * *

Antonio Balduino va hacia casa de Jubiabá. Ahora mira al padre-de-santo de igual a igual. Y le dice que descubrió lo que enseñaban las historias, que encontró el camino cierto. El ojo de piedad de los ricos se había cegado. Pero ellos pueden en cualquier momento cegar el ojo de la maldad. Y Jubiabá, el hechicero, se inclina ante él como si fuera Oxolufá, Oxalá viejo, el mayor de los santos.

HANS EL MARINERO

Antonio Balduino aprieta en el bolsillo de los pantalones los ciento veinte mil reis que ganó esta tarde jugando al jacaré. La noche se extiende poco a poco sobre la ciudad. Hace algunos días las luces no se encendían. La huelga lo había paralizado todo. Todo no. Porque –piensa Antonio Balduino– era su vida la que estaba paralizada. Con la huelga descubrió otro camino y volvió a luchar. Pasó más de un mes. Mientras tanto canta por lo bajo una samba titulada «La victoria de la huelga» que apareció al día siguiente de su triunfo. Antonio Balduino va cantando y recordando los sucesos de aquellos dos días:

*«Un sindicato
de obreros
se alzó en huelga
para aumentar los salarios.
Todos se unieron
para reforzarlos.
Y hubo una huelga
contra la Circular.»*

La letra es de Perminio Lirio. Se canta con música de «Viene amargo». Se vendió copiosamente en la ciudad, y al día siguiente al del final de la huelga era lo único que se cantaba en las calles por donde circulaban de nuevo los tranvías. La huelga había sido para el negro Antonio Balduino una revelación. Al principio le gustaba la huelga como lucha, como barullo y pelea, cosas que le encantaban desde niño. Pero al cabo de un tiempo la huelga empezó a tomar un aspecto nuevo para él. Era algo más que barullo o pelea. La huelga merecía una historia en verso. No basta la samba, y Antonio Balduino piensa mientras canta:

*«No hubo luz
y tampoco pan.
Quedó mudo el teléfono,
sin comunicación.
Durante la huelga
no hubo diarios,
tampoco tranvías
en ningún ramal.»*

Era verdad todo aquello que decía la samba. Aquellos hombres, a quienes siempre había despreciado Antonio Balduino como esclavos incapaces de reaccionar, habían paralizado la vida de la ciudad. Antonio Balduino pensaba que él y sus vagabundos, botarates que vivían con la navaja a punto, eran libres, fuertes y dueños de la ciudad religiosa de Bahía. Y su certeza le había hecho entristecerse y pensar en el suicidio cuando tuvo que pensar en trabajar en los muelles. Pero ahora sabe que no es así. Los trabajadores son esclavos, pero están luchando por libertarse. Bien lo dice la samba:

*«Las fábricas
pararon
hasta que los obreros
salieron vencedores.
Ahora reina la alegría.
¡Vivan los obreros
de Bahía!»*

Había creído que la lucha aprendida en los romances de las noches del morro en las charlas frente a la casa de su tía Luisa, en los dichos de Jubiabá, en la música de los tambores, era ser vagabundo, vivir libre, no tener empleo. La lucha no era esta. Ni Jubiabá sabía cuál era: era la revuelta de los esclavos. Ahora el negro Antonio Balduino lo sabe. Y por eso va sonriente, porque ha recuperado su carcajada de animal libre. Canta los dos últimos versos de la samba con voz tan alta que asusta a la pálida putilla que parece una virgen y que está regando un tiesto de flores en la casa de la Ladeira da Montanha.

La noche bajó y la luna sube del mar junto a las estrellas. El Gordo andará por la Rua Chile, con los brazos extendidos, preguntando dónde está Dios. Zumbi dos Palmares brilla en el cielo. Para los blancos, es Venus, un planeta. Para los negros, para Antonio Balduino, es Zumbi, el negro que prefirió morir a ser esclavo. Zumbi sabía aquellas cosas que sólo ahora había aprendido Balduino. Los pataches duermen. Sólo el «Viajero sin Puerto» sale, con la linterna encendida, cargado de abacaxis. María Clara va en pie, cantando. Llega de ella un poderoso aroma a mar. Ella nació en el mar, y el mar es su enemigo y su amante. Antonio Balduino también ama el mar. Siempre vio en el mar el camino de casa. Y cuando murió Lindinalva, él pensó que su historia ya estaba perdida, que ya no haría nada más, y quiso entrar por el camino del mar para ser feliz como un muerto. Pero los hombres del muelle, los hombres del mar, le habían enseñado muchas cosas. El mar le mostró su verdadero camino. Y ahora mira para el mar verde, al que la luna arranca reflejos amarillentos. De muy lejos llega la voz de María Clara:

«El camino del mar es largo, María...»

Un viejo toca el organillo en el muelle desierto. La música llega en sordina, se difunde entre los veleros, por las canoas, por los transatlánticos, por el gran mar misterioso de Antonio Balduino. Si no hubiera sido por la huelga, el mar hubiera engullido su cuerpo en una noche en que la luna no brillase. Si no hubiera sido por la huelga, él hubiera desistido de ser cantado en un romance, de ver a Zumbi dos Palmares brillando como Venus. Una silueta pasa a lo lejos. ¿Será Robert, el equilibrista que desapareció misteriosamente del circo? Poco importa. La música del organillo le llega, melancólica. La voz de María Clara se hundió en el mar. Mestre Manuel irá al timón. Él sabe todos los secretos del mar. Y amarará a María Clara a la luz de la luna. Las olas del mar mojarán sus cuerpos, y así el amor será aún mejor. La arena blanca de la playa plateada por la luna. La arena blanca del arenal donde el negro Antonio Balduino amó a tantas mulatas que eran todas Lindinalva la pecosa. Si no hubiera sido por la huelga, su cuerpo de ahogado sería depositado en la arena y los gusanos se removerían en su cuerpo como lo hacían en el cuerpo de Viriato el Enano. Brilla la luz de un velero. ¿Llevará el viento hasta él la melodía del organillo que toca el viejo italiano? «Un día –piensa Antonio Balduino– viajaré, saldré para otras tierras.»

Un día embarcará en un navío, un navío como aquel holandés que está todo iluminado, y partirá por el camino del mar. La huelga le salvó. Ahora sabe luchar. La huelga fue su historia. El navío va a zarpar. Los marineros supieron de la huelga, contarán en otras tierras cómo lucharon aquellos negros. Los que quedan, lanzan su adiós. Los que se van, secan las lágrimas. ¿Por qué llorar cuando se parte? Partir es una buena aventura, incluso cuando se parte hacia el fondo del mar como partió Viriato el Enano. Pero es mejor partir hacia la lucha. Un día Antonio Balduino partirá en un navío y hará huelgas en todos los puertos. Ese día también dirá adiós. Adiós, amigos, me voy. Zumbi dos Palmares brilla en el cielo. Sabe que el negro Antonio Balduino no entrará ya en el mar para la muerte. La huelga le salvó. Un día dirá adiós y agitará un pañuelo desde la borda de un navío. La música del organillo llora una despedida. Pero él no dirá adiós como estos hombres y mujeres de primera clase, que dicen su adiós a sus amigos, a los padres y hermanos, a las esposas llorosas y a las novias tristes. Dirá su adiós como aquel marinero rubio que está en el fondo del navío y agita su gorro a la ciudad toda, a las prostitutas del Taboao, a los obreros de la huelga, a los pilluelos y a los vagabundos de la «Linterna de los Ahogados», a las estrellas donde está Zumbi dos Palmares, al cielo donde brilla la luna amarilla, al viejo italiano del organillo, a Antonio Balduino también. Dará

su adiós como el marinero. Y el negro Antonio Balduino tiende su mano callosa y grande, y responde al adiós de Hans.

ROMANCE DE ANTONIO BALDUINO

*«Esta es la historia de Antonio Balduino,
negro valiente y peleón,
vagabundo y pendenciero
pero de buen corazón.
Un tenorio verdadero
de las mulatas terror
pero cuando hubo la huelga
fue estupendo luchador*

.....
.....
*y murió de mala muerte
pues le hirieron a traición.»*

(Del Romance de Antonio Balduino)

El Romance de Antonio Balduino, que lleva en la roja cubierta un retrato del tiempo en que el negro era boxeador, se vende en el muelle, en el arenal, en los veleros, en las ferias, en el Mercado Modelo, en las tabernas, al precio de doscientos reis, a campesinos mozos, a marineros rubios, a jóvenes cargadores de las dársenas, a las mujeres que aman a los campesinos y a los marineros y a los negros tatuados, de amplia sonrisa, que llevan un ancla, o un corazón y un nombre grabado en el pecho.

Pensao Laurentina (Conceição da Feira, 1934)
Río de Janeiro, 1935.